This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

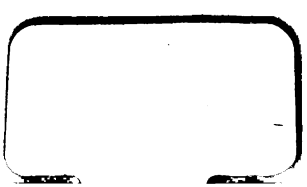
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G868.8 C162C LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.8
C162c



This Book is Due on the Latest Date Stan

GG-13

MAR 5 1979 RET'D FEB 5 197

RET'D JUN 07 1985

JUL 08 1985 L

SEP 6 1985

SEP 20 1993

CALL NO.

G868.8
C162c

AUG 8 1947

TO BIND PREP.

DATE 6-21-47

NEW BINDING [✓]
REBINDING [ ]
REGULAR [✓]
RUSH [ ]
STORAGE [ ]
BUCKRAM [✓]
SPECIAL PAM. [ ]

AUTHOR AND TITLE

Cané, Miguel
... Charlas literarias.

CATALOGUER Wilson

RETURN BOOK TO Latin American

GLUED-ON [ ]
LACED-ON [ ]

STUB FOR:

T.-P. AND I. [ ]
LACKING NOS. [ ]
SPECIAL BOOK PLATE [ ]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

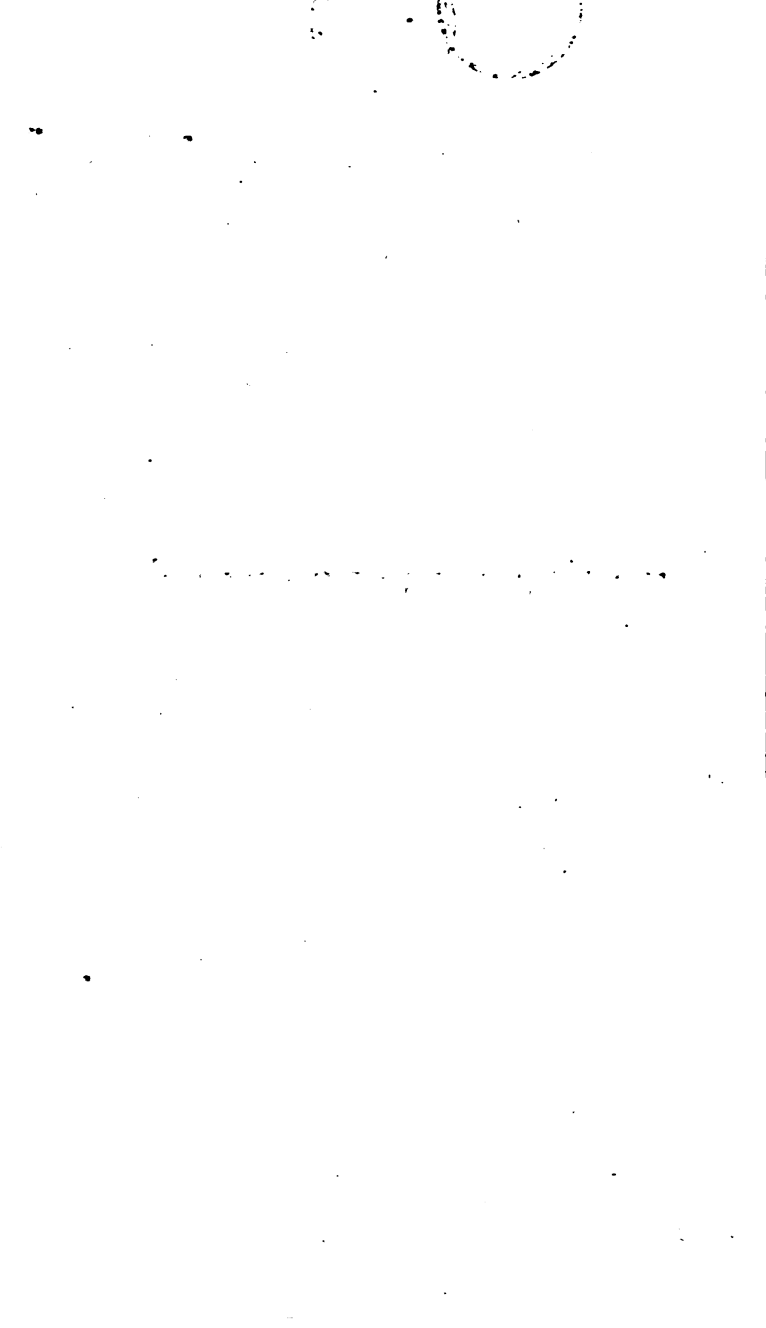
MIGUEL CANÉ

CHARLAS LITERARIAS

SCEAUX
IMPRENTA CHARAIRE E HIJO
—
1885

CHARLAS LITERARIAS

ALBERT BOOK-STORE
VENTA Y CANJE DE LIBROS
694 - LAVALLE - 694
BUENOS AIRES



MIGUEL CANÉ

CHARLAS LITERARIAS

SCEAUX
IMPRENTA DE CHARAIRE E [illegible]
1885

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

CHARLAS LITERARIAS

DAVID COPPERFIELD

A Wilde, que ama á Dickens.

I

En uno de mis puestos diplomáticos, y no de los mas alegres, por cierto, tuve ocasion de conocer y tratar con cierta intimidad, á un caballero inglés que tenia el honor de representar á su país, hombre inteligente, instruido, literato en sus momentos de ócio, carácter tranquilo, armado de una filosofía invencible contra el fastidio y que pretendia levantar mi espíritu agobiado, por medio de esta sentencia que en sus lábios tenia el valor de un dogma : « Es cierto, amigo mio, esta vida es abominable, pero para eso nos pagan. »

545784

BOUND NOV 1947

Si al fin, irritado, le contestaba que los embajadores de Inglaterra en Viena, Paris ó Roma eran tambien pagados y mejor que él, lo mismo que mis colegas en Europa, se limitaba á comunicarme que yo era muy joven aún y que, en lo que á él se referia, habia entrado tarde en la carrera, habiendo sido militar en sus primeros años y que por lo tanto no tenia razon de quejarse.

Al fin desistí de encontrar en él un éco á mis dolencias; no me era posible esperar convencerlo de que las amarguras de la vida son absolutamente independientes de la mayor ó menor causa en que pueden apoyarse para caer sobre nosotros. Pero como nos veiamos diariamente, de algo teniamos que hablar y al fin caimos en la literatura. Jamas he leido mas que en esa época y creo que M. Danfield, por su parte, devoraba un sinnúmero de volúmenes, excepto los dias de correo, que se devanaba los sesos por encontrar tema para una nota á su gobierno. De una indiferencia absoluta por todo, de un escepticismo acabado, de aquellos que no nacen de la teoria, sino que reflejan al esterior el lento correr de la sangre helada, cumplia sus funciones mecánicamente, sin entusiasmo, sin esperanza y ¡Dios me perdone! creo que sin patriotismo.

Habia escrito una novela en dos tomos de letra menuda, como conviene á los lectores ingleses, que en las largas horas muertas del hogar, necesitan una inmensa cantidad de páginas para matar el tiempo. Los nietos de Richardson son legion en Inglaterra y en nuestro siglo, solo en el *nido de cisnes* de Shakespeare se encuentran corajes templados como para llegar á la última página de *Clarisse Harlowe*.

Como era natural, me leí la novela de M. Danfield, cuya accion matemática, nacida del esfuerzo, se desenvolvia con la regularidad del capullo en el telar mecánico. Una sola observacion curiosa me quedó del libro : todos sus personajes, por un vínculo mas ó menos estrecho, estaban ligados con la aristocracia inglesa. Casi ninguno tenia título; pero eran tios de lord, primos de baronnet, hermanos de individuos ascendidos á la *pairie*, etc. — Como la distincion social de los personajes no disminuia por cierto el fastidio que se desprendia del libro como un *fogg* moral insoportable, tenia á menudo que acudir á mis viejos autores queridos para cobrar nuevas fuerzas y no maldecir la hora en que aprendí á leer y aquella, mas nefasta aun, en que un inglés helado, autor de un libro glacial, me descubrió ese talento.

Una noche, despues de haberle elogiado su obra, llevé la conversacion á Dickens.

— ¿Vd. lee Dickens? me dijo.

— Si y con un placer infinito.

— ¿Y qué encuentra en él?

— Una observacion profunda de la vida, un amor mas hondo aun por la humanidad, un corazon de oro que resuena gentil y noblemente al choque de todos los dolores que enlutan la travesía de la tierra.

— ¡Ah! los dolores de los *blackguards*, de los zapateros, de los pescadores, de los dependientes, de los miserables...

— Es decir de la mayoria de los hombres.

— ¿Y qué me importa todo eso? No es mi mundo y jamas sentiré las cosas que ellos pueden sentir.

— Paréceme, sin embargo, que debe existir cierta

analogia entre lo que siente un Percy ó un marinero en el momento de la muerte de un hijo.

— ¿Vd. cree?

— Pero al fin y al cabo, todos tenemos una constitucion moral idéntica. Un paisano puede, sin duda, escapar á ciertos sufrimientos superficiales pero crispadores, creados por nuestro género de vida y que tienen su oríjen en el amor propio irritado. Si el alcalde de un pueblo de campo no saluda al labrador que vuelve de la faena con su guadaña al hombro, el labrador no perderá el sueño esa noche; tal vez no se ha apercibido. Pero que en Buckingham-Palace, en un dia de recepcion, el príncipe de Gales no le dirija á Vd. ni una mirada y que el primer ministro se limite á un saludo mas seco que un ladrillo al sol, Vd. se encontrará mortificado y al volver á su casa, si el portero tarda en abrirle ó el *valet de chambre* le tira la bota de sesgo, se apercibiran de su mal humor. No sé si á mí me pasaria lo mismo en su caso, pero es probable. Cambie la escena; el mismo labrador ha visto su cosecha perdida porque el invierno, benéfico para los hombres de placer, ha sido terrible para él, negando la nieve que cubre la tierra, pone una valla á su calor vital y fecunda la semilla. El pan va á faltar en el numeroso hogar. Esa preocupacion incesante, esa desesperacion callada ¿no se pareceria mucho á la de Vd. si mañana, por un motivo de dignidad cualquiera, se viera obligado á renunciar su puesto y, sin recursos, volver al pais, al azar de la vida?

— ¿Vd. cree?

— Si, lo creo.

— Puede ser; olvidaba que su educacion política

tiene que haber influenciado sus ideas sociales. En lo que á nosotros (era necesario oir el acento con que decia ¡nosotros!) se refiere, tenemos nuestro mundo á parte, nuestras relaciones, nuestra manera de vestirnos, sentarnos á la mesa, saludar, nuestros libros y nuestros autores.

— ¿Qué piensa Vd. de Lytton Bulwer?

— Ha escrito *Pelham* y *Devereux;* lo demas no existe para nosotros.

— Así Dickens...

— *Voyou, mon cher.*

Mi templo habia sido profanado; me sometí al *whist* obligatorio, en silencio, con la inquietud secreta del hombre cuya conciencia no está tránquila, y una vez terminados mis *rubbers*, volví á mi casa, gané á tientas la biblioteca, saqué el primero tomo de *David Copperfield*, me acosté, tomé una postura cómoda (el arte no quiere el martirio de sus fieles) y ántes de abrir el libro, cerré los ojos, reuní mis recuerdos y medité.

Las palabras de M. Danfield no eran la espresion de una opinion individual. Una clase entera, cinco mil personas, sobre treinta y tres millones, no tiene otra. Pero esas cinco mil personas (y agrego á la aristocracia inglesa la alta finanza) gobiernan la Inglaterra, poseen la tierra, determinan en qué momento deben morir diez ó veinte mil hombres en el Soudan ó en la India, dan sus caballos á guardar en la puerta de los teatros á Shakespeare, encuentran superior á los *Anales* de Tácito la *Vida de Napoleon* de Walter Scott y se creen por consiguiente superiores en todo, especialmente en el arte literario.

Son los felices; Dickens los conoce y no escribe para ellos. Puede, á su vez, decir que no pertenecen á su mundo. Su mundo, son los treinta y tantos millones que estan fuera de la escepcion ¡qué digo! es la humanidad, porque, para él, el lazo sagrado de fraternidad, es el dolor. El tambien ha atravesado esos oscuros fondos que pinta y que existen, ha sido un pária, un abandonado, y si no ha muerto en un presidio ó en una roca lejana del imperio colonial, es porque llevaba en su cerebro la fuerza que protege y levanta y porque el destino lo reservaba para manejar el látigo vengador de los miserables. Puede el noble par mirarlo sobre el hombro y la lady de espíritu estrecho vanagloriarse de no haber leido sus obras; su voz ha penetrado el corazon del pueblo inglés y mas de un abuso, mas de un error secular, fuente de amarguras irreparables, se ha desvanecido ante la luz poderosa proyectada por ese foco sin igual.

¿Exagera? Si, como todo el que habla á las muchedumbres, sea para conducirlas á la muerte en nombre de la gloria, sea para llevarlas á la felicidad en nombre del derecho. No escribe para los salones donde las medias palabras bastan, la alusion se vela, el sarcasmo se acera en el arte de decir y la media tinta reina en las cosas y las ideas. La lengua de Shakespeare es un paroxismo continuo, los tipos de Dickens son á menudo mónstruos. El primero tambien hablaba á las masas, vivia de ellas y para ellas. El análisis moral de las pasiones escapa á la percepcion de los que no han aguzado el ingenio en las sutilezas de la espresion, como la monstruosidad humana no es visible para los mismos sino en su forma brutal.

Indudablemente, el *Pelham* de L. Bulwer, ó el *Lotario* de Disraeli encierran un caudal de observacion que me seduce, porque esos libros han sido escritos para los hombres de mi educacion intelectual; las masas no los comprenderan.

Dickens traduce con una crudeza terrible cuanto vé; pero es indudable que por momentos se eclipsa la ponderacion de los elementos de su espíritu. Salvo sus figuras ideales (y nadie, desde Shakespeare, las pintó mas diáfanas), sus tipos, cuando entra á buscarlos en la vida real, tienen todos una mania, un tic, casi diria una neurósis, empleando la lengua moderna. No, lo confieso, yo no he encontrado en el mundo, ese sinnúmero de hombres estrambóticos en la accion y en la palabra. Cada libro encierra un manicomio; por momentos se piensa que Dickens ha querido aligerar la responsabilidad humana mostrando en todo su rigor la fatalidad fisiológica. La moderna escuela musical podria encontrar allí su orígen; cada personaje tiene su motivo propio, el *feit motive* de Wagner, que le precede ó le acompaña, que prepara el ánimo del lector, dá la nota de la situacion y la asimila al carácter de la accion. Pasan tambien á Dickens aventuras singulares; dá tal vida á sus creaciones que éstas, al fin, obrando por su propia cuenta, se le imponen, conquistan su cariño y su respeto y se ierguen simpáticas allí donde el autor pensaba mostrarlas ridículas. Tal así, M. Picwick sufre en su espíritu la misma transformacion que D. Quijote en el de Cervantes. ¡ Qué inmensa distancia moral entre el asendereado caballero de la venta y el noble vencido de la playa de Barcelona! No menor es la que separa el

grotesco presidente de la odisea picwicquiana del filósofo generoso cuya serenidad moral nos impone en la prision. Como de D. Quijote, de M. Picwick se puede decir que « si era un caballero loco, era un perfecto caballero ». Es siempre con un goce intelectual incomparable que estudio esa flexibilidad maravillosa del espíritu de Dickens; es tan profundamente humano, tiene tan marcada la predestinacion de ser el intérprete de los hombres para conocerse á ellos mismos, que evoluciona inconcientemente en el sentido que se lo exige el lector.

II

Es curioso, queria hablar de uno de sus libros y he hablado del autor. Verdad es que ese libro es *David Copperfield* que pasa, á mis ojos con todo fundamento, por ser una autobiografía de Dickens. No podria decir á punto fijo cuantas veces lo he leido; pero si asegurar que cada nueva lectura, ha sido una fuente nueva de ese placer que serena y conforta, que hace amar al espíritu humano. *David Copperfield* no solo es para mí la obra mas perfecta de Dickens, sino la mas acabada de las que en su género se hayan escrito sobre la tierra. Todas las facetas que el hombre pueden presentar, estan allí iluminadas bajo un rayo de luz de una fuerza tal como jamás la alcanzó psicólogo alguno en el tiempo y el espacio. Para mis ideas propias, el tipo de David es la tésis mas brillante que

se haya escrito contra la omnipotencia decantada de la educacion. Y no me digan que es una ficcion, porque ese tipo ha vivido, mas aun, se ha llamado Cárlos Dickens. ¿Es la educacion la que ha derramado en su alma el gérmen de las ideas morales que han sido la norma de su vida? ¿Es por ella que su espíritu se ha disciplinado, sus ojos abierto, su facultad analítica vigorizado? Siguiendo la teoria contraria, ese niño abandonado, débil, vagabundo, habria ido á engrosar las filas del crímen. Lo que le salvó fué su organismo propio, algun misterioso atavismo de bondad que irradiaba en él irresistible. Hay hombres que nacen para ser buenos como el *hornero* para edificar su nido ó la ostra para secretar nácar. Pero todas las ostras secretan nácar y no todos los hombres bondad ; he ahí el rasgo distintivo de nuestra especie.

David es la honestidad inconciente, *ortográfica*, como diria Augier. Cándido, abierto, de un linage de gentes rectas, linage que se adivina en la expresion ingénua de su mirada, como un cuento de Poë hace desfilar una estirpe entera de neuropáticos, David cede ante todas las superioridades superficiales que encuentra en su camino. Steerforth tiene en sus venas el hastío de diez generaciones; Byron es de esa familia, como lo son la mayor parte de los jóvenes de la alta clase inglesa; de tiempo en tiempo Dios arroja una chispa de génio en esos cerebros bañados por una sangre empobrecida y el mundo se engaña creyendo un tipo especial aquel que solo es una representacion. En mi andar por el mundo, he conocido un Byron ménos el génio, un Steerforth ménos la

fortuna. Era un jóven inglés, de ilustre cuna, pero cuya escasez de recursos (el padre se habia suicidado á las treinta y ocho años despues de haber tirado á los cuatro vientos cuanto recibiera) le habia obligado á aceptar un puesto diplomático. De tiempo en tiempo lo veiamos, correcto, un tanto seco, gentleman hasta las uñas, con su incomparable aplomo. Luego desaparecia. Averiguada su vida, supimos que no salia de su casa; no amaba la lectura, no tenia aficion á escribir, ni mania alguna como recurso. Hundida la cabeza entre las manos, tendido en un sofá, los ojos fijos, el pensamiento negro, miraba correr las horas en una soledad sepulcral. Yo he hecho esa vida un tiempo y pensé enloquecerme. Aquel hombre resistia y creo que el pliegue tomado se le impondrá hasta el momento final, que será el de la liberacion.

David Copperfield no pertenece á esa clase; ha nacido con la conciencia del deber, como otros nacen con un omóplato mas alto que otro ó con un estravismo hereditario. Adora á Steerforth precisamente porque es su antítesis; la oscuridad moral de su noble amigo le impone un inmenso respeto, como el misterio del mundo originó en los hombres el culto.

No conozco nada mas bien hecho, bajo el punto de vista del arte literario, ni nada que inunde mas el corazon de lástima, de simpatia sollozante, que las páginas destinadas á narrar la odisea infantil de David en busca de su terrible tia. Ese niño abandonado de los hombres y que parece abandonado de Dios, solo, vagando en los caminos, vendiendo lentamente las tristes ropas que lo cubren, para poder subsistir, durmiendo á la intemperie, al pié de un cañon,

adormeciéndose al rudo paso de un soldado de guardia, como si fuera al canto de una nodriza, ese niño, mas desamparado que las aves, porque no tiene el instinto, pero firme en su propósito, guiado por algo como una luz interior, es uno de los tipos mas completos que el arte humano haya creado. En él estan concentradas todas las teorias, todos los hondos problemas sociales; hay mas elocuencia en su carita macerada, en sus piés deshechos, en su acento preñado de lágrimas comprimidas, que en todos los apóstrofes de Rousseau. ¿ Qué necesidad tiene Dickens del comentario, de la amplificacion obligada? Hay está la carne que palpita; la muestra á hombres que tienen hijos, hermanos de esa edad y echando á ese niño desventurado por los caminos, arroja con él á la faz de la sociedad el anatema mas vibrante de que es capaz la lengua hablada... Mas de una vez he vuelto sobre esas páginas buscando sólo el arte de la composicion, esa flexibilidad maravillosa de estilo, que pinta, mueve, agita y estremece las cosas y los seres ante los ojos de mi alma; pero un momento despues, mi facultad de observacion se ha embotado, tengo un nudo en la garganta, una nube en los ojos, la emocion me ha invadido de tal manera que se hace punzante y arrojo el libro, que es ya fuente de amargura, porque la ficcion se desvance y me parece estar frente á una desventura real. ¡ Me parece! ¿Pues que, no hay acaso niños abandonados sobre el mundo? ¡Cuántos vagan en el momento que escribo éstas líneas, perdidos sobre la vasta tierra, solos, hambrientos, ateridos de frio, buscando en un dintel el lecho de la noche, para despertarse tan desamparados como ayer

y seguir su calvario inconciente, hasta morir silenciosos en un lecho de hospital, sin una mano que los acaricie, sin el aliento de la madre rozando sus cabellos! ¡Cuántos, macilentos, fatigados, lleno el corazon de un terror vago y los ojos dilatados en la oscuridad, temblorosos bajo la fiebre, esperan la mañana en un rincon apartado, estremeciéndose hasta de la sombra vaga que sus cuerpos proyectan bajo un rayo de luna! ¡Dios los guie en su camino, él los ampare en la soledad espantosa y como á David, les envie un ángel para mostrarles el hogar en donde encontraran pan y cariño!...

La tia Betsy y su inseparable Dick corren hoy el mundo literario como si Shakespeare los hubiera grabado sobre el bronce. Es que son tomados en la vida. Betsy Trotwood es un tipo inglés; Dick tiene por patria el mundo. Betsy es la mujer de alma de oro, que se ha cubierto de acero al contacto social, pero en cuyo fondo brilla aun la materia primera. Hay millares de Dicks poblando los hospicios, sufriendo, inconcientes, una vida de martirio. ¿Es que el mundo andaria ménos bien, como dice Dickens, si esas manias inocentes encontraran piedad y respeto? Veamos, ¿qué mal hay en que Dick, al par que encuentra á Betsy Trotwood la mujer mas distinguida de la tierra y crea que le han echado un poco del cerebro desequilibrado de Cárlos I en el suyo propio, se entretenga en hacer barriletes gigantescos para llevar á las nubes el nombre de los seres que le son queridos? ¿Alguien deja de pagar el impuesto? ¿Se aumenta la criminalidad? ¿Se altera el órden?

Nadie como Dickens suscita en el lector el senti-

miento que se propone despertar hácia sus personages. Por mi parte, arrostraria un mes de prision por deshacer con el taco de mi bota la cara de Murdstone y cuando David dá el famoso bofeton á Uriah Heep, respiro mas desahogado, me han quitado cuarenta libras del pecho y me da gana de gritar *bis !* con todas mis fuerzas. ¡ Uriah Heep ! Cada vez que aparece en el relato se siente algo análogo á la repugnante impresion física de aquel que toma descuidadamente en su mano una lámpara bañada de petróleo. Dickens tiene en su galeria no pocos hipócritas, especialmente aquel Peckniff del *Martin Chuzzlewit* que los críticos ingleses ponen sino arriba, al lado de Tartuffe. Pero Peckniff, como el héroe de Molière y como la mayor parte de los esplotadores sociales de su escuela, llama la religion en su ayuda y es bajo el manto de la mas fervorosa devocion que abre camino á sus vicios y bajas pasiones. En Uriah Heep, la hipocrecia se basta á sí mismo; obrando sobre la tierra, pide sólo á la esperiencia terrestre todos sus recursos, dejando al cielo tranquilo. Su arma es la humildad, no aquella virtud evangélica, serena, naciendo como un perfume de la abnegacion de sí mismo, sino la humildad orgánica de la víbora, que se arrastra porque sólo así puede marchar y que espia el momento de dar el salto para clavar su ponzoña. ¡ Qué tipo repelente ! He ahí lo que admiro en Balzac, en Zola mismo, si se quiere, pero sobretodo en Dickens, cuyo gusto esquisito parece en pugna abierta con tales creaciones; la impersonalidad absoluta del escritor, esa fuerza que le hace abandonar el mundo sonriente de su cariño y penetrado de su mision sacerdotal que le manda pintar la vida, lo

545784

guia á los mas oscuros fondos, allá donde se agitan los reptiles, donde la baba blanquea en las tinieblas para mostrar la senda. A mis ojos, es el rasgo soberano de potencia en el espíritu; los viejos griegos lo vislumbraron, pero la nota heróica que les era impuesta por la época misma, atrofió ese ensayo. Puede decirse lo mismo de Corneille; la dulzura ingénita de Racine hace amar á sus malvados despues de una tirada armoniosa. Molière no penetró tan adentro; su campo fué el ridículo, pero lo agotó. Como tantas otras cosas grandes, estaba reservado ese triunfo de implacable objetividad, á Shakespeare, al creador de Iago y Ricardo III. ¿Cómo la misma pluma que traza las siluetas divinas de Portia ó Cordelia puede erizarse hasta ese punto? ¿Cómo el padre de Agnès engendra á Uriah? Ante ese dominio absoluto de las simpatias íntimas, de la corriente de afecciones que en la mayoria de los hombres predominan, se creeria que esos espíritus altísimos obedecen á una impulsion estraña, á una fuerza oculta que, como en la ilusion espiritista, pone en sus manos un lápiz que vuela sobre el papel sin que ellos tengan conciencia de su accion. Así, en un campo sereno, bañado por la franca luz solar, regado por arroyos de agua cristalina, nacen, á la sombra de los árboles que dan la vida, las plantas que dan la muerte. La tierra los cuida con igual ternura y tan fresca y brillante abre su corola la flor que destila un veneno letal, como aquella que encierra el antí loto...

III

¡Agnès!... Las vírgenes de Shakespeare viven en una region impalpable, mitad sueño, mitad nube. Miradas desde nuestro siglo positivo, las vemos siempre como las *madonas* del Renacimiento, envueltas en una aureola luminosa, y en ellas reposamos los ojos vagabundos cuando tienen sed de ideal. La sonora playa de Chipre, bañando con sus olas de esmeralda los piés de Desdémona, el banco de Belmont, donde la luna rodea con su encaje el cuerpo de Jessica, la cabellera de Ofelia, flotando entre las aguas como los hilos de oro que adornan la frente de una ondina, Miranda, viviendo entre encantamientos y respirando la misma atmósfera que Ariel, todos son figuras vagas, deliciosas, que la imaginacion agrupa en la misma familia que Titania. No son de nuestro mundo y el culto que les rendimos tiene algo de la pesarosa tristeza con que se piensa en las dulces religiones desvanecidas. Tratad de despertar un sentimiento análogo al que esas mujeres inspiran, en pureza é intensidad, con una figura colocada en el cuadro normal de nuestra existencia, viviendo nuestras amarguras, participando nuestras miserias, codeándose con nosotros á cada instante; mas aun, arrancad una chispa de ideal del estudio de un notario, haced penetrar un rayo divino en un comedor inglés, banal, insipido y vulgar! He ahí la fuerza de Dickens; como las mujeres de la Biblia

que conservan su poesia en medio de las faenas mas humildes del hogar, Agnès cruza immaculada nuestra vida estrecha y miserable, sin que la orla de su túnica blanca recoja un átomo de polvo en la dura ruta... ¡Cómo habrá amado Dickens à la mujer que le sirvió de modelo y cómo se esplica ese amor todo aquel que al volver la última página, queda pensativo, soñando tal vez con la luz que entreviò en la adolescencia y que en el declive de la vida, aun se muestra en los horizontes lejanos que en vano se persiguen!...

¿Y esa figura de porcelana de Saxe, esa cabecita escapada al pincel de Greuze, esa Dora que David recuerda como un sueño y cuya desaparicion le dá la conciencia de la vida? Todos, mas ó ménos, hemos conocido una Dora; mas aun, todos la hemos amado en la adolescencia, con sus cabellos de oro, jugueteando en rizos sobre su frente infantil; todos hemos conocido á Jip, que es un personage moderno, importante y respetado, todos lo hemos visto pasearse en los parques, en las gratas horas en que el sol baña la tierra, sério, grave, penetrado de la altura de sus funciones, cómodamente instalado en el asiento de honor de un carruage de gala, guiado por un cochero empolvado y guardado por dos lacayos de cinco piés y seis pulgadas. Jip es el complemento de Dora y es cuestion saber cual de los dos tiene una concepcion mas séria de la vida, el perro ó la mujer. ¿La mujer? Si, porque Dora lo es; forma una faceta, rara vez observada, porque su fulgor dura lo que un relámpago, de ese brillante de estraordinarios cambiantes, tras el cual corremos sin reposo y que en sus múltiples metamórfosis, madre, hermana, querida, esposa

ó hija, nos acompaña durante toda la travesia. Que David la haya amado, que haya vertido sobre su tumba, lógica como la muerte de una flor, sus lágrimas mas amargas, me lo esplico hasta el punto de creer que mas tarde, cuando el amor de Agnès se présenta en su camino como una compensacion divina, tal vez, allá en el fondo de su alma, se levanta por momentos el recuerdo de la deliciosa criatura que absorvió todo su entusiasmo juvenil. Sólo los que saben que cosas se sienten y que eternamente perseveran, cuando se ha perdido la mujer selecta y querida en el vigor de la juventud, en los dulces años en que se la mira como una antorcha que ilumina el porvenir, sólo ellos pueden apreciar la profunda verdad, el arte infinito de Dickens para pintar ese estado moral que encierra tantos elementos, que se ofrece como un caos el análisis...

Todas las faces humanas, lo repito, tienen allí un reflejo; pero los personages de Dickens son infinitos, y como cada uno es un carácter, su estudio me llevaria bien léjos.

Pero hay uno que me solicita, al que no puedo escapar: ¡ Micawber! Jamás el *humour* inglés, esa mezcla de ironia escéptica, de malicia ingénua, de sentimentalismo mordiente, ha encontrado una personificacion mas completa. Esos grandes tipos de Dickens, como los de Shakespeare (es la marca del génio) atraen la suerte sobre los que los toman por modelos. La creacion del *Delobelle* de Daudet ha sido uno de sus mayores títulos á la consideracion de la crítica, como en su tiempo *Zaire* asombró á la sociedad francesa que no conocia *Othello*. Mas de una vez

volverá, al clarear de nuevos dias, la figura de Micawber á aparecer sobre la tierra con los infinitos cambiantes que el color local exige; pero el modelo será siempre el mismo. Esa despreocupacion constante de la vida, esas desesperaciones fugitivas como el momento en que nacen, arrastradas por el correr de las horas para dar lugar, sin dejar memoria, á la irradiacion de la *non curanza* ingénita; esa ilusion perenne, que acompaña á Micawber como un ángel tutelar, todos esos fenómenos morales ¿ no los hemos acaso observado en nosotros mismos ó en los que nos rodean? Tengo en mi coleccion muchas cartas que podrian llevar la firma, radiante unas veces, desolada otras, de ese *resto de naufragio* que se llama Wilkins Micawber ¿ Y Missis Micawber? ¿ Y su familia? Escuchad, los que no habeis leido aun *David Copperfield.* Sólo por oir á Missis Micawber hacer una referencia á su familia, un viaje de quince dias estaria compensado. Y ese fenómeno observado en la carne palpitante, esa honestidad fundamental de Micawber, que resiste á todos los embates de una existencia dificil como un problema de teologia? No creo que el pincel pueda jamás llegar á rendir con igual perfeccion que la pluma de Dickens la figura de Micawber encorvado sobre la mesa en que escribe, con una delicia profunda, sus letras de cambio jamás pagadas, perpétua amenaza contra su libertad, grillete de su vida. Hay en el mundo ébrios, libertinos, fumadores de ópio, jugadores: ninguna de esas pasiones obra sobre sus víctimas con mas intensidad que en Micawber la mania arraigada de echar á rodar letras de cambio. ¡ Cómo conoce las fórmulas y los secretos

del endoso y los terribles misterios del vencimiento! En todo el trámite, solo le falta la nocion práctica de un incidente: el pago. Pero ¿ qué le importa el porvenir? Con sus facultades estraordinarias (oid á Missis Micawber) y que una buena ocasion se presente (oid á Micawber) todo está salvado.

Con Micawber sucede otra aventura literaria curiosa á Dickens; el personaje, al principio, está léjos de presentar el carácter maravilloso que le distingue al fin. Dickens creó un instrumento y poco á poco se fué apercibiendo de los inmensos recursos que de él podia sacar. Dibujó la silueta de un tipo transitorio y comprendió que la vaga reminiscencia de una observacion profunda le habia ayudado, sin él saberlo, para fundir un carácter.

Libro humano, hondamente sentido, escrito con un vigor raro en el campo literario, *David Copperfield* es no solamente un timbre de honor para las letras inglesas, sino una voz de aliento para todos los que sufren sobre la tierra.

Así, bajo las bóvedas de Westminster, pocas tumbas merecen con tan alto título, un homenage de respeto mas profundo, que la humilde lápida que cubre los restos de Cárlos Dickens.

1884.

DON CARLOS

I

¡Qué horrible figura histórica la de Felipe II! Hay tipos que el espíritu quisiera relegar á la leyenda, para tener el consuelo de respirar libremente cuando la accion del poeta ha pasado, pensando que la sangre humana no ha corrido, ni esas sombras han proyectado su reflejo siniestro sobre la tierra. Felipe II no es un hombre; su fisiologia escapa á la ley comun; en sus venas corre algo helado, cuya marcha jamás se acelera; su corazon es una víscera férrea nunca agitada por la accion del cerebro, batiendo glacial como un tambor mortuorio. El cráneo es estrecho y agudo; el horizonte moral circunscrito y profundo. Vé siempre una faja oscura orlando las cosas de la tierra y de los cielos. Jamás un relámpago en la inteligencia ni una aurora en el alma. Ama la rutina; el coloquio supremo es en la soledad, consigo mismo y la masa de papeles, delaciones anónimas, mensages que chorrean sangre, informes de espias, miserables calumnias que nacen en la sombra y á través de mil

tramas nebulosas, revientan á la luz por una hecatombe humana. Alba escribe de Flándes como un tigre insaciable; un diplomático sombrio como el amo asecha el corazon de la vieja vírgen inglesa, otro sigue ávido la degradacion moral de Enrique III, alienta á sus *mignons* y llena de oro la bolsa de los Guisas, mientras afila en secreto el puñal de Jacobo Clément; aquel, en Roma, se iergue arrogante ante Sisto V, que rechaza febriciente el yugo; el Emperador encorva la cabeza á lo léjos y, sobre toda la Europa, dos figuras solas se destacan, las dos encarnando la libertad del pensamiento humano, las dos erguidas contra la tiranía clerical, las dos, apoyadas en la espada generosa, mirando impávidas los temidos muros del Escorial : el Bearnés y el Taciturno.

En tanto, allá en el oscuro retiro, en el cuarto sombrío que es un santuario, delante del Cristo, que abre sus brazos de amor y de paz, un hombre lée, medita, compulsa, anota, comenta. ¿Es un rey ó un notario? Es Felipe II. Los ruidos de la tierra no llegan hasta él, porqué habita la España y en España reina el silencio. El alegre cantar de los obreros, la vigorosa esplosion de la industria, el movimiento nervioso de la vida intelectual, la vibracion de la juventud y del amor, la santa jovialidad de la adolescencia, no tienen écos ya en la tierra que ha poco los moros llenaron de bullicio y los cristianos de nobleza. De tiempo en tiempo, un rumor apagado : es un tércio que parte para Flándes ó Italia, un galeon de América que llega á Cadiz, un cuerpo de la Santa Hermandad que cruza las calles empujando á la hoguera diez miserables que se arrastran agonizantes. ¡Silencio! El amo

trabaja, urde, combina y cada gota de tinta que gasta en la sombra, es un torrente de sangre que corre sobre la tierra.

Un solo rayo de luz proyectado sobre ese abismo moral, habria suavizado el juicio de la historia. Nada brilla en él. No fué guerrero, no amó las artes (una parrilla fué su ideal de arquitectura !), no protejió las letras, axficiadas bajo su reinado, no fué hombre de hogar, no sintió latir su corazon por nada ni por nadie. Por un decreto, condenó á muerte á un pueblo entero — ¡tres millones de almas! — El asesinato de Montigny no tiene igual como celada infame, como crueldad refinada, en los peores dias del imperio romano. La concentracion constante en sí mismo, la infatuacion de su inteligencia sin vuelo y sin horizonte, la monotonía de la idea dominante, mas aún, única como criterio, que jamás encontró contradiccion en los que le rodeaban, lo llevó hasta creerse superior al papa mismo en lo espiritual, como lo era en lo temporal por su imperio sin límites. Discute con Sisto V, sobre el dogma; él es el único depositario de la tradicion católica; tiene mandato directo de la divinidad, como San Pablo tuvo su revelacion propia; prima al papa como agente inmediato de Dios. Lo respeta en la forma, en tanto que cristiano; pero como rey, ordena á su embajador en Roma ser arrogante, brutal, hasta el punto de abreviar la vida del pontifice.

Nada le satisface; jamás se consoló de la pérdida de la corona de Alemania; dá su mano à Maria Tudor, pero la naturaleza hace infecunda la union, horrorizada del mónstruo que habria resultado. La Inglaterra se escapa así de sus garras y así se salva el

refugio de la libertad humana. Asola los Paises-Bajos, conquista, oprime, absorve el Portugal, con la misma espada maldecida de Alba. La noticia de Lepanto lo deja helado, no mueve un músculo de su cara; la de la Saint-Barthélemy le arranca un alarido de júbilo, único en su vida. Sonreirá una vez mas, cuando el alma inmortal del Taciturno vuele al cielo, arrancada del cuerpo por la mano de un asesino que él mismo armó...

Nada igual en los fastos de la historia, nada mas odioso, nada que vilipendie mas la naturaleza humana, nada que irrite las fibras del alma como la figura mil veces infame del hombre mas perverso que haya aparecido sobre la tierra!

II

Ahora bien, en el correr de los tiempos, el espíritu humano, despertando lentamente del largo letargo, empezó á abrir los ojos á la luz que jamás se oscurece por completo dentro de la conciencia. Vagamente, ideas de dignidad, de igualdad, de derechos que no se enagenan, que no pueden enagenarse, comenzaron á surgir. Cuando el fruto estuvo maduro y el alma colectiva preparada, nació la voz que debia interpretarla, el hombre capaz de comprenderla y hacerla comprender. Así, como Homero encarnó los tiempos primitivos, Dante la Edad-Meria y Shakespeare el Renacimiento, Schiller vino á la vida para personificar el espíritu moderno.

Jamás ha latido un mas noble corazon de poeta; es el justiciero de la historia, la voz soberana que premia y castiga, que hunde y levanta. Nadie como él ha hablado á los hombres, en lengua mas vigorosa, sobre lo que á su dignidad se debe, lo que sus derechos exigen. En el cáos feudal de la Alemania, habla como un hombre libre y se iergue ante los pequeños tiranos, atreviéndose á pensar y decir. En la historia, los grandes martirios lo atraen. La Suiza, hollada por el Austria, deja un mito como emblema de su lucha. El lo hace verdad y arranca á Guillermo Tell de las nubes de la fantasia para darle vida por los siglos de los siglos.

Y cuando quiere pintar, ¡qué evocacion mágica! ¡Cómo resucita la vieja Alemania con sus creencias ingénuas, su brutal rudeza, la penosa elaboracion de su nacionalidad! *Wallestein* es una página única en la historia literaria del mundo.

Pero el latir de su corazon turba á veces la serenidad de su cerebro. Fué cruel, si, la muerte de María Estuardo y la leyenda vengadora ha colocado á la dura Elisabeth entre las almas de hielo. Pero, en cambio, es de ese cadalso que arranca la prosperidad de la Inglaterra y el triunfo de la libertad. María, sobreviviendo á Isabel, era su heredera y, sobre el trono de la Gran Bretaña, aliada á Felipe II, tendiendo la mano á los Guisas, sus parientes, bendecida por el Papa, la isla entera habria sido una hoguera. Esos infortunios clásicos imponen simpatia; la muerte es el agua bautismal que todo lo lava y María, purificada por su martirio, invade la imaginacion y oscurece el juicio. Tal la vió el poeta.

Otras veces, rehace la historia en un estallido de nobleza. Quiere lavar á la humanidad de una ignominia, no se conforma con el hecho brutal y en su poema, Juana de Arco muere en la batalla, triunfante y la mirada en el cielo.

Luego, sus ojos se detienen con horror en la figura siniestra; Felipe II le pareció uno de esos hombres, como él llama al Duque de Alba, que « deben aparecer al fin de los tiempos, cuando la audácia gigantesca del crímen haya agotado la paciencia del cielo, cuando la abundante cosecha de delitos esté plenamente madura y sea necesario un segador sin igual. » El drama colosal de los Paises-Bajos, que el mundo moderno empieza á olvidar para glorificar la Revolucion Francesa, mil veces ménos justificada que aquella, lo dejó atónito. Tanto heroismo, al lado de tan bárbara crueldad, la inmaculada causa defendida contra la tiranía que lacera el cuerpo y aherroja el pensamiento, todo ese momento histórico le hablaba desde la tumba del tiempo, pidiendo un vengador. Desdeñó la retórica, la fácil pintura del incomparable heroismo del pueblo neerlandés y en vez de estasiarse ante la figura de Guillermo de Orange, fué á buscar la fiera á su antro y con paso firme, plantó su tienda en la conciencia de Felipe II. Entónces, entre los crímenes infinitos que hacen de ese hombre un mónstruo, elijió uno y, proyectando sobre él la luz de su génio, lo presentó al mundo. Habia asesinado un pueblo entero; las Flándes, el Brabante, la Holanda, se convirtieron por su órden en una hoguera; la *furia española* ahogó en sangre al pueblo de Ambéres; arrebató su hijo al Taciturno y ¡ crímen salvage ! lo educó

en el horror de su padre; asesinó á Montigny, levantó el cadalso de Egmont y de Horn... pero todo eso era débil al lado de ésta infamia que arrojó sobre la especie humana: ¡mató á su hijo! Veo la noble frente de Schiller, serena como un cielo sin nubes, blanquear de espanto al caer sus ojos sobre esa página de la historia. ¿Qué habrá sentido el alma esquisita del poeta? De esa augustia horrible nació la alta figura moral de Don Carlos; Schiller lo creó, lo amó, y queriendo acompañarlo en la vida y en la muerte, salió de su siglo y se cubrió con el manto del marqués de Posa.

III

¿Qué Posa es sobrehumano? No, porque ha nacido en alma de hombre. Lleva en su espíritu la luz del porvenir y en su corazon el dolor de la historia. La humanidad necesita que de siglo en siglo, el arte cree un marqués de Posa y concentre en él cuanto hay de noble en la especie. Posa, frente á Felipe II, es el tiempo suprimido, es el juicio histórico encarnado. Posa muere, porque la perfeccion no habita la tierra... Durante el sueño, los cariños tienen una intensidad desconocida en la vida real, las mujeres una belleza superior á la de la figura humana, el poder una magnificencia jamás alcanzada en el mundo; todo eso se disipa al despertar, como, al cerrar el libro, Posa vuelve al ideal. Pero los elementos del sueño estan en el cerebro, como el alma de Posa se agita confusa

en el alma colectiva de los hombres. Allí lo tomó Schiller y para darle forma, evocó la sombra del Taciturno.

¿Porqué Shakespeare no nació un siglo mas tarde [1]? ¡Qué modelo para su tela! ¡Cómo habria brillado en el mundo moral el carácter de Orange si Shakespeare lo hubiera acogido en su panteon! Bruto, que mata por la libertad, es ménos grande, aun á través del retrato del poeta, que Guillermo, que muere por ella, levantándose en la serenidad de la vida real.

Sin el Taciturno en la historia, Posa no existiria en el arte. El héroe de Schiller sale por momentos fuera de nuestra concepcion del hombre fuerte, porque en él el sentimiento del patriotismo se dilata de tal manera que nos aplasta; es el ciudadano del mundo, ó como él se llama, el diputado de la humanidad. Ese elemento, no se encontraba acaso en el alma del Taciturno? Amaba su heróica Holanda, pero amaba tambien la Francia y el dia de la Saint-Barthélemy respondió con un sollozo profundo al salvage alarido de Felipe II; veia con dolor la fuerza germánica dispersa y jamás detestó la tierra española, patria de esos hombres de hierro, tan bravos como crueles, que inmolaron su pueblo. Su pasion humana fué la pasion ideal de Posa, la libertad de conciencia, que implica la libertad del pensamiento. Bajo ese aspecto, Lutero, Calvino, Zwingle, el mismo Erasmo son pigmeos al lado de su talla gigantesca. Fué el gran pensador de la historia, como Posa lo fué del arte. Su vida fué una

1. Shakespeare tenia 20 años cuando el Taciturno fué asesinado; el poeta preparaba ya su gran drama historico *Enrique IV*.

idea en accion, como lo fué la muerte de Posa. Jamás la influencia de un hombre mostró la ruta del porvenir con mas vigor. La lectura de su vida da orgullo de ser hombre; la del drama de Schiller hace creer en un origen divino. En el dominio del arte, Posa suscitó á Schiller, porqué Schiller nació para crear á Posa; en la region de la historia, el Taciturno suscitó á Motley. No conozco una historia mas bella que el poema de Schiller, no conozco un poema mas bello que la historia de Motley.

IV

Don Carlos, en el drama de Schiller, es el hombre jóven y generoso, lleno de ilusiones y esperanzas, enloquecido un instante por un amor terrible, sacrificando al fin su pasion terrestre por el culto sagrado de la libertad y la dignidad humanas. Posa, al llamarle hermano, ha sellado su alma. Don Carlos hijo de Felipe II! Antítesis profunda, que el siente mas que nadie. « Esplícame, Rodrigo, éste estraño enigma de la Providencia : porqué, entre mil padres, me ha elegido precisamente ese? Y a él, porqué éste hijo, entre mil hijos mejores? Dos seres mas incompatibles, la naturaleza no los encontraria. Como ha podido reunir esos dos puntos estremos de la raza humana, él y yo? »

Piensa en el porvenir, siente los dolores de su pueblo y lo alienta la noble ambicion de curarlos. « Tengo veinte y tres años apenas, — dice á Posa —

y soy aún puro. Lo que millares de hombres ántes que yo han disipado locamente en el libertinage, la mejor parte del espíritu, la fuerza viril, la he conservado para el amo futuro... Apoyado en tu brazo, desafio al siglo. »

Domingo, el fraile siniestro que guia la conciencia real, vé en don Carlos algo monstruoso y confía á Alba sus aprehensiones : « El corazon del infante arde por una nueva virtud que orgullosamente se basta á si mismo y no implora ninguna creencia. PIENSA! Quimeras estrañas exaltan su cabeza. Honra al hombre! »

Tal es el Don Carlos concebido por Schiller.

Ahora, dejémosnos caer de las alturas para pisar la tierra y busquemos la verdad.

V

En otros tiempos, para saber un poco de historia, no habia mas medio que leer los libros que de ella tratan. Nosotros hemos cambiado todo eso. Hoy llegamos á la adolescencia con un pequeño caudal de conocimientos, que no tienen mas inconveniente, que ser perfectamente falsos y perjudiciales. La historia, aprendida en las novelas, es el piano que se toca de oido. A las primeras lecciones, hay que olvidar todo lo que se sabe, iniciar, con cierto sentimiento de vergüenza, una nueva educacion intelectual. Quiero hacer aqui una confesion que estoy seguro podrá servir á mucha

gente que aspire á ponerse en estato de gracia por medio de una absolucion plenaria. D'Artagnan, como lo ha dicho L. Lopez, fué mi primer catedrático de historia. Cuando, al leer el primer libro sério que cayó en mis manos, me encontré con el odioso cardenal de Richelieu y mas tarde el despreciable Mazarino, cuál no seria mi sorpresa al sentir desvanecerse mi antipatia profunda hácia esos dos hombres de estado, absorto ante la obra colosal del primero, la habilidad fecunda del segundo! ¡Cómo! *L'homme rouge* de Marion de Lorme es un grande hombre! ¡Fouquet, el magnánimo prisionero de Pignerol, un concusionario vulgar y bajo! ¡Luis XIV el tirano mas odioso que la Europa haya visto en los últimos siglos, despues de Felipe II! ¡Isabel de Inglaterra, esa *virago* vieja, fea y cruel, la mujer mas grande de los tiempos modernos! ¡Rosny, el malvado que Crillon aplasta para salvar á Pontis, á mi amigo Pontis, era el gran Sully! ¡Colbert, ese oficinista despreciable, envidioso, cuyas intrigas pierden á Fouquet, era... Colbert! ¡Y esos príncipes seductores de la Fronda, en cuyas filas hubiera peleado entusiasta, eran simplemente los últimos barones feudales, brutos, ávidos, groseros é insaciables! ¡Condé, el deslumbrante Condé, un traidor á la patria!...

¡Cuanta, cuanta lectura he necesitado para desprender mi espíritu de la influencia de la sirena que meció mis primeros años! Jamás un hombre de imaginacion será un sabio, no porque le falte la fuerza de voluntad necesaria para dedicar su vida entera al estudio, sino porque las nociones exactas que adquiera, tendran siempre que luchar con las primeras impresiones re-

cibidas y confundirse con ellas hasta el punto de influir constantemente sobre sus juicios.

Lo confieso, ántes de conocer la historia de España, conocia á Schiller. Hubo un tiempo en que no juraba sino por el autor de *Wallenstein* y en que sabia sus piezas casi de memoria. Mi entusiasmo es hoy mas razonable, pero no menos sincero. El poèta ha envejecido un poco; nuestro mundo moral está mas lejos del primer cuarto de este siglo, que aquel de la Edad Media. La accion de *Gœtz de Berlichingen* parece nacida en pleno siglo XIV. Los dramas de Schiller ocupan ya la penumbra serena y respetada del viejo Corneille.

Sin embargo la lectura del *Don Carlos* me preocupó; fuera porque Posa absorviera toda mi simpatia, fuera por un instinto, Don Carlos me pareció siempre falso. No podia comprender esa altura moral en un hijo de Felipe II; mas aun, confieso que, por un procedimiento constante que me era habitual en esos tiempos, habiéndome pregutado que habria hecho en el caso de D. Carlos, me contesté sencillamente que me habria dado muerte ántes de decir una palabra de amor á la mujer de mi padre. Schiller no me habria cantado, pero las cosas del mundo no habrian andado peor.

Cuando conoci á Don Carlos, el genuino, el verdadero, el de la historia, me di vuelta hácia el interlocutor que tiene hogar eterno dentro de nosotros y le dije, con la cara mas triunfante que me ha sido dado componer en el ejercicio de mi vida decorativa : « ¿No te lo habia dicho? »

VI

Un momento Carlos V. pensó en casarse con María Tudor; cuando el magnánimo emperador tomó lenguas, supo que la reina inglesa, á mas de cruel y desagradable, era vieja y fea. Se rascó la barba, porque la política exigia esa alianza y al fin tuvo una idea: la casó con su hijo D. Felipe. El infante pasó á Inglaterra y se resignó á los dos tragos mas amargos de su vida: tomó un vaso de cerveza y se casó con María *la Sangrienta*. Dios tuvo piedad de la humanidad y no les dió prole, si es que algo hicieron por tenerla. El diablo á su vez se mezcló en los asuntos de su compadre Felipe y el infante quedó viudo. Pero no olvidó. En el correr del tiempo, la política se presentó de nuevo é hizo necesaria una aproximacion á la casa de Francia. Pidió la mano de la princesa Isabel, hija de Enrique II, para su hijo el infante D. Carlos. Le fué concedida; pero, á ejemplo de su padre, tomó lenguas á su vez, supo que la princesa era una mujer jóven y bellísima, se rascó tambien la barba y encontró una idea sumamente sencilla: « Mi padre me hizo casar con una mujer horrible que le era destinada, yo me caso con una mujer hermosa que estaba destinada a mi hijo. » Y Felipe II, que habia despachado ya dos mujeres y que estaba escrito enterraría aun dos otras mas, suplantó á su hijo. D. Carlos no se dió cuenta de la cosa por la sencilla razon de que, cuando la boda se celebró, tenia solo doce años.

Luego creció; un hércules, pero esculpido por un marmolero. Una cabeza diforme, estevado, contrahecho. Se parecia á su padre, pero sin su palidéz cadavérica. D. Carlos era muy moreno. Tenia los ojos estraviados y sombrios.

En cuanto al carácter, he aquí los rasgos generales consignados por los historiadores de Thou, Cabrera, Llorente, Prescott, etc., que destacan bien la figura de ese simpático personaje. Desde luego, la única alusion que de él hace el Taciturno en sus cartas, es la siguiente: « El príncipe de España ha comido, en éstos últimos dias, diez y seis libras de fruta, cuatro libras de uvas inclusive, en una sola vez, y, en consecuencia, ha caido enfermo. » El placer predilecto de D. Carlos en la infancia era martirizar animales, desplumar aves vivas, etc. Un dia le trajeron unas botas que encontró chicas. Cayó en un furor indecible, hizo cortar las botas en trozos menudos, preparar un guisado con ellos y obligó al zapatero á comérselo íntegro. Conozco gente, mártires ilustres de crispines chambones, que en el fondo del alma perdonará á D. Carlos ese rasgo.

El cardenal Spinoza habia retenido un dia por casualidad en su morada á un actor que debia, por órden espresa de D. Carlos, representar uno de sus papeles favoritos. Furioso, el príncipe aprovechó la primera vez que vió al prelado en palacio, lo acogotó, sacó el puñal y se aprestó á matarlo. La entrada súbita del rey salvó la vida del Gran Inquisidor... Podria citar muchos casos análogos, como cuando ordenó pasar á cuchillo una familia entera, en la que habia un moribundo, porque de la ventana de la casa habian

caido algunas gotas de agua sobre el príncipe ; como cuando, en la universidad de Alcalá, intentando ultrajar una mujer, cayó de una escalera y se hirió gravemente el cráneo, lo que se cree influyó en su razon, etc. No hay duda que abominaba á su padre y que abrigaba ideas criminales hácia él. Ademas, aspiraba ardientemente al gobierno de Flandes. Cuando le fué dado al duque de Alba y el nuevo gobernador fué á despedirse del príncipe, fué recibido, dice Motley, como si hubiera caido en el antro de una bestia salvage. D. Carlos saltó sobre él enfurecido y el puñal en la mano. Le cubrió de injurias y le declaró que no cumpliria su mision porque no saldria vivo de sus manos. Iba á apuñalearlo, cuando el duque le tomó á brazo partido. Siguió una lucha violenta. Ambos rodaron por el suelo, el príncipe golpeando y mordiendo como un poseido, el duque defendiéndose como mejor podia, sin poner en peligro la vida de su adversario. Varias personas sobrevinieron á tiempo para detener esa escena vergonzosa...

¡Qué léjos estamos del hidalgo sentimiento que Schiller suscita para poner la espada en manos de D. Carlos! ¡Qué léjos de la altiva frase de Alba y de la noble respuesta del príncipe : « ¡Pienso cuanta sangre de su pueblo, ha debido correr para que dos gotas pudiesen hacer de vos un rey! — Es cierto ¡ por el cielo! y en dos palabras habeis espresado lo que el orgullo del mérito puede oponer al orgullo de la fortuna! »

VII

La rigorosa severidad del método científico califica aún de problema histórico la muerte de D. Carlos, ocurrida á los veinte y tres años de edad. El asesinato de Montigny perpetrado por Felipe II con una crueldad y un sigilo dignos de una fiera, solo se descubrió trescientos años mas tarde, cuando las cartas del sombrío monarca vieron la luz. Felipe escribió dos cartas al papa Pio V. sobre D. Carlos; en la primera, que es conocida, le dá las razones del arresto y juicio del príncipe. Se supone que la segunda, que duerme aun en los archivos del Vaticano, contiene los detalles de la ejecucion... De Thou la narra largamente. La conciencia universal ha fallado ya; pero hoy, que los archivos han arrojado á la luz del dia los secretos todos del reinado de Felipe, ese crímen monstruoso ha perdido casi su horror, tan lógico es en la naturaleza infernal de su autor.

Solo la infamia sin límites de Felipe II ha podido hacer nacer en el alma de Schiller el deseo de ennoblecer la memoria de D. Carlos. Pero ya lo hemos visto: familia de chacales que se devoran entre ellos.

1884.

PRO POETA

GERVASIO MENDEZ[1]

Una mañana, todos aquellos que en Buenos-Aires tienen predileccion por las letras, se han despertado arrullados por una música suave à la que sus oidos no estaban habituados. Perdidos en las vastas columnas de un diario, entre el tosco editorial y la insípida noticia, habian encontrado unos versos, firmados por un nombre desconocido la vìspera, pero que desde ese momento conquistaba su sitio de honor. Gervasio Mendez ha hecho su aparicion en nuestro mundo intelectual, rodeado del atavio de la inspiracion poética y envuelto en la aureola del sufrimiento. Aun sentíamos el ritmo en el oido y la impresion en el alma, cuando supimos que esos cantos se habian levantado de un sepulcro. El poeta estaba en la miseria : terrible

1. Este artículo fué escrito con motivo de la primera fiesta literaria que se dió en Buenos-Aires en obsequio del poeta enfermo.

tradicion que se perpetúa desde el primer momento en que brotó un pensamiento elevado del cerebro de un hombre!

Pero Mendez no podia arrastrar su pobreza y su orgullo como un rapsoda de los viejos tiempos, deteniendose en la puerta del hogar al caer la tarde y embalsamando la tranquila atmósfera que abriga los sagrados amores de la familia, con los mil perfumes de la leyenda. Mendez habia venido á la vida en momentos en que la ansiedad del porvenir domina todos los espíritus; como casí todos nuestros poetas, era algo como un astro escapado de su órbita eterna y perdido en un mundo sin luz y sin armonia.

El pobre jóven, en cuya inteligencia se debatia la actividad prodigiosa de la inspiracion, estaba amarrado á la quietud mortal del paralítico.

Desde ese instante, el sentimiento público, ese gran corazon anónimo, único capaz de comprender las profundas caidas y único tambien que puede consolarlas, amparó á Mendez. Por mi parte, debo confesar lealmente que el espectáculo que he presenciado en ésta ocasion, ha producido en mí una revolucion. Habia perdido la esperanza de ver jamás en mi tierra la vuelta del dia brillante en que se honráran los espíritus iluminados; creia que la pesada lápida del positivismo habia caido para siempre sobre todas las ilusiones, todos los anhelos secretos, todas las aspiraciones vagas de una juventud palpitante de vida y entusiasmo.

Y bien! Los que amamos los poetas y ansiamos para nuestro pais un rayo del sol divino que fecunda el suelo donde nacen los artistas, hemos presenciado

absortos ésta especie de transfiguracion que se ha operado á nuestra vista. Tal vez en éste momento, Gervasio Mendez tenga lleno el corazon, húmedos los ojos y perfumada el alma con el sentimiento santo de la gratitud, pensando en los nobles jóvenes que han organizado la fiesta para alentar al enfermo en sus dolores y honrar al poeta con altura. No, Gervasio, son ellos, somos nosotros todos, es el publico que ha escuchado, los que en adelante te estarán gratos. Crees acaso que no es un don del cielo, revelar á aquel que pasaba la vida indiferente, que su alma está templada al calor supremo de las grandes cosas y descubrir ante su mirada atónita un mundo nuevo de emociones? Crees que no hay un intimo deleite en oir retumbar dentro de si mismo el éco de un verso ó el ritmo de una armonia?

Y nadie nos podrá decir despues de tantos siglos de estudio, despues del portentoso esfuerzo del espíritu humano por buscar las secretas y misteriosas leyes que lo rijen, en qué consiste ese amargo destino de los que han venido al mundo con un poco de luz dentro del cráneo?

Julio Janin decia, hablando del famoso librero Ladvocat, el Mecenas de la admirable pléyade de los románticos, que habia muerto pobre, desconocido, miserable, en un lecho ajeno, como si hubiera sido un simple poeta! Cuanta amargura en esas palabras! Tienen algo de la resignacion de los martirios supremos! Todos los grandes nombres vienen á la memoria, los puntos brillantes se destacan de la leyenda de la humanidad y allí donde aparece la figura de un poeta, allí el cielo se oscurece, las tristezas infinitas de la

vida se agolpan y el espíritu se satura de una atmósfera desgarradora hasta que esa vaga figura desaparece, para dar lugar á un personaje imbécil, brutal, que nace entre grandezas y muere entre himnos de gloria!

« Pero admirad, añade Janin, los consuelos de la poesia y cuanta resignacion y valor dá á los que la aman dignamente! En lo mas fuerte de las sangrientas reacciones del triunvirato, Ciceron acaba su obra mas bella. Séneca muere corrijiendo en el baño los últimos capítulos de su filosofía. Lucano, ese gran poeta, tan justamente querido de Corneille, se apresura á leer la *Farsalia* ántes que el tirano le envie la órden de morir. El *Satiricon* de Petroneo ha sido escrito en un baño de sangre. André Chénier ha dictado sus versos mas bellos en la Concergeria, una hora ántes del cadalso. Si, la poesia es el consuelo supremo; es una religion benéfica, es la moderacion en los dias felices, el valor en los dias de duelo, es mas que la potencia, es la fuerza! »

Nosotros que nos conmovemos profundamente ante ese cuadro de una vida sin juventud, de una juventud sin alegria, los que sentimos un cariño inagotable por el jóven desdichado, sabemos acaso sino encuentra consuelos inefables á sus sufrimientos, en los coloquios encantados de su espíritu con la misteriosa virgen que al caer la tarde ó al iluminarse los cielos, viene suavemente á derramar en su oido un raudal de armonias celestiales? Nosotros que vencemos al dolor por el olvido ó por la lasitud del organismo que se embota y entorpece en la lucha, nosotros, los desterrados del mundo ideal, como podemos penetrar en esas natura-

lezas esquisitas, que por su esencia misma, deben vivir en un mundo aparte?

Cuan amargamente reia Kean, cuando el heredero del trono de Inglaterra, para disipar la nube implacable qne sombreaba su frente, queria hacerlo subir en su coche, rodearlo de las pompas de la tierra! La naturaleza es la madre eternamente cariñosa que alienta y cuida á sus hijos, amparando con su mano fecunda á los mas desgraciados. Quien de nosotros tendria fuerza para resistir el golpe sin piedad que hiere en los primeros y mas bellos años de la vida, que quita el movimiento, que restringe el horizonte, aleja los mares y disipa con áspera violencia las promesas encantadas de las tierras lejanas, en las que tantas horas incomparables pasa el espíritu de los adolecentes? Quién de nosotros habria resistido la tentacion del suicidio, buscando en el reposo del silencio sin término, amparo contra los dolores sin término tambien?

Es que hay una maravillosa compensacion en todo lo creado, desde el timido pájaro cuya belleza inimitable lo defiende de la rudeza brutal del cazador, hasta el hombre caido, sin conciencia y sin razon, que para todos vive entre tinieblas y que se estingue dulcemente acariciado por las visiones de gloria que pueblan su locura.

Pero es necesario que tomemos sobre nosotros la tarea de abrir el camino de ese hombre desgraciado. Es nuestro hermano, es mas que eso, es uno de los que nos honran, porque ha nacido en la tierra sagrada, bajo nuestro cielo azul, al borde de nuestros rios transparentes! El nos pagará con usura lo que

hacemos sin violencia ni sacrificio. Su inteligencia se entreabre recien y ya sus primeros ensayos son los del cóndor, que al dejar el nido, domina el espacio. Leed esas estrofas admirables, cuya forma diáfana, parece dejar ver las ideas moverse en su vida vigorosa; apartad uno que otro grito desconsolado, henchido de amargura y vereis que en esos cantos magestuosos en que se habla de Dios y del universo, se estremece algo como el profundo anhelo á la esperanza consoladora. Mendez aun no ha tomado su direccion definitiva. Sainte-Beuve decia que en las tres cuartas partes de los hombres hay un poeta muerto jóven á quien el hombre sobrevive. En Mendez, por el contrario, los dolores de la tierra han muerto al hombre, pero el poeta ha sobrevivido. Cuando se vió arrancado violentamente á la accion, oyó en el silencio desolado de su desesperacion, una voz que le inspiraba. Antes de rimar, antes de abrir ese torrente á su espíritu conturbado, Mendez no sabia que era poeta. Un pensamiento brotó en su cérebro, una armonia sonó en su oido y un himno á Dios se alzó de su alma. Tenia ya un vínculo en la tierra, vinculo soberano, porque tambien lo ligaba al cielo.

Es tal mi opinion sobre el caracter de las primeras poesias de Mendez, que no sabria precisar el jiro ulterior de su espíritu. Hasta ahora no veo en ellas mas que la influencia, en la forma, de la manera de Ricardo Gutierrez, con los elementos de una incontestable personalidad en el fondo. No es éste por cierto un cargo al poeta entreriano.

Gutierrez es el poeta de los que sufren; era el poeta lógico de Mendez. En algunas de sus composiciones,

Mendez ha tomado la forma del cantor de *Lázaro*. Pero las ideas le pertenecen, su inspiracion es íntima y en la fijeza de sus imágenes, en la profundidad de sus ideas, se adivina un futuro maestro del estilo. Pero no temais que cuando esa inteligencia se desarrolle, se complazca en los encantos esclusivos de la forma. Nuestro mundo no es el mundo de los griegos, en que imperaba despóticamente la belleza plástica. No es tampoco el siglo excelso de los romanos, el siglo del estilo de oro sobre el satinado papiro, ni la época florida del gran rey, aquel maravilloso siglo XVII en que Agamemnon y Clitemnestra hablaban en el lenguaje de Lauzun y M^me^ de Longueville. Estamos aun envueltos en la corriente que ahora cien años brotó del seno de la Francia; la revolucion nos arrastra en las ciencias, en las artes y en las letras. La ciencia no busca ya las utopias soñadas en la edad infantil, las artes no moran en los cielos y las letras tienen otra mision que formar con las ideas arabescos y relieves arquitectónicos. Vamos buscando en todo la esencia, la constitucion íntima de las cosas; abrimos el cráneo para espiar en las celdas del cerebro la gestacion de las ideas, asolamos los cielos con el implacable telescópio para probar que está vacío de divinidades, cruzamos bajo el lecho de los mares sin temor de topar con el infierno, desmenuzamos la luz de los astros para buscar las materias que los componen, y saber si han salido del misma seno fecundo que nuestra tierra, penétramos, por fin, con el análisis moral, hasta las oscuras regiones de nuestro propio corazon, buscando el secreto indecifrable de nuestro predominio absoluto sobre lo que existe. En éste sa-

cudimiento que abarca á la humanidad entera, los poetas marchan en primera línea. Emanaciones de su época, espresion leal de su tiempo, ellos tambien van al fondo de las cosas. No, Mendez jamás será un idólatra de la forma. Será un poeta y como sus ideas serán grandes y altivas, esperad tranquilos; ellas solas encontrarán el bello ropage en que deben presentarse ante el espíritu.

Ahora bien, determinado de ésta manera el carácter íntimo del intelecto moderno, si puedo espresarme así, nace al momento en el espíritu menos materialista, una objecion que á primera vista viene rodeada de todo el aparato de la verdad. Si la sociedad contemporánea marcha esclusivamente en la via del positivismo, si lo que busca sin reposo es la realidad, y los medios de adquirir, por la ciencia, el dominio absoluto de la materia ¿que importancia tienen, que destino, que evolucion estan destinados á llenar los poetas, en el desarrollo del pensamiento humano? El atavio poético queda relegado al infimo órden de las artes accesorias; no tiene significacion en si mismo y solo sirve para dar forma estética á la enseñanza cientifica, adornar las páginas de historia con la magia del estilo y ayudar, en la elocuencia de la tribuna, la didáctica oratoria. He ahí, en breves palabras, toda la heregia de la escuela utilitaria. Basándose, con Augusto Comte, en que cada edad de la humanidad tiene su manifestacion especial, creen que la nuestra no puede reconocer como éco legítimo el canto inspirado ni la concepcion poética.

Creo, por mi parte y espero no perder nunca el consuelo de ésta fé, que las modificaciones que el

tiempo y el espacio operan en la conciencia de los hombres, son puramente relativas, ésto es, que jamás penetran hasta transformar la esencia íntima de nuestra organizacion moral. Naturalmente, como lo he dicho antes, nuestro ideal no es el mismo de los griegos, ni de los romanos ó scandinavos; vivimos en otro mundo intelectual, empapados en otra corriente y buscamos, como todo lo creado, la ley eterna de la armonía. Sin embargo, un dia un sublime impostor se presenta en Inglaterra lanzando el grito de buena nueva : Mac-Pherson dice que vagando entre las montañas de Escocia, los génios del pasado le han cantado al oido las viejas baladas y los sonoros himnos de los bardos gaëlicos. Ossian se revela al mundo, el mundo lo ampara, lo acoje, lo reverencia, lo idolatra. Gœthe mismo, en el momento terrible de su romance, cuando Werther vá á caer, en aquella entrevista suprema, que va á resolver de la suerte del jóven de alma enferma, se siente dominado por el asunto; la intensidad del pensamiento, la fuerza intima de la accion, silenciosa pero desgarradora, parece requerir ávidamente el auxilio de la música; la palabra humana no alcanza ya, la voz del poeta se ha agotado... cuando un himno de Ossian se eleva de los lábios de Werther :

« Blanca estrella, casta mirada de la noche, diamante luminoso en la frente azul del crepúsculo, qué vés en la llanura? Los ruidos del dia han cesado, los vientos se callan y el éco del torrente vá á desvanecerse. Estrella brillante, qué miras en la llanura? Pero ya tu suave resplandor desciende lentamente sobre la franja del horizonte. Las olas del mar se entreabren para recibirte y bañar, ó hija del cielo, tu argentada

cabellera; adios, estrella silenciosa, que el fuego de mi génio se ilumine en tu lugar! »

Concluid ese canto, que parece la traduccion de los vagos écos del mar, en sus eternos amores de la playa, medid si podeis la intensidad de vuestra emocion y dudad despues de la mision de los poetas sobre la tierra, en todos los tiempos y en todas las edades! Y Mac-Pherson, por un esfuerzo sobrehumano, se ha desprendido del mundo moderno: no hay en sus versos esa carne de nuestra carne que nos arrebata en Byron ó Musset. Está en plena barbarie segun el criterio científico de nuestros dias. Sus pasiones no son las nuestras, sus cuadros son los eternos é idénticos paisages primitivos, es la luna sobre la montaña, es la brisa áspera del Norte, es el empuje del guerrero cuyo brazo formidable se abre la senda de la victoria entre la hueste enemiga. Entónces, porqué nos cautiva, porqué nos subyuga, porqué nos hiere con la violencia de un pasage de Homero, mas grande y augusto que él ó un terceto del Dante, mas profundo y mas sombrio? Porque todos ellos han cantado lo que no pasa, lo que es immutable y permanente en nosotros, los sentimientos que forman la base granítica de nuestra constitucion humana. Los celos de Otello los encontrais hoy, oscuros como en el corazon del moro, en el rudo pecho de un salvaje ó en la profunda desesperacion del hombre de mundo, como los veis ya en la primera edad del mundo, cernirse sobre la tragedia antigua, en los arrebatos siniestros de Medea. El pico de un pastor bendecido, como dice Saint-Victor, descubre en el suelo de la Hellada la maravillosa virgen de Milo, despues de su sueño de tres mil años y la humanidad se pros-

terna ante esa grandiosa manifestacion intelectual y se recoje en el silencio de los grandes respetos, pensando en el pueblo sin igual que creaba esos portentos.

En una palabra, la inteligencia es siempre idéntica á si misma y todo lo que la hiere una vez, porque reviste un carácter fundamental, arriba de toda transformacion del criterio, la herirá eternamente, hasta el último instante en que un hombre se ajite sobre la tierra. Hay en ésto una contradiccion aparente con lo que he dicho mas arriba, respecto á que nuestro ideal ha variado del de los antiguos. No es así, sin embargo; no pudiendo alcanzar esos esfuerzos inimitables como sencillez, grácia y espontaneidad, porque el mundo en que vivimos es complejo, buscamos otro órden de manifestaciones que produzcan sobre nuestro espíritu el poderoso efecto de la belleza. Lo que ha sido transitorio en los Griegos y Romanos, tiene para éste siglo el esclusivo interés histórico.

Las comedias de Aristófanes, los himnos de Píndaro, las églogas de Anacreon, nos dejan completamente indiferentes, como los amanerados sollozos de Ovidio ó las obcenidades de Petroneo.

Donde me arrastra mi pensamiento! Cuan poderosa y benéfica es la influencia de las ideas elevadas! Se me ha hablado de Gervasio Mendez, se me ha pedido una palabra para honrar al poeta y héme aquí hundido en esa region querida á mi alma, en la que se mueven los hombres de génio, chispean los versos, deslumbran las estátuas en la inmaculada blancura del mármol ó encantan los colores indescriptibles de los pinceles divinos! No hubiera podido dominarme hasta

el punto de traer un trabajo sério, arrancado al estudio, porque siempre que se habla á mi corazon, mi espíritu se inclina en humilde vasallaje. Verdad tambien que el « inquieto gozo de una deliciosa esperanza » me embarga por completo; creo, como lo he dicho ya, que este movimiento iniciado por Mendez, no va á desvanacerse sin trascendencia. Hay sacudimientos demasiado intensos pera esterilizarse.

Considerada nuestra vida social en su carácter esencial, que es la monotonía, parece imposible que en una tierra semejante pueda nacer y desarrollarse esa planta original que se llama poeta. No tenemos la condicion propia para determinar la actividad del espíritu, la variacion; en los acontecimientos diarios no hay tela para asuntos poéticos. Indudablemente esto es exacto, si se refiere á un género que dia á dia vá perdiendo su pasada preponderancia, aquel que aniquila la personalidad propia y hace mover la inteligencia creadora en el mundo objetivo. Pero á mi juicio, no es ese el campo de la poesia moderna y mucho menos de la futura. Todo lo que no arranque del hombre mismo, lo que no venga santificado por la influencia de un sufrimiento intimo, dignificado por una profunda y serena reflexion ó bronzeado por el contacto abrasador de las pasiones, no alcanzará su fin, saldrá del círculo del ideal que nos vamos formando con los mil elementos de la sociabilidad contemporánea.

Y encuentro una prueba de ésto precisamente en la bella fiesta literaria dada en obsequio de Gervasio Mendez. Analizad uno por uno los trozos mas aplaudidos, aquellos que han entrado mas profundamente

en el corazon del público y vereis que todos ellos arrancan de esa eterna naturaleza humana siempre idéntica y siempre desconocida.

Solo se presentaron dos composiciones en prosa : *La indole poética de Gervasio Mendez*, por D. Bartolomé Mitre, y : *El Parnaso antiguo*, por el D^{r} D. Juan Gutierrez.

El trabajo del general Mitre es un interesante estudio de la naturaleza intelectual de Mendez, como es posible apreciarla desde ahora. Escrito con la correccion que distingue el autor, revela una viva y generosa simpatia por el jóven poeta.

Tengo un profundo respeto por D. Juan M. Gutierrez. Es un atleta de las letras argentinas. Su amor eterno por las cosas bellas parece haber iluminado su fisonomia, dado un brillo atrayente á sus cabellos blancos como los de Longfellow. Es un hombre que ha vivido en un mundo encantado, porque despreciando la ola furiosa del positivismo que ha pasado á sus piés, se ha encerrado en su modesto Túsculo y como el filósofo latino, ha empleado las horas de su vida en adornarla de puras emociones.

Pocas veces ha bajado á la prensa, esa arena ardiente que á todos nosotros nos tuesta el semblante y endurece el corazon, esa *alma nutrix*, como diria Janin, que á todos nos absorve, pero que á todos nos levanta. Hundido en sus recuerdos, rodeado de sus esperanzas, ha estudiado las manifestaciones de aquellos espíritus elevados, que para nosotros pueblan el pasado y que para él encantan las memorias de su juventud. En esa tarea grave y tenaz, pero serena, su inteligencia parece haberse pulido, su gusto purificado y en la edad

en que Voltaire empezaba á burlarse de todo y en que Goethe se encerraba en su supremo egoismo, tiene acentos de entusiasmo juvenil, pesares de la adolecencia, emociones de los veinte años. No lo veis, como á Schiller jóven, ó á Heine ántes de la parálisis, echar de menos el mundo helénico y mirar tristemente los astros del firmamento, que hoy descompone el espectrómetro y que ahora tres mil años eran dioses que poblaban los cielos y rejuvenecian al mundo al sacudir su cabellera, como la Vénus del *Rolla*? No encuentro nada mas alentador para la juventud que esa figura serena, que ya no espera como nosotros un *revival* literario y que no lo necesita para perseverar fiel á su culto.

Jóven que pasas, descúbrete!

Entre todas las poesias que se leyeron, dos han estremecido el auditorio; la *Fé*, de Agustina Andrade y un fragmento de la *Fibra salvage* de Ricardo Gutierrez.

Agustina Andrade tiene diez y seis años y es hija de Olegario Andrade, el autor de la *Creacion*, del *Canto a América*[1], que VV. no conocen, pero que alguno ha de encontrar y publicar, para honor de las letras argentinas.

Ahora algunos años, Lucio V. Lopez dió á luz un *Canto al Cuzco*, animado por un admirable aliento épico. Fué encontrado bueno, el nombre del jóven que tales ensayos hacia corrió de boca en boca y cuando ese canto adquirió carta de ciudadania en nuestro pequeño mundo intelectual, los críticos del dia siguiente

1. La *Atlántida*, cuya publicacion fué un triunfo.

descubrieron que ese jóven tenia un padre que se llamaba Vicente Fidel Lopez, que habia escrito la *Novia del Hereje*, algunos libros de historia y arqueologia, etc.; luego, era él el verdadero autor del *Canto al Cuzco*. Y en esos momentos, precisamente el D^r^ Lopez perseguia algunos fugitivos sonidos del sanscrito entre las sonoras armonias del quíchua! Como para rimar estaba su espíritu!

Esa misma noche he oido en la Opera decir á varios individuos que los versos que acababan de leerse eran de Olegario Andrade. Es no comprender la delicadeza esquisita de un hombre que descubre talento en su hija y que por nada en el mundo lo sombrearia con una supercheria. Pero si teneis ojos mirad, si teneis oidos, oid, por Dios! Creeis que esas ideas frescas, tímidas en su mismo arrojo orijinal, que esa forma musical que arrulla, como arrullan los pájaros y los árboles, con el divino atavio de la sencillez, pueden tener otra cuna que la inteligencia primaveral de una criatura?

La Fé, á mi juicio, es una revelacion. Creo que Agustina Andrade es poeta y espero tranquilo el desarrollo de esa fuerza, porque será brillante.

Despues de la representacion de una comedia de Dumas hijo, que obtuvo un éxito asombroso, alguien detuvo en un corredor al viejo Dumas.

— Confesad que habeis hecho algo en esa pieza, lo dijo.

— Yo lo creo! He hecho al autor!

Eso puede contestar Andrade á los que le atribuyen alguna de las bellísimas cuartetas de la *Fé*.

Cierro aquí éstas páginas escritas bajo la impresion

de esa noche para mi llena de emociones, esperando que la santa madre naturaleza haga uno de sus esfuerzos generosos y devuelva á la vida, á la salud y al movimiento al triste jóven que ha detenido un momento las miradas de éste pueblo versatil é indiferente ante el cuadro de su suerte sombria.

1875.

UN LIBRO RUIDOSO

Las Memorias de Judas

I

El Judas á que ese libro se refiere, es ese mismo Judas Iscariote, modelo de los traidores en todos los tiempos y que á estar á ciertos moralistas modernos, es el padre de una raza numerosa que está léjos de estinguirse, por la sencilla razon de que responde à un aspecto inmutable de ésto que se llama naturaleza humana. Para esos moralistas, como para todos los que buscan la solucion de los problemas históricos y sociales en los versículos de la Biblia ó en las parábolas del Evanjelio, Judas es el primer traidor en el tiempo y el espacio. De los traidores anteriores á J.-C. ni una palabra.

Verdad que esos buenos señores no tienen reparo en condenar á la hoguera eterna á los miles de millones de hombres nacidos y muertos antes de la apa-

ricion de Jesús de Nazareth, en los diez ó quince mil años de existencia que contaba ya el mundo, bajo pretesto de que eran unos perros descreidos.

Exactamente lo mismo que si mañana los alemanes derribaran la estátua de Arminio, porque el muy bárbaro, para rechazar las legiones de César, no empleó ni el fusil de aguja, ni el cañon Krupp.

El pobre Judas de Kariot [1], que tal era el verdadero nombre de ese traidor lejendario, ha sido víctima durante mil ochocientos setenta y siete años, segun Petrucelli, de una de esas acusaciones que maculan eternamente la memoria de los hombres.

Pero parece que las rehabilitaciones históricas estan de moda.

Sin contar los esfuerzos hechos en Alemania por levantar á los ojos del mundo moderno el cesarismo romano, como antecedente histórico del cesarismo germánico: sin contar aquellas apologias de Tiberio y Diocleciano, que repugnan al criterio moral de los contemporáneos, se ha visto en Francia, durante los diez y ocho años del segundo imperio, reaccionar el estudio de la Roma de los Césares, contra el concienzudo análisis de la Roma republicana, emprendido por los pensadores del siglo pasado.

Duruy, el historiógrafo imperial, ha tomado la cosa tan á pecho, que luego de caido Napoleon III, comprendió que su vida estaba amarrada á un objetivo del pasado y ha continuado los admirables estudios sobre las instituciones generales del Imperio de Occidente que le han abierto las puertas del Instituto.

1. *Kerioth*, pequeña aldea próxima á Jerusalem y de la que era originario Judas.

Ayer no mas, hemos admirado el esfuerzo de un hombre, pretendiendo rehabilitar la memoria de Lucrecia Borgia, demostrando la injusticia de las acusaciones que sobre ella han pesado.

En Inglaterra, Hepworth Dixon borra una página de Macaulay, en un libro atrevido y palpitante de verdad, en el que prueba que los datos reunidos por el ilustre historiador whig para oscurecer la bella figura de Guillermo Penn, eran completamente falsos, por cuanto el Penn infame, que traficaba con el honor de mugeres y la vida de hombres, era un homónimo del austero fundador de la Pensylvania.

En Italia, Guerrazzi, guiado mas por su corazon, que por el estudio, escribe el *Asedio de Firenze* como un desmentido sublime á los que habian sostenido por tres siglos y medio, que Miguel Angel habia abandonado cobardemente las murallas de su patria, embestidas por el estrangero.

Lástima que la crítica histórica, que no se deja dominar por las simpatias instintivas, haya á su vez destruido el edificio tan laboriosamente levantado por Guerrazzi, encontrando una carta del Buonarrotti en que confiesa haber cedido á una ofuscacion momentanea al abandonar á Florencia sitiada. « Un hombre se me acercó, dice, é inclinándose á mi oido : huye! me dijo. Obedecí instintivamente, sin darme cuenta de lo que hacia. El desconocido me acompañó hasta fuera de los muros. Jamás he sabido quien era ese hombre. Era mi mal génio acaso [1]? »

Pero pasado ese momento de perturbacion moral,

1. Véase la « Revue Historique », tomo II, Julio 1876.

Miguel Angel vuelve à su Florencia adorada y llega á tiempo para compartir sus mayores peligros y sus mas aciagos dias [1].

Guerrazzi ha debido sonreir en su tumba, porque la rehabilitacion que él buscaba en el calor cariñoso de su alma, la ciencia la ha encontrado friamente.

II

Petruccelli ha visto en las acusaciones de S. Juan Evangelista contra Judas de Kariot el simple resultado de un resentimiento personal, originado por algun incidente ocurrido entre ambos y sobre cuyo carácter el humorista italiano ha opinado con mas burla que éxito.

Judas de Kariot, descendiente de uno de los partidarios mas consecuentes y valerosos de los Macabeos, miembro del partido de aquellos *torys* de Jerusalem, los saduceos, como los llama Dixon [2], jóven, bello como un Antinoo, rico, ilustrado y con una vasta esperiencia de la vida, escribe sus memorias, ni mas ni menos que un Benvenuto Cellini, un Santiago Casanova ó un Talleyrand, cuarenta años despues de trascurridos los acontecimientos que en ellas relata.

Ha vivido largo tiempo en Roma, enrolado en las filas de la eterna juventud dorada, siguiendo aquella

1. Idem idem.
2. *The Holy land.*

vida de escándalo y disipasion cuyo ejemplo soberano se tomaba en las orgias nocturnas de Caprea ó en las fabulosas escenas del palacio imperial. Del circo á las brazos de las hetairas, de allí al pórtico en el que el degenerado retor procura encontrar la elocuencia y el vigor en la frase amanerada y la obediencia servil del precepto, habia casi olvidado que su patria, aquella Judea cuya tradicion se confundia con el origen del mundo, gemia bajo la dominacion romana.

Viajó; aprendió como se puede olvidar la dignidad humana en las bacanales infames de la Asiria, como es posible despreciarse á si mismos en las monstruosas bajezas de los griegos, visitó el Egipto, recorrió palmo á palmo la Siria y por fin volvió á su patria con un solo pensamiento, nacido ante aquella leyendaria llanura de Ascalon, tumba y templo de las Macabeos.

Ese pensamiento era la redencion de su patria.

Aquí Petruccelli estudia el estado politico en que se encontraba la Judea. Enclavadas en la Palestina, dos tetrarquias que los romanos habian arrojado á los últimos descendientes de Herodes el Grande, como un premio á su degradacion.

Luego Jerusalem, con todos sus partidos odiándose secretamente, con sus aspiraciones escondidas y con sus sueños de poder. Saduceos, fariseos, esenianos, herodianos, etc. turba infecunda, sin vínculo ninguno y desprovista de influencia sobre el pueblo; que solo cree en dos cosas : la fuerza y lo maravilloso. Para engendrar la primera, es necesario lo segundo, dice un viejo eseniano que ha vivido lo bastante para conocer á sus compatriotas. Es necesario un profeta, un mesias; sin él, la insurreccion de Israel es imposible.

No hay propaganda capaz de combatir el *panem et circenses*.

Hétenos aquí á Judas, alma y nérvio del movimiento revolucionario, en busca de ese instrumento indispensable : un mesias.

Sus primeros pasos se dirijen á Juan el Bautista, el profeta de los esenianos, cuya fama se ha estendido desde el fondo del desierto hasta las calles de Jerusalem.

Pero encuentra que el Bautista es un sectario brutal, sin cultura, sin sentímientos patrióticos, algo como un estóico fanatizado, que solo predica sobre la tierra los preceptos de la moral y que amenaza sin descanso con la cólera divina.

Judas logra interesar en la empresa regeneradora á uno de los degenerados descendientes de Heródes y consigue atraer á una conferencia á Juan el Bautista. Le habla de pátria, de libertad, de independencia, de todo aquello de que hablaban los griegos la víspera de Marathon, los suizos antes de Granson, los españoles antes de Baylen, nosotros antes de Tucuman.

En vez de comprenderlo, Juan insulta al infame tetrarca, maldice á su impura mujer y entrega su cabeza á la venganza de Herodiades.

Judas no desmaya y busca al famoso rabbí Jesús, hijo de José, que ha conmovido ya á la Galilea. Presenta ante sus ojos la perspectiva de Jerusalem, único teatro digno de su genio, el panorama de la redencion de un pueblo y allá á lo lejos todo un mundo de triunfos. Jesús oye su voz, comprende el ideal de Judas y se pone en camino.

Pero una revolucion se ha operado en el alma de

ese hombre. Su lenguage eternamente metafórico, su elocuencia original, desnuda, la parábola constante parecen haber constituido en su espíritu una profunda modificacion. Cuando llega á Jerusalem, pátria, libertad, independencia, todo ha desaparecido para él y su sueño es el triunfo de un sistema de gobierno absurdo, un pueblo regido espresamente por Dios, viviendo en Dios, desprendido de la carne y obedeciendo ciegamente á aquellos en los que Dios se ha encarnado; algo, en fin, que jamás se vió ni aun en las seculares y monstruosas teocracias del Egypto y la India.

Judas llama á Jesús á la verdad, á la obra santa. « Mi reino no es de éste mundo, contesta el galileo. Yo no traigo la guerra : yo predico la paz y la fraternidad! — Pero el estrangero pisa nuestro suelo, insulta nuestro rito, befa nuestra tradicion, absorve el producto de nuestro trabajo, nos oprime con su yugo despótico! — Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios ».

Y Jesús insulta á los fariseos, á los saduceos, á los erodianos, á todos los partidos y á todas las sectas; la ley es severa; el sanhedrim se reune : Jesús es condenado á morir en la cruz, junto con Jesús Barr-Abas y un oscuno ladron. Barr-Abas est un histrion, un infame, la hez del corrompido populacho. Pero Pilatos quiere perdonar á uno de los tres; el pueblo debe elegir. Barr-Abas se salva.

Judas procura salvar de todas maneras á Jesús, pero éste se siente arrebatado en el torrente de su destino. Ha concluido por creerse hijo de Dios y no encuentra término medio á su existencia. Ya lo sabia

el abandonar las risueñas praderas de la Galilea : no podia esperar mas suerte que la púrpura ó la cruz.

Pero Judas no abandona al profeta, ni aun al pié de la cruz. Con la intervencion de Pilatos y por medio de las seducciones de Maria de Magdala, consigue ganarse al centurion que debe vigilar la ejecucion. Cuando Jesús pide de beber, acercan á sus lábios una esponga embebida en un narcótico poderoso, que le hace caer en un letargo tan vecino de la muerte que se confunde con ella. Maria consigue que las piernas y brazos de Jesús no sean rotos á martillazos como es de práctica y cuando los soldados romanos se han alejado y que las sombras de la noche han caido sobre el Golgotha, los dos fieles amigos descienden el cuerpo del triste profeta y sigilosamente lo ocultan.

A los tres dias, los discípulos de Jesús, á quienes Judas no confiára nada, porque habian abandonado miserablemente á su maestro en la hora del peligro, abren el sepulcro en que esperaban encontrarlo y lo hallan vacio.

Comprenden lo sucedido; pero siempre quedan tras los grandes mártires los parásitos de gloria, los herederos felices de todos los sacrificios; y ellos, ese Pedro que negó tres veces al maestro, ese Juan que lo abandonó cuando fué necesario defenderlo, ese Simon que lo injuriaba cuando permitia que derramaran perfumes á sus piés, en vez de pedir el importe y distribuirlo entre los discipulos, todos ellos, en fin, comprendieron el partido que podian sacar pregonando la resurreccion del hijo de Dios.

En tanto Jesús, dos años despues de su suplicio,

moria en Roma, en los brazos de Judas de Kariot, consumido por su alma de fuego.

He ahí, á grandes rasgos, una idea sucinta del libro. Me es imposible detenerme en las figuras accesorias.

Sin embargo, quiero señalar dos creaciones profundamente dramáticas.

Claudia, la mujer de Pilatos.

Ida, la hermana de Jesús.

III

Claudia es una nieta de Augusto, hija de aquella Julia que moria en el destierro y la miseria, purgando una vida infame que habia alcanzado á escandalizar hasta la misma Roma.

A los quince años, Julia la envió á Caprea; se habia arrojado á los piés del viejo emperador, pidiendo el perdon de la madre. Tiberio admiró su belleza, el fuego de sus ojos, la esquisita tenuidad de su piel, la gracia indecible de sus movimientos y el corrompido anciano la elijió para distraerlo durante su baño. Quien quiera conocer las distracciones de Tiberio en ese momento lea una página de Suetonio [1].

Allí se habia criado y desarrollado Claudia, entre todos los torpes vicios que convertian aquella isla en un foco infecto cuyas miasmas alcanzaban á pervertir la atmósfera del mundo entero. El pueblo la miraba

1. Suet. Tiberius : XLIV.

con horror y cuando se trasladaba en Roma desde el Palacio al circo, creian ver pasar la personificacion del vicio en esa niña celestialmente hermosa.

Pilatos, oficial de fortuna, la conoció en Caprea; no ignoraba sus funciones y sin embargo, la pidió á Tiberio. Fué su esposa y recibió como dote el nombramiento de Procurador de la Judea. Claudia quedó en Caprea.

Cinco años la esperó Pilatos en Jerusalem, anhelante, amándola con todo el ardor y la profundidad de su alma española. Por fin Tiberio consintió en dejarla partir y la hija de Julia hizo su entrada triunfal en la ciudad bíblica, henchido de ódio y desprecio su corazon, rebosante de altivez su mirada.

La tarde de su llegada, descúbrese una conspiracion en Jerusalem; sus gefes son tomados, escapando Judas milagrosamente. Encerrados durante el interrogatorio en una obstinada denegacion, son condenados, unos á la cruz, otros al circo, á esas espantosas luchas en las que el hombre, armado de una simple espada corta, debia hacer frente á las fieras mas temibles.

Los desgraciados penetran en la arena, pálidos, pero serenos. Se abre una puerta lateral y treinta horribles cocodrilos comienzan á arrastrarse sobre su vientre lustroso, mientras del otro lado una banda de tigres hambrientos husmean la presa con las narices dilatadas.

De pronto los animales embisten; el tigre salta sobre el cocodrilo que lo recibe en su asquerosa boca dentada y muy pronto entre el polvo y la sangre, el grupo espantoso cae sobre los hebreos que se ven obligados á entrar en combate.

Aquello es atroz y mi pluma débil no alcanza á dar una idea de la narracion palpitante de Petruccelli. Parece una páğina de Flaubert.

Uno solo sobrevive; es Moab, el bravo eseniano habituado á vencer las fieras en el desierto; y contra aquel hombre desarmado casi, rendido, exhausto, se suelta una pantera hambrienta.

Moab triunfa en esta nueva prueba; pero la pantera, acosada, salta la barrera y viene furiosa hácia el grupo mas cercano; allí estaba Claudia, en su palco de púrpura y de oro. Se pone de pié, pálida pero silenciosa. La pantera vá á embestirla, cuando un hombre se precipita entre la fiera y la muger de Pilatos. Bello, esbelto, su mano aprieta el mango de un puñal.

Es Judas.

— Es una romana! dice un eseniano á su lado.

— Es una muger! contesta el noble jóven y de un golpe de puñal tiende muerta la pantera.

Nada mas encantador que aquella Maria de Magdala á cuya casa va á cenar Judas al salir del circo. Tiene en su cuerpo toda la gracia de las mugeres asirias, toda la voluptuosidad de las cortesanas romanas y todo el chispeante espíritu de las hetairas griegas. Ama á Judas sobre todos los hombres y desde su aldea humilde lo ha seguido embriagada de amor.

En el momento de tenderse en el lecho del banquete, un centurion se presenta en la puerta y hace signo á Judas de que lo siga. El saduceo se levanta y va á hundirse en una oscura prision, en la que permanece tres dias en compañia de inmundos animales

que le quitan el sueño hincando los dientes en sus carnes.

Pero Claudia saca al jóven de la tortura que los celos de Pilátos le han impuesto y lo atrae al palacio de Heródes, en medio de todas las delicias del mundo antiguo, que nosotros no alcanzamos hoy á comprender.

No sé que profesor de economía política ha dicho que el último vecino de Paris tiene hoy mas comodidades para viajar que el mismo Luis XIV. El espiritual Aureliano Scholl sostiene á su vez que todos esos caballeros leyendarios cuyas hazañas galantes llenan el mundo y que derramaban el oro á raudales, los Buckingham, Lauzun, Richelieu, etc., solo eran unos desaseados individuos que ignoraban hasta las prescripciones mas elementales de nuestra higiene moderna.

Todo eso puede ser exacto; pero en punto á placeres, debemos confesar que estamos á mil leguas de aquellos bárbaros de la antiguedad que no conocian los ferro-carriles, los telégrafos, ni el café.

Desde Alcibíades que solo se resignaba á oir las lecciones de Sócrates recostado en el olímpico seno de Aspasia, hasta Antonio que ante una sonrisa de Cleopatra arrojaba léjos de sí el cetro del mundo, que refinamiento, que gusto, que imperio colosal de los sentidos sobre todas las cosas de la vida!

Judas penetra en aquella morada encantada y las blancas esclavas lavan su cuerpo, perfuman sus cabellos, lo rodean, lo estrechan, lo persiguen hasta el baño, cruzan ante él desplegando á sus ojos fosforecentes todos sus encantos, todas sus voluptuosidades.

El jóven judio siente hervir su sangre entre las venas, pero alcanza á ver tras una pesada cortina la cabeza de una muger enmascarada. Hace un violento esfuerzo y vence su naturaleza juvenil, que cede estremeciéndose.

Por fin penetra hasta Claudia y allí, en un festin babilónico, abre su corazon á la hija de Julia, le confiesa sus secretos designios y encuentra que la nieta de Tiberio tambien conspira contra el imperio.

La noche avanza, se siente bajo la influencia de aquellos ojos profundos, incandescentes que abrasan cuando miran y en un momento de ofuscacion, posa sus lábios en los cabellos sueltos de Claudia.

Pero Judas no ha penetrado el corazon de esa muger; la romana, que atraviesa el brazo de Pilatos con la flecha que sostiene su cabellera, que lo cubre de ignominia en su supremo desprecio, ama locamente à su marido.

Pilatos tambien la adora y pasa sus noches sombrias, solo, con sus deseos que lo aniquilan, víctima de su propio corazon. Cuando el sufrimiento se hace insoportable, abandona la apartada torre del palacio, se arroja sobre un caballo é hincando las espuelas en los hijares, corre vertiginosamente hasta la puerta de la solitaria mansion de Ida.

IV

Ida es una hermana de Jesús, que á los quince años habia sido vendida por su tio, el infame Barr'Abas, el mas inmundo de los parásitos, el mas bajo de todos los miserables que entonces pululaban en las ciudades, vendiendo su alma, su honor y adulando los mas indignos sentimientos de la plebe.

Pilatos ha visto á Miriam, tal era el nombre inocente de la hermana de Jesús; ha creido amarla y la ha comprado por un puñado de oro. La triste víctima ha concluido por adorar á aquel que la ha arrebatado á su familia, á su tranquilidad, al mundo. Vive de la vida de Pilatos, no tiene mas placer, mas gloria, que disipar con sus caricias las nubes que oscurecen la frente del sombrío romano.

Pero Pilatos ama á Claudia y llega un momento en que abandona á Ida, confesándole su amor por su muger.

Judas ha entrevisto en el circo el rostro de Miriam y ha sentido despertarse en su alma uno de esos amores frenéticos, irresistibles, que ofuscan la razon y llevan hasta el sacrificio de la propia dignidad.

En una noche tormentosa, al salir del palacio de Herodes para ir á tranquilizar á su madre, ha entrado á guarecerse de la lluvia en la morada de Ida. La vé, la habla, la encuentra sumida en un dolor sin consuelo y resuelve desposarla.

Judas cree que Ida es la muger repudiada de Cneius Priscus, oficial romano, amigo de Pilatos, que ha dado su nombre en el asunto del rapto; nunca ha sospechado que fuera la manceba del Procurador de la Judea.

Claudia descubre los amores de Pilatos con Ida y la furiosa romana se traslada á la casa de la dulce hermana de Jesús. — Es allí donde descubre que es amada de su marido; el goce la embriaga, salta sobre su caballo y se lanza loca de amor en busca del reconcentrado español á quien encuentro una profunda analogia moral con *los Byron*, como llama Pedro Goyena á las creaciones típicas del autor de *Lara*.

Judas resuelve al gran vicario Hannah á pedir la mano de Ida; esta resiste, pero al fin, como una alma muerta que ya no vive en el mundo, accede á todo, sin ocultar que en su corazon no hay ya cabida para el amor.

El dia de la boda, Jesús acompaña á Judas como amigo y testigo; ignora completamente que se trate de su hermana. Es ese el momento de la catástrofe: al ver á Ida, Jesús empalidece y reprocha á Judas haberlo llevado á casa de la querida de Pilatos. Todos los presentes, hebreos, se sienten contaminados con la presencia de una impura y abandonan precipitadamente su morada.

La triste Ida, atraida infamemente por Barr'Abas á casa de Hannah á quien la ha vuelto á vender, está á punto de ser deshonrada por Justus, un falso amigo de Judas, á quien Barr'Abas mata. Kariot descubre el paradero de Miriam y los tres, con Maria de Magdala,

acometen la empresa de salvar á Jesús, ya en poder del Sanhedrin y condenado.

Ida se dirije á Pilatos á pedirle la vida de su hermano en cambio de tantas horas de consuelo encontradas á su lado en los tiempos amargos. Claudia la vé y precipitándose sobre la infeliz galilea : « Qué buscas aquí? le grita. Miriam casi inconcientemente y procurando ablandar aquella fiera, haciendole oir un nombre querido : « á Pilatos » responde. Claudia la arrastra fuera de la habitacion y llama á sus esclavos.

Judas se lanza trás la mujer que adora para defenderla, pero dos enormes esclavos lo sujetan y lo obligan á sentarse al lado de Claudia, junto á una enorme pileta en la que va á desarrollarse una de esas escenas horribles que solo se encuentran en los siniestros anales del mundo antiguo.

En la enorme piscina de mármol se agitan algunos centenares de murenas, que Claudia habia hecho venir de la bahia de Puteolis, que produce las mas bellas. Las murenas eran serpientes de mar, largas de dos y tres brazas, ávidas de carne y sangre, á las que los romanos arrojaban de tiempo en tiempo un esclavo para tenerlas mas irascibles.

Judas aferrado á su silla, en la que lo sujetan dos esclavos, ve venir al *lorarium*, el verdugo, con la infeliz Ida en los brazos. El cuerpo de la galilea cae entre las aguas y una lucha espantosa, horrible se traba entre la débil criatura y los feroces animales que se retruercen sobre ella, clavan sus dientes en las carnes y le arrancan gemidos capaces de apiadar las fieras, pero no el alma férrea de una hija de los Césares.

Y mientras Judas se estremece en las angustias de un dolor espantoso, mientras pide á los cielos se desplomen sobre su cabeza ó la tierra se abra ante sus piés, la feroz romana se inclina á su oido y le dice en actitud sarcástica y voz severa :

— Hebreo, la primera noche que me viste, cenando, osaste apoyar tus labios sobre un rizo de mis cabellos. Largo tiempo he buscado el medio de espresarte todo el placer que sentí. He encontrado el equivalente de tu beso. Gozo por gozo!

V

He procurado dar una suscinta idea del libro, porque reputo ser ese medio el mejor para despertar la curiosidad de aquellos á quienes este género de estudios atrae.

Ahora bien ¿como puede clasificarse la obra de Petruccelli? Es un romance, una novela? Es una historia? Es un libro de erudicion? Es un panfleto de controversia?

A mi juicio, no es nada de eso y participa de todos esos géneros. Solo en el mundo moderno se han visto esas producciones híbridas, que no alcanzó á vislumbrar la crítica aristotélica, que el siglo XVII no conoció y que hubieran admirado hasta el XVIII. Adoptar la forma del romance para dar atractivos á la imaginacion, reservar un fondo de criterio científico para las legítimas aspiraciones de la razon, y entre esos dos

estremos, hacer un libro de polémica formidable, he ahí el secreto del éxito maravilloso de *París en América* y lo que levanta las *Memorias de Judas* sobre la masa de publicaciones que la prensa europea arroja anualmente al mundo.

No es mi propósito hacer aquí controversia religiosa, pero debo confesar que en punto á antiguedades hebraicas, creo mas á Salvador, Strauss, Renan, etc., que á los venerables eclesiásticos que copian sin criterio lo que sobre ellas viene repitiéndose desde hace tantos siglos. Petruccelli no se ha contentado con aceptar *bona fide* las conclusiones irrefutables de Strauss y Renan, conclusiones que en el espíritu de todo individuo sensato, levantan la figura de Jesus al punto culminante de la tradicion humana; ha estudiado con la paciencia de un benedictino las páginas dejadas por Josefo, Mischena, etc., y los Evangelios, uno por uno, con criterio positivo.

Continuador de la falange enciclopédica que se ha aumentado en nuestro tiempo hasta el punto de estar próximo el dia en que predominará, triunfo maravilloso de la ciencia, Petruccelli no se ha contenido en el severo recinto científico que por nada hubieran ultrapasado el sábio aleman ó el filólogo francés.

El no tiene aquel espíritu tranquilo, parco en sus entusiasmos, avaro de sus desahogos que caracteriza á los dos escritores mencionados; es una alma ardiente, artística, que busca la ciencia porque la verdad que encierra es bella por sí misma, que adivina el pasado al través de una inscripcion á medio borrar sobre una columna trunca ó á la débil luz de un libro, sobrenaturalmente escapado á los incendios de biblio-

tecas ordenados ó consentidos por los papas de los primeros siglos [1].

Desde los primeros capítulos de las *Memorias de Judas* me vino la idea de establecer un paralelo entre esa obra y otra que á muy justo título ha llamado profundamente la atencion de los sábios europeos. Me refiero á *Salammbô* de Gustave Flaubert.

Para el que ha leido *Madame Bovary* del mismo autor, ese estudio fisiológico-moral donde el realismo ha sido llevado á su estremo definitivo, porque las obcenidades de Belot, ni loa cuadros repugnantes de Emile Zola no pertenecen á ninguna escuela literaria, causará no poca admiracion ese portentoso esfuerzo de resurreccion, digno de un Champollion ó de un Walter Scott.

El cuadro de *Salammbó* es simplemente aquella « guerra inespiable » que entre la primera y segunda guerra púnica asoló á Cartago, cuando ante las hordas bárbaras de los mercenarios la ciudad de Dido estuvo á dos dedos de sa ruina.

Pero al emprender la lectura de ese libro, despojaos de todas las ideas, preocupaciones, hábitos y teorias de la época actual; aquello no es un paisage antiguo, mirado al través del criterio moderno. Es un cuadro del pasado, es una crónica á la manera de Xenofonte,

1. Otra injusticia secular: aquel pobre Omar, que hace quince siglos tiene encima la maldicion de la gente que piensa por haber quemado la biblioteca de Alejandria, resulta inocente de ese hecho bárbaro del que la crítica científica de nuestros dias ha hecho responsable á los cristianos de los primeros tiempos. Petruccelli no consigna esa importante rehabilitacion, pero seria curioso un libro suyo sobre las atrocidades de Cirilo en la ciudad de Alejandro, como el asesinato de Hipatias, etc.

en la que solo se cuenta lo sucedido, sin que el crimen arranque un anatema al narrador ó las grandes virtudes determinen un movimiento de entusiasmo.

Los Bárbaros son tales como los despojos de esa época de hierro nos los pintan; los Cartaginenses nadan en aquella profunda degradacion que en la antigüedad es el signo característico de los pueblos en decadencia. — Y cosa estraordinaria! á medida que el cuadro se va desenvolviendo en todo su horror, que los sacrificios humanos se cumplen, los martirios se repiten y las hecatombes colosales se suceden, se nota la ausencia absoluta, en aquel mundo moral, del cristianismo en su pureza primitiva.

No hay alli caridad, no hay vínculo legítimo de sociabilidad y el perdon es tan desconocido y ridículo, que si un dios se atreviera á ostentarlo, perderia inmediatamente su carácter divino.

Petruccelli ha tenido otro objeto que Flaubert, y su obra responde por consiguiente á otro sistema. Las ideas modernas campean en su libro y las consideraciones filosóficas de Judas parecen nacidas bajo la influencia de los acontecimientos contemporáneos. Los sucesos, los personajes capitales, los puntos culminantes del plano, son en ambos, Flaubert y Petruccelli, rigorosamente históricos. Hamilcar, Giscon, Hannon, Mâtho, Narr'Havas, etc., son mas científicamente positivos, si me es permitido espresarme así, que Hannah, Barr'Abas, el mismo Judas, Caifás, etc., sobre cuya existencia solo nos dá noticia el Nuevo Testamento [1].

1. Josefo habla de algunos de éstos personajes, pero no les atribuye el carácter de que están revestidos en los Evangelios.

Flaubert narra; Petruccelli discute. El primero se propone un fin artístico y se apoya en la ciencia con ese objeto. El segundo persigue un objetivo filosófico y si es artista en la narracion y científico en las fuentes, es porque el arte y la ciencia contribuyen y son indispensables á su éxito.

La primer palabra de Montaigne en sus *Ensayos* es ésta : « *C'est icy un livre de bonne foy, lecteur.* »

Puede repetirla Petruccelli?

1876.

FRUTOS RIVERA & PROSPER MERIMÉE

No hay escritor francés sério que al ocuparse del estado intelectual de su pais, deje de observar la profunda ignorancia que, en general, reina en Francia, en todo lo que se refiere al estrangero. Despues de la guerra franco-prusiana, los poderes públicos se han preocupado de la cuestion y en los programas universitarios se ha colocado en primera categoria la enseñanza de los idiomas.

Sabido un idioma, hay medio camino andado para conocer el pueblo que lo habla. Pero seria necesario que la mayor parte de los literatos franceses volvieran á la escuela, á fin de evitar las heregias históricas y de todo género que se permiten respecto á paises cuya modesta figura en el mundo los condena á ser el teatro de la fantasia de esos señores.

Leia ayer un precioso estudio de Próspero Merimée, de la Academia Francesa, y una de las personalidades mas notables del mundo literario en Francia. Sabido es que Próspero Merimée conocia tan á fondo el español y la literatura peninsular, que su primera obra fué la publicacion del teatro de « Clara-Gazul »,

poetiza inventada por su imaginacion y que el afirmaba haber existido realmente en España en el siglo XVI. Cuando se conoció la supercheria, la fama del autor estaba asegurada y el laconismo y parsimonia esquisita de su estilo se erijia en ejemplo para los principiantes.

Merimée ha sido uno de los linguistas estra-oficiales mas distinguidos de Europa y sus profundos conocimientos filológicos y etnográficos, poderosamente ayudados por su espíritu creador y estilo inimitable, le han permitido ensayarse con igual éxito en el romance y la historia.

Tal es el escritor; veamos, no obstante, si nuestra tierra ha sido medianamente conocida por él.

El cuento de Merimée á que me referia, publicado en la *Revista de Ambos-Mundos*, del 15 de Setiembre de 1869 se titula *Lokis*, el manuscrito del profesor Wittembach. Es un curioso estudio de costumbres de la Lithuania, de su raro idioma, uno de los que conserva mas frescas las huellas del sanscrito, sirviendo de base al tejido una aventura sombria, en la que el héroe es un tipo byroniano, doblado de un lord Ruttwen, como se designa á los vampiros en literatura, despues del cuento de Nodier y del drama fantástico de Dumas.

El profesor Wittembach es un turista científico que ha recorrido medio mundo estudiando dialectos y raices y que se encuentra en la Lithuania atraido por la noticia de encontrarse en la biblioteca del conde Szévoth un importantísimo manuscrito.

En una comida, el profesor se vé en la necesidad de hablar de sus viajes y siguiendo el curso de una

conversacion comenzada, cuenta que ha pasado tres años en la República del Uruguay, encargado por una academia alemana del estudio de la lengua de los charruas. Hasta aqui no hay nada de particular, porque cualquier otro que Merimée habria alojado los calchaquies ó los querandies muy gentilmente en la Banda oriental.

Pero el profesor dá cuenta tambien de una costumbre inveterada de los paisanos de estas regiones. Segun él, cuando un *gaucho* (es la palabra del testo) se encuentra en medio de la *pampa* (aqui nos salimos un poco del Estado oriental) y que la sed empieza á mortificarle, echa tranquilamente pié á tierra, practica una sangria en el cuello de su caballo, aplica sus lábios á la herida y absorve con delicia la sangre del animal.

Cual mas, cual menos, todos conocemos las costumbres de nuestros gauchos; temiendo mi poca competencia en la materia, he interrogado á mucha gente que ha pasado su vida en la campaña, bien lejos de los centros y todos han estado unánimes en reconocer el absurdo de una afirmacion semejante.

Que Merimée no se ha referido á los indios, quienes en efecto encuentran placer en beber sangre, nos lo prueba el fin del relato del escelente profesor, cuyas calidades de invencion eran seguramente notables.

Wittembach afirma que la costumbre de beber sangre no está circunscrita á los gauchos, ni es siempre la necesidad la que la impone. En aquellos paises todo el mundo tiene algo de gaucho (en lo que dice la verdad). El profesor cuenta que acompañando un dia á su amigo D. Fructuoso Rivera (el testo dice

Rivero), presidente de la República oriental, pasaron incidentalmente por una carniceria, en cuya puerta se degollaba un carnero en ese momento. Rivera, que era uno de los hombres mas cultos é ilustrados que Wittembach conociera, segun lo afirma, no pudo contenerse, se arrodilló junto al carnero, aplicó su boca á la herida y sorbió voluptuosamente una buena dósis de sangre, despues de cuya operacion se fué á la Legislatura, donde pronunció uno de sus mas *brillantes discursos*.

La verdad es que si Próspero Merimée, cuya exactitud en los datos y noticias sobre paises estrangeros era proverbial, ha publicado esas especies en la *Revista de Ambos-Mundos*, que tiene casi un millon de lectores, sin que en nuestra tierra, ni en Europa, se haya levantado una voz para desmentirlo, no debemos estrañarnos que nuestra vieja fama de caníbales y antropófagos aun se mantenga en toda su energia.

Si el escritor hubiera sido Dumas, cuyas mentiras descaradas han hecho la delicia de dos generaciones ó Gustavo Aymard, que traducia al pié de la letra la *Amalia* de Mármol, la intitulaba *Mashorca* y la firmaba con una imperturbabilidad de conciencia digna de mejor causa, el hecho en sí mismo no tendria significacion.

Pero tratándose de Merimée, la cuestion varia de especie y dado el justo renombre del escritor y el respeto por su autoridad, es seguro que aun ha de haber algunos cientos de miles de personas en Europa, que alimenten la completa persuacion que en cada parada de tramway en las calles de Buenos-Aires ó Montevideo, los pasageros descienden corta-pluma en

mano y abren una sangria por cabeza en el cuello de los inocentes caballos que arrastran el vehículo.

La sociedad protectora de animales sentirá en Lóndres un espasmo nervioso á cada recuerdo de esa costumbre salvage é impedirá en cuanto pueda la esportacion de padrillos de raza para el Rio de la Plata.

Bueno seria que los señores escritores europeos estudiaran mejor nuestro pais, en los casos en que quieran hacerle el honor de ocuparse de él.

Cualquiera afirmacion de ese género tiene que hacernos mal en el espíritu de las masas, que toman casi siempre como palabra de evangelio hasta las mas absurdas fantasias de ciertos autores. — Merimée es uno de ellos.

Si un escritor argentino asegurara que en Francia se bebe sangre, se pondria el grito en el cielo y, sin embargo, nada es mas exacto : los médicos lo ordenan y he visto mas de una pálida niña en el *abattoir* de la Villette, enrojecer sus labios descoloridos en la sangre caliente de un animal que aun no ha muerto.

Se dirá que es como remedio.

Pues, entre nosotros, ni para remedio.

FALSTAFF

A Lucio V. LOPEZ

Una noche nos encontramos con Lúcio en uno de los corredores del Politeama, y sin decirnos una palabra, nos miramos á las caras con el aspecto de una tristeza infinita.

— *Variedades* está lleno, me dijo Lúcio.

— Vengo del club, contesté, — y he dejado allí no menos de cien personas, la mayor parte bostezando.

El hecho es que en todo aquel enorme teatro del Politeama habria solo de dos á trescientos individuos, cuya presencia, como la de un barco sobre el mar, hacia resaltar la inmensidad del vacio que las rodeaba.

En la escena, Rossi, interpretando á Shakespeare.

Ni Lúcio ni yo lo conociamos. ¿ Qué nos importaba el hombre, cuando el artista era nuestro y con su talento soberbio, hacia palpitar ante nuestros ojos el mundo gigante del trájico inglés?

Un sentimiento de consideracion por Rossi, y en

el fondo, un vivo deseo de darle mejor opinion de nuestro pais, nos hizo poner de acuerdo para intentar un movimiento *de moda* en obsequio del ilustre artista italiano. Al dia siguiente, rompí el fuego con un artículo sobre la interpretacion del *Kean* de Dumas; Lopez lanzó una de las mejores páginas que haya escrito, sobre el *King Lear*; dos dias despues apareció un artículo mio sobre *Hamlet*, seguido en breve por otro de Lúcio encuadrando la soberbia figura de *Macbeth*.

Bastó. Cuando de nuevo nos encontramos en el Politeama (Romeo acababa de descender del balcon de Julieta, dejando sellado ese amanecer, entre todas las mañanas del tiempo, en el corazon de mil generaciones venideras que iban á amar al resplandor de ese recuerdo) nos estrechamos la mano con el alma contenta y el espíritu sereno. El teatro estaba lleno y el entusiasmo crecia por momentos. La suerte de la campaña de Rossi estaba asegurada.

¿Era nuestra obra? Como impulsion, si; como causa, no. Nuestro público es intelectualmente indolente; necesita que le muestren las cosas, la calle, el número de la casa en que se encuentran, el tramway que se toma y un lijero *avant-goût* de lo que allí va á encontrar. Leyó nuestros artículos y como éramos ya un tanto amigos, se dijo que ese par de *muchachos inteligentes* (ay! hace ya varios años que esas cosas pasaron!), sin interés en la empresa, no debian engañar y fueron. Una vez que vieron, se instalaron definitivamente y Rossi pudo decir á su salida que, sin haber tenido un *parterre* de reyes en Buenos Aires, como Talma en Erfurt, lo habia tenido de hombres

distinguidos y de corazon levantado, á quienes el soplo de Shakespeare pasando por sus lábios sacudia profundamente.

Rossi estaba desesperado por conocernos; le habíamos prestado un servicio indudablemente, pero no nos debia gratitud, por cuanto nuestra razon de obrar era otra que servirlo. Era *pro arte* y *pro patria*, no *pro* Rossi, que habiamos escrito. Santiago Estrada fué nuestro introductor. La charla de Rossi era grata é instructiva cuando se despojaba de cierto dogmatismo que tenia á mis ojos el defecto capital de pretender descender — y á designio empleo la palabra — del papel de intérprete al de comentador.

Lleno de luz para vivificar el drama en la escena, revelaba en la discussion de sus *modos* shakesperianos una lectura asídua de los críticos, erudita sin duda, pero inferior á los libros. Nunca discutí con él, especialmente sobre *Hamlet*, que era su tópico favorito. Cuando hablaba me callaba ó sonreia, lo que originaba á veces interpelaciones de las que solo me escapaba, sosteniéndole, en tono ligero, que la manera como llevaba el dedo á la frente, en el *Rey Lear*, valia mas que todas sus declamaciones.

Una noche, en un entre-acto de *Kean*, me encontraba con Rossi en su camarin. Estábamos solos y aproveché el momento para preguntarle algo que hacia rato me trotaba por el espiritu.

— Caro mio...¿ y Falstaff?

Me miró, se sonrió y como queriendo cambiar de conversacion, me dijo :

— Lasciamo ció.

— No, no me esplico como no has acometido ya

ese tipo maravilloso, uno de los mas completos de Shakespeare, en el que ha derramado toda su alegría, todos sus perdones á las debilidades humanas, todo el *humour* latente de su espíritu, que no encontró camino en la triste y laboriosa vida que cruzó sobre la tierra.

Escuso decir que á los tres dias de conocer á Rossi, nos tuteábamos. La dulce lengua italiana se dilata en la espression del afecto; el sentimiento toma en ella formas sonoras; el *lei* aleja al interlocutor como á una tercera persona indiferente, el *voi* es vulgar y sirve para la economia ordinaria de la vida, mientras el *tu* estrecha y atrae, une y confunde, á favor de la suave inflexion que el verbo adquiere en ese modo cariñoso.

— Falstaff es mi esperanza, caro mio. Dentro de pocos años no habrá escala de seda que me sostenga para subir al balcon de Julieta ni público que admita un *Hamlet* de mi talla. La voz se habrá roto para *Otello* ó *Macbeth* y solo me quedará *Lear* ó *Shylock*. Entre esas dos desesperaciones, mi vejez concluirá bien triste, si en mi retiro del mundo de la accion, en mi Straford-on-Avon, como el maestro, no tuviera la calma soberana de Próspero como consuelo ó el gozoso abdómen de Falstaff como desopilante. Déjame á Falstaff para mi vejez; tu eres jóven y algun dia me verás en él. ¿No crees que será una corona para mi carrera?

II

¿Si lo creo? Falstaff para mi es un mundo y cada vez que lo leo, pienso cuantas condiciones necesitará el artista que alcance á interpretarlo tal como Shakespeare lo imaginó. Es una nota, pero una nota profundá, que penetra y escarba la naturaleza humana. Nada de trágico, nada de grandioso; pero algo tallado en carne, tan acabadamente, siguiendo con tal acierto los lineamentos y flacos de la osatura moral, que no ha corrido una gota de sangre, la especie acepta, el tipo queda y la petrificacion se hace eterna. Medidlo con el cartabon que querais, aplicadle la moral, el arte, la convencion, la filosofia, la moda misma. Se rie de todo eso, á todo contesta, siempre alerta, jamás á descubierto. ¿Eran diez ó cincuenta los que lo atacaron? ¿Su espada quedó en un foso, para facilitar la fuga ó brilló en el combate?

¿Fué él quien derribó á Hotspur? Indagadlo.

En cuanto á mí, le creo por darle placer. Sereno, igual, tiene, como un astro, su órbita fija; como un héroe, su ley moral. Está en plena edad media, los golpes llueven, las revoluciones estallan, los tronos chorrean sangre, el cielo se enrojece y con él la imaginacion popular, la tragedia corre las calles, Hal, su Hal querido, mientras le habla, sueña en Azincourt... ¡Bah! ¿qué le importa? El jerez existe, las *bellas* y *cálidas* muchachas abren sus brazos sin

sitio prolongado, el sol brilla y con él la alegría. Ponedlo en cualquier época, bajo Cromwell por ejemplo. Quereis mas? Bajo Felipe II. Estaria en Flandes, donde las campesinas son rollizas, los mercaderes otros tantos *Shallows*, la vida libre y las tabernas frecuentadas. Para él no hay época histórica; existe y persiste. Codea á cada instante sus homónimos en las calles. No tienen su espíritu, sin duda, como todo el que bate el mármol con el acero no tiene la mano de Fídias. Porque notad que Falstaff reina y con el mejor derecho de todos; es incomparable. Resume y traduce una ancha faceta humana. Lleva el escudo, mas aun, el estandarte de una familia y hasta hoy, no se divisa quien le sustituya. ¿Scapin? ¿Leporello? ¡Bah! Les falta la arrogancia, la elegancia del vicio. Falstaff entra á una taberna como d'Orsay ó Brummel á un salon. Nadie absorbe un litro de jerez con mas gracia. Abraza á la hostelera como Richelieu besaba la mano de Madame de Prie. Vence á sus pares humanos y se planta con éxito delante de los sobrenaturales. En la taberna de Auerbach se habria reido de Mephistópheles. Tiene la conciencia de sí mismo; sabe lo que vale, sabe que está arriba de la convencion. Ha amenazado cortarle las orejas al ausente Hal; Hal se presenta y Falstaff corre á él, espontáneo, franco, leal, le estrecha la mano y lo colma de caricias. —¿Cobarde? Pues que, ¿un leon que asecha es un traidor? ¿Un muro que aplasta es un asesino? Venidle á él con esos cuentos! « Sir John, vuestro título de hidalgo puesto á parte, ¡os declaro el mas miserable de los follones conocidos! » Pero Sir John no pone, no puede poner á un

lado su título de *baronnet*, que forma parte integrante de su persona y, por tanto, el insulto se desliza sobre él como una flecha sobre una récia armadura. No piensa mas en la cosa; un simple grano de arena que, ántes de entrar á la pupila, ha apartado del párpado con un leve movimiento. No hay generosidad en tender la mano al que así le habló, porque, una vez más, no ha habido ofensa.

Tiene la conciencia de su físico, no bajo la ley de un criterio griego, sinó de un complaciente tipo de comodidad que seria su ideal. Su vientre es enorme, pero su concepcion de la vida requiere ese emblema esterior. Indudablemente, es cruel robarle el caballo, cruel para Falstaff se entiende, porque la bestia piafará de contento; es inhumano obligarlo á marchar largas horas á pié, tal vez, ó horror, en ayunas. Pero él se las arregla: al fin y al cabo, lo que se debate no es su causa. ¿Qué le importa ese brutal soldadote que se desayuna con la hecatombe de diez escoceses? ¿Quién es para él el locuaz arzobispo de York ni Glendover, ese brujo galense? El campea por sus respetos; va á la guerra, porque Hal va, porque es necesario ir y porque tiene una comision. ¿Qué comision? Reclutar hombres. ¿Quereis exijirle que solo acepte los que, salidos del confesonario, visten la inmaculada túnica? ¿Hombres fuertes, sanos, soldados? A su manera, es un rey, una representacion y su nombre es legion. He ahí su tropa. Sir John marcha adelante, sereno é impávido como siempre. Al paso de su hueste, los cercos, las palizadas sobre las que se estienden las ropas á secar, quedan pelados, como un trigal despues del paso de la nube voladora.

Hacedle un cargo y os contestará que los muchachos iban desnudos. Hal lo interpela sobre el estrafalario aspecto de su legion : « Excelente carne de cañon, Hal, inmejorable carne de cañon. » En efecto, al primer encuentro, quedan tres con vida de ciento cincuenta. Falstaff es gran señor y buen príncipe; toda esa canalla ha vivido miserablemente y él la rehabilita procurándole la honrosa muerte del campo de batalla.

III

Porque Falstaff, al fin y al cabo, es hombre y tiene sus veleidades de... arrepentimiento? No, no es eso. Pero habria deseado no encontrarse con el Príncipe de Gales, porque su *dear* Hal lo ha perdido. Verdad es que cuando Hal chupaba el seno de su nodriza, Sir John hacia rato que sabia distinguir un capon de un jamon de York. No importa; Sir John lo cree, es decir, lo dice, que en él significa lo mismo, porque un rasgo de su carácter, tal vez el fundamental, es que sus ideas, como las raices de ciertos árboles tropicales, quedan en la superficie, sin penetrar al corazon de la tierra. Lo que dice, es su forma moral, completa y definitiva del momento. Un minuto despues dirá lo contrario : sincero siempre. Un observador vulgar lo llamaria ligero, atolondrado. No hay duda, el elefante es pesado y la culebra rastrera. Modos geniales de existencia.

A más, Sir John tiene conciencia de su personali-

dad; vive en él y para él. Su egoismo no afecta formas que lo hacen odioso, sinó que estalla á cada instante en un epicurismo cariñoso por su persona.

Sus votos, sus juramentos, sus ternos mismos, no invocan ni el espacio, ni la historia, ni los hombres, ni las cosas. Se basta á sí mismo. Le han robado el caballo en la aventura de Gadshill: está furioso.

¿« Si no es cierto qué más valdria convertirse en hombre honesto y abandonar estos pillos, que beber un trago, consiento en ser el más rematado pícaro que haya mascado con un diente! » Y más tarde, cuando interpela á Hal sobre su cobardía.

« Vé, sigue tu camino, viejo Jack; muere cuando quieras; ¡si entónces la virilidad, la verdadera virilidad no ha desaparecido de la tierra, soy un arenque ahumado! »... « ¡Si no me he batido con cincuenta, soy un haz de rábano! » Se batia en la mas profunda oscuridad, no se veian ni las manos, cuando tres individuos vestidos de género verde de Kendal... « Pero si no podias ver tu mano, montaña de carne, ¿cómo has conseguido distinguir el color de sus trajes? Veamos, una razon, esplica, esplica! — ¡Imposiciones á mí! ¡Aún cuando mis razones fueran tan abundantes como las moras. no daria una sola á nadie por imposicion! » Y triunfa. Hal ha creido encontrar en la idea de Poins, esto es, robar á los ladrones, una fuente perenne de burlas contra Falstaff. ¡Error! Sir John cuenta su aventura, se debate, perora, se desliza y concluye por pedir un frasco de jerez. Un cuarto de hora más tarde, de nada se acuerda y si de nuevo le vinieran con esas, contestaría con su serenidad olímpica: « Historia antigua, mis hijos, historia antigua. »

Vive siempre en el momento; el pasado es un sueño vago y el porvenir... la taberna de Easthcheap, con su hostelera rolliza, su cocina suculenta, su jerez dudoso, pero al fin jerez — y las hazañas de la noche.

Si me hablais de leyes, sentido moral, respeto á la propiedad agena, dignidad... dejemos la partida, porque no vamos á entendernos. Falstaff no tiene, no ha tenido, no puede tener esas virtudes consagradas por la jurisprudencia y el catecismo. Si no ha cortado la cola á su perro como Alcibíades, es porque no tiene perro, no le necesita. Bardolfo, Nym, el insigne caporal, Poins, Pistolet y sobretodo, su Hal querido, el heredero de la corona, el futuro Enrique V, le bastan. El hombre peca por la carne y él tiene tanta! ¿Cómo no perdonarle? Vive en él y para él, y como todo lo que dice, lo siente en el momento de decirlo, ved como aparece á sus propios ojos, en el instante en que, en una farsa irrespetuosa ideada por el príncipe Hal, asume el papel del rey é interpela á su heredero.

¡Cómo! El, el príncipe de Gales, se encanalla en una sociedad semejante! « Hay una cosa, Harry, de que habrás oido hablar y que mucha gente de nuestro pais conoce bajo el nombre de pez; esa pez, segun la asercion de los antiguos autores, es súcia y macula. Lo mismo sucede con la sociedad que frecuentas... Sin embargo, hay un hombre virtuoso que he observado en tu compañìa, pero no sé su nombre. « Qué especie de hombre es, dice Hal, si V. M. se digna decirlo? « Falstaff: « Un hombre de bella presencia, á fé mia, corpulento, aspecto alegre, mirada llena de

gracia y la mas noble actitud; de unos cincuenta años de edad, segun creo ó, ¡por Nuestra Señora! aproximándose á los sesenta. Y ahora recuerdo, su nombre es Falstaff. Si ese hombre es de humor libertino, me engaña por completo; porque, Harry, leo la virtud en sus ojos. Si pues el árbol puede conocerse por el fruto, cómo por el árbol el fruto, declaro perentoriamente que hay virtud en ese Falstaff; apégate á él y destierra el resto. » El príncipe Harry : « ¿Es eso hablar como rey? Ponte en mi lugar y yo representaré á mi padre. » — Falstaff : « ¡Me depones!... ¡Ah! si tienes simplemente la mitad de mi gravedad y de mi magestad, en palabra como en accion, que sea colgado por los talones como un conejo ó como una liebre en la vidriera de un mercader de cacería! » — El príncipe (haciendo el papel del rey, á Falstaff, que hace el del príncipe) :

« ... En adelante, no eleves tu mirada hácia mí. Estás violentamente arrastrado fuera de las vias de la gracia; hay un demonio que te persigue bajo la forma de un viejo gordo; tienes por compañero un tonel humano. ¿Porqué te comprometes con ese bagaje de humor, con esa arca aherrojada por la bestialidad, ese saco hinchado de hipocrecia, ese enorme barril de jerez, esa bolsa de tripas repleta, ese buey gordo asado con el relleno en el vientre, ese vicio venerable, esa iniquidad gris, ese padre rufian, esa vanidad anticuada? ¿Para qué sirve? Para catar el jerez y beberlo. ¿Para qué es apto? Para desprezar un capon y comerlo. ¿En qué consiste su habilidad? En astucia. ¿Su astucia? En picardia. ¿En qué es picaro? En todo. ¿En qué es estimable? En nada. » — Fals-

taff : « Quisiera que Vuestra Gracia me permitiera seguirla. ¿ De quién quiere hablar Vuestra Gracia ? » — El príncipe : « De ese malvado, de ese abominable corruptor de la juventud, Falstaff, ese viejo Satanás de barba blanca. » — Falstaff : « Milord, conozco el hombre. » El príncipe : « Lo sé. » — Falstaff : « Pero decir que le conozco mas defectos que á mí mismo, seria decir mas de lo que sé. Que sea viejo (y es por ello, mas digno de compasion) lo atestan sus cabellos blancos ; pero que sea (salvo vuestro respecto) aficionado á mugeres de mala vida [1], lo niego en absoluto. Si el jerez y la azúcar son crímenes, Dios ayude á los culpables. Si es un pecado ser viejo y alegre, entónces conozco mas de un viejo comensal condenado. Si ser gordo es odioso, entónces es necesario amar las vacas flacas de Faraon. No, mi buen señor, destierra á Peto, destierra á Bardolfo, destierra á Poins ; pero en cuanto al querido Jack Falstaff, al amable Jack Falstaff, al leal Jack Falstaff, al valiente Jack Falstaff, tanto mas valiente cuanto que es el viejo Jack Falstaff, no lo destierres de la sociedad de tu Harry. ¡ Desterrar al gordinflon Jack ! Tanto vale desterrar al mundo entero. »

¡ Bien, Sir John ! Estais en la verdad. El mundo tiene que reir ó el mundo no será. Entanto que el hombre pueda descender dentro de sí mismo y amar la especie tras las sombras del análisis, sir John

1. Hay que traducir con esa perífrasis la espresion de Shakespeare ; al pié de la letra, me lapidarian hoy. La convencion del siglo XIX contra la ingenuidad del siglo XVII. Sancho, contemporáneo de Falstaff (como creacion), empleaba tambien la palabra.

tendrá razon. « Un rey como Shakespeare necesitaba ese bufon colosal, » se ha dicho. Pero Shakespeare es la humanidad en acion intelectual, el cincel con el que ésta traduce sus tipos latentes. Falstaff no es el bufon de un hombre, aunque éste se llame Shakespeare : es mio, es tuyo, nos pertenece, porque todos hemos contribuido á formarlo con la esplosion constante y secular de nuestros apetitos y deseos, vicios y lacras. Baco, en la vieja Grecia, no es un hombre ébrio, mas aún, no es un dios ébrio, es la embriaguez. La forma humana es un accidente necesario ; pero el estado es la sustancia y el modo permanente. Falstaff no es un hombre vicioso; es el vicio amable, como todos lo hemos entrevisto secretamente en algun momento. « Es necesario haberse embriagado una vez en la vida », ha dicho Gœthe. Reunid las alegrías del vino, la espansion sonora de la sobremesa, el ardor de la sangre y el estremecimiento lascivo de la carne, la atrófia de la ambicion, la indiferencia del porvenir, la ausencia de resorte moral, el epicurismo estóico que acepta todo placer ó que en todo encuentra placer, agregad la astucia ingénua, el instinto de conservacion, la conciencia de que los golpes duelen y que no hay convencion ni grandes palabras que los hagan inócuos, poned sobre dos piernas cortas y enjutas un vientre enorme, un estómago de ídolo indio, un cuello rechoncho sosteniendo una cara rojiza, triple papada, ojos pequeños y vivaces, escasa cabellera color ceniza, un aliento cargado y jadeante, una apostura petulante al fresco, agoviada bajo el sol y ahí teneis rodando en las tabernas, rendido á los piés de muchachas « mas públicas que un camino

real », al enorme Sir John, como le llamaba el hostelero de la Jarretiere.

IV

Tal es el Falstaff de *Enrique IV*, porque, á mis ojos, el de las *Alegres Comadres de Windsor* no es el mismo tipo. Largo tiempo despues de enterrarlo, Shakespeare lo resucitó. El público no se consolaba de ver en la tumba tanta alegría vibrante, tanto buen humor, y en su concepto, Hal necesitó Azincourt para hacerse perdonar su ingratitud para con Sir John. Los críticos han establecido, á favor de una que otra frase suelta de la comedia, que la acion de la « Merry wives » pasa en la época intermediara de la segunda parte de *Enrique IV* á *Enrique V*. Convenido, pero Sir John ha muerto á mis ojos y aquel trozo informe de carne que arrojan al rio en un canasto de ropa súcia, que es víctima de farsas imbéciles, no es el chispeante habituado de East-Cheap, el de la lengua lista, el recurso ágil, la parada instintiva. No me consuelo de verlo perder su aureola. Tal así, el Athelstane de *Ivanhoe*, personage típico, completo, es ridículo cuando Walter Scott, á ruegos de un editor absurdo, lo arranca de la tumba para llamarlo á la accion. Donde Shakespeare pone la garra, rastro queda, sin duda. Pero sir John merecia mas respeto. Habia concluido su carrera; sin la luz de Hal, volvia á la sombra; sin la noble compañía

que hasta cierto punto ennoblecia sus vicios, se convierte en un viejo truhan comun. A mas, ¿ lo diré ? Shakespeare necesita el contraste para hacer brillar su *humour* incomparable ; los grandes golpes de Hotspur, la melancolía secreta de Bolingbroke le sirven para destacar la figura *insouciante* de Falstaff, repleta de la *non curanza* de la vida séria. En Windsor, el cuadro es pequeño y los personages, si bien grotescos, insípidos. Sir John es caballero al fin y al cabo y necesita apegarse por algun punto á su mundo normal. A más, en Windsor está muy viejo ya. El cabello gris, cuyos reflejos se coloreaban al resplandor de su faz rojizan, están ya blancos. ¡ Burlado por un par de viejas ridículas, él, que hizo frente al lord justiciero, él, que se batió en Shrewsbury y que se midió con el cadáver de Percy !

Shakespeare necesita el contraste, porque la vida es contraste y él es el reflector supremo del mundo moral. Así destaca el alma-abismo de Ricardo III, así dá relieve á Lear, asi, en la noche de angustia que precede á Azincourt, arroja sobre la tela sombria el clarear ridículo del capitan galense. Falstaff está en su cuadro natural en *Enrique IV*. Es ese su campo de batalla y allí debió morir, no de la muerte trágica de Hotspur, sino tras la tela, en la melancolia nostálgica de la ingratitud de Hal.

¡ Si, la ingratitud ! Me he reconciliado con el viejo Doctor Johnson, al verlo criticar la dura solucion de Shakespeare. Hazlitt sigue sus huellas. F. V. Hugo, el prolijo comentador, aplaude. « ¡ Falstaff primer ministro de Enrique V ! ¡ Apicio, consejero de Marco Aurelio ! » No, ni ministro, ni consejero, pero si al alcance

de la irradiacion real. ¡La historia se opone! ¡Bah! ya que el poeta dá á Hal la fuerza y el valor necesario para derribar á Hotspur, ¿ porqué no darle la magnanimidad, el corage de conservar á Falstaff á su lado? ¡Una pension, á él! ¿Para que vaya á vegetar en una aldea, plantando coles, estasiándose ante el piar de la menuda plebe, solo y triste en medio de las férias, como el viejo Wagner de Gœthe? ¡No, por el cielo! Puesto que la grandeza de Enrique V tiene por orígen la esperiencia de Hal, ¿ porqué abandonar el maestro?

A más, cuando brota en un espíritu humano, bajo una iluminacion soberbia, una de esas figuras acabadas, cuando se crea un tipo inmortal, cuando con él se hace feliz por una hora á la humanidad entera, durante infinitas generaciones, una tumba callada, un fin oscuro, es la ingratitud suprema.

Shakespeare escribió *Enrique IV* en 1597; tres años mas tarde nació *Hamlet*. Cuando el poeta trae á los lábios del príncipe de Dinamarca, cuya mano sostiene el cráneo del « poor Yorick » aquellos versos impregnados de cariñoso recuerdo, ¿ no flotaba tal vez en su espíritu la imágen del valiente Jack, tanto mas valiente cuanto que es el viejo Jack?

Reposa, reposa en la paz sonora de tu gloria, enorme Sir John; sobre tu tumba no arroja su tristeza la sombra del árbol funeral, ni corren las brisas dolientes, música eterna de los sepulcros.

Debes dormir mecido por el rumor vibrante de las espansiones juveniles, en el declive de una colina cubierta de viñas trepadoras, en tierra dorada por el sol. Hasta tí debe llegar el eco franco de la alegría

que sembraste y que brota, crece y aumenta á medida que tu nombre conquista el mundo habitado. Cerca de tí duerme quizá Sancho ; á esta hora sereis amigos. Su bota de Valdepeñas vale tu jarro de « Old Sack » y cuando te describa los encantos de Dulcinea, sonreirás con fatuitad pensando en que Mistress Quinkly no era mal en su tiempo.

Duerme, que los hombres conservan tu memoria y repiten tu frase famosa con una lijera variante : « Si desde que el viejo Jack dejó de cxistir, no ha desaparecido la alegría, la verdadera alegría sobre la tierra, consiento en ser un arenque ahumado ! »

1884.

A PROPOSITO

DE

LUCRECIA BORGIA

Oyendo cantar la Lucrecia antenoche en Colon, pensaba en el curioso destino de esa figura histórica que no ha dejado tras de sí mas que un recuerdo execrado, unido á la aureola que forma alrededor de un nombre de muger la leyenda de una belleza estraordinaria.

Se ha publicado últimamente un libro en Alemania, cuyo autor, Gregorovius, pretende probar que Lucrecia ha sido calumniada y que la mayor parte de los crímenes y desórdenes que se le atribuyen no tienen fundamento ninguno, por cuanto esos cargos no han sido formulados con los elementos que la crítica científica acepta.

A propósito de ese libro, Henry Blaze de Bury publicó un artículo en la *Revista de Ambos-Mundos* del 1.° de Abril pasado, bosquejando rápidamente la historia de esa familia curiosísima, que se destaca vigorosamente en el portentoso cuadro del Renaci-

miento italiano y que ha contado en su seno papas epicúreos como Alejandro VI, malvados como César Borgia y santos como Francisco Borja, tercer general de los jesuitas.

Blaze de Bury ha compulsado todas las publicaciones importantes hechas sobre Lucrecia y su opinion definitiva es que esa muger no merece absolutamente el puesto histórico que ocupa. Sin caracter, sin pasiones, sin la energia de la madre, ni el espíritu y el gusto del padre, fué en manos del papa y de César un simple instrumento político, destinado á propiciarse voluntades ó adquirir alianzas lucrativas.

No ha quedado un solo retrato auténtico de esa muger y aun la trenza de pelo que se muestra como suya es de una dudosa autenticidad.

No hay una sola prueba positiva de que haya tomado parte en el asesinato de su hermano el duque de Gandia, ni en el de sus dos primeros maridos Juan Sforza y Alfonzo de Aragon; por el contrario, amaba al último y cuando su padre la arrojó en brazos de Alfonso de Este, en el sombrio palacio de Ferrara, aun llevaba en su corazon la imágen del único hombre que tal vez hubiera hecho latir su corazon indiferente.

Un critico italiano, segun me decia ayer un amigo, ha dicho respecto al libro en que se pretende rehabilitar á Lucrezia, que Gregorovius tendrá razon el dia en que en Italia, Borgia deje de ser sinónimo de asesino.

El argumento no es muy contundente que digamos, tratándose de una obra que por su naturaleza debe caer bajo la critica científica.

Pero en realidad, la palabra de ese escritor ha

formulado una verdad incontestable; hay juicios definitivos, ideas profundamente arraigadas en la conciencia pública, que es casi imposible desvanecer ni aun con los mas poderosos esfuerzos de erudicion y análisis.

Figuraos que mañana, en una escavacion en el Atica se descubriese un busto cualquiera, con una cara á la Sócrates, con nariz chata y deprimida, fea en su conjunto y que al pié, en los caractéres griegos mas puros se leyese el nombre de Alcibíades.

Creeis que la idea recibida de que el discípulo de Sócrates tenia la cabeza de un Adonis y el porte de un Apolo se desvaneceria?

Pero sin ir tan léjos: la mayor parte de los hombres medianamente curiosos de nuestro tiempo, conocen la vida y las obras de Byron.

Muchos no han leido mas que un pasaje del « D. Juan, » la mitad del primer canto de « Childe-Harold, » el « Adios » y una que otra pieza suelta.

Sin embargo todos tenemos en el fondo del espíritu daguerreotipada, por decir así, la figura demoniaca de Byron, y por un esfuerzo intelectual conseguimos darnos cuenta de las maneras y espresion lógicas en un personaje de ese género.

Me ha sucedido llegar á Venecia, donde las tres cuartas partes de los gondoleros (y hay algunos miles) sostienen ser nietos y algunos hijos del gondolero familiar del poeta inglés y prestar el oido á los absurdos de aquellos bribones, encontrando cierto placer en escuchar mentiras que sin embargo, dado el tipo leyendario de Byron, eran muy verosímiles. Una tarde estuve en el Lido, donde Byron daba aquel-

los famosos paseos á caballo que tres generaciones enteras han mirado como escenas terribles, luchas misteriosas en el alma del poeta, abandonada á las furias del Erynnis. Cual mas, cual menos, hasta cierta edad, todos nos hemos forjado éste cuadro :

Byron, con su hermosísima cabeza descubierta, su cuello esbelto desprendiéndose del ámplio ropaje que cubre su cuerpo, animando con el gesto y la voz un brioso caballo, negro como la noche y veloz como el rayo. Allá vá! Es Fausto cruzando las regiones oscuras que preceden el Walpurgis, es Ney en Waterloo, es un demonio ó un ángel, como dice el poeta del *Lago*.

Y sin embargo, yo habia leido ya un precioso articulo de Julio Janin en el que dá cuenta de un libro de lady Blessington titulado : *Conversaciones* de *lord Byron*.

Traduzco un párrafo de ese artículo : si pierde Janin, ganan los que lean estas líneas.

« Su traje, que nuestros jóvenes se figuran en estremo elegante, su caballo que ustedes creen hermosísimo, su mueblaje que juzgais segun las descripciones de sus poemas, nada de eso ha existido jamás; son vanas i'usiones de su imaginacion y de la vuestra. Parecia que Byron llevára trajes comprados hechos en una sastreria de última clase. La levita era *demasiado ancha*. En cuanto á su manera de montar, — lo siento por nuestros dandys de barba larga y guantes amarillos que se creen otros tantos lords Byrons — el poeta no sabia andar á caballo; se servia de una *silla á la húsar;* su caballo estaba cubierto de *guarniciones diversas;* en cuanto á su traje de montar, no era menos estraordinario que su traje diario.

« En efecto, que nuestros *bellos* se figuren al cantor de Lara con una chupa de brin y un pantalon del mismo color *achicados por el lavado*. La chupa tenia bordados amarillos, *muy estrecha* por delante y con tres hileras de botones; la *espalda muy angosta* y las mangas pegadas á la moda de quince años atrás. Añadid á esa facha un cuello negro muy escotado, un gorro de terciopelo azul oscuro con una borla de oro, polainas de brin y un par de anteojos azules sobre la nariz, he ahí lord Byron á caballo.

« Cabalgando, lord Byron es tímido; á cada tropiezo de su caballo — *que tropezaba frecuentemente* — lord Byron acorta el paso y cada vez que el camino es algo difícil va al tranco. He ahí un retrato que á va contrariar seguramente á muchos *gentlemen riders* que andan siempre á galope, que no usan sacos ni pantalones de brin y cuyos caballos son seguros de manos. »

Adios ilusiones! Adios tipo poético, misterioso, incomprensible, fatal!

Y á pesar de todo, en ciertos momentos hay una complacencia esquisita de la memoria en no traer al espíritu esas groseras realidades que vienen á matar las puras emociones de una fantasia delicada.

Byron se presentará siempre envuelto, confundido con sus creaciones, como el Apolo mitológico y la Venus revestirán para nosotros y las infinitas generaciones que cruzarán sobre la tierra, las formas con que los vistió el cincel griego.

Lo que tocan los poetas se levanta; la figura oscura, perdida en un rincon de la historia, de Fausto, el compañero de Gutenberg, es hoy un coloso, porque Goethe le ha dado las proporciones de su genio;

Hamlet es una pájina de la historia humana, Hans Bach es hoy una epopeya alemana, gracias á Ricardo Wagner...

Victor Hugo ha esculpido la estátua definitiva de Lucrezia Borjia; todos los Gregorovius de la tierra no conseguirán incrustar en la conciencia humana una conviccion contraria á la que hoy existe sobre esa muger, como todas las inglesas amigas de borronear papel no lograrán hacer de Byron un memorialista de aldea, mal enfachado y peor alojado.

Figuraos ahora una melodia de Bellini, instrumentada por Beethoven ó Berlioz y tendreis una idea de lo q' el génio unido al génio puede hacer. Victor Hugo el drama : Donizetti la música.

Pobre señor Gregorovius! Qué adversarios!

Y como eran grandes y buenos, esos dos poetas altísimos han hecho mas que el biógrafo germánico por la hermana de César Borjia : encontraron en la historia un tipo vilipendiado, que cruzaba la tradicion como un calvario y sobre esa figura opaca, ennegrecida por el crímen y el incesto, proyectaron un rayo de luz divina, capaz de disipar todas la tinieblas del universo : el amor de madre!

Ahora, suponed que mientras asistiais á la representacion de *Pia de Tolomei* por la Ristori, hubierais tenido á la espalda algun amigo puritano de aquellos que no admiten la ficcion poética porque encierra un fondo de inexactitud, un Gregorovius cualquiera, en una palabra, que no hubiese cesado un instante de repetiros al oido : « Vamos, hombre, no te conmuevas así! Eso es ridículo! No comprendes que la señora Ristori, que es quien positivamente está en escena,

porque eso de Pia de Tolomei son cuentos, no puede morirse en realidad, por cuanto tiene familia, piensa regresar á Italia y aun le espera una peregrinacion por todos los mundos conocidos? »

Ese es el papel que representa el escritor aleman para los que han tenido la desgracia de leerlo en los últimos dias; mientras se siguen con avidez los prodigios de arte y sentimiento de la señora Fricci, el aleman, ante los ojos del espíritu, sonrie socarronamente, se la echa de estar perfectamente al cabo del asunto y os mira de un modo irritante.

En vano quiere uno hundirse en la agonia del siglo XV, entrar en los palacios ensangrentados, sumergirse en aquel mundo en que Maquiavelo hacia política, Rafael pintaba, Miguel Angel esculpia y Alejandro VI daba fiestas.

En vano se evoca la figura de Lucrezia en aquella bacanal, como Mefistófeles evocaba á Laïs y Cleópatra ante los ojos atónitos del viejo doctor rejuvenecido; los grupos de gente armada, los gallardos *condottieri*, los valientes capitanes, los cardenales lujosos como sátrapas de la Persia, las mugeres ideales, todo se agolpa para dar al cuadro un colorido deslumbrador, y héte aquí que el señor Gregorovius y la pesada revista del señor Buloz empiezan á retocar la tela con su brocha gorda hasta el punto de hacerla insípida!...

1877.

WAGNERIANA

C'est convenu, chacun a le droit de parler ou d'écrire sur la musique ; c'est un art banal et *fait pour tout le monde.*

H. Berlioz

Es la verdad, grande y respetado maestro y vuestra ironia altiva tiene tal vez razon contra todos aquellos que, como el que estas líneas escribe, no pueden resistir al deseo de decir lo que sienten, como lo sienten y procurar esplicar porque lo sienten. Pero, la contemplacion serena y profunda de los cielos, las maravillas eternas de los cuadros celestes, estan acaso vedadas á los espíritus que no dominan los secretos todos de la cosmografía? Qué le importa al poeta indio, que se estasía ante el panorama de la luz crepuscular que muere en el horizonte, saber que ese sol que desaparece ante sus ojos, está inmóvil, mientras él, el poeta, arrastrado por la tierra que lo sustenta, emplea 365 dias y qué se yo cuantas horas en girar á su alrededor?... Las combinaciones humanas están todas latentes en la naturaleza, que es del dominio comun ; asi, cuando el poeta que las asecha, sabe reproducirlas en el metro, la forma, el color ó el ritmo, es para

nosotros todos, los humanos y no para la secta especial que en la infinita division del trabajo y la investigacion sigue un surco esclusivo.

Sí, es ridícula, cien veces ridícula, la pretencion del ignorante que por mera preocupacion ó falta de flexibilidad intelectual, condena desde lo alto de su suficiencia un estilo, un maestro, una escuela, sostiene que en Mozart el pedestal está en la escena y la estátua en la orquesta, afirma que Beethoven no tiene melodia, que Weber es fastidioso ó que Wagner es grotezco. Comprendo que la irritabilidad nerviosa de un Berlioz se ejerza contra esos tristes personajes; pero nosotros, los humildes, los hombres de buena fé, los que empezamos por declarar, con toda contricion, que en realidad, en materia de música no sabemos de la misa la media, no encontraremos piedad en la empresa de pretender reflejar simplemente la impresion general sentida al penetrar en un mundo artístico nuevo y desconocido?

Una confesion prévia : no conozco una nota de música, aunque, cuando la fantasia me viene, hago difícil ese descubrimiento por el gran número de locuciones técnicas y apropiadas que empleo. Además, como he oido una cantidad de música imponderable y he vivido siempre al lado de gentes del oficio, sé denominar científicamente los fenómenos musicales que observo, lo que me sirve par sentar plaza de verdadero dilletante, gracias á mi oido, que lo tengo fino, nervioso, educado por la audicion constante. En una palabra, me pasa como á Sarmiento con la lengua de Virgilio : no sé latin, pero sé latines. Delante de una hoja de música me quedo á oscuras, no entiendo los

signos, mas aún, creo ser refractario á la gráfica musical, si me atengo á dos ó tres tentativas por penetrar al fondo del misterio.

Pero, habiendo amado la música con locura, arriba de todas las artes, la costumbre de oir, gozar y juzgar todos los géneros y cierta retentiva natural, unida á una ilusion persistente de entender lo que los maestros han querido decir, me han colocado en una situacion de espíritu especial que me permite expresar de una manera más ó ménos clara todo lo que siento ó creo sentir. Paréceme que esa situacion me es comun con la de un gran número de *gens du monde* que se han encontrado en las condiciones generales dentro de las que se han desenvuelto mis gustos artísticos. Estas páginas sobre Wagner, pues, no deben considerarse ni como un estudio, ni como una sátira, sino como una charla social, hecha por un profano sobre el mas ilustre de los contemporáneos, segun la frase que tan caro costó al conde de Arnim, que quitaba así la primacia de la celebridad al príncipe de Bismarck.

Nadie que conozca aún superficialmente el movimiento intelectual de nuestro siglo, ignorará el papel preponderante de Wagner en lo que própiamente se llama la música moderna. Las vicisitudes generales de su vida son tambien tan conocidas, desde sus primeros y humildes ensayos de Kappelmeister, su fiasco sonoro de París, su providencial encuentro con el rey Luis de Baviera y por fin su triunfo definitivo, su apoteosis germánico, que creo inútil bosquejar aquí esa existencia tan llena de accidentes, sustentada por una perseverancia sobrehumana. Porque es esa una de las

aberraciones que mas me chocan en el dia: se puede tener horror por el género de Wagner, se puede huir como de la puerta de un leproso, del teatro en que se anuncia una de sus óperas, es permitido batir palmas á Ricci ó á un de Giosa cualquiera... pero despreciar á Wagner! Eso ultrapasa todas mis ideas sobre la infinita fatuidad humana. Cuando se leen las batallas de Napoleon I°, la mayor parte coronando con el éxito causas injustificables, se puede lamentar que la Providencia pusiera el génio á su servicio, pero no es posible contener el asombro y la admiracion. Cuando pienso que un hombre, encerrado en una pieza con papel, tinta y un piano que toca con dificultad, ha conseguido escribir cinco poemas de un género nuevo, inventar un estilo desconocido que no decae un instante en cinco partituras, educar al mismo tiempo masas de artistas para la comprension é interpretacion de su obra, dirijir la construccion de un teatro tal cual jamás se vió en la tierra, ni aun entre los griegos, levantarse, en una palabra, del fondo glacial y oscuro de la indiferencia, á la gloria menos discutible de la segunda mitad de nuestro siglo..... declaro que me siento dominado por uno de esos respetos profundos que nada vence ni amortigua. Indudablemente, no es menos ridículo que el desprecio, el estrambótico ditirambo de los alemanes, que han llegado hasta confeccionar almanaques wagnerianos, en los que cada dia del año recuerda uno ó mas actos del heroe, á veces de una ingenuidad risible — 10 de Julio : R. Wagner hace un viaje á Maguncia — 15 de Agosto : R. Wagner se pasea en carruage y á la vuelta se le ocurre la escena del dragon

en *Siegfredo* — 7 Sep: R. Wagner guarda cama, atacado por la jaqueca... No hay peores enemigos que semejantes entusiastas.

La nacionalidad de Wagner, su germanismo constante y honroso, reforzado tal vez por el ágrio recuerdo del fiasco del *Tannhäuser* en Paris, enagenándole las simpatias de los franceses, le han privado del golpe de bombo colosal que solo Paris sabe y puede dar.

Para un parisiense, hay temas que no cansan jamás: burlarse de Wagner, hacer chistes sobre la flacura de Sarah Bernhardt, etc., etc. En la última *revue* de Variétés, un personage llega de Bayreuth, donde acaba de oir la trilogia wagneriana, poseido de un entusiasmo indescriptible. Su interlocutor se suena las narices: *Tiens! vous connaissez la partition?*

Es espiritual, lo que no impide que casi todos los conciertos de Paris (Pasdeloup, Lamoureux, Colonne, etc.) tocaran simultáneamente el preludio de *Parcifal* ú otro trozo de los Nibelungen, ni que la gente de buen gusto empieze á exigir que la ópera adopte en su repertorio alguna de las obras del maestro. Paris es el mundo sintético; hay allí público para aplaudir l'« Amant d'Amanda » en los Embajadores, como para gozar la sinfonia con coros de Beethoven en el Conservatorio ó levantar del olvido bajo la impresion profunda de la *Damnation de Faust* la figura colosal de Berlioz que en vida solo encontró la gloria rusa, como su apasionado admirador Heine solo encontró la gloria francesa. Dia mas, dia ménos, veremos *Lohengrin* ó *Siegfredo* en la Gran Opera; vendrán los silbidos, las *coteries*, las protestas ruidosas; pero ya el maestro octogenario, cerniéndose como el

águila sobre el espacio de su gloria, oirá con desprecio esos ruidos, como Victor Hugo los aullidos de Zola, sin sentir penetrar en su alma el áspero puñal de otros tiempos, cuando el caballero Tannhäuser caia agobiado bajo la estruendosa oposicion de un público de *ballet* [1].

Para aquellos que, como yo, no han tenido la fortuna de asistir á las representaciones de Bayreuth, que hasta por su periodicidad, recuerdan las festividades sagradas de los griegos, no hay mas que un punto en el mundo donde sea posible conocer á Wagner con alguna intimidad y darse cuenta de su obra. Es la Opera Imperial de Viena, la escena cosmopolita y ecléctica por escelencia, única en la que, en la misma semana, se ven desfilar las producciones notables de las tres grandes escuelas musicales del mundo, la alemana, la italiana y la francesa. Richter, uno de los primeros maestros de la Alemania, ha tomado á su cargo no solo la interpretacion de Wagner, sinó de todas las novedades musicales de mérito real que aparecen en Europa. Dirijidas por él é interpretadas con el religioso respeto de la Comedia Francesa por Molière, he oido, no una, sino muchas veces, la mayor parte de las obras de Wagner. De su primer manera, *Tannháuser*, *Lohengrin*, *El navio fantasma*, *Los maestros cantores de Nuremberg*.

1. Estas líneas fueron escritas á principios de Febrero de este año; el 13, Wagner dejaba de existir en Venecia. Pero, á esa altura, la muerte es solo un incidente para los hombres que se han sobrevivido y para quienes la posteridad ha comenzado. Hacia tiempo ya que Wagner reposaba, trabajando una historia del arte; *Parcifal* fué su última palabra musical y su preludio podria servir de himno fúnebre en los funerales del maestro.

De la segunda, el ciclo de los *Nibelungen*, escepto *Parcifal*, esto es *El oro del Rhin*, *La Walküre*, *Siegfried* y *El crepúsculo de los dioses*. No conozco *Rienzi*, su primera ópera, cortada segun el molde comun, pero llena de inspiracion, ni *Tristan é Iseult* [1], que solo se consigue oir en el Teatro Real de Munich y cuyo segundo acto pasa por la obra maestra de Wagner, un dúo de amor profundo y soberano, la traduccion musical mas grandiosa que se haya hecho de ese sentimiento incomparable q' rije el universo entero. Una sola noche lo he oído al piano. El teclado es tan pobre en la interpretacion de Wagner como el triste instrumento que aislado quisiera reproducir la armonia infinita de los campos, los paisages tranquilos de los cielos en la tarde, ó el sonoro estruendo de la tormenta en el espacio, esto es, la *Pastoral* de Beethoven. Sin embargo, ese canto de amor resuena aun en mi alma, como lo mas intenso, lo mas íntimo y penetrante que haya oido. Es eso, es la fibra humana vibrando en un acorde y un ritmo divino, es la idealizacion de nuestra raza, levantada por el arte á un nivel sobrenatural, en álas del sentimiento único que la ennoblece... Wagner ha escrito todos sus poemas; hé ahí el secreto de la unidad incomparable de sus obras. El momento dramático, la accion, la palabra, la música, han nacido simultáneamente en el mismo cerebro: se ayudan, se completan, se armonizan, se identifican en un todo de una influencia de impresion sin igual. No

1. Mas tarde he oido ambas óperas; *Riewzi* es de corte italiano puro, pero débil; *Tristan é Yseult* es un *parti-pris* de sistema. Felizmente, Wagner retrocedió despues de escribirla. La *Walküre* es luminosa al lado de *Tristan*.

busqueis en esos poemas el arte de factura moderno, la preocupacion acre é incisiva del interés de trama, la situacion dramática *empoignante;* no, hay algo primitivo é ingénuo, son las viejas leyendas que han mecido la infancia del mundo y mecen aun la infancia de los hombres. La navecilla de Lohengrin, deslizándose sobre las aguas al suave impulso del cisne divino, Tannhäuser, cantando el amor sensual á los piés de Vénus, el navio fantasma cruzando los mares con sus velas de púrpura y en la proa la inmóvil y sombria figura del holandés errante, Walter, reivindicando ante los secos maestros de Nuremberg los derechos eternos del arte que toma vida en la palpitacion generosa de la sangre juvenil que ilumina el cerebro é inunda el alma, no son personages mas positivos y reales que el dios Wotham, que Brunehilda, que Siegfredo ó que el dragon del « Anillo de los Nibelungen ». Y bien, para los que tenemos cierto ideal de la música soñada, el respeto profundo que nos impone levantar la concepcion del arte divino sobre las cosas todas que nos chocan y chocamos en el batallar de la vida, esa eleccion de las leyendas ingénuas é imperecederas, que responde tan singularmente á una aspiracion jamás atrofiada de nuestro espíritu, proporciona un placer de una naturaleza especial, sereno y dulce, que nos hace entrever una armonía posible con nosotros mismos, para espresarme con una frase de Gœthe.

No hay accion, en el lenguaje de oficio; los personages se mueven y hablan con la lentitud, la pausa y el tiempo de la vieja tragedia griega. Por momentos, el espíritu, bajo la fatiga, protesta contra escenas

de una lonjitud interminable. La lenta declamacion las prolonga aún y.... Aquí conviene una reflexion general, que puede aplicarse á las obras todas de Wagner. No es posible oir una ópera del maestro, sin ser presa de la exitacion inquieta del fastidio, cuando se entra al teatro, llevando como huéspedes las preocupaciones del dia y aspirando á un atractivo inmediato y arrebatador que las venza. Es así como la sociedad actual está habituada á ir al espectáculo, á mecer cadenciosamente la cabeza al pasar las viejas melodias familiares al oido, á seguir con aire de interés el insípido unísono de la *Africana* ó á exitarse en falso en el tercer acto de *Fausto*.

En Wagner todo se armoniza y concuerda, pero se requiere tener cierta tranquilidad íntima, ó por lo menos, hacer un esfuerzo por serenar la eterna tormenta moral que nos acompaña.

Se acusa á Wagner de obrar esclusivamente sobre la imaginacion; la acusacion es rara, pero, si hay derecho á hacerla, es exacta. Esa orquestacion tupida, bifurcándose como las bajas plantas de un suelo tropical, en mil fibrillas, lianas y enredaderas que trepan el robusto tronco de un árbol, se engastan en el motivo principal, lo rodean, lo penetran, lo bordan, se escapan furtivas para reaparecer en otra forma : la incomprensible ensambladura de la voz con la armonía instrumental, confundiéndose con ella por instantes, cediéndole el sitio en pausas incomparables..... ese silencio mismo en la escena, dando lugar á la elocuencia de la accion ó al comentario de la orquesta, que, como el coro griego, piensa, completa y da la nota impresional del conjunto, obra sin duda alguna

principalmente sobre la imaginacion y la avasalla. Un distinguido critico francés, de vuelta de Bayreuth, con bastante honestidad para no mentir y la suficiente cobardía para no impugnar la pasion de su pais contra el maestro, decia : « No sé, no puedo opinar. Las disposiciones de la sala, la orquesta oculta, la media luz, la música vaga, la accion tan agena á nuestro mundo normal, han echado un velo sobre mi criterio, sobrescitándome la imaginacion de una manera malsana. » Malsana, está seguro? Que mas se busca, que mas puede buscarse, que salir de la rutina matadora y entrar á un templo viejo, donde se desenvuelve la magestad de un culto nuevo en el que nuestro ideal encuentra el reflejo de la patria soñada?

No es mi intencion escribir una apologia de Wagner, ni quiero mentir declarándo que he quedado en éstasis constante ante sus obras. No ; para penetrar las bellezas incomparables que encierran, para poder entregar mi espíritu al placer sano y vigoroso que de ellas surge como de una fuente no manchada por los vicios humanos, me ha sido necesario un rudo aprendizage. Mas de una vez, despues de tres horas de audicion, he salido del teatro bajo el peso de una fatiga agobiadora. Es un mundo nuevo, lo repitó ; nada del corte normal á que estamos habituados. Hay algo como una solemnidad perenne en la escena y en la orquesta, que tratándose de Wagner, es necesario confundir en una sola personalidad vigorosa, multiforme, severa y exigente. Esa trilogia, sobretodo ! Los recitativos son eternos, los duos interminables, haciendo gravitar sobre la atmós-

fera una monotonía que hace cerrar los párpados, que llega hasta fatigar el cuerpo. En el *Crepúsculo de los dioses*, la mas larga y pesada de las óperas de la última manera del maestro, he sentido el mismo cansancio que despues de los largos viajes en ferro carril, cuando ya no hay postura de la que no se haya abusado y se aspira al movimiento propio, á la libertad para el reposo. Pero de pronto un estremecimiento corre en la orquesta, los artistas mismos parecen despertarse de un letargo y los ámbitos todos del teatro se estremecen bajo la onda sonora que se levanta con indecible magestad. Así, en el primer acto de *Siegfredo*, el duo del enano diforme y del héroe, bellísimo en su iniciacion, se prolonga, se prolonga mas allá de todas las fuerzas de resistencia. No se oye en el teatro un murmullo, todo el mundo está inmóvil. La imaginacion, cansada de crear en el jugueteo eterno de su fantasia, empieza á replegarse sobre si misma, como un pájaro que cierra sus álas y enmudece al venir la noche, despues de los himnos de la tarde. En un instante, todas las cabezas se levantan, los ojos chispean, de nuevo la *folle du logis* entra en movimiento; Siegfredo ha fundido los restos de la espada del héroe que le dió la vida y cayó, como Prometeo, en el combate contra la voluntad de los dioses. De un golpe, rompe el yunque macizo y levanta su brazo armado, entonando el himno de la juventud, del valor y de la esperanza. Y mas tarde, cuando atravesande el océano de fuego en cuyo centro duerme la Walküre, llega hasta ella, rompe con su espada la férrea coraza que la cubre y la devuelve la vida en un largo é intenso beso de amor, quien se acuerda, ante esas frases de una poesia ini-

mitable, melodiosas, serenás, quien se acuerda de las lentas horas pasadas para llegar á la cima? Las fatigas del camino se olvidan frente al cuadro soberano...

La amplificacion es el defecto capital de Wagner, como lo fué de Gœthe, de Walter Scott, de Balzac y.....lo diré? de Beethoven mismo. El principio de cada *número* es delicioso; hay movimiento, hay vida, hay calor. Lohengrin ha dicho á Elsa cuanto hay en su alma ideal de cariño y abnegacion, como Tristan á Iseult en el duo inmortal. Luego... la retórica, la repeticion y de ahí el cansancio. Al final de cada escena, el maestro mismo parece sacudirse de un sueño; rara vez concluye sin un trozo admirable. Cuando la influencia personal de Wagner, por quien hay un culto divino en Alemania, desaparezca, los hombres del arte que conocen mejor que él las condiciones miserables de nuestra triste humanidad, harán ganar infinitamente á su obra, alijerándola de esa monotonia abrumadora que las ahoga. No cantará entonces el dragon de Siegfredo, ni oiremos los interminables monólogos del rey Arthur; pero en cambio, nos ahorraremos calambres intelectuales por el esfuerzo de la atencion.

He dicho ya que las óperas de Wagner no responden á la idea que tenemos de ese género de espectáculo. Si esto es para nosotros, que será para los artistas encargados de interpretarlas? Tomad un hombre habituado á trabajar en el silencio y quietud de su oficina, llevadlo á una sala de redaccion de diario, donde hay veinte personas hablando á la vez sobre veinte asuntos diferentes y obligadlo á escribir algo

serio, cuando su oido está solicitado á cada instante por el irresistible atractivo de la crónica mundanal. Si no tiene larga práctica de ese curioso oficio, le será imposible producir. Cómo pues un artista lírico, sin una sola indicacion de la orquesta, de la que parece estar divorciado, puesto que su voz trae un elemento independiente para la formacion del conjunto, puede seguir su camino árido entre aquel laberinto de melodias entrecortadas, de cambios de tiempo y tono? Que prodigios de memoria se necesitan para retener la forma rítmica de esos recitativos, á veces disonantes en la impresion primera, lentos, cuando la orquesta va á prisa, rapidos cuando aquella marcha en el pausado tiempo de un andante? Parece que el secreto está en la admirable declamacion de Wagner, discípulo en esto, como en muchas otras cosas, del inmortal caballero Gluck... Gluck! oia noches pasadas por cuarta ó quinta vez su *Orfeo*, esa obra que hacia palidecer á Berlioz. Que lejos está de nosotros y como han cambiado las condiciones objetívas de nuestro espíritu! Salir de Wagner para llegar á Gluck, es como remontar el Ródano, desde el momento en que se escapa bullicioso y turbulento del lago de Ginebra, hasta el corazon de los Alpes, cuando empieza á formarse con las transparentes fibrillas de agua que caen veteando el flanco de la montaña. Hay en Gluck una serenidad celeste y no se comprende como, bajo la atmósfera que respiraban Voltaire y Diderot, el maestro haya encontrado para pintar la inmaculada leyenda griega los acentos con que Orfeo domina las Furias y se abre paso hasta la dulce Eurídice. A mas... (perdóneseme esta confesion pueril) Offenbach cantaba en

mi memoria! Tal así, el altivo discurso de un caballero de la *Jerusalem libertada* ó del *Orlando*, me trae siempre la sonrisa del recuerdo, porque veo pasar á D. Quijote con su vacia por yelmo y tras él á Sancho, calculando por el volúmen los encantos secretos de Dulcinea!

No es posible desconocer que la música requiere en el dia una transformacion de acuerdo con el cambio operado en la forma conceptiva del ideal.

Cuando las otras artes se modelan bajo las necesidades intelectuales del espíritu moderno, porque ha de quedar estacionaria precisamente aquella cuyo objetivo principal radica en las clases cultas y por lo tanto las mas suceptibles de variacion? Quien puede negar que, salvo las dulces impresiones q'el recuerdo suscita, los viejos *clichés* nos dejan frios é indiferentes en el dia?

Los hombres de nuestro tiempo, cuando llegamos á la edad del raciocinio y sentimos dentro de nosotros, á la par del impulso de una curiosidad natural, el aguijon del amor propio, sano por fortuito azar en este caso, que nos impone dilatar el campo de nuestra ilustracion general, tenemos una grave tarea por delante. El conocimiento de la literatura clásica de todos los paises, en sus lineamentos principales, es una obligacion intelectual ineludible. — No es mi intento negar que ese estudio sea fuente constante de impresiones elevadas y saludables á la inteligencia; pero afirmo, apelando á mí mismo y á la lealtad de los que en mi caso se encuentren, que despues de tres capítulos de las *Afininades electivas* ó del *Wilhem Meister* de Gœthe, es con verdadera delicia que

tomo un romance de Daudet ó de Dickens. Sostengo tambien que el simple título : « Alfieri. Tragedie », ó : « Corneille. Théâtre complet » me hace una impresion análoga ó la que debe sentir el triste oficinista que encuentra sobre su mesa una montaña de notas para copiar. Que ande por ahí, suelto, sobre el escritorio, un ejemplar del *Gendre de M. Poirier*, de les *Faux bonshommes* ó del *Demi-monde* y la tentacion será irresistible. Los nobles y viriles sentimientos de los héroes de Corneille, el verso altívo de Alfieri, la elegante y esquisita armonia de Racine ó la incomparable claridad de Voltaire serán siempre modelos para los que tratan, en el mundo de las letras, de cimentar su gloria en la produccion de obras de vida larga. Pero nuestras necesidades inmediatas son otras, y otra cosa pedimos hoy al arte dramático de lo que se le exigia en los siglos XVII y XVIII. No es la vieja cuestion de los antiguos y los modernos bajo otra forma ; quien piensa hoy en ella ? Vamos al placer, de prisa, con la ansiedad de las emociones violentas, repitiéndose en todos los momentos. Pedimos á la novela y al teatro mas que los análisis lentos y profundos de Gœthe, mas que los arranques generosos de Schiller ó la elevada atmósfera de su idealismo ; algo que nos toque de cerca, nos sacuda un instante, aunque al caer la tela veamos, encarnada en un Kobold fantástico que rie por el agujero del telon, la *ficelle* de Sardou ó el vacío íntimo del sistema de Dumas.

Que buscamos en la música ?... Aquí el asunto es mas delicado. Pero como me refiero al grupo de hombres (de todos los países, se entiende) para quienes se escribe y se debe escribir música, sostengo que en esa

rejion intelectual se busca en la música precisamente lo que el teatro y la novela no pueden dar, ésto es, el idealismo puro, el placer moral soberano, despojado de todos los elementos túrbios que son el cortejo de la impresion del drama. Para las naturalezas suficientemente educadas, la contemplacion de la armonia profunda de una estátua ó de un lienzo, suele ser fuente de un placer íntimo é intenso. Hay hombres, aun con gustos artísticos, á quienes una tela, por bella que sea, no impresiona. Por mi parte, confieso que jamas delante de un cuadro he sentido en el alma nada que se parezca á la impresion que me causa un coro de *Lohengrin* ó de *Freychutz* ó la escena de los peregrinos de *Tannhäuser*. — Pero los privilejiados, los que han venido á la vida con la facultad de recibir sus impresiones artísticas por los ojos, afirman, y lo creo, que estas no son menores ni menos gratas que las que nacen bajo la influencia de la música. Y bien, algo asi pedimos hoy á la última, una impresion de armonia, que subyugue y venza, que atraiga y domine, algo arriba de la trivialidad cansadora que nos rodea, y cuyo círculo se estiende cada dia.

La música, pues, para continuar manteniendo su puesto entre las otras artes, su predominio, si se quiere, necesita cambiar sus caractéres de espresion, adaptando su nueva forma á las necesidades del momento, al corte intelectual del modo humano presente. Es esa la tentativa general de Wagner, y dejo á un lado la esposicion científica, razonada, de su sistema, en la que hay observaciones profundas y exactas pero que

saldria del plan lijero que me he trazado. Tomo simplemente la definicion de la música, por Berlioz, que el maestro de Bayreuth parece haber tenido constantemente en la memoria mientras escribia sus obras fundamentales: « Música, arte de conmover, por medio de combinaciones de sonidos, los hombres inteligentes, dotados de órganos especiales y ejercidos. »

Por mas esclusivo y circunscripto que sea el campo de esa definicion, no es posible negar que encierra una verdad cuya observacion sincera por parte de los maestros tiene que conducirlos á la produccion de obras sérias y trascendentales, mientras que su olvido, en vista de los éxitos fáciles en el grueso público, los lleva al efectismo trivial.

Pero Wagner, aun dirigiéndose al núcleo intelectual preparado para la percepcion de la belleza musical mas elevada, mas despojada de todo elemento *sensual*, no pierde, ni puede perder sus condiciones de aleman, determinadas por el ideal de fondo y forma de su raza, formado por las mil condiciones que dan el carácter á un pueblo, la tradicion, el clima, la herencia como factores principales. Para mí, toda la cuestion está ahí y encarándola bajo ese punto de vista, muchas de las dificultades del problema desaparecen.

No se trata de que Wagner sea oscuro, desprecie la melodia, etc. Transformará la música, pero la transformara á la alemana. Mozart la transformó en su tiempo, pero tanto la naturaleza de su espíritu, como la influencia de su viage á Italia, cuya escuela musical entónces merecia mas respeto del mundo que en el dia, lo llevaron á aceptar las formas claras italianas que engastó tan admirablemente en su estilo germá-

nico. Wagner tambien empezó por ahí, no ya por conviccion ni gusto, como Mozart, sino como medio de abrirse camino, cohonestando con las preocupaciones latinas. Su génio juvenil, rebosando de vida y pureza, lo sostenia con facilidad en todas las regiones; así escribió *Rienzi* y las melodías mas delicadas de *Lohengrin;* tal vez cediendo á ese mismo propósito compuso la marcha rítmica de *Tannhauser*, que todas las orquestas de Europa tocan á porfía. Pero mas tarde, el fiasco de esa ópera en Paris, irritando su orgullo y haciéndole ver la inutilidad de sus conseciones, su emancipacion posterior de las dificultades materiales de la vida, por su encuentro con el rey Luis, lo echaron de lleno en el seno de su ideal soñado y desde entónces fué esclusivamente aleman.

No se trata, repito, de que sea oscuro ni antimelódico; es que concibe de diferente manera á nosotros los latinos. Al de cual de los maestros alemanes del pasado puede ligarse su sistema? En la forma, en la *factura,* á ninguno; en el fondo esencial de su concepcion del arte, á todos ellos. Cada uno por su via, cada uno siguiendo el rumbo trazado por la secreta brújula de su génio individual, han emprendido la marcha á esa *cittá* eterna del ideal artístico, en cuya pesquisa Gœthe fatigó la tierra y los cielos, el tiempo y el espacio.

Nazca, pues un génio latino con la potencia de Wagner y tendremos la transformacion de nuestro arte de raza.

Seguirá las huellas de Wagner? Sí, en los lineamentos generales de la reforma; no, en la manera de obrar, en la concepcion analítica. No se vé ya á Boito,

que es simplemente un hombre de talento, dejar cantar el alma de su raza en el único momento en que se siente realmente inspirado, en la queja admirable de Margarita en la prision? No se le vé perderse en las sonoridades sin fin, que no responden á un plan de unidad (lo que es soberbio en Wagner) cuando solo quiere hacer escuela en la escena de la Kermesse?

Y ya que al *Mephistophélès* me he referido incidentalmente, me parece conveniente observar algo sobre la única obra séria que en Italia se haya producido con pretencion al wagnerismo. Desde luego, declaro que tengo una predileccion marcada por la obra de Boito, que oigo siempre con un placer creciente. Encuentro en ella inspiracion, frescura, novedad y sobre todo, el gran *cachet* de la escuela, la union íntima entre el drama y el poema musical, escepto no obstante, en el *Sabatt clásico*, *hors d'œuvre* completo, que Wagner jamás se habria permitido. Sí, la Fantasmagoría-clásico-romántica, como Gœthe llamó al episódio de Helena, está en el 2.° Fausto; pero está allí como una letra en una ecuacion algebráica y figurando en la fórmula con valor propio, pero sin importancia fuera de ella, bajo el punto de vista de la concepcion general. Porque no poner tambien los campos de Farsalia, el alto Pénéios, los Telquinos de Rodas, ginetes en Hipocampos?

Porque no hace hablar á las sirenas, las Esfinges, los Grifos, los Pigmeos, los Dactylos, las Grullas de Ibico, las Lámias, á Anaxágoras y á Thales? Al fin, en esas escenas de una nebulosidad tal, que han pasado por una mistificacion colosal, *Mephistophélès* (que es el héroe de Boito), tiene el papel especial y carac-

terístico del viejo diablo de Occidente, incómodo entre las larvas de la Grecia primitiva, microcosmo estupendo, mezcla de sueños é ideas, de símbolos y fuerzas. Pero dado q' los encantos de la Helada heróica hayan seducido al maestro, porque no figura en el sabatt clásico Mephistophélès [1] ? Acaso no aparece en el poema, de pié, bajo el pórtico de mármol del palacio de Menelao, bajo la horrible figura de la Porkyade, cuyo aspecto hiela la sangre? No era ese el único vínculo (y admirable) para ligar ese cuadro á la escena general? Y Euphorion, la alta poesía, cantando el amor y la juventud sobre los montes y los valles y muriendo consumido en la aspiracion de la libertad, como Byron, de que es la glorificacion mas soberbia? No hay música en todo eso?

Al pasar, una crítica. He visto en Lóndres la ópera de Boito por la Nilsson, que hacia á la vez la Margarita y la Helena; parece que en Buenos Aires la Borghi-Mamo representaba tambien ambos papeles, como M^lle^ Duvivier últimamente en Bruselas. No sucede así en la Opera de Viena, donde en materia de interpretacion hay un culto religioso. Y no debe suceder así. En Gœthe, Helena no es Margarita transformada, es una concepcion completamente estraña á la de la gentil plebeya. Margarita es la urna del amor, del sensualismo terrestre y pasagero; Helena es el tipo de la belleza *eterna*, una idea madre y constante, como la otra es una forma transitoria, una concepcion relativa y circunscripta. Avanzando en el poema, se encontrará una vez mas á Margarita, no en el mundo pagano, entre

1. En el modo actual, Mephistophélès aparece, pero incidentalmente, sin papel característico.

las corifeas y el coro, sinó en los cielos místicos, casi católicos, implorando á la reina de los ángeles por Fausto, como Beatriz por Dante. Choca ver á Margarita, soberbia en el oscuro cendal, muriendo en la prision, entre los dolores y el vértigo de mujer *humana*, avanzar mas tarde bajo el coturno clásico, en el Walpürgis griego, envuelta en el manto jónico de Helena.

Una muchacha del pueblo seducida, que mata á su hijo para ocultar su deshonra, que es condenada á muerte por ese crímen y que se vuelve loca... puede transformarse en Helena? En ese caso, como en el de Fausto, variando la forma, el cuerpo, quedaria el alma idéntica. Puede compararse la de Helena con la de Margarita? Un hijo, para Helena, es el deshonor? Ella, que va de Teseo á Menelao, de Menelao á Paris, de este á su hermano, que recibe en su lecho la sombra misma de Aquiles, escapada del infierno bajo el aguijon sensual, ella, sobre cuyo cuerpo pasa el contacto de los hombres, como la mirada sobre un astro del cielo?... Margarita es una muger, Helena es una idea...

No es ésta la sola crítica que haria del libreto de Boito, si el carácter de este artículo me lo permitiera. Boito es un poeta y un poeta original y por lo tanto hay mucho que exigir de él; sus poemas de *Ero y Leandro* y el de *Amleto* son deliciosos..... Pero, quien sale airoso con *Fausto*?

La música del *Mephistophélès*, como he dicho, ofrece, no solo novedad, sino que está cortada en ese carácter de emancipacion que tan bien responde á nuestras necesidades intelectuales; me ha sido dado oirla repetidas veces, intercalada entre varias repre-

sentaciones de Wagner; así he podido coger al vuelo las relaciones íntimas de escuela, la analogia del procedimiento, pero tambien la alta personalidad de Boito, que se conserva y mantiene dentro del surco fecundo trazado por el maestro.

El sentimiento de respeto profundo que Wagner me inspira proviene de su concepcion altísima del arte. En la deplorable decadencia determinada por la perversion general del gusto público, bajo la influencia de la vida lijera, irresponsable, puramente sensual de Paris, Wagner, con la majestad de su estilo, la pureza de sus intenciones, diré mas, el aspecto escultural de sus obras, se levanta, como en el siglo XII se levantó Dante sobre la turba de trovadores que bajo el oropel de la gaya ciencia mataban la poesía. Quién, desde Bach, habló como Wagner el lenguaje musical? Quién desde Beethoven, dió á la orquesta esa alma divina que se espresa en acentos desconocidos al oido cansado de los hijos de la tierra? Cada ópera es un mundo, hondo y ámplio, q' exije sin duda cierta preparacion, pero que encierra en su seno elementos capaces de transformar al hombre q' alcanza á penetrarlos. Lo he conseguido? No lo sé; pero puedo afirmar que los primeros acordes de la orquesta de Wagner, sea la frase clara, limpia, triste como un quejido y elegante como la figura de Lohengrin, de que es la personificacion musical, sea el tono grave y solemne del preludio de *Parcifal*, que trae á la memoria el austero coral del Reformador ó el éxtasis profundo de Pergoleso, causa en mi una impresion indefinible que no puedo comparar con otra alguna. Wagner domina, tiraniza á veces, pero impone siempre el respeto.

Solo en Paris, ante las cabalas organizadas no ya por un propósito artístico, sinó por una preocupacion patriótica, unida al *déseuvrement* constante y á la indiferencia fatal por las cosas elevadas, que la vida ligera determina, es posible silbar á Wagner. Los petimetres, los pilares de club que van á esperar en la sala de un concierto la hora del baccará, los *habitués* de la Opera, que conocen por su nombre á todas las bailarinas y que no están seguros si *Oberon* es de Weber ó de Rossini, espíritus estrechos, concibiendo la vida como un *cancan*; que pueden comprender de Wagner? En cambio, los artistas verdaderos de la Francia, los grandes intérpretes de la música, levantándose arriba de un elemento estraño al criterio artístico, saludan hoy á Wagner como uno de los espíritus soberanos que han honrado á nuestro siglo.

El crítico italiano Philippi aconseja, como escala de transicion para hacer conocer á Wagner ante un público latino, su ópera *El navío fantasma*. No lo creo así, porque esa partitura, que tiene poca melodía (esceptuando el coro de los *fileuses* y la balada) es tambien una de las mas débiles del maestro. Aconsejaria *Lohengrin* al empresario que, en Buenos-Aires, comprendiendo sus propios intereses y los derechos de un público que paga sériamente, se decidiera á dar entrada á Wagner sobre una de nuestras escenas líricas.

El dia que el público porteño, que ha demostrado tener el instinto musical desarrollado como el de cualquier pueblo de la tierra, oiga *Lohengrin*, afirmo que una revolucion se producirá en su espíritu ante la majestad de esa obra llena de vida y color. Luego directamente á la *Walkyre*.

Releo y me pregunto : he dicho lo que queria decir? No estoy seguro ; pero todo hombre con gustos artísticos elevados que lea estas lineas, alcanzará, tras la vaguedad de la forma, el propósito esencial del pensamiento.

1883.

Sobre una carta de Renan

Bramo assai, poco spero e nulla chiedo
TASSO.

Todo hombre de espíritu delicado y observador que haya tenido la fortuna de leer el *Nacional* de ayer, debe haberse sentido impresionado por una rara coincidencia de ideas, entre dos artículos que á primera vista parecen moverse en dos rumbos diametralmente opuestos.

En primer lugar, la palabra de uno de los maestros inimitables en el arte de presentar sus ideas envueltas en todos los encantos de la diccion; luego, una mujer de talento, impresionada por un acontecimiento social que en nada sobresale de la vulgaridad de la vida, pero al que ella misma realza con su observacion.

¡La misma tésis sostenida á propósito de un mundo y á propósito de un átomo!

Renan, encarando la vieja Alemania, aletargada por el monótono ruido del sable sobre el pavimento de Berlin ó del martillo ciclópeo sobre el yunque de Krupp y recordándole que no se imprime carácter á

la marcha de los pueblos sólo por medio de la fuerza, haciéndole ver que el régimen espartano fué un absurdo contra la naturaleza y que para ser grande un pueblo necesita algo mas que granaderos mecánicos, reivindica una vez más, con la maravilla de su estilo y la autoridad de su nombre, los derechos de la inteligencia y las prerogativas del sentimiento.

Y allá abajo, humildemente, en el folletin, una mujer, sin saber que Renan hablaba desde el balcon á la muchedumbre aglomerada, conversa tambien suavemente en *petit comité* sobre un baile, sobre trajes, sobre juventud, sobre ilusiones, sobre todas esas galas de la vida, tan fugaces y que sin embargo son las únicas que quedan.

Si, hablemos todos ese franco lenguaje de la verdad al que, como á los alimentos sanos, siempre hay que volver cuando el espíritu de convencion, las theorias-hallazgos dejan de ejercer su influencia.

¿Se toma la vida como un problema de mecánica, graduando las fuerzas de resistencia que cado uno tiene en si mismo para luchar contra todas las àsperas brutalidades de la realidad? Se calcula la renta mensual que el trabajo produce y á la noche, á la luz de la vela, se meditan las calaveradas á tanto la hora, los vicios á cuanto la pieza y se estrujan las emociones en perspectiva hasta meterlas en el presupuesto como en un borcegni que si bien calza el pié, lo destroza?

Veamos otra variante; dejarse crecer el pelo hasta que las guedejas posteriores vivan en *connubium* con el cuello de la levita, no leer un libro pero si todos los diaros, no ir á la ópera, pero no faltar á una reu-

nion del club parroquial, ponerse hecho un tigre cuando se suben las mesas de tric-trac á los altos del Progreso para dejar libre el salon de baile, vivir pendiente de la cédula hipotecaria y oir el ruido de la rueda bursátil con aquella profunda emocion que enloquece el alma del que espera, al sentir el rumor leve de la mujer querida que llega sedienta de amor, decir con aire satisfecho que Heine era un estravagante y Musset un perdido, pero en cambio volar á las puertas del personaje político que se dibuja en el futuro como la cabeza de raton, incapaz de ser ni aun cola de leon.....

¡No, por todos los martirios del mundo!

Si algo retiene, si algo liga los brazos y encadena el espíritu, si algo levanta de las mas duras agonias, si hay un amparo seguro contra el tédio eterno, es aquello que el mismo Schopenhauer, metido en su noche germánica, en la atmósfera deletérea del pesimismo, miraba como una onda de luz alumbrando siquiera una de las faces de la naturaleza humana: ¡el arte!

El arte, pero no ya sofocado, axficiado dentro de la concepcion vulgar que lo limita á la frase métrica, al ritmo musical, al lineamento de una estátua, al colorido de un lienzo ó á la armonia de una corniza. El arte, respirando en todo el universo, como el principio divino del panteismo, brotando á los ojos del que sabe mirar, de todos los rincones de la naturaleza, jugueteando en las nubes de la tarde, formando legiones de hadas en los celages del horizonte, hasta desvanecerse sonriendo para volver á brillar un momento despues en el clarear majico de las estrellas ó

en el lento murmullo del mar, esa *berceuse* eterna á cuya cadencia reposa la playa solitaria. El arte, envolviendo en su seno, infinito como la idea de Dios, todas las manifestaciones de la vida, relampagueando en una frase espiritual, modelando por su influencia maravillosa hasta las pasiones mas brutales y convirtiendo al hombre cuyo instinto lo nivela á la bestia, en un poeta, en un espíritu superior...

Sólo arrojándose ciegamente en esa corriente del espíritu, sólo ennobleciéndose á sí mismo par el contacto incesante con esa pura á inmaculada existencia intelectual, sólo así puede un hombre erguirse de entre éste marasmo sepulcral, de éste *tœdium vitæ* que nos aplasta.

Leyendo la carta admirable de Renan, ha revivido un momento ante mis ojos el medio intelectual en que se movia espléndidamente la Alemania á principios del siglo. Ese Berlin que es hoy una caserna, aquellas pequeñas cortes que brillaban por el espíritu, á pesar de pasar desapercibidas en la geografía política, y que hoy reposan en un silencio solo turbado por el paso marcial de un regimiento que cruza la ciudad, ó por las canciones que se escapan de una taberna, inspiradas por la pesada embriaguez de la cerveza, todo el aspecto del imperio aleman, trae al espíritu tristes ideas. ¡Cómo han soñado esos germanos con la unidad de la patria! ¡Cuántas nobles vidas se han perdido prematuramente en los campos de batalla por ese ideal que hacia morir sonriendo á Kœrner y cruzar á Brunswich como un nuevo Juan de Leyde, como una tromba, entre incendios y ruinas,

media Alemania, para ir desesperado á buscar la sombra del pabellon inglés en las costas del Hanover!

Aun vibraba en Alemania el éco del siglo XVIII envuelto en el espíritu de la Francia; la sociedad prusiana deslumbraba por la inteligencia de media docena de mujeres cuyos salones hacian revivir la cultura social de Paris en su época dorada. La raza que durante diez siglos habia sido vilipendiada, ultrajada hasta la ignominia, se vengaba dando á la sociedad berlinense sus joyas mas dignas y envidiadas. Las hijas del viejo Mendelshon eran judias, como lo era Enriqueta Herz, como lo era la condesa de Einsiedeld, como lo era aquella incomparable Rakel Lévin, que tenia pendiente de sus lábios á cuantos oian su palabra suave, espiritual, impregnada de incomparable gracia. Allí peroraban Federico y Guillermo Schlegel, allí conversaba Varhagen y Fr. de Gentz, allí venia el príncipe Luis-Fernando, el héroe de Maguncia, uno de los hombres mas admirablemente dotados que hayan nacido en los peldaños de un trono. De cuando en cuando, se veia entrar la elegante figura de un jóven emigrado francés, escapado á los furores de la revolucion. Valmy y Jemmapes se habian olvidado, el tratado de Bale imperaba y aun no se habia desplomado sobre la Prusia la catástrofe de Jena.

Pensaria Renan en ese momento del espíritu germánico, en aquel renacimiento de gusto y cultura, esa difícil forma del arte, al fijarse en la Alemania de hoy, en la que todo eso ha desaparecido, cediendo el paso al *Kraft* intermitente de Viena, á ese *Culturkampf* de M. de Bismark, que consiste en arreglar las

sociedades con la simetria de un ejército en un campo de maniobras?

Si, tiene razon Renan : la humanidad debe á la Francia la tradicion de su esquisita sociabilidad, de su concepcion artística de la vida, como debe á los ingleses gratitud porque uno de ellos, peluquero sin clientela, inventó la máquina de tejer el algodon.

No todo es fuerza; el arte en sus formas mas ligeras, modifica tambien las condiciones de la vida y ayuda con mas eficacia al desenvolvimiento del progreso. Es difícil encontrar en la historia una época mas dura al hombre que la del Renacimiento italiano. No habia vida posible; los campos talados á cada instante por las bandas hambrientos que seguian á un soldado de fortuna, el *bravo* oculto en la sombra desde que la noche caia sobre la tierra, cien tiranos pequeños y cobardes espiando el momento de derramar veneno en la copa del hermano, el estrangero pisando el suelo de la Italia desde los Alpes hasta la Calabria, Miguel Angel jugando su vida en los muros de San Miniato como un *condottiero*, Benvenuto abriendo el corazon de su enemigo en media calle á la luz del sol, con la misma mano que modelaba el Perseo, la ausencia completa de todo respeto por la vida humana y la mas profunda atrófia de todo sentimiento de honor. ¿Porqué, sin embago, suena al oido ese nombre de Renacimiento con el mágico encanto que deja el recurdo de un sueño en que se han realizado todas las vagas é íntimas aspiraciones?

Porque todos esos horrores se desvanecian ante el esplendor del arte; por que el mundo antiguo habia renacido de sus cenizas, la Grecia roto su lápida, la

naturaleza misma hecho un esfuerzo gigante para arrojar sobre la tierra italiana, donde la planta-hombre nace mas vigorosa, segun Alfieri, veinte génios en medio siglo. Ariosto y Tasso cantaban, el primero mas poeta, el segundo mas artista, Rafael, Leonardo, del Sarto pintaban, el Buonarroti y Juan de Bologna esculpian, la cúpula de San Pedro se elevaba al cielo y Bayardo hacia leyendas con su espada...

El arte ha sido el único vínculo nacional de la Italia durante siglos. El hizo unido ese pueblo que la historia despedazó á cada instante. El hacia palpitar con un mismo latido el corazon del napolitano, súbdito de la España, del lombardo oprimido por la Francia ó del romano sofocado por el clero, cuando llegaban á sus oidos los versos de los grandes poetas. El arte venció al fin á la política y Metternich habria sido mas exacto, haciendo una variante á su frase « la Italia es una espresion geográfica. » No, la Italia era entonces una « espresion artística », tan fuerte, tan intensa, tan poderosa, que en el dia de la reivindicacion de sus derechos, desde Mesina á Verona, desde Brindisi á Génova, los italianos se han tendido los brazos como hermanos separados sólo de la víspera.

« Hay muchas cosas, Horacio, en los cielos y en la tierra, que tú no sospechas, » dice Hamlet ¿Quién puede decirnos si en ese mundo aun desconocido de las leyes que rijen el universo, éstas manifestaciones del espíritu que designamos bajo el nombre de arte, no tienen una influencia fatal é indispensable en la evolucion humana?...

. . . . . .

¡Cómo redobla el aliento para luchar contra el brutal mercantilismo, cuando uno de los pensadores mas sérios del mundo moderno, cuando el maestro que ha acercado su espíritu profundo á las cuestiones mas trascendentales del destino humano, defiende con energía y brillo incomparable, los sagrados derechos del arte! Eso legitima cierta altivéz íntima que sienten todos aquellos que han concentrado su adoracion y su respeto por esa idea exelsa.

Muchos de ellos suelen tener en el alma tendencias vagas é inconscientes; ansian algo que no pueden definir y á veces concluyen su vida en esa espectativa. Otros alcanzan á conocerse, escuchan dentro de sí mismos rumores indecibles, algo como la gestacion confusa de ideas grandes y generosas, deseos de crear... y caen abatidos, desolados por la impotencia de revestir sus sueños de la forma plástica, del ropaje indispensable para darles entrada al mundo intelectual. A veces el hombre que no puede hacerse amar de una mujer, se hace vil y la difama; aquellos que han sido una vez tocados por el soplo misterioso del arte, lo aman eternamente y si no pueden crear, se prosternan ante los elegidos.

1879.

UN NUEVO LIBRO

DEL

Dr GUTIERREZ

I

Han visto la luz pública dos nuevas obras debidas á la pluma infatigable del Dr. D. Juan M. Gutierrez.

La una lleva por titulo : *Estudios sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan de la Cruz Varela* y la otra es un *Compendio de la historia de América.*

Creo que nada es mas aparente para caracterizár el espíritu y la vida literaria del Dr. Gutierrez, que la simultaneidad en la aparicion de éstas dos obras, aunque su elaboracion haya sido emprendida en diversas épocas.

De un lado el hombre de letras, con su gusto delicado, su inteligencia pulimentada por el estudio de los grandes modelos hasta el punto de resentirse de una suceptibilidad esquisita.

Del otro, el venerable educacionista, que pone al servicio de la juventud de su pais el caudal recojido en largos años de investigacion y el encanto de un estilo claro y diáfano, tal vez avergonzado de servir á una simple narracion en véz de encerrar en su seno fecundo los mágicos cuadros de la epopeya ó los vastos horizontes de la filosofia.

He ahí todo el hombre; amor profundo á las cosas bellas, tendencias irresistibles al arte, á la creacion, pasiones literarias dignas del siglo XVII ó de 1830, todo ese tesoro intimo ha tenido que vivir en armonia con una época que no tienen ni los encantos de la luz, ni los terribles atractivos de las sombras, en que nada vuela ni se agita, en que todo se arrastra ó queda inerte.

Para nosotros esas cosas son mas llevaderas. Los que hemos nacido trayendo en la tradicion hereditaria el culto artístico, hemos presenciado, sombrios y pesarosos muchas veces, pero siempre impotentes, las modificaciones insensibles que el mundo esterior iba produciendo en nuestro espíritu.

Amamos los poetas, veneramos los artistas, tenemos latidos de corazon para todas las glorias é intimas simpatias por todas las grandezas caidas, pero el ambiente en que nos hemos desarrollado nos ha familiarizado con las miserias de la vida, arrastrada hasta el realismo mas espantoso, al mismo tiempo que nos ha hecho idóneos para incrustarnos definitivamente en un órden social en que el arte no se conoce.

Pero ellos, por Dios, esos nobles viejos que se han hecho hombres cantando las glorias nacionales en los grandes dias y maldiciendo los tiranos en todos los

momentos! Ellos, cuya cuna era mecida por las tempestades revolucionarias y cuya adolecencia trascurrió entre las ásperas emociones del destierro y los gritos del combate!

Se encierran en su hogar y se hunden en el pasado, con el espíritu, el corazon y la voluntad.

Leyendo las páginas serenas y templadas del D^r^. Gutierrez sobre Varela, me ha parecido encontrarme en un mundo aparte, algo como si un génio alado me hubiera transportado instantáneamente de un boulevard de Paris á una silenciosa casa veneciana cuyos umbrales besa la tranquila laguna.

Que reposo, que calma de espíritu, que serenidad de estilo, contrastando con la bulliciosa polémica del dia y aun con la ráfaga europea, que trae entre sus ondas el gérmen vibrante de las grandes controversias!

Como han variado los horizontes literarios del mundo y cuan profunda ha sido la modificacion del intelecto humano desde los dias en que D. Juan Cruz Varela escribia sus tragedias, traducia á Virgilio y buscaba en las estrofas de Horacio el ritmo para cantar sus pasiones!

De los grandes apóstoles del culto á que pertenecia Varela, quedan pocos que hayan salvado del olvido. Mas que gusto literario, es una consideracion respetuosa lo que en Francia permite de tiempo en tiempo que el nombre de Corneille ó Racine aparezca en el cartel del gran teatro nacional. Dumas con sus estudios sociales, Sardou con su mecanismo escénico, Augier con sus comedias geniales ó Barrière con sus pinturas al natural, tienen hoy el cetro literario.

En Inglaterra, Shakespeare solo ha resistido á la ola

y aun empiezan ya á confesar que « Homero dormita á veces. » Es el realismo el que predomina, ó mas bien, el *objetivismo*, segun las denominaciones escolásticas con que la influencia germánica va embrollando el espíritu humano.

Alfieri, Monti, Manzoni, Pellico, dormid en paz! Ya las luchas literarias no se traban sobre vuestras obras en el fecundo suelo italiano. Habeis pasado, como pasó Calderon, como pasaron Esquilo y Sófocles para los griegos, cuando aplaudian las cartas de Alciphron ó las obscenidades de Lucius.

Pero cuando es necesario encontrar la belleza de la forma en grado capaz de educar el sentimiento estético de los hombres, cuando es necesario presentar al espíritu de los niños modelos eternos donde pueden encontrar grandes ideas espresadas con nobleza, emociones puras y profundas encerradas en formas exelsas, sonreid en vuestras tumbas, clásicos abandonados, por que sois vosotros los llamados á reinar sobre la juventud. Sois los maestros eternos del género humano!...

II

Los alemanes pretenden que solo á ellos les es dado gozar en toda su intensidad la belleza del Fausto y sus soñadoras virgenes se muestran compasivas con las que no pueden leer á Heine en el original. Tal vez unos y otras tengan razon, pero en lo que no me cabe la menor duda es que nosotros no tenemos el espíritu

preparado para gozar con las bellezas de las obras clásicas, como aquellos que han pasado muchos años de su vida en comercio familiar con esa forma solemne, escultural, que parece cernirse sobre nosotros.

No puedo ni podré jamás gozar con una oda de Horacio ó un canto de Virjilio, como el Dr. Gutierrez, por ejemplo — Del mismo modo, encuentro muchos pasajes en las obras de D. Juan Cruz Varela, que entusiasmando á su critico, me dejan completamente frio.

Es que nada hay mas peligroso que la estricta disciplina del espíritu y es el haber roto con toda tradicion, á impulsos de una originalidad impetuosa, lo que hace la belleza de ciertos pasajes magníficos de Shakespeare.

Pero D. Juan Cruz Varela es clásico. En vano su alma americana canta á su oido estrofas vibrantes, rebosando de entusiasmo, henchidas de calor y vida, en vano! Si el entusiasmo cabe en el torneado canto, si la austera forma no padece, si las transiciones violentas y los gritos estridentes de la pasion pueden salvarse, habrá entusiasmo. Si no es posible encerrar todo lo que se agita tumultuosamente en el espíritu dentro de la forma sagrada, sacrifíquese el poeta en aras de su culto.

Muere Belgrano; la caida del austero patriota conmueve á los poetas y todos rodean su tumba como los bardos ossíanicos la tumba de Fingal.

Oid como empieza Lafinur su « canto elegíaco » :

Porqué tiembla el sepulcro y desquiciadas
Sus sempiternas losas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas.
Los justos y la tierra se conmueven?...

Quereis mas vida, mas vigor en una introduccion? Ese arpejio de bronce no os dá la medida del tono en que se va á desarrollar ese quejido biblico?

Encuentro en esa valiente entonacion algo del estro viril de Quintana, en aquellos dias tremendos en que sostenia el corazon de España, hechos pedazos sus flancos y en lucha abierta con el invasor.

Mas tarde, Lafinur compone su *Canto fúnebre* y, siempre feliz en sus primeros acentos, arranca el vuelo, como dice el Dr. Gutierrez, con esta interrogacion, brillante en la idea, suave y melodiosa en la forma :

> Adonde alzaste fugitivo el vuelo
> Robándote al mortal infortunado,
> Virtud, hija del cielo?...

En tanto oigamos al Dr. Gutierrez :

« La composicion que por su parte consagró el Sr. D. Juan Cruz á la memoria de Belgrano, no se parece en nada á las que acabamos de analizar. Los sentimientos de dolor, la exaltacion de los méritos del ilustre difunto se manifiestan en esas estrofas regulares y forzosamente aconsonantadas con serenidad, con *digna parsimonia* y con *completo predominio* del poeta sobre sí mismo. El literato y el erudito traslucen con frecuencia en esta elegia y toda ella deja entrever *el esfuerzo* empleado por el autor para hacerse digno en trance tan solemne de los aplausos de los inteligentes y de aquellos « génios que beben en la fuente pura de Hipocrence », usando de sus propias palabras ».

Tal es el juicio del Dr. Gutierrez sobre ese canto, juicio que no puede emanar de crítico mejor predispuesto. Si D. Juan Cruz hubiera olvidado un poco

« esos génios que deben en la fuente pura de Hipocrence », si hubiese prestado atento oido á sus íntimas inspiraciones y aflojado un tanto los tentidos resortes de su voluntad, habriamos tenido una elegia inimitable, honor de las letras argentinas. Horacio, Boileau, etc., habrian tal vez fruncido el entrecejo, pero ya estamos un tanto emancipados de esa tutela, no es verdad, Dr. Gutierrez?

Quereis una prueba?

Ya no se trata de Belgrano, ese Eneas de nuestra historia, menos la fortuna; es otro el sentimiento que sacude el corazon del poeta, es la « fibra salvage » sacudida eléctricamente al resplandor de un triunfo patrio.

La forma es elevada, grande, pero aquí el poeta está bajo el dominio de su inspiracion, aquí no veis aquella *digna parsimonia* que le hace costear la tierra en su vuelo. Cincela la frase, porque su mano está acostumbrada al buril, pero ved como el mármol brota vida y entusiasmo!

La aguda bayoneta la defiende
De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
De su prision de fuego;
Pero mas fiero el argentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza
O del fogoso bruto el ancho pecho.
Ciérrase luego; el escuadron deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira;
Y otra vez y mil veces se retira
Y otra vez y mil veces arremete.
Así los olas la muralla embaten,
Y, contra ella rompiéndose estruendosas,
Se vuelven, se alzan y otra vez furiosas
Con repetido empuje la combaten,

Hasta que se desploma á lo mas hondo
La contrastada mole y victoriosas
Revuelven los escombros en el fondo.
La enemiga legion no de otro modo,
Desaparece al cabo;
La vida de algun bravo
Tal ruina cuesta, pero es ruina todo;
Y cayendo guerreros á millares,
Digno holocausto fueron
A las sombras de Brandsen y Besares!

III

Cada vez que leo una página escrita por el Dr. D. Juan M. Gutierrez sobre las cosas y los hombres del pasado, no puedo menos de recordar otro espíritu culto, delicado, que tambien ha vivido con delicia en ese mundo desvanecido.

Me refiero á M. Cousin cuyos amores, ardientes como los de un poeta en la adolescencia, han iluminado las figuras de esas mugeres del siglo XVII que han tenido la mágia de arrullar el espíritu y el corazon del grave filósofo á través del tiempo.

Si hubiera en nuestra historia algun período análogo, tendriamos una obra maestra, porque el Dr. Gutierrez, enamorado de un asunto tan adecuado á su índole literaria, lo habria tratado con toda la profundidad de un historiador y la galanura de un poeta templado, suave, empapado en esa delicadeza aérea en que parecen flotar algunas estrofas de Schiller...

Conocidas son las ideas del Dr. Gutierrez respecto

á la proposicion de la Academia española en el sentido de encender en cada ciudad de América un fuego eterno á fin de conservar puro de toda mancha el idioma castellano, colocando al lado de la hoguera una celosa vestal.

El Dr. Gutierrez no tiene simpatias por las vestales, sin duda alguna, porque no hay espíritu elevado que se sienta atraido por la esterilidad. No ha podido aceptar una mision en cuyo cumplimiento cooperaria á estancar el pensamiento nacional, limitandole sus medios de espresion y á cerrar definitivamente las puertas á una literatura patria que tiene que desarrollarse forzosamente en dia no lejano.

Sin embargo, pocos escritores españoles tienen la pureza de estilo y la correccion gramatical del Dr. Gutierrez y para cualquiera de nosotros, yo el primero, que no escribimos en español, sinó en un dialecto especial, en el que el vocablo es mas ó ménos castellano y la forma siempre francesa, causa no poca sorpresa encontrar un libro que no parece salido de nuestras prensas.

La educacion que recibimos, sirviendonos de testos franceses, el encanto de la literatura galicana y sobre todo la universalidad de ese idioma maravilloso que no decae nunca, sea ondulando bajo la pluma de Musset ó sirviendo para la esposicion cientifica de Burnouf ó Champollion, nos aparta constantemente de la lectura española, sin que el esfuerzo intelectual de la España contemporánea sea capaz de atraernos hácia ella.

El Dr. Gutierrez ha sabido defenderse de esa obsecion constante de un idioma al que poco falta para ser

empleado en los pensamientos que brotan en la meditacion solitaria. No recuerdo qué francés decia, despues de la guerra de 1870, que se sentia tan arrepentido de haber empleado algunos años de su vida en aprender el aleman que, para desquitarse, lo empleaba esclusivamente para pensar cosas desagradables.

No será seguramente el francés el idioma que empleemos jamás los hijos de esta tierra en ese sentido.

IV

Leo en la página 76 del volúmen del Dr. Gutierrez, ésta verdad grande como la firmeza con que es dicha y que á mis ojos ha aparecido en caractéres de relieve:

« En los dias actuales pocos se resignan á condenar al secreto los labores de su aplicacion y la tinta fresca del mas trivial *ensayo* sale presurosa á enjugarse al calor de la luz pública. »

Declaro ante todo que la palabre « ensayo » no está subrayada en el testo; he sido yo mismo quien la ha decorado con esa distincion, porque de ese modo me parece referirse tan propiamente á cierto individuo de mi íntima relacion, que habria juzgado debilidad dejarla pasar desapercibida.

Si, Dr. Gutierrez, casi todos nosotros faltamos al respeto que es generalmente debido al público, en las sociedades cultas y artisticas, por decir así.

Es cierto, señor y para caracteres leales, no hay otro camino que la confesion general.

Juan Cruz Varela, un sobrino homónimo de su poeta querido, á quien el venerable tio habria tirado escaleras abajo ó sacado un hombre superior, tuvo en una época unos dichosos diez y ocho años, que, unidos á una pobreza épica y á un carácter emprendedor y audaz hasta la temeridad, dieron por resultado un poema lleno de incorrecciones, pero con mas fuego que un volcan y con mas entusiasmo que un corazon argentino en Chacabuco.

Juan Cruz llevó su *Pecadora* á mi padre, *su viejo amigo fiel*, como V. lo llama tadavia y le preguntó si no encontraba algunas cosas muy crudas.

Mi padre profesaba en materias de literatura y arte, ideas análogas á las de Teófilo Gautier : creia que la belleza artística era independiente de la moral y de toda otra nocion que á ella no se refiriera. Tengo en mi poder algunas páginas inéditas en las que narra el caso de aquel devoto *bourgeois* que compró casi todos los cuadros mitológicos de Julio Romano, el mejor discípulo de Rafael y los quemó en holocausto á sus sentimientos; de acuerdo con Heine, que citando el mismo incidente, declara que el feryiente sectario merecia subir al cielo y... ser azotado allí diariamente por cretino.

No fué por cierto mi padre quien inspiró á Juan Cruz la idea de agregar la palabra *arrepentida*, como paliativo á la desnudez del título primitivo.

Creo que en éste caso el devoto *bourgeois* fué Mariano ó Rufino Varela. Pueden subir tranquilos al cielo, libres de la perspectiva de azotes, porque al fin conservaron la tela.

Supóngase V., mi querido D^{r}. Gutierrez, que Juan

Cruz, una vez escrita su *Pecadora* en vez de publicarla y venderla él mismo, trepado sobre una mesa, en el patio de la « Tribuna », la hubiera relegado á ese cajon de escritorio con boca de Saturno que devora los hijos del espíritu y que siguiendo los grandes ejemplos, hubiese empleado diez años de su vida en hacerse un capital intelectual y en formarse un estilo. Lo tendriamos hoy vagando de capa raida, sombrero alto en muy mal estado, sin hogar ni familia... ó tal vez no lo tendriamos de ningun modo.

Pero felizmente, publicó. Es decir, se desahogó, rindió el tributo indispensable, se arrojó al trabajo, madrugó, galopó, vendió caballos á los brasileros, se hizo una modesta fortuna y hoy se mueve cómodamente en la vida, como si en vez de haber escrito versos, no hubiera hecho otra cosa desde sus primeros años que llevar un libro por partida doble.

Le cito uno.... por no hablar del *médico* Gutierrez, del *abogado* Goyena, del *ingeniero* Encina, etc., etc. Pero... no está V. presente, como de molde, para justificar *nuestra* conducta? (Por mas gordo que sea mi delito, no dejo de ser reo.)

Que ha hecho V. en su vida?

A mas de andar emigrado, combatiendo á Rosas, cosas que ya no se tienen casi en cuenta, se ha ocupado V. de estudiar y escribir constantemente. Literatura, historia, ciencias, traducciones, recopilaciones, — que sendero del arte literario no ha recorride V? Y V. es D. Juan M. Gutierrez, esto es, una voz, una fama legítima.

Veamos : si hoy, despues de cuarenta años de trabajo, quisiera V. ir á ver con los ojos de su cuerpo,

esa Europa que tanto ha estudiado y conocido con su espíritu, lo podria V. hacer?

Al dia siguiente de la memorable sesion en que el senado provincial, diz que negó á V. su acuerdo para Director de Escuelas, porque no oye V. misa todas las semanas y no confia sus sentimientos intimos á un fraile, en general italiano y en particular corrompido é ignorante, necesitaba V. un encuentro con algun Hamlet, maestro en los asuntos de la vida, que le deslizase el oido este precepto salvador : « Véte á un convento »...

Me confieso, doctor : he publicado unos desgraciados *ensayos*, temerariamente *triviales*, he arrostrado bien temprano la luz de la rampa, me he desahogado, he firmado un libro, lo he visto en venta en las librerias, me he puesto en el caso de que alguien lo compre, he saboreado las emociones de ser autor, he salido de la curiosidad, en una palabra, y tengo la esperanza de que sea para siempre.

Ahora, me agazapo bien, abro tamaño ojo y espio pacientemente el cuarto de hora de la fortuna para hacerle la embestida mas airosa de que sea capaz.

Me perdonará V.?

Oh! aquí encuentro ni perdon y¡ cosa curiosa! en la misma página (76) que contiene el sermon; dice V :

« Tambien entonces el cultivo de las letras era, puede decirse con verdad, una carrera aunque para pocos como lo fué para D. Juan Cruz. Su título de *doctor* se eclipsó ante el mas modesto de *poeta* y su conocida vocacion á las letras le granjeó una posicion lisongera entre sus compatriotas. »

Quod erat ad demonstrandum.

V

El Dr. Gutierrez ha hecho tirar solamente 100 ejemplares de su obra. — Es decir que un libro de ese género, en el que no solo se estudia un poeta, sino una época, que nos dá la nota de la situacion intelectual de los argentinos ahora medio siglo, escrito por uno de los pocos hombres de letras que tenemos, no tiene cabida en nuestras bibliotecas?

Muy triste cosa es decirlo, pero silenciarlo seria una gran cobardía.

Pero cuando se tiene por delante un altísimo ejemplo, cuando se vé á ese hombre venerable seguir el camino luminoso de las letras, como quien cumple un deber sagrado, luchando con todas las asperezas de la vida, no hay un solo hombre jóven que tengo el derecho de blasfemar del porvenir y entregarse al estéril desaliento.

Y aun en ese sentido el Dr. Gutierrez habrá coronado su vida, consagrada á las letras argentinas; sus libros como maestros, su ejemplo como sostén.

1876.

EL « HAMLET » DE ROSSI

Entre todas las obras del hombre, que me son conocidas, una ha ejercido siempre sobre mi espíritu una dominacion inesplícable : *Hamlet.* Ese drâma me subyuga, me impone y jamás, en la vertijinosa manera de escribir que tenemos en nuestra tierra, se ha atrevido mi pluma ni aun á analizar las impresiones que su lectura ó su interpretacion han dejado en mi alma. He pasado muchos años sin entender el *Hamlet* y hoy mismo mi intelijencia solo comprende vagamente esa encarnacion del pensamiento humano.

Para entrar al mundo de Shakespeare y poder respirar su atmósfera, es necesario haber dejado á la espalda las vehemencias de la primera juventud, estar cerca de la edad en la que el foco de la vida va ascendiendo del corazon á la cabeza, tener en una palabra, aquella ciencia de observacion incompatible con la fé entusiasta de la adolescencia. Romeo se siente siempre y la escena del balcon es mas bella, vista al través del celaje encantado que tienden sobre el espíritu los primeros años, que para aquellos que la miran con los melancólicos ojos del recuerdo. Pero las pasiones brutales del hombre, encarnadas en

Otello, Macbeth, Shylock, solo son comprensibles para los que han llegado á la edad de sentirlas.

Por qué hoy venzo ésta timidez, retemplo mi espíritu y me atrevo á Hamlet? Mi cabeza no está encanecida, pero la vaguedad de mi concepcion ha tomado una forma al fin bajo el poderoso impulso del intérprete. El contacto solitario con el libro, la dificultad de alcanzar, por un esfuerzo puro de inteligencia, el conjunto, la armonia de aquella figura, nunca podrá dar el resultado de una interpretacion, no solo plástica, sino íntima, profunda, levantándose de estudios largos y detenidos, como las férreas figuras del Ghiberti se destacaban de la mole de bronce al cabo de infinitas veladas.

La interpretacion que Rossi hace del Hamlet sale del arte dramático, despues de pasearse por su cumbre, para entrar en la alta crítica literaria. Sobre Hamlet han escríto los hombres de espíritu mas intenso que han vívido en el mundo de las letras; todos ellos han buscado el pensamiento de Shakespeare y muchos, sin encontrarlo, han cedido inconcientemente al influjo de ese soplo enérgico y lo han imitado. Rossi no ha publicado un solo libro; su comentario, sin embargo, es el mas completo que conozco. Comentario de carne y accion, de movimiento y de espresion, conjunto completo é inteligible.

Antenoche he creido leer el *Hamlet* por primera vez; el verso, la letra, la palabra vibraba en mi memoria ántes de brotar de los lábios de Rossi y cuando lo oia, era algo nuevo, la impresion era otra y la inteligencia absorbia estasiada ideas nuevas bajo

la misma forma conocida. Hamlet vivia ante mis ojos; nunca he seguido con mas emocion, con mayor curiosidad la trama de alguna accion dramática, que el desenvolvimiento de aquel espíritu. Como en la obra de Shakespeare, el rasgo característico de la interpretacion ha sido la unidad; desde la primera escena, hasta el momento supremo en que Hamlet se hunde en el silencio, el tipo moral no se ha desmentido un segundo. He ahí el resultado del estudio, de la honda reflexion que marca cierto sello individual é indeleble sobre una concepcion. Rossi ha formado el Hamlet en su cráneo lentamente, cada año trayendo el concurso de una idea, suavizando un perfil, acentuando una sombra, iluminando un rincon imperceptible de la tela. Por fin ha hecho una estátua irreprochable, regular, perfecta casi, si es posible emplear alguna vez esa palabra absurda...

Ahora... y siento una vaga emocion al trazar ésta linea ¿ qué es Hamlet? Que ha querido hacer de él el vigoroso poeta inglés al lanzarlo como un enigma al mundo intelectual?

Es necesario renunciar al método en la esposicion, abrir lealmente el espíritu y tomar de entre el tumulto las impresiones mas fijas. Para mi, Hamlet es una adivinacion prodigiosa del estado del pensamiento humano bajo la accion de ciertas corrientes morales que, en vida de Shakespeare, no se habian desatado aun sobre la sociedad humana, ó influian solo sobre ciertos individuos, sin que su influencia fuera colectiva. He ahí el foco del escepticismo que hizo escuela en el principio de nuestro siglo; he ahí el padre de Werther, de René, de Manfred, de Fausto mismo,

con mas dudas en su cerebro y mas angustias en su corazon que los héroes todos del byronismo. He ahí adonde llega la vaga fantasia humana cuando no señala límites á su accion, cuando se aferra á los problemas de la vida y pierde en el abismo gota á gota la sangre generosa de la confianza y la fé. Viaje sin término, cada etapa agrega un dato á la esperiencia, la razon se aguza, se levanta del nivel de la existencia diaria, se habitua á regiones altas y supremas.

Llamad luego ese espíritu á las realidades del mundo, recordadle que el hombre nace del vientre de la muger y queda ligado á ésta por el vínculo del amor; que ha habido un ser real y posítivo sobre la tierra, que se llamó como él Hamlet y que lo engendró; desenvolved ante su mirada habituada á vagar en el espacio, el cuadro negro del crimen, el hermano asesinando al hermano dormido... y la madre, la santa madre, esa muger-idea, cediendo bajamente á la lascivia sensual y compartiendo el lecho del matador. Baja, baja de las nubes, Hamlet, ésta es la vida, éste el mecanismo del mundo que habitas y del que no puedes desprenderte.

No tienes tu alma preparada ni aun á comprender lo que es la acion? No importa, húndete en ella, porque te llama y te exige. Tú, honesto y puro hasta en el pensamiento, aprende á finjir y sabe por fin que en la organizacion de este mundo, la venganza suele ser un deber.

Tal comprendo á Hamlet; el desequilibrio entre la inteligencia que investiga sin reposo, que aspira á la independencia absoluta, al desprendimiento de las

pasiones y la conciencia que grita, que llama á la accion, que obliga al finjimiento, puede producir esa desesperacion intelectual. Entonces todas las ideas se modelan bajo su atmósfera, adquiriendo así la acritud triste y profunda que reviste el lenguage de Hamlet.

No sé si he leido en alguna parte ó si lo he oido decir á Rossi mismo en una de las conversaciones deliciosas en que el artista deja entrever toda su delicadeza y profundidad, que el Hamlet radica esencialmente en la inteligencia. Es exacto; del desequilibrio de las facultades mentales nace ese estado curioso del espíritu, que por momentos aparece poseido de la mas completa demencia, mientras que en otros penetra rápido y seguro hasta lo mas profundo é íntimo de la naturaleza.

El desenvolvimiento brutal y esclusivo de una pasion rompe la armonia moral. Todo se subordina al elemento violento, todo cede su sitio á las sujestiones del móvil tiránico; asi, en el alma del Moro, para no sali de la *shakespearelojia* (dejo esa palabra atrevida que ha brotado casi inconcientemente bajo mí pluma, porque espresa netamente mi pensamiento) en el alma de Otello, decia, todo ha callado, apenas Yago derramó en su oido la primera sospecha.

Los triunfos, la gloria militar, el amor al combate, la nobleza natural que hace eternamente sagrada á una mujer, todo se desvanece como la convencion social ante los bárbaros é intransijentes dolores de la vida. Otello radica el corazon, como Macbeth, como Shylock; solo Lear, en mi pobre opinion, tiene toda su naturaleza moral comprometida. En él, el corazon

se seca y se marchita ante la primera palabra amarga de las hijas queridas, exhalando ese quejido que va á resonar en el cerebro y á producir los fenómenos fisiológicos de la demencia, nunca tan magistralmente estudiados. No se borrará de mi espíritu aquel jesto doloroso, la queja profunda de Rossi cuando, en el rey Lear, lleva la mano á la cabeza y parece querer arrancar una espina, un puñal, algo helado y punzante que le atraviesa el cerebro. En Hamlet hay un movimiento análogo; la locura, denominando así cualquiera perturbacion mental de carácter permanente, si varía en sus manifestaciones hasta el infinito, presenta siempre los mismos caractéres fisiolójicos mas ó menos intensos. En el rey Lear de Rossi (repito que la interpretacion, á esa altura, es un comentario completo) el andar vago del viejo monarca, la manera sobresaltada con que se sienta en su trono y empieza á repartir tierras y reinos á diestra y siniestra, revelan ya que en aquella inteligencia hay un punto imperceptible y sombrio, semejante á la nube invisible casi, que el ojo del marino descubre en el horizonte y que al primer golpe de viento, crece, se ensancha, se ajiganta y acaba por cubrir el firmamento entero.

En Hamlet sucede otro tanto; no me digais que el jóven príncipe, en las primeras escenas, es simplemente un hombre inteligente y original: no. En aquel cráneo se agita algo raro, germinan ideas que no son el patrimonio comun de la mente humana, modos de ver la vida que no se adaptan á la concepcion comun de la misma. Es un grano de locura?

Pero ¿ qué es la locura, por el cielo? Quién nos dirá por fin en qué consiste esa aberracion inesplica-

ble de nuestro organismo? Esa misma tendencia de la escuela moderna, què echando á un lado las viejas nociones de libre albedrio y responsabilidad moral, nos colocan en el mundo como juguetes inconcientes de cualquier afeccion cerebral, no viene á esplicar Hamlet á traves de los siglos?

Demente finjido ó loco realmente, cada observacion de Hamlet nos penetra profundamente; la idea de su locura es una convencion que se desvanece por completo cuando el príncipe habla, sea solo, lanzando al espacio el eco doloroso de sus dudas, que son las de la especie entera, sea posando su mano sobre la cabeza de la dulce Ofelia y queriendo arrancarla de éste mundo de miserias y bajezas que los ánjeles no pueden cruzar sin macular sus álas.

Que ciencia intima de las cosas humanas ¡ Como se mueve fácil el pensamiento de ese hombre en las alturas que dan vértigo al génio mismo cuando un segundo se cierne en ellas! La inteligencia, en su pasmoso desenvolvimiento, ha avasallado todas las demas potencias; los sentidos se han embotado y á fuerza de analizar las sensaciones, aquel hombre ha concluido por sentir con el cerebro. Ha muerto el corazon? No, por momentos la naturaleza lanza su grito soberano, se sacude furiosa, las ideas se sobrecojen, la ciencia calla y brota como un raudal espontáneo é irresistible, el sentimiento en toda su violencia.

Asi, en aquella escena terrible con la reina, la tension llega á un punto insoportable y la verdad, la santa y eterna verdad, sale rugiendo entre lágrimas de fuego: Madre, madre, arrepiéntete! No lleves tu

cuerpo al lecho de ese miserable! Madre, mírame, soy tu hijo!

Asi, ante la abierta tumba de Ofelia, el inmenso amor de Hamlet se levanta titánico. Es otro hombre, se ha transfigurado. Ya no es el estóico que habla friamente de la muerte, ni el escéptico que llama fraternalmente á los gusanos. No divaga ante el dolor de Laertes: solloza, grita, se estremece como un hombre á quien el sufrimiento ahoga y no es por cierto de su inteligencia que sale aquella desesperacion sorda y sublime con que invita á Laertes á arrojarse en la fosa. Estaria tambien loco su corazon?

—

No se puede analizar en detalle ese drama sin una intensidad de pensamiento que no tengo — He tomado mi impresion de conjunto y he procurado fijarla en estas lineas, tal cual Rossi me la ha hecho sentir.

Pero no es posible hablar de Hamlet, sin que llene el alma el nombre de Shakespeare, el hombre que ha creado mas despues de Dios, segun la frase audáz de Dumas. No ha habido en ningun tiempo de la historia un prodigio semejante. Las famas colosales del pasado brillan y brillarán mientras la retórica y la convencion imperen sobre el espíritu humano. El divino Homoro, el dulce Virgilio, el sombrio Dante, el magestuoso Milton, serán siempre inmortales. Pero la *Iliada* es á veces insoportable, la *Eneida* pesada, la *Divina comedia* un firmamento negro en que se destacan raros astros de intensa luz, el *Paraiso Perdido* una fantasia de prosélito. Todas esas obras necesitan resolucion para ser leidas y entre mil

hombres de letras, no hay quinientos que hayan leido íntegra la obra del Alighieri.

Pero la naturaleza hizo nacer á Shakespeare bajo un cielo severo, sobre un suelo duro y áspero y en el seno de un pueble libre. Todos esos elementos se reunieron para robustecer su pensamiento, darle prodígiosa intensidad y hasta el aguijon de la miseria vino á batir sus flancos para que no se esterilizase en la inaccion.

« El mundo de los espíritus y la naturaleza, dice Schlegel, arrojaron sus tesoros ante sus plantas; es un semi-dios por la fuerza, un profeta por la adivinacion, un génio que abre su vuelo sobre la humanidad entera y desciende sin embargo basta los mortales con la ingénua gracia y la simplicidad del niño. »

Grande, altivo, enérgico, el espíritu de Shakespeare, como el océano que toca las riberas todas de la tierra, ha penetrado en todos los ámbitos de la naturaleza humana. Su universo es completo. Tiene las alturas vagas pobladas por el mundo de los espíritus, que habitan el éter y descienden á la tierra como los sueños de la trajedia griega. Allí, entre los celajes invisibles y encantados de la region de las hadas, viven Oberon y Titania, y la reina Mab se pasea en su carro ideal. Luego, antes de descender á las profundidades, se detiene en las ráfagas de pureza que ondulan sobre la frente humana, las absorve en su alma y las trasforma, artífice divino, en las diáfanas y trasparentes figuras de Miranda, de Cordelia, de Portia, de Ofelia y de Desdémona.

El vuelo se ha hecho mas lento; va cruzando una atmósfera opaca y pesada, sus piés pisan lodo al rozar

la tierra y por fin se encara con el hombre. Entónces clava su tienda en lo mas oscuro y profundo del antro, allí, dentro de la conciencia humana, donde jamás pisó planta de poeta y la ilumina para siempre, con coraje, con cierta desesperacion enérjica. Todas las bajezas, todas las sinuosidades, todas las aberraciones grotezcas, aparecen nauseabundas, raquíticas, ínfimas. Y el hombre, que se ve tan bajo, glorifica al que le presenta tan sín piedad el espectáculo desolador, y levanta á Shakespeare á la cumbre. Por qué ese perdon de la injuria mas grande que haya azotado el rostro humano? Porque Shakespeare era hombre tambien y su sola gloria es una compensacion á todas las miserias de la especie.

1878.

PROMETEO

POR OLEGARIO ANDRADE

De todo el mundo griego, cuya leyenda, á medida que se aleja, parece borrarse insensiblemente del alma de la humanidad, nos quedan dos ó tres nombres, encarnaciones elocuentes de una aspiracion eterna, símbolos de un sentimiento inimitable, que han cruzado mil generaciones sin perder el relieve de su fisonomia.

Prometeo es el primero; ese mito soberbio parece haber brotado en el espíritu del primer hombre que se levantó sobre la tierra con la soberania de la inteligencia. En todas las teologías antiguas, en las tradiciones relijiosas que la paciente crítica moderna va descubriendo en los vestigios del pasado, aparece en múltiples formas la figura del generoso amigo de los hombres.

El pueblo ariano, hogar primitivo de las razas que hoy marchan al frente de la civilizacion humana, no nos ha dejado mas que los fujitivos sonidos de su idioma, esa lengua sagrada, el sanscrito, que los

brahamanes ponen en boca de los dioses. Hay en ella una palabra, *promátha ó promáthos*, que significa : aquel que obtiene fuego, frotando dos trozos de madera.

Para los que buscan curiosamente la filiacion de ciertas ideas y creencias, hay en esa raiz sanscrita del nombre del titan griego, una claridad sorprendente para esplicar el mito helénico.

El mayor beneficio que los hombres han podido conseguir, aquel que ha determinado el carácter de la sociabilidad humana, es el fuego. Elemento de vida, elemento de progreso, el fuego ha modificado el aspecto de la naturaleza y su influencia decisiva ha alcanzado hasta modelar la fisonomia del hombre. Por lo demas para nadie es una novedad que el fuego ha sido adorado en muchos pueblos primitivos, como la suprema y benéfica divinidad. Un viajero inglés, Cook, creo, cuenta que arribó á una isla cuyos habitantes vivian hacia un año y medio sin fuego : su aspecto era espantoso, habian caido al nivel de la bestia. Las hordas de las primeras edades, abandonando sin reposo una comarca que no les ofrecia ya los medios de subsistencia, en busca de la eterna tierra prometida que jamas se encuentra, llevaban cuidadosamente el elemento salvador.

Prometeo, en la leyenda griega, arrancó el fuego divino y lo dió al hombre. Bajo el espíritu poético de las helenos, la tradicion se encerró en el mundo moral y aquel fuego material de los arianos se convirtió en el alma para ellos. Prometeo representó el mito de la lucha contra los dioses, base inmutable de todas las religiones de la tierra. Fué mas grande, mas generoso

que el Lucifer del catolicismo : su rebelion fué virtud, a otra egoismo.

Ese carácter de proteccion tutelar, el sublime martirio del Titan, la lucha tenaz é implacable, sufrió mas tarde una nueva variacion : Prometeo fué el hombre, enclavado en la roca de la vida, martirizado por el huracan de las desgracias de la tierra.

Esquilo lo comprendió como la primera nube sombria caida sobre el alma creyente de los hombres : la duda. El poeta griego engrandeció esa figura en la admirable trilogia que nos ha llegado trunca.

El pensamiento moderno se enamoró de Prometeo : vió en él el símbolo humano en el combate de la vida. La imprecacion del Titan era ese grito desperado que lanza sin reposo la conciencia, impotente para el bien, rendida en la lucha por la felicitad.

El esfuerzo gigante para aferrar el bien sobre la tierra, dar espacio á la luz, aire y vuelo á las ideas : ese es Prometeo. El error, la ignorancia, la miseria humana, las amarguras sin término que engendran el crímen y arrojan en las almas débiles el gérmen de la desolacion : he ahí el buitre que roe la entraña del Titan.

Tal es la concepcion poética de Andrade.

Su Prometeo dignifica la raza humana : abre á nuestros ojos el cuadro de la historia moral del hombre. Arranca de la leyenda, entra con paso seguro á la historia y llega al mundo moderno con la frente levantada, porque el Titan le ha comunicado su soplo fecundo, porque un noble sentimiento lo ha sostenido y una esperanza mas noble aun lo ha iluminado.

Si la corriente de ideas en que hoy se agita el pen-

samiento humano no hubiera influido sobre Andrade, si el progreso de las sociedades modernas no atrajera sus ojos, apoderándose de su inspiracion, la vida de Andrade no habria concluido sin que el poeta cantára la lucha soberbia en que los titanes para trepar al cielo amontonaban montañas sobre montañas, tramos de su escala ciclópea.

Andrade es un poeta descriptivo ante todo; pero esta clasificacion seria impropria si se toma en el sentido que le asigna la retórica corriente.

Quién buscára en Andrade la fidelidad, el manso cariño de un paisagista poético, sufriria la misma decepcion de aquel enamorado de la Magdalena de Rubens que una noche escala la iglesia que la oculta, trepa una columna, proyecta un rayo de luz y acerca sus ojos fosforescentes á dos dedos de la tela.

No busqueis en este idólatra de la naturaleza la tenuidad de los celajes del cielo en las horas de calma, « la eterna égloga murmurada á la orilla del eterno arroyo al susurro de la eterna brisa »; buscad grandes concepciones, audacias soberanas, personificaciones atrevidas, encarnaciones gigantescas de fuerzas vagas y desconocidas y encontrareis grandezas dignas de la ciclópea inspiracion de Hugo.

Las montañas se agitan frenéticas, los cielos se entreabren, la tierra se estremece, los huracanes pasan con la violencia de la desesperacion, las oscuridades de la noche tienen portentosa intensidad y allá en el fondo del sombrio cuadro un cuerpo colosal, rechinar de cadenas, palabras que retumban como truenos, ojos que deslumbran como relámpagos...

Andrade no ha viajado; como se agitaria el alma

del poeta delante de un mármol de Miguel-Angel! Qué poema revelaria á su espíritu cada fisonomia desolada de aquel cuadro sin rival en la tierra que se llama el « juicio final » y que los débiles no comprenderán jamás!

Hay momentos en que siento sobrecojido mi espíritu leyendo á Andrade; aquellos negros corceles de granito cuyo paso ensordece la tierra, aquel rojo pabellon teñido con la luz de cien volcanes, aquellas nubes que cuelgan como tocas desgarradas, soberbia imágen que parece imposible haya nacido en el mismo espíritu que un dia iluminó el pabellon de la patria llamándolo,

> Blanca nube que cuelga de los cielos
> Con un giron de firmamento atada,

toda esa audacia viril me domina, me avasalla.

Parece que los sentidos del poeta al trasmitir á su alma las grandes escenas de la naturaleza las aumentaran de una manera prodigiosa. Al través de los versos de Andrade corre siempre un soplo vigoroso, inflexible; la forma ritmica contiene con esfuerzo el pensamiento, las escenas se suceden rápidas, violentas, nunca iguales, siempre intensas y luminosas.

. . . . . .

. . . . . .

Ahora que he trazado á la lijera las ideas despertadas en mi espíritu por la primera impresion, que es para mi siempre la buena y la lejítima, necesario es rendir culto á esa válvula inventada por los impotentes de la tierra y á la que han llamado *crítica.*

Hay un censor cuyo criterio debe tenerse en cuenta

cuando recae sobre asuntos que no requieren una competencia especial : la opinion pública.

La manifestacion mas general que de ella he oido no puede ser mas favorable á Andrade; la censura ha tenido tambien un curioso carácter de uniformidad, respecto á la abundancia de las imágenes con que Andrade, con pródiga mano, ha esmaltado su canto.

Es una observacion hasta cierto punto justa; la imaginacion del poeta, respondiendo á su índole propia y siguiendo su simpatía de escuela, aglomera las figuras, juega con la luz y las sombras, fatiga los contrastes por el rudo tributo que les exije y hace indispensable en el espíritu del que lee una tension violenta para tomar el sentido de la metáfora, mientras la estrofa vibrante canta al oido.

Esa vasta amplificacion, que trae á la memoria el proceder de Beethoven, tomando un simple motivo modulado por los violines, desenvolviéndolo en una graduacion soberbia que estalla al fin en una poderosa corriente de armonía que arrebata, esa amplificacion, repito, puede cansar á los que van buscando en un canto poético las mismas peripecias del drama y que anhelan por lo tanto un rápido desenlace. Esa familia de lectores pertenece al mismo género de los traductores españoles que reducen los *Miserables* ó el *Hombre que rie* á un escaso volúmen, anunciando triunfalmente que han suprimido todas las disertaciones de Victor Hugo. Aquellos para quienes el *D. Juan* es una divagacion vulgar y *Namouna* una charla insípida.

Séame permitido no juzgar con ese criterio. La concepcion poética de Andrade responde á nobles

ideas y á cariños profundos; su Prometeo habla á mi alma : he ahí todo el tema. Ahora, dejadme leer en calma, apartando de mí todas las graves consideraciones de progreso social, de soberanía del hombre, de porvenir, de utilidad, en una palabra. Como hombre comprendo la nobleza de un argumento semejante : como artista, quiero sentir la belleza de la ejecucion.

En esos rasgos vigorosos que revelan una firmeza de mano admirable, en ese color de una intensidad tal que se impone á nuestros ojos habituados á contemplar las medias tintas y las suaves graduaciones de la luz, en esa atmósfera titánica, no puede hospedarse la correccion absoluta, que vive siempre en las plácidas llanuras y á favor de los climas primaverales.

La delicadeza, la esquisita sensibilidad que siempre obtiene el utilisímo sufragio de las mugeres, no es compatible tampoco con un tema de esa magnitud. El *Prometeo* no tendrá ese auxilio poderoso; no verá lágrimas brillar en largas y sedosas pestañas, no admirará la deliciosa ondulacion de un seno virginal, pero en cambio levantará virilmente el espíritu de los hombres á las nobles alturas en que el pensamiento parece saturarse de la grandeza de las cumbres.

Y entretanto, cuantos de los que viven pulsando con perfumada mano las susurrantes cuerdas de la lira de Ovidio, quisieran haber escrito en dia feliz para ellos, éste verso impregnado de misteriosa melancolia :

. . . . . .

Como del alma en el profundo escuce,
Desatan en silencio los recuerdos
Sus ondas de amargura.

A veces el panorama ciclópeo que va cruzando ante el alma del poeta en sus gigantescas proporciones, pierde la rigidez de sus contornos, suaviza sus figuras y presenta éstos cuadros llenos de delicadeza :

De vez en cuando oia
Como ruido levísimo de espumas
En las inquietas algas detenidas;
Como el roce ligero
De fantásticas plumas,
Que tocaban su sien calenturienta:
Murmullo blando de ojas,
De un árbol invisible desprendidas
Despues de la tormenta.

No eran rayos de luna,
Ni girones de nieblas desgarrados
Por el aire liviano :
Era el coro armonioso
De las gentiles hijas del Océano,
Que á la luz del crepúsculo salian
De sus grutas azules,
Y en torno del titan encadenado
Los húmedos cabellos sacudian.

. . . . . .

En una época tan poco propia al desenvolvimiento del arte, la tierra argentina posée [1], como una ironia contra su indeferencia por los trabajos de la inteligencia, cuatro de los poetas mas notables que hasta hoy hayan nacido en su seno. Gutierrez, Encina Guido, y Andrade son y serán el honor de la literatura nacional. Tienen brio en el alma y sobre las ruinas del ideal, perdido tal vez para siempre en el torbellino de nuestra sociedad positiva, cantan y cantan noblemente.

1. Dos de ellos han muerto ya, en el vigor de la juventud y del talento.

Cada uno sigue la magnífica senda de su indole; en esa reparticion gloriosa, cada una tiene su lote; á Gutierrez, las profundas evoluciones del alma, las amarguras de la vida, los rudos dolores, las augustias inagotables cuyo término solo existe en la fria soledad de las tumbas. Campo infinito como el dolor mismo, inmutable, como la naturaleza humana.

Dejad á Encina las maravillosas adivinaciones del sentimiento; su espíritu robusto, poetiza toda nocion que adquiere, como el suelo tropical levanta á las nubes la planta nacida del impalpable gérmen. Todos los sueños, todas las vagas aspiraciones de la humanidad en el tiempo y el espacio hácia un ideal divino, han proyectado su sombra sobre esa inteligencia vigorosa que se ha retemplado en la lucha y que ha deslumbrado con brillo incomparable el dia que una chispa de esperanza ha ido á alojarse en ella.

Guido es el griego, enamorado de la forma, sereno y sonriente; sus estrofas son hechas en mármol de Páros y el ritmo se mueve con la esbelta elgancia de un efebo. Su pincel nada en la luz, luz de los cielos y luz moral.

El alma de Andrade debe haber animado el cuerpo de algun hombre primitivo, contemporáneo de los últimos y soberbios cataclismos de la naturaleza. El poeta, como Pitágoras, tiene la vaga reminiscencia de una vida anterior; recuerda las montañas que entreabren la tierra con su esfuerzo pujante y levantan sus crestas atónitas al cielo, cree oir los huracanes que estremecen el mar hasta las entrañas, y su mirada estática percibe aun las escenas ciclópeas de ese génesis maravilloso... allí beben su inspiracion esos

cantos viriles y enérgicos, allí se condensan esas imágenes graníticas que sobrecojen al que las mira de improviso...

No encuentro mas que un maestro en ese estilo: Victor Hugo. La segunda série de la *Leyenda de los Siglos* tiene esos acentos profundos, esas imágines audaces como el relámpago, como él luminosas. El viejo poeta firmaria el *Nido de condores* ó el *Prometeo*, como Byron habria firmado la *Fibra salvage*.

El *Prometeo* es una página de gloria para la literatura argentina y aquel en cuyas manos puso Dios esa arpa divina, debiera pulsarla sin reposo, apartando su pensamiento soberano de las tristes miserias de la tierra.

Oh! si nos fuera dado conmover la naturaleza! Pediríanos á las ondas de luz que la rodean, toda su claridad para iluminar esos espíritus altísimos, toda su sávia á la tierra para vigorizarlos, toda su magestad á las mares para ennoblecerlos, todo su silencio á los desiertos para oirlos!

1878.

El FRAILE[1]

POESIA DE RICARDO GUTIERREZ

La publicacion del *Fraile*, de Ricardo Gutierrez, ha venido á quitarme un disgustante peso del alma; bajo la impresion de una sola lectura, hecha en el teatro de la Opera por el autor, creí descubrir en sus versos, magistrales como todo lo que sale de ese estro privilegiado, la primera manifestacion de un misticismo vago y enervante, que es el lote fatal en la vida de los espíritus organizados para vivir arriba de las miserias de la tierra. Mas tarde, la lectura hecha por Gutierrez en el seno del Club católico y la significacion ortodoxa que los ultramontanos daban á esa

1. Esta composicion lleva por título « El misionero » en el volúmen de *Poesias Escojidas* de R. Gutierrez. — En cuanto al artículo, fué escrito en un momento de polémica vehemente; he suprimido muchas violencias, de esas que solo se escriben en medio del combate y que no tienen razon de ser bajo el imperio sereno de la reflexion. Así mismo, el artículo queda duro, pero no falso. En ésta exhumacion de cosas viejas, tenia su lugar marcado y era honesto dárselo.

composicion, me hicieron comprender que una nueva decepcion, talvez la mas amarga de todas, venia á aumentar mi triste esperiencia en el mundo.

Despues de Goyena, Gutierrez... era demasiado. Felizmente, *El Fraile* ha visto la luz pública, he tenido ocasion de hablar con Gutierrez respecto al fondo de sus ideas y la oscura nube que empañó su talento á mis ojos se ha disipado al soplo de francas y leales esplicaciones.

Séame permitido tomar verso a verso casi ésta composicion y demostrar los errores, las apreciaciones inexactas que contienen; — como Ulyses pongámosnos cera en los oidos, para no sentirnos subyugados por el canto de la sirena, que es aqui la forma grandiosa, y poder proseguir con el espíritu frio nuestros propósitos.

Empieza la esposicion que, salvo el fondo, me recuerda una sinfonia de Beethoven, llena, ámplia, magestuosa, y que va en un *crescendo* abrumador, porque se sufre en esas alturas en que el aire material se rarifica.

> Cuando el mundo pasado
> La órbita del Olimpo recorria,
> En un cielo sin Dios, desemparado;

Desde luego empiezan aquí las injusticias del poeta contra el mundo desvanecido; no es cierto, la humanidad jamás ha rodado en un cielo sin Dios, hasta que el fanatismo católico, arrojando de la conciencia humana la idea divina, la suplantó por la trinidad, hasta que la teologia reemplazó la filosofia y el fraile al sábio. Todos los viejos pueblos del Oriente han tenido en materias religiosas nociones que en vano he-

mos luchado por ahondar; la religion secreta de los magos de Egipto, tan distinta del brutal fetiquismo del pueblo, como el culto católico lo es de Dios; la pureza inmaculada del mazdeismo, la religion mas noble que ha levantado al espíritu del hombre sobre la tierra; las doctrinas de Buda, que encierran entero el viejo y nuevo testamento; el monoteismo judío, que hoy la ciencia ha probado ser una simple importacion del Oriente; la filosofía de Sócrates, que enseñaba un Dios y que dió su vida por esa idea, toda la historia está en contra del poeta.

Adelante :

Cuando la ciencia idólatra mentia;

Me ha causado profunda estrañeza ésta afirmacion de parte de un hombre de ciencia. Cómo? Se pretende arrancar del cristianismo la difusion de las verdades científicas sobre la tierra? Acaso no debemos á los Griegos, quienes á su vez lo tomaron de los hindus, los ejipcios y caldeos, la base de todos nuestros conocimientos? Pero esa ciencia misma que el poeta dice que los frailes guardaron en las Catacumbas (lo que no es exacto) cuando las invasiones de Atila, no era la ciencia pagana? Acaso durante la Edad-Media, época en que el catolicismo fué árbitro del mundo, hubo mas ciencia que la física de Aristóteles, las matemáticas de Euclides, los trabajos de Archimedes, y los esfuerzos de la Escuela de Alejandria, donde San Cirilo, un fraile de esos que hoy se cantan, arrojó en una hoguera á la sublime Hypotias, porque en su cátedra enseñaba el culto de la verdad? Acaso se ignora (y ménos Gutierrez) que el movi-

miento científico, sobre todo en medicina, partió de Bagdad, de Córdoba y de esos centros de luz y de cultura que se llamaron los primeros califatos? El mismo poeta, en una página admirable, ha levantado á la gloria el nombre de Avicena, el primero que sintió germinar en su corazon generoso la idea de libertar á la mujer de los atroces dolores que la Biblia marca como un castigo de Dios. Recuérdense los nombres de Averroes... pero, que digo? médico, olvida V. á Hipócrates, cuyos aforismos brillan hoy tan espléndidamente por su verdad, coma ahora tres mil años? Vamos, un poco de respecto á esta ciencia idólatra á la que todo debemos y ménos consideracion con los que ahogaban en una celda al sublime monje Bacon y trataban de brujo y hechicero á Alberto el Grande.

Continuemos:

Y el arte prostituido blasfemaba;

Aquí nos vamos á pelear en regla, poeta.

Ha vd. tocado á la Grecia, que es el arte antiguo; pero estoy seguro que al asestarle ese verso, como una estocada, ha mirado las groseras rejas de fierro de su balcon, para que no vinieran á su alma los deliciosos contornos de la estatuaria griega.

La Grecia, Gutierrez!

De sus plazas públicas arrancan todas nuestras instituciones políticas; de sus asambleas el modelo eterno de la oratoria; Arístides, Cimon y Perícles no han sido jamás superados en su grandeza como hombres de estado. El primer esfuerzo de la inteligencia humana sobre el ímpetu brutal de la fuerza, el primer triunfo de la estrategia sobre la masa enorme, se en-

cuentra en Marathon y Platea; Milciades, Agesilao, Ifícrates, Epaminondas y Alejandro fueron los fundatores de ese arte terrible cuyos grandes hijos se llamaron despues Anibal, César y Napoleon.

Homero es el padre del poema épico; Esquilo, Eurípides y Sófocles son aun hoy insuperables en la tragedia. Para buscar la filiacion de Juvenal, Molière y los humoristas ingleses, es necesario remontar á Aristófanes, como es indispensable detenerse en Fidias y Zeuxis para encontrar el rastro de la primera manifestacion del espíritu humano en la region sublime del arte. Los griegos envolvian el orígen de la música en la nube misteriosa y poética de los tiempos heroícos, cuando los dioses marchaban sobre la tierra; y mas tarde, los Persas lloraban su caida en la tragedia de Eurípides al acorde de los coros sagrados; la voz generosa de Prometeo, levantando el primer grito de duda que haya turbado la conciencia humana, llegaba á los griegos intensamente aumentada por la inesplicable impresion de la música.

Tres mil años han transcurrido y el debate colosal del destino de la humanidad no ha dado un paso desde que Platon y Aristóteles trataron el problema. Allí se encuentra la cuna del intransigente espiritualismo moderno personificado en Descartes, Locke y Leibnitz, como en la doctrina de Epícuro el no menos esclusivo materialismo de Gassendi, Hobbes y Condillac. Nuevos atletas bajan á la arena dia á dia; espíritus luminosos se consumen en la investigacion soberana de la verdad *nil sub sole novi*, todo ha sido dicho, todo ha sido debatido en esa tierra bendecida en que pensó Sócrates, cantó Píndaro y vivió Alcibíades.

Heródoto, Xenofonte y Tucídides fundan la historia; Hipócrates deja á la humanidad en sus *Aforismos* el mas grande presente que conserve la memoria de los hombres y Zenon levanta el código de la moral mas pura, santificando el cumplimianto sagrado del deber.

La vida de los griegos durante los grandes dias de su prosperidad era una vibracion contínua y el mecanismo diario de su existencia la mas brillante escuela para el espíritu. No me es posible prescendir de presentar éste bello cuadro de Macaulay. « Transportémonos un instante, con el pensamiento, á Atenas, la ciudad admirable. Atravesemos sus puertas en el momento de su poder y de su gloria. La muchedumbre está reunida alrededor de un pórtico. Todo el mundo contempla la corniza con admiracion, porque Fidias está colocando la frisa. Entremos en otra calle : un rapsodista está allí y recita; hombres, mugeres y niños se aglomeran á su alrededor; están llorosos, tienen la mirada fija y retienen el aliento, porque el poeta cuenta como cayó Priamo á los piés de Aquiles y le besó las manos terribles, matadoras, que tantos hijos le habian arrebatado. De alli vamos á la plaza pública : un círculo de jóvenes, brillantes los ojos, se inclinan hacia adelante en la ansiosa actitud de la espera; Sócrates discute con el célebre ateo venido de la Jonia y acaba de hacerlo contradecir en los propios términos de su razonamiento. Pero se nos interrumpe. El heraldo grito : « Plaza á los Pritanes » La asamblea general va á reunirse. El pueblo acude de todas partes. Se pregunta : « Quien quiere hablar? « Todos aplauden frenéticamente; Perícles sube á la tribuna.

De allí al teatro, á oir una tragedia de Sófocles y luego, á cenar á la morada de Aspasia. » — « No conozco, agrega Macaulay, ninguna universidad moderna que posea un tan buen sistema de educacion. »

Que el arte antigo blasfemaba! Entre V. á un templo católico. Gutierrez y vea esas toscas é indignas imágenes de madera, ridículas en su estravagancia, con las que representan al martir sublime! Mire esos cuadros de brocha gorda, en los que, entre nubes de taberna alemana, aparece la cegijunta cara de un anciano, con la barba desalinada y la cabeza rodeada de unos pegotes de pintura amarilla. Es el Dios católico, Gutierrez! Eso es blasfemia!

Cuando los griegos querian una imágen de Júpiter, ellos, los idólatras, arrancaban de las entrañas del Pentélico el mármol mas transparente, de sus minas el oro mas brillante y la tierra helénica se estremecia en un parto sublime, para dar vida á Fídias.

El arte no blasfema jamás; si llega á hacerlo, no es arte ya. Vamos un poco mas adelante.

> Y en el estruendo de perpétua orgía,
> La miserable humanidad rodaba;

No es ya cuestion averiguar que régimen moral han observado los pueblos de la antigüedad; cuando las virtudes espartanas, el estoicismo romano ó la pureza de costumbres de los viejos Iberos, han sido preconizadas hasta por un clérigo, Fenelon, no es necesario ir á buscar la antítesis muy léjos; basta recordar aquella época curiosa que se llamó el Renacimiento y traer el nombre de Alejandro VI á la memoria, con su madriguera de Bórgias, que encharcaron en san-

gre media Italia, y en vergüenza é ignominia la Iglesia entera. Basta tener presente la historia de las viejas monarquias de Europa, las cristianísimas monarquias, donde el adulterio, el incesto y el perjurio eran la norma regular de vida.

Sigue el poeta:

> Abrió la cruz sus descarnados brazos
> Con su gigante sombra cubrió el suelo
> Y el hombre en ella al estampar sus pasos
> Sintiendo al Dios que el Universo encierra,
> Alzó la frente al cielo
> Y cayó de rodillas en la tierra!

Ese « Dios que el Universo encierra » es la neta y pura espresion del panteismo; Spinoza no hubiera designado de otra manera su principio eterno y Goethe habria firmado la perífrasis. Veo con placer que no me equivocaba cuando hace ya tiempo dije, hablando de las opiniones de Gutierrez en materia de causas primeras:

« ... lo encontré persuadido profundamente de la existencia de un principio divino, regularizador de la armonia universal y que, por la vaguedad de su concepcion, se acercaba muchísimo al panteismo aleman. »

Lo que me admira es que los católicos, á quienes debe constar que el *Syllabus* trae un anatema redondeado especialmente para el panteismo, hayan aplaudido á Gutierrez, no solo como poeta, sino como pensador. Han incurrido en pecado y es necesario que recurran á la gracia bastante, que no basta, segun decia Voltaire.

En cuanto á ese hombre que alza la frente al cielo

y cae de rodillas en la tierra, seáme permitido trascribir el siguiente himno, que jamás leo sin emocion :

« Dios me ha formado. Dios está en todas partes y en mi. Osaria mancharlo por acciones criminales y bajas, por palabras impuras, por infames deseos?

« Pueda, en mis últimos momentos, decir á Dios : O mi señor, ó mi padre ! Has querido que sufriese, he sufrido con resignacion ; has querido que fuese pobre, he abrazado la pobreza; me has puesto en la miseria, no he anhelado la grandeza ; quieres que muera, te adoro al morir. Salgo de éste magnifico espectáculo dandote gracias por haberme admitido en él para hacerme contemplar el órden admirable con que riges el Universo. »

Eso es arrodillar ante Dios su corazon, segun la bellísima espresion del mismo poeta que canta hoy el Fraile ; así hablaba Epíteto y no de otro modo hablaron entre los griegos Zenon y Anaxágoras.

Así la humanidad fué redimida
Asi el Cristo en la cruz cambió su suerte
Asi, desde el espanto de la muerte
A la inmortalidad alzó la vida.

El primer verso no lo comprendo, porque nunca he conseguido darme cuenta de lo que los teólogos entienden por redencion y, como dice Voltaire (lo vuelvo á citar para fastidio de fanáticos) jamás he podido persuadirme que mis pecados me sean perdonados por los méritos de un hombre, el mas grande sin duda, que murió en Judea ahora dos mil años.

El último verso de esa cuarteta parece significar que la religion predicada por Cristo enseñaba la inmortalidad del espíritu ; no necesito detenerme demostrando

que ese principio fué la base de todas las religiones anteriores al cristianismo y que la misma religion mosáica lo tomó del Oriente [1].

Me seria imposible seguir este análisis detallado, sin que este artículo tomára proporciones enormes. Me bastará elejir del cuerpo de la composicion aquellos conceptos que me parezcan mas culminantes.

> La ciencia balbuciente
> Llama al dintel de la verdad en vano.

En éste vertiginoso movimiento intelectual, que marca cada dia las jornadas de la inteligencia con un nuevo descubrimiento, con una nueva verdad, una ley natural desconocida; en nuestro siglo, el siglo de la ciencia soberana, esas palabras son una blasfemia contra el progreso.

> Yo caigo en él [2]! Soy el primer cristiano
> Que recibe del bárbaro la flecha
> Y abre en sus hordas la primera brecha
> Al pensamiento humano!
> Y sobre el rastro de la sangre mia
> Con que el desierto indómito fecundo,
> Tiende la libertad la férrea via
> Por donde cruza el porvenir del mundo!

Este verso soberbio, de los mejores que ha escrito Gutierrez, merecia un objeto mas noble. Me trae á la memoria la imájen del *pionner* americano, hundiéndose en el Gran Oeste con una fé inquebranta-

1. He cometido ahí un error. Renan (*Hist. de las orig. del christ*) y Havet (*El crist y sus orig.*) no solo han probado que la idea de la inmortalidad del alma es completamente agena á la vieja religion judáica, sino tambien que Jesús jamás la formuló de una manera precisa.

2. El desierto.

table, para traer al progreso y á la luz las tribus salvajes. Me recuerda á Livingstone y el noble inglés no podia tener epitafio mas digno sobre la tierra.

Pero cuando recuerdo las atrocidades de los jesuitas en el Canadá, destruyendo los indios infelices que los recibian con los brazos abiertos; cuando recuerdo las guerras espantosas suscitadas por ellos entre los Iroquenses y los Hurones ; cuando recuerdo el asesinato de Cavelier, ese precursor de las grandes esploradores modernos, me invade la indignacion. No, no tendian « la férrea via por donde cruza el porvenir del mundo » esos frailes que sumieron al Paraguay en la mas bárbara y monstruosa de las teocracias que han avergozado á la naturaleza humana y cuyos resultados aún se lloran ; no llevaban la paz, no cerraban los ojos al caido aquellos bárbaros españoles del siglo XVI, mitad soldados, mitad frailes que, en nombre de la cruz, despoblaron la América [1]. Si el poeta hubiera pensado un momento en esos martirios infinitos é ignorados, en esa agonia de millares de mujeres y niños, él, que tanto los ama, habria arrancado de su

1. Las Casas, *Brevissima relacion de la destruccion de las Indias*. pag. 29. « Habia un oficial del Rey que recibió trescientos indios; al cabo de tres meses le quedaban treinta; se le dieron trescientos mas; los hizo morir; se le dieron aun, hasta que murió y el diablo se lo llevó.— Pag. 58. Cavaban fosas, las llenaban de estacas y arrojaban allí confundidos los indios que tomaban vivos, viejos, mugeres en cinta, niños, hasta que la fosa estuviese llena. — Pag. 72. Un español, estando de caza, no encuentra nada que dar de comer á sus perros; encuentra una mujer con su hijito, toma el niño, lo despedaza y distribuye la carne entre los perros. »

La pluma se resiste á continuar transcribiendo ese cuadro de horrores. Era el espíritu de la Inquisicion, que flotaba sobre la América!

alma una imprecacion terrible, para condenar esa barbarie.

> Caigo bajo la cruz con que combato
> Por la gloria del hombre eternamente
> Y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,
> Escúpeme en la frente!

No, por honor de la humanidad! Jamás el mundo ha escupido en la frente á los hombres que se han sacrificado por el bien sobre la tierra. Jamás el mundo vilipendió la grandeza de alma y la virtud soberana. Desde el grande hasta el humilde, la posteridad levanta sobre su pedestal eterno á los que lucharon por la verdad.

Si ese fraile ha existido, muéstreseme; jamás se le verá el estigma social en la frente. Nosotros que sufrimos en silencio al fraile que prostituye la idea divina, sin que jamás una palabra hiriente brote en nuestros lábios, habiamos de escupir en la frente al único digno entre ellos?

No, Gutierrez, eso no es cierto, eso no es justo...

Releo lo que he escrito y con la conciencia de no haber ultrapasado los límites de la crítica y no haber herido á un hombre que estimo y quiero, resumo mi pensamiento:

Ricardo Gutierrez ha concebido un fraile sublime, una idea. Los ultramontanos han querido enrolarlo en sus filtas y poner á sus frailes inútiles ese ropaje soberbio. El poeta se ha reido de ellos.

En cuanto á nosotros, los sinceros admiradores de Gutierrez, hemos lamentado profundamente que el poeta haya dicho tantas cosas injustas. Hay asuntos en que la forma no salva el fondo; el *Fraile* de

Gutierrez es una planta parásita en esa bella inteligencia. Resolucion para arrancarla y volveran á brotar lozanas, incomparables, aquellas que han mecido nuestros ensueños, consolado nuestras amarguras y perfumado nuestro espíritu.

1879.

TEDIUM VITÆ

Amaro e noia
La vita, altro mai nulla...
LEOPARDI.

El fastidio, como todas las afecciones individuales, como el amor, como el ódio, como las penas, como los desengaños, es un fenómeno absolutamente relativo. Del mismo modo que un hombre desgraciado, en cuyos brazos acaba de morir un hijo, no podrá munca dar á otro una idea exacta del dolor profundo que pesa sobre su alma, sea manteniéndose en un sombrio silencio, sea llamando en su auxilio la palabra ó el gesto, así, aquel que es presa del fastidio, jamás conseguirá encontrar el medio de reflejar, de una manera viva, esa sensacion inquieta, tenaz, persistente que lo oprime. Es cuestion individual que depende, como la lluvia, como el trueno, como todos los fenómenos naturales, de mil causas complejas que nadie alcanzará jamás á conocer en detalle. La educacion, los recuerdos, la posicion, la ubicacion, los gustos, el temperamento, la salud, la herencia, el éxito, el *entourage*, la carrera, las preocupaciones,

los incidentes infinitesimales de la vida, son otros tantos hilos de agua invisibles que van á vaciarse en el océano del fastidio, haciendo una variante á la frase del escéptico.

En esta materia, pues, cada uno debe hablar segun su observacion subjetiva. Pero lo curioso en este abominable fenómeno moral, es su independencia absoluta de las causas que lo originan. Florece en el trono como en el presidio, en la opulencia como en la miseria, en la regiones de la gloria humana, como en el corazon de aquellos que el destino amarró á una vida oscura y tranquila. Luis XIII se fastidiaba soberanamente y mayor parte de los Valois no le iban en zaga. Enrique IV pudo preguntar un dia qué era el fastidio, como Nelson qué era el miedo. La hipocondria casi histérica de algunos reyes de España era hija del tedio, y el que lea con atencion la correspondencia de Napoleon I° verá con asombro que encontró en aquella vida vertiginosa, tiempo para arrojar como pasto á ese buitre implacable. Gœthe mismo, el olímpico, que pretendió vivir arriba de las miserias y pasiones humanas, abria su corazon al fiel Eckermann, ó confiaba sus clásicos fastidios en sus cartas á Schiller. Los poetas en general son los prototipos del género; el fastidio, en alas del ritmo, se eleva á la region de la nostalgia byroniana. Algunos, como Alfredo de Vigny, lo esparcian á su alrededor; saturaba de tédio á sus amigos, segun dice Sainte-Beuve. Chateaubriand escribia á M^me^. Récamier : « El fastidio ha sido el enemigo de toda mi vida... » Pero seria demasiado largo citar todas las víctimas del fastidio entre los hombres de una real superioridad intelectual. Ten-

dríamos que aceptar como artículos de fé sus propias declamaciones al respecto, esponiéndonos á tomar como hechos positivos, simples temas retóricos.

Cuando se lee la vida de un asceta sobre cuya cabeza pasan los dias, los años, los largos años, idénticos, monótonos, matadores, la admiracion que se siente por su fuerza de resistencia no es mayor que la que inspira la pasion desmedida y omnipotente que las sostiene. Ese mundo moral, circunscrito, pero profundo, en que se hunde perdidamente la inteligencia y que absorbe todas las facultades, nos escapa hoy por completo. San Ambrosio pasaba sus dias immóvil, sentado frente á una pequeña mesa y leyendo en voz baja, siempre el mismo libro. San Agustin, lleno el espíritu del *Hortensius* de Ciceron y de las obras de Platon, que acababan de emanciparlo de las paradojas atrayentes de Faustus y los maniqueos, sentia en el alma un vacío horrible, porque al error habia sucedido la duda, é iba á buscar al lado del santo Obispo de Milan la luz y la verdad. « A menudo he penetrado, nos dice en sus *Confesiones*, cerca de él, porque no era costumbre impedir la entrada ni aun anunciarle el que llegaba; entraba, pues, y lo veia leer en voz baja, jamás de otra manera. Permanecia largo tiempo sentado en silencio (porque, ¿ quién habria podido turbarlo en tal aplicacion ?), luego me retiraba, conjeturando que, durante el poco tiempo que le quedaba para reparar su espíritu y descansar, no queria ser distraido por otros asuntos. »

He tomado al azar ese tipo del misticismo; todos son iguales. La monotonia de la existencia y la concentracion de espíritu : he ahí los dos rasgos princi-

pales. Y eso sucede en todas las religiones. Nada mas terrible y absurdo á nuestros ojos que la salvaje vida contemplativa de un fakir indio. Un hombre de nuestro mundo no soportaria esa existencia, aun despojándola de las privaciones materiales, mas de breves meses. Y sin embargo, esos hombres no se fastidiaban. Absorbidos en una meditacion profunda y constante, desprendida el alma de las mil pequeñas vinculaciones de la vida social, el tiempo corria sobre ellos insensible y sereno.

¿Qué es, pues, el fastidio? Cada uno de nosotros solo puede decir cómo lo siente, cómo lo comprende. Veamos un momento cómo lo han sentido y comprendido los grandes observadores del corazon humano, los especialistas del género.

Ante todos, Pascal, unos de lo espíritus mas intensos que hayan aparecido sobre la tierra, un fenómeno de claridad y amplitud, caido, en el vigor de la edad viril, en las estrechas sombras de una monomania mística. Oigámoslo :

« Tal hombre que pasa su vida sin fastidio, jugando todos los dias poca cosa, seria bien desgraciado si se le diera todas las mañanas el dinero que puede ganar cada dia, á condicion de no jugar. Se dirá tal vez que es la diversion del juego lo que busca y no la ganancia. Pero, que se le haga jugar sin interés : no se exaltará y se fastidiará. No es, pues, solamente la diversion lo que busca : una diversion lánguida y sin pasion le fastidiará. Es necesario que se caliente, que se enardezca, imaginándose que será feliz ganando lo que no querria que se le diese á condicion de no jugar, y

que se forme un objeto de pasion que escite su deseo, su cólera, su temor, su esperanza.

« Así, las diversiones que forman la felicidad de los hombres, no son solamente bajas; son aun falsas y engañosas: es decir, que tienen por objeto fantasmas é ilusiones que serian incapaces de ocupar el espíritu del hombre, si no hubiera perdido el sentimiento y el gusto del verdadero bien y si no estuviera lleno de bajeza, de vanidad, de lijereza, de orgullo y de una infinidad de otros vicios; y (esas diversiones) no nos consuelan en nuestras miserias, sinó causándonos una miseria mas real y efectiva. Porque es eso lo que nos impide pensar en nosotros y que nos hace perder insensiblemente el tiempo. Sin esto viviríamos en el fastidio; y este fastidio nos impulsaria á buscar un medio mas sólido de salir de él. Pero la diversion nos hace llegar insensiblemente à la muerte [1]. »

Es un moralista cristiano el que habla; por consiguiente, no debemos estrañar su acento vejatorio para la naturaleza humana y la constatacion abultada, como en los procederes de perspectiva, de todas las inmundicias de que se compone esta nuestra alma, que nos viene de Dios y que á Dios debe volver, segun la Biblia. — En la idea de Pascal, solo se distingue con claridad que la causa de nuestros fastidios es el alejamiento de « los medios sólidos de salir de él ». Ya los conocemos: los de los ascetas, cristianos, católicos, indus, árabes ó judios, el procedimiento de Pascal mismo, ciñéndose la cintura con una correa guarnecida por dentro de puntas de hierro y hundién-

1. Pascal, *Pensées*, primera parte, art. VII-III.

doselas en el cuerpo en el instante de apercibir, en una conversacion inocente, que su espíritu encontraba placer en la contemplacion de los asuntos mundanales. Farmacopea de otros tiempos. El organismo moral del hombre ha variado, y en este caso el remedio aceleraria el fin. — Pero no dejaremos á Pascal sin recojer este rasgo admirable, bálsamo de todos los tiempos. « Formarse un objeto de pasion que excite el deseo, la cólera, el temor, la esperanza. » Hé ahí una receta que salva el siglo XVII y llega á nuestros dias. No hay otro medio, y feliz el que lo encuentra. He hecho largas y frecuentes travesias por mar, siempre víctima de un fastidio indescriptible. He observado que los que temen el mar y palidecen á la menor brisa que agita las olas, no se fastidian. Toda su actividad intelectual está concentrada en la conjetura, y sin conciencia, se han formado « un objeto de pasion »: el temor. He pasado bastante tiempo en un pueblo de baños, casi solo, léjos de todo lo querido, sin fastidiarme. La salud volvia con rapidez, y toda mi alma era pequeña para dar hogar á las esperanzas que la vuelta de la vida y el vigor hacian nacer. Pero... cómo ¿se forma, por un acto de voluntad, un « objeto de pasion »?

Hé ahí el escollo; de todas maneras, es una indicacion preciosa para el que observa, porque puede, por excitacion propia, por concentracion de espíritu, desenvolver el átomo de pasion que en sí descubre, cuidarlo como la chispa de fuego sagrado que debe servir á encender la hoguera del sacrificio para aplacar el dios irritado.

Descendamos de la altura bíblica y oigamos á un

maestro profundo, á aquel que recibió de la naturaleza el triste dote de ver con claridad todas las imperfeccionnes, ridiculeces y miserias de la estructura moral de los hombres. ¿La Rochefoucauld nos dará la clave?

« **141.** Nos jactamos á menudo de no fastidiarnos, y es tal nuestra vanidad que no queremos convenir en que somos aburridos [1].

172. Si se examinan bien los diversos efectos del fastidio, se verá que hace faltar á mas deberes que el interés.

304. Perdonamos á menudo á los que nos fastidian, pero no podemos perdonar á aquellos á quienes fastidiamos.

312. La causa por la cual los amantes no se fastidian de estar juntos, es porque hablan siempre de ellos mismos.

352. Uno se fastidia casi siempre con la gente con la que no es permitido fastidiarse.

Refl. II. Hay muchas cosas bellas que fastidian. »

Como veis, La Rochefoucauld vé el fastidio al través de la vanidad humana. Es una constatacion de hechos, no muy honrosos para nuestra naturaleza, pero no ménos exactos. Hay una maravillosa delicadeza de diseccion, y se cree ver al operador con el ojo fijo sobre el vidrio del microscopio, mientras en el *porte-objet* se agita un sér raquítico, pedante, lleno de viento, envuelto en sus apariencias, sin saber que sus ropas son transparentes y que una mirada sardónica está haciendo el análisis de sus cimientos mas íntimos.

Pero no nos ocupemos de los que por vanidad no confiesan que se aburren; mas aún, creo íntimamente

que en esa observacion la fijeza admirable del moralista ha fallado. El que lleva la vanidad hasta tal extremo, ese no se fastidia : tiene un robusto objeto de pasion que lo absorberá miéntras viva.

Adelante, nosotros los que humildemente confesamos nuestra debilidad ante el fastidio. Veamos al clasificador por excelencia, al que mas profundamente ha penetrado en el estudio de la infinita variedad de los caractéres humanos. Tomo una sola palabra de La Bruyère : desgraciadamente, como vamos viendo, ninguno de esos hombres ha tomado el fastidio como tema de un estudio completo. ¿No se cerneria tan pesado y dominante en el siglo XVII como en nuestros tristes dias? Se comprende que los griegos no se fastidiáran, porque eran eternos adolescentes, contentos de la vida en la aurora de la experiencia humana, encontrando una fuente de infinito placer en la satisfaccion siempre nueva de contemplarse á sí mismos. Se comprende que el fastidio no entrára como factor considerable en el mundo moral de los romanos, porque aquellas almas robustas munca estaban huérfanas de una pasion violenta. ¡Pero La Bruyère!

« El fastidio ha entrado al mundo por la pereza : ésta tiene mucha parte en la avidéz con que los hombres buscan los placeres, el juego, la sociedad. El que ama el trabajo tiene bastante con sí mismo [2]. »

1. Esta máxima, la 141, apesar de tener dos variantes de redaccion y de encerrar una observacion tan profunda como justa, peca por un poco de oscuridad, que resalta en la dificultad de la traduccion. Me he apartado un tanto de la letra, pero el pensamiento queda idéntico.

2. Los *Caractères* de la Bruyère, cap. IX, *de l'Homme.*

Tocóme en suerte navegar por largos dias lentamente, á la vela, sobre un navio de guerra. El calor en aquella latitud era insoportable, é impidiendo dormir, entrecerraba los cansados ojos sobre el libro sin atractivo. Procuraba dominar, por deferencia á los distinguidos oficiales que me habian dado hospitalidad, el fastidio supremo, invencible, que me dominaba. Era inútil; segun una curiosa frase que he oido con asombro en lábios de un niño de cinco años, estaba « pálido de aburrido ». El comandante, sonriendo, me hizo saber que hacia *año y medio* que los marineros de la tripulacion no descendian á tierra, y que ellos, los oficiales, llevaban casi igual tiempo de reclusion abordo. Sin embargo, yo veia á la gente de equipaje contenta, alegre y reuniéndose por las noches, á proa, para entonar sus monótonos cantos bretones ó las baladas mas cadenciosas del Mediodia. « Es necesario evitar la inaccion, — me decia el comandante; —en cuanto á nosotros, tenemos arregladas las doce horas del dia de una manera mecánica, y los que vencemos la laxitud natural al clima, conseguimos que los dias pasen como soplos. En cuanto á los marineros, no tienen un minuto desocupado: cada hombre tiene su cañon, que debe cuidar como á una divinidad, limpiarlo, pulirlo, aceitarlo, pavonarlo diariamente. Otros, los bronces de abordo, otros el cordage, otros las banderas y señales, éstos la ropa y aquéllos el servicio immediato. El trabajo contínuo es una distraccion contínua. »

Francisco Pizarro, durante los largos y terribles meses pasados en la isla del Gallo, incitaba con su ejemplo á sus compañeros á levantar palizadas, terra-

plenes contra el viento, á construir canoas, etc.

Sí, La Bruyère tiene razon, el trabajo es el antídoto del fastidio; pero pocos son los hombres que, sin el aguijon del deber, se levantan de la postracion íntima y tienen la fuerza de liberarse por una labor ruda y perseverante. Por eso es profunda la moral del « Robinson », de Defoë.

Una lectura de Vauvenargues no me ha permitido encontrar ninguna reflexion conexa con mi asunto.

En el « *Discurso sobre los placeres* », abandonando el sombrío misticismo de Pascal, considera compatibles con la virtud y el mérito, la aficion á ciertos dignos goces y distracciones de la vida, aunque estigmatizando la frivolidad como el último y mas bajo de los vicios. Vauvenargues no tiene la intensidad de La Bruyère, pero es menos escéptico. Cuestion de temperamento y de atmósfera social. Tengo para mí, sin embargo, que La Bruyère no habria escrito el « Elogio de Luis XV » de Vauvenargues.

Hay un pensador á cuya fama, cada año que pasa, añade consideracion. Tenido por muchos como un coleccionista de anécdotas, por otros como un escritor espiritual, pero frívolo, Chamfort, sin embargo, es digno de un estudio sério y profundo.

En medio de su misantropía de temperamento, por decir así, ha visto muy adentro las cosas humanas y ha dicho en un estilo claro, preciso, las cosas que ha visto. Los hombres de la revolucion tenian en cuenta su parecer, y á mas de uno de ellos señaló inútilmente el abismo que debia absorber una sociedad entera... Pero no es mi propósito hacer ni un estudio, ni un panegírico de Chamfort; tomo simplemente, entre

sus pensamientos, el siguiente que, en la edicion de Stahl, lleva el núm. XXVI.

« Se cree comunmente que el arte de agradar es un medio de hacer fertuna : saber fastidiarse es un arte que alcanza un éxito mayor. El talento de hacer fortuna, como el de tener éxito con las mugeres, se reduce casi á ese arte. »

Volvemos á la vanidad de La Rochefoucauld; pero noto entre éste y Chamfort, tan próximos intelectualmente, un tinte que los separa bastante.

El viejo duque expone sus observaciones con una calma absoluta; parece un químico encargado de hacer un informe médico-legal sobre las vísceras de un hombre que ha muerto envenenado. No se conmueve, no le importa un ápice el drama moral que ha precedido al crímen; estudia los síntomas, la coloracion, espia los rastros, y á medida que las dificultades aumentan, se aferra con más teson á su tarea. Y cuando ha conseguido constatar que el ciudadano cuyas entrañas somete á la accion de sus reactivos, ha muerto intoxicado en medio de sufrimientos horribles, con tal que pueda determinar científicamente el veneno, tiene un pequeño aire de triunfo, tan plácido como el de Jenner encontrando la vacuna. Hay que perdonarle, porque en el fondo, es un artista á su manera. Pero Chamfort no ha atravesado en vano el siglo XVIII; en sus máximas mas cáusticas, hay cierto humanitarismo. Ha leido á Rousseau, y sabe que Voltaire, burlándose del género humano entero, pasó treinta años de su vida defendiendo á Calas y sosteniendo su familia.

Pero para encontrar la idea fundamental de Cham-

fort sobre el fastidio, es necesario tomar no sólo su obra entera, que parece impregnada de esa amargura que la palabra no espresa y que tiene su orígen en el tédio mortal y perenne, sino en su existencia misma, que fué una antítesis curiosa entre sus inclinaciones y sus deseos. « Mi vida entera, ha dicho él mismo [1], es un tejido de contrastes aparentes con mis principios. No amo á los príncipes y estoy ligado á una princesa y á un príncipe [2]; se me conocen máximas republicanas y varios de mis amigos están revestidos de decoraciones monárquicas; tengo pasion por la pobreza voluntaria y vivo con gentes opulentas; huyo los honores y algunos han venido á mí; las letras son casi mi solo consuelo y no trato á la gente de mérito intelectual; he querido ser de la Academia y no voy á la Academia. Añadid que creo las ilusiones necesarias al hombre y vivo sin ilusiones; que creo las pasiones mas útiles que la razon y ya no sé lo que son las pasiones, etc. »

¿ No se siente pasar sobre esas líneas el soplo helado del hastio? ¿ No abren una brecha profunda en el alma del misántropo? Las pasiones en otro tiempo lo han levantado sobre el *tedium vitæ*, que si á alguno cayó en lote sobre la tierra, fué sin duda á él; hoy, ya no sabe ni lo que son pasiones!

Su muerte corona el cuadro.

Chamfort habia sido reducido á prision. Hé aquí porqué. Uno de los primeros, saludó con alborozo la

1. No. XX.

2. La duquesa de Grammont, que lo introdujo en la Córte, y el príncipe de Condé, de quien fué secretario.

revolucion, fué su adepto ardiente, le dió su alma, su pluma. Pero detrás del 89, asomó 93.

El desencanto, el disgusto, la repugnancia invadieron su corazon, y no pudo ni quiso abdicar de la libertad de sus ideas. Así, en plena Convencion decia, sin cuidarse de que esas palabras llegaran á oidos temidos : « Barrère es un escelente sugeto : va siempre en auxilio del mas fuerte. » Y á propósito de Pache, uno de los corifeos de la Comuna, cuyas manos no estaban muy limpias, pero que la muchedumbre exaltaba sin medida : « Pache es un ángel; pero en su lugar, yo rendiria cuentas. » Hérault de Séchelles le pidió escribiera contra la libertad de la prensa, rehusó con indignacion y fué conducido á prision. Pasó allí un mes terrible y salió viejo. « No es la vida, no es la muerte, decia; no hay término medio, me es necesario abrir los ojos mirando al cielo ó cerrarlos en la tumba. » Puesto en libertad, juró que no volveria á caer vivo en manos de sus perseguidores. Cumplió su palabra. [1] Conocidas son las circunstancias horribles de su suicidio, cuando se le fué á prender por segunda vez. « Se encierra en su gabinete, dice M. Tissot, carga una pistola y la dispara sobre su frente. La bala le hace pedazos la parte superior de la nariz y le hunde el ojo derecho. Asombrado de vivir y resuelto á morir, se arma de una navaja de barba, trata de degollarse, se hace pedazos el seno, se dirije varios golpes al corazon, se abre las venas y se corta los jarretes, en fin, vencido por el dolor, lanza un grito y cae. »

1. *Chamfort*, etc., etc., por F. J. Stahl.

Paréceme, moral corriente á parte, que es la muerte de un hombre. Es un mártir del fastidio supremo, y en la galeria del porvenir debe ocupar uno de los primeros puestos. Ante esos ejemplos, no se puede ménos que esclamar con Voltaire : « No sé lo que será la vida eterna; pero lo que es esta, es una broma pesada. »

Viene bajo mi pluma el nombre del curioso filósofo aleman que ha hecho esa cita del hermita de Ferney con una fruicion indecible. Todas las sinfonias de Schopenhauer tienen por nota fundamental el fastidio. Pero Schopenhauer es un pesimista, direis. A la verdad, no entiendo con claridad el significado que en el mundo moderno se quiere dar á esa palabra.

Si por pesimismo se entiende la concepcion de la vida como un mal, no encuentro en la historia literaria del mundo, pesimistas mas conspícuos que los autores de los libros sagrados. Todos ellos nos inducen á apartar los ojos de la tierra y fijarlos en el cielo; nos predican las vanidades humanas y nos incitan al renunciamiento supremo, á la aspiracion de la gracia, al anhelo de ir al seno de Dios[1]. Jehovah para el judio, la Trinidad mística para el cristiano, Brahma para el indostan, la nada para Schopenhauer, es cuestion de objetivo : pero la ruta trazada es la misma.

Tomemos al azar algunas de sus pensamientos :

« Habria razon para perder la cabeza si se observa la prodigalidad de las disposiciones tomadas, esas estrellas fijas que brillan innumerables en el espacio

1. Recomiendo á los aficionados la introduccion y traduccion del « Eclesiastes » por M. Renan. Cohélét es un Hamlet hebraico.

infinito y no tienen mas tarea que iluminar mundos, teatros de la miseria y de los gemidos, mundos que, en el caso mas feliz, no producen mas que el fastidio; — por lo menos á juzgar segun la muestra que nos es conocida[1]. »

« Si se pusiera delante de los ojos de cada hombre los dolores y los tormentos espantosos á que su vida está contínuamente espuesta, ante ese aspecto, el terror lo invadiria; si se quisiera conducir al optimista más endurecido á través de los hospitales, los lazaretos y las salas de tortura quirúrjica; á través de las prisiones, los sitios de suplicio, los establos de esclavos, los campos de batalla y los tribunales de justicia; si se le abrieran todos los sombrios antros donde la miseria se desliza para escapar á las miradas de una fria curiosidad; y si, en fin, se le dejàra mirar dentro de la torre hambrienta de Ugolino, — entónces, seguramente, tambien él concluiria por reconocer de qué clase es este *mejor de los mundos posibles.* »

« Es verdaderamente increible cuán insignificante y desprovista de interés, vista de fuera, y cuán sorda y oscura, sentida interiormente, corre la vida de la mayor parte de los hombres. No es más que tormentos, aspiraciones impotentes, marcha vacilante de un hombre que sueña á través de las cuatro edades de la vida hasta la muerte, con un cortejo de pensamientos triviales. Los hombres son como los relojes á que se ha dado cuerda y andan sin saber por qué;

1. En todo lo referente á Schopenhauer, me he servido de las traducciones de la « Bibliothèque de Philosophie contemporaine » y de un escelente resumen de M. Bourdeau. (Paris, 1880.)

y cada vez que un hombre es engendrado y lanzado al mundo, el reloj de la vida humana es de nuevo acordado para repetir una vez más su viejo refran cansado de eterna caja de música, con variaciones apenas sensibles. Cada individuo, cada rostro humano y cada vida humana, sólo es un sueño más, un sueño efímero del espíritu infinito de la naturaleza, de la voluntad de vivir persistente y obstinada, sólo es una imágen fujitiva más, que dibuja jugueteando sobre su página infinita del espacio y del tiempo, que deja subsistir algunos instantes de vertiginosa brevedad, y que al momento borra para hacer lugar á otros. Sin embargo, y es ese el aspecto de la vida que dá mas que pensar y reflexionar : es necesario que la voluntad de vivir, violenta é impetuosa, pague cada una de esas imágenes fugitivas, cada una de esas vanas fantasias, al precio de dolores profundos y sin número, y con una muerte amarga, largo tiempo temida y que al fin llega. Hé ahì por qué el aspecto de un cadáver nos pone súbitamente sérios. »

—

« La vida del hombre oscila, como un péndulo, entre el dolor y el fastidio [1]; tales son en realidad sus dos últimos elementos. Los hombres han espresado esto de una manera curiosa; despues de hager hecho del infierno la morada de todos los tormentos y de

1. Obsérvese la curiosa identidad de esa idea con la de Leopardi en el verso que he tomado como epígrafe. Apesar de que Schopenhauer es su contemporáneo y viajó por Italia, parece estar comprobado que no se conocieron, ni tuvieron noticia de sus trabajos reciprocos. Véase Caro, « *Le Pessimisme au* XIX^e^. *siècle* ».

todos los dolores, ¿qué ha quedado para el cielo? Justamente el fastidio. »

—

Bueno es defenderse contra la habilidad y la elocuencia; hay ciertos momentos en que Schopenhauer nos parece irrefutable y el exámen interno, el recuerdo de las amarguras pasadas, dá completa razon á su teoria. Pero á menudo el sacerdote mismo echa á perder el culto; hay en él una premeditacion de hacer *esprit*, de buscar antítesis. Si encuentra una buena, no la sacrificaria, como Swift, por ningun respeto humano. Así cuando en sus « Caractéres de los diferentes pueblos », dice : « Las otras partes del mundo tienen monos; la Europa tiene franceses; hay compensacion », uno sonrie, como pudiera hacerlo de una leyenda de Cham, pero encuentra que es demasiada lijereza en un hombre que pretende implantar un sistema filosófico universal. — Del mismo modo choca y hiere, aun en el pesimista mas endurecido, esta frase brutal : « En prevision de mi muerte, hago esta confesion : desprecio la nacion alemana á causa de su estupidez infinita y me avergüenzo de pertenecerle. » — Eso puede consolar á los franceses, pero no levanta el carácter moral del maestro.

En cuanto á las tétricas pinturas que el filósofo aleman hace de las amarguras infinitas de ésta vida miserable, ya ántes que él y que todos los de su escuela, el poeta soberano habia dicho por boca de *Hamlet :*

O, that this too, too solid flesh would melt,
Thraw, and resolve itself into a drew!
Or that the Everlasting had not fix'd

His canon'gainst self slaughter! O God! O God!
How weary, stale, flat, and unprofitable
Seem to me all the uses of this world!
Fie on't! O fie! 'tis an unweeded garden,
That, grows to seed; things rank, and gross in nature
Possess it merely.

En la complejidad del organismo moral de Hamlet, el fastidio entra por mucho. Tiene los cansancios, los desalientos, las incertidumbres que le son características. — Busca y no encuentra. Tiene el alma feudal y su inteligencia esta impregnada del Renacimiento [1]. La aspiracion vaga es una forma del tédio...

Pero todos han pasado por esa nube de sombras. No hay un hombre, sin embargo, que nos haya dejado el remedio. El fastidio es la base suprema de la vida. Toma todas las formas posibles de concebir, se infiltra lentamente en el espiritu y los años lo van petrificando en el fondo del alma. — Se lucha al principio, se yergue la cabeza, se buscan las agitaciones, los viajes; pero, huésped eterno, va dentro de nosotros donde nuestros pasos nos guien. Al fin, el combate cansa y cedemos. Entónces se vive bajo un temor vago é incierto y, ay! de aquel que se connaturaliza con esa existencia amarga sin reposo, inquieta sin descanso! No hay cabida para las ilusiones, no hay luz para la esperanza, no hay fuerza para la ambicion. Como la ola mansa y constante de la orilla que cava lenta y silenciosa la roca, el tédio va minando el alma que pierde el vigor y la energia, las álas para levantarse, é inerte, muerta, indiferente, cae anestesiada en el

1. Montégut.

polvo insípido de la vida y, en la vegetacion elemental, espera sin esperanza la solucion del problema.

Nell'imo petto, grave, salda, inmota
Come colonna adamantina, siede
Noia inmortale [1]!

1881.

1. Leopardi.

CARLOS ENCINA

RECUERDOS INTIMOS

Me llega la triste noticia de la muerte de Encina; no me ha sorprendido en manera alguna. Desde que lo ví por última vez, poco ántes de dejar la patria, nunca pude recordarlo sino como un espíritu que sobreviviera al cuerpo ya confundido con la tierra. Tenia una palidez marmórea y los ojos le brillaban con una fosforecencia contínua é insoportable. Entreveia la proximidad de su fin y nunca pude comprender las cosas que pasaban, ante esa perspectiva, en el fondo de aquel organismo moral, tan profundo y oscuro.

Encina me desesperaba; el hábito de hablar frecuentemente con los representantes mas altos de la inteligencia argentina, me ha facilitado la comprension fácil y casi completa de los caractéres de nuestro intelecto national. El colorido vagabundo de Sarmiento, la abundancia elegante y erudita de Lopez, la forma armoniosa de Avellaneda, la inimitable charla de Goyena, con la viveza de sus golpes de vista y las

finísimas picaduras que la esmaltan, la claridad de Del Valle, la claridad, que es la inteligencia, la vida intelectual; la malicia de Lucio... ¿á qué citarlos todos, si á alguno he de olvidar, aunque recuerde la actividad de Dardo, con sus mil ojos abiertos sobre todos los rumbos del espíritu humano, ojos sobre los que jamás cae el párpado; la firmeza de Pellegrini, con dedos en la inteligencia, segun la frase gráfica de Del Valle; la clarísima percepcion de Gallo la originalidad atrevida de Wilde, etc.?

La ideología alemana jamás echará raices entre nosotros; falta la sombra, falta la tradicion, sobra la *non curanza* deliciosa de las cosas que no se mueven y agitan, como pabellones flotantes ante el espíritu. ¿De dónde venia Encina, entónces? Como Byron brota en suelo inglés, como Cáldas en los valles eléctricos de Popayan... algo como si Julian Martinez fuera sueco.

Recuerdo que poco despues de dejar el Colegio Nacional y de haber alcanzado en un exámen de filosofía en la Universidad un éxito que alhagó mi vanidad infantil, avergonzado de la mole inmensa de novelas que habia devorado durante seis años, resolví ponerme á leer libros sérios y emprendí, como ensayo, la lectura razonada, metódica y comprensiva, del volúmen de Emerson « The Representative Men ». Con paciencia y no poca intensidad de atencion, la cosa no iba mal; dijerí Napoleon, Montaigne, Gœthe... pero en Swedemborg me varé, como ¡ay! me he varado tantas veces despues en Herbert-Spencer. Volví á la carga, porque me parecia indigno que un distinguido estudiante de filosofía se corriese ante una exposicion

del misticismo. Todo fué inútil; no comprendia, no tomaba el conjunto, y el « Matrímonio en el cielo » me daba vértigo. Acudí á Pedro Goyena, que acababa de ser mi maestro de filosofía, y que por consiguiente, tenia el oficio de entender esas cosas. Le mandé el libro pidiéndole auxilio. ¿Entendió Pedro? No lo sé; pero me contestó con una frase del conde José de Maistre, si mal no recuerdo (¡hace 15 años!): « No hay método fácil para aprender cosas difíciles. Cuando quiero estudiar algo oscuro ó profundo, me encierro en mi cuarto, digo que no estoy y le prendo, » — así traducia Pedro.

Cada conversacion que mas tarde he tenido con Encina me ha recordado mi aventura con el Swedemborg de Emerson. Una vez se la conté y me miró con unos ojos que traducian bien la palabra compasiva retenida por la educacion. Mis primeras relaciones con él datan del « Canto al Arte ». Se trataba del Centenario de San Martin y nos reuníamos en mi casa, para arreglar la conferencia, Ricardo Gutierrez, que trabajaba « El Poeta y el Soldado », Andrade con su « Nido de Cóndores », Encina con su « Canto al Arte » : tres obras maestras!

Nunca olvidaré la impresion profunda y dulce que me causaba ver esos tres hombres de cabeza iluminada, sentados alrededor de una mesa, unidos un momento en el ideal, sin envidia, sin emulaciones... Yo habia aceptado la tarea de escribir algo en prosa; tuve el coraje de cumplir, y así me fué! Escribí un « Paso á los Poetas! » que se acerca mucho á lo mas indecente que haya producido en mi vida, y que Luisito Varela acabó de guillotinar en el tablado de Colon. Te per-

dono, Luis : era justicia. La cuestion lectores nos tenia preocupados; Andrade, con su lengua de trapo, no tenia la menor idea de ejecutarse y alcanzó la buena suerte de dar su canto á Bartolito Mitre, que aunque no es un Legouvé ni un Dickens, es de lo mejor que hay en aquella tierra donde nadie sabe leer. Ricardo declaró que leeria él mismo; me inquieté porque no le tenia fé. ¡Qué habria sido si el velo del porvenir, descorrido ante mis ojos, me hubiera permitido ver el asesinato perlático del bello canto, perpetrado por el autor mismo! Dicen que Wagner ha querido mas de una vez cantar sus propias óperas; Ricardo tiene algo del semi-dios de Bayreuth.

Por fin, Encina, que no hallaba árbol de que colgarse, me pidió que leyese sú canto. En vano le objeté mi falta de práctica y de voz. Decia que yo entendia su obra, y que con un rato de conversacion acabaríamos por ponernos de acuerdo. Indudablemente, el « Canto al Arte » no es el segundo Fausto; inspirado por un espiritualismo entusiasta y absorbente, su marcha es clara y su objetivo definido : hacer del arte una religion. — Pero las esplicaciones de Encina me aturdian. Encina veia dentro de sus versos más de lo que los comentadores todos han visto en la Divina Comedia. Una Psicologia, una Estética, una Teodicea, el cielo y la tierra. Luego tomaba un lápiz, trazaba una parábola y marcaba un verso en la cumbre, otro en los declives, como la prudente dueña de casa que dibuja en un papel la colocacion de sus convidados. « Aquí levanta la voz, aquí piano, aquí solemne... » Yo oia en silencio, porque Encina no bromeaba jamás, y porque tenia costumbre de respetarle todas sus estra-

vagancias. Al fin la lectura se hizo, el canto tuvo el éxito que se sabe, pero creo que, en el fondo, Encina quedó medianamente satisfecho de su intérprete.

Seguimos viéndonos con frecuencia, siempre á propósito de artes. Una noche, en su casa, la señorita de Montero interpretaba con un gusto esquísito el Nocturno núm. 2 de Chopin, pieza predilecta de Encina y mia. Pedimos la repeticion, y á medida quel el triste andante se desenvolvia, Encina, á mi lado, lo traducia lentamente. Tenia la intencion de reproducirlo en verso. Fué nuestra primera discusion, sosteniéndole yo que la pieza era completamente ajena á la impresion que causaba. Es indudable que ese andante, como cualquier otro trozo escrito en las mismas condiciones de movimiento y marcha, despertará sentimientos de una intensidad análoga, pero jamás los mismos, porque no todos los hombres están en la misma situacion moral en el momento de oir, etc. Encina pretendia que una buena traduccion en verso de un trozo de música debe despertar idéntica impresion que la música misma. La teoria de Wagner al revés.

¡Qué esplicaciones aquellas! Encina tenia facilidad de palabra y claridad en la forma expresiva. Pero el pensamiento era tan oscuro, los hilos que ligaban las ideas unas á otras tan ténues, que acababa por perderme sin atinar donde estaba. Y lo curioso es que la apariencia lógica era intachable. Partia de un punto claro, concreto, generalmente un axioma sobre las evoluciones mas conocidas del pensamiento. Luego sacaba una consecuencia perfectamente razonable, y por el mismo procedimiento de mecánica intelectual,

subia, se bifucaba, se eterizaba. Y la labor era intensa. Mas de una vez, perdida ya la esperanza de llegar con él á donde me guiaba, me entretenia en observarlo ; los ojos se ponian incandescentes, las venas de la frente se hinchaban y un rojo enfermizo cubria los pómulos.

Una noche me encontró leyendo á Hartmann, porque todo hay que leer en esta vida. Lo conocia, pero no lo apreciaba. — « La voluntad de Schopenhauer, el inconsciente de Hartmann, son simples detalles, fragmentos de un sistema que no ha sido aun formulado científicamente, porque los filósofos no quieren convencerse que la verdad radica en el número y nada mas. Todos esos elementos incoherentes, todas las combinaciones del espíritu, las leyes del universo, los problemas del destino humano, caben y están contenidos en el « Trascendente... »

¿ — En el?...

— En el Trascendente. He pensado largos años, mi amigo, y al fin tengo reunidos los materiales para la obra que he soñado y que llevaré á cabo así que restablezca mi salud. ¿ Quiere V. saber en qué fundo mi sistema?

— Veamos; pero, por Dios, hable despacio, con su claridad de siempre, y á mas, métame las cosas por los ojos, déles forma definida, concreta.

— ¡ Cuál es la raiz cuadrada de 2? 1 por 1 es 1. La raiz cuadrada de un número entero no puede ser un quebrado. Si V. soluciona el número 2 en un cuadrado gráfico, encontrará la raiz. Pero manténgalo como número : no la puede determinar. Sin embargo, existe, ¿ no es así? Pues bien, esos números fijos pero indeter-

minables, se llaman en matemáticas *trascendentes*. Hé ahí la base de mi sistema. En las relaciones infinitas de la vida animal, vegetativa, inteligente, en todo lo que se mueve y obra en el Universo, la ley eterna que preside y esplica, es esa relacion vaga en apariencia, inalterable en el fondo que llamo el *trascendente*. Oigame con atencion.

Y en cuadros soberbios muchas veces, alcanzando por momentos la alta elocuencia severa y sencilla, tan diferente de la declamacion, Encina llegaba á alturas vertiginosas. Como se comprenderá, jamás alcancé á esplicarme el *trascendente*. Un dia, en la Biblioteca de la Universidad, pedí á Encina hiciera la esplicacion á Del Valle, que, apesar de todo su esfuerzo, quedó á oscuras y con el espíritu rendido. Encina me sostenia que sus ideas no eran confusas, sinó que el espíritu colectivo de nuestra sociedad intelectual, no estaba preparado por una gimnasia constante á la percepcion rápida de ese género de especulaciones. Solia irritarse cuando, cansado, acababa por burlarme un poco de sus veleidades metafísicas. «¿No basta, amigo, le decia, el cúmulo de amarguras que caen sobre nosotros diariamente, las decepciones, las ambiciones muertas, para que aumentemos el caudal negro, buscando caractéres imposibles en la página blanca de la vida futura?»

Era ése precisamente para Encina el primordial deber humano. Kant, restringiendo el campo de la observacion, los positivistas, cerrando la esploracion metafísica de los cielos y burlándose del sentimiento, como órgano de investigacion, lo irritaban hasta subir á la injuria. En una palabra, no he

conocido un organismo moral mas profundamente impregnado de religiosidad que el de Cárlos Encina. Tenia arrebatos coléricos contra el catolicismo, contra todas las religiones positivas del mundo, pero ansiaba creer, buscaba con un ardor desatentado medios de cohonestar las exigencias de su razon con las aspiraciones de su alma. Es ese un martirio mui comun en nuestro siglo, el vagar eterno de los espíritus creyentes, girando sobre sí mismos sin rumbo fijo y flotando siempre en la duda que los mata.

Fué de esa manera que Encina cayó en el espiritismo. La primer vez que me habló del asunto, proponiéndome que emprendiéramos una série de esperimentos, me hizo una esposicion del sistema, esforzándose en demostrarme que, en el fondo, la teoría era de una lógica absoluta para los espiritualistas. Le contesté que mi naturaleza, desgraciadamente escéptica, mas aun, refractaria á la fé, me impedia prestar crédito á los infinitos sistemas, inclusive las religiones, creados por la imaginacion para satisfacer las necesidades morales de los hombres. Pero que era muy curioso, y que entraba de lleno, como entretenimiento, en su proyecto de sesiones.

Resolvimos reunirnos en mi casa y echamos mano de un *medium* poderoso que se ocupaba en llevar fluido á domicilio...

Aun recuerdo una voz serena y pura, salida del fondo de mi hogar : « Dime : ¿ no es mas digno ir á la iglesia, á orar públicamente, de rodillas, por todos los que sufren, que encerrarse en una pieza, á media luz, al lado de un charlatan, para evocar espíritus, mover mesas y oir campanillas en los aires?... » No

debe haber sido mui fuerte mi réplica, porque aun el argumento me parece contundente.

Invitamos á algunos amigos, mi pobre y querido Juan Cárlos Lagos, Del Valle, Lucio Lopez, etc. Tuve un momento la idea de llevar á Pellegrini, pero desistí, previendo algun *coup-de-tête* del Gringo. Fué fortuna, porque despues supe que esperando ser invitado, se habia provisto de algunas puntas de Paris para clavar los piés de la mesa y hacer inútil el fluido ó la mecánica del *medium*.

Todo el que haya asistido á una sesion de espiritismo, sabe que, aun para los mas incrédulos, el aparato general, la conexion de los fenómenos con las ideas altísimas y eternamente atrayentes á que se refieren, causan siempre una sensacion indefinible que bien puede traducirse en una inquietud vaga. Encina la sentia mas que nadie, y seguia ávido el proceso, buscando rabioso la constatacion brutal de la verdad, ahí, delante de los ojos, irrefutable... La mayor parte de los asistentes se cansaron bien pronto, y, á las dos ó tres sesiones quedamos solos con Encina. Fué entónces que tuvimos las famosas sesiones de materializacion, que no me esplico aún, como no me esplico la mayor partes de las pruebas de Hermann. — Recuerdo que una noche llegó á casa M. Brédiff (así me parece que se llamaba el *medium*) y nos dijo que en esa sesion tendríamos cosas muy buenas, porque sentia el fluido correrle en los nervios como una descarga eléctrica. — En ese instante llamaron á la puerta de calle; se me hizo advertir que un señor aleman deseaba á todo trance hablarme. — Salí y me encontré con un caballero respetable á quien habia visto mas

de una vez en la puerta de su *villa* de la calle de la Recoleta, pero á quien no conocia personalmente : me pidió disculpa de su presentacion incorrecta ; pero se encontraba en su casa delante del *trípode*, cuando se presentó su espíritu familiar y le ordenó trasladarse á la mia, donde le haria comunicaciones importantes. Contuve cuanto pude un gran afan de reir y lo invité á entrar. — Ese hombre ha muerto ; pero durante los dos últimos años de su vida ha sido feliz como pocos séres sobre la tierra. — Habia perdido una mujer que adoraba; todas las noches, *un medium*, creo que el mismo Brédiff, iba á su casa, caia aletargado sobre un sofá y el creyente veia avanzarse entre la media luz la blanca forma de la muger querida, que se le acercaba, le tendia la frente, se sentaba al piano y durante horas le hacia oir las melodias que rehacian para él las dulces horas desvanecidas! ..

Hablé muchas veces con ese hombre y nunca noté en él signos de locura. Solo, durante el dia un malestar contínuo, la presion de una espectativa dominante, algo como la del chino que trabaja rudamente bajo un sol de fuego, pensando en la hora celeste en que, tendido sobre el tosco tablado, va á aspirar el ópio libertador!...

Encina estaba inquieto y silencioso en un sillon, mientras yo ponia en juego todos mis recursos para no dejarme engañar de una manera grosera y obligar al *medium* á ganar con conciencia su *cachet*. Até á Brédiff de brazos y piernas, con abundante lujo de nudos potreadores, lo metí en una bolsa, cerrada al cuello, apliqué sobre el nudo de la garganta un enorme trozo de lacre, que sellé, y en seguida amarré

la masa informe á un sillon. Tendimos una cortina sobre el *medium*, que habia caido ya en letargo y que crujia medio ahogado; bajamos la luz de la sala y esperamos.

De pronto creímos ver una mano blanca y delgada que corria en los aires. Miré á Encina, que me pareció impresionado. — El aleman, léjos de nosotros, seguia silencioso, en un recojimiento tranquilo, el curso de los sucesos. Un instante despues, apareció por encima de la cortina, tendida de lado á lado á altura de hombre, una cabeza como de una niña de cinco años muerta, pálida, color trigueño suave, el pelo partido al centro y cayendo en dos álas negras sobre la frente; un cendal blanco la cubria y resolvía las formas en un vapor ligero, á partir del cuello. Los ojos, pequeños y penetrantes, parecian fijarse en mí. Despues del primer momento de impresion, dije á Encina mui quedo que estabamos haciendo un papel ridículo y que iba á levantar la cortina para ver lo que hacia el *medium*, que por otra parte, continuaba respirando como un fuelle de órgano. Me detuvo recordándome que Brédiff nos habia advertido que la entrada violenta del fluido en su cuerpo, si tal cosa hacíamos, le produciria la muerte instantánea; — que habíamos aceptado esa condicion y que no debíamos abusar. Tenia razon y cedí, pero todavia siento no haber puesto en peligro los dias del taumaturgo... Preguntó Encina quien era la aparicion y obtuvo, por el alfabeto de golpes, el nombre de *Jeke*, una meretriz japonesa, muerta ahora quinientos años, que Brédiff decia ser su espíritu familiar. Le pedimos la mano y nos la dió. Era pequeña, suave, blandusca; quise

apretar, pero se me deslizó. Nos pasó libros, cigarros, dió vuelta cuadros, hizo andar y detenerse una caja de música que estaba á nuestra espalda (verdad que la oscuridad se habia hecho mayor) y por fin nos dijo tres veces, con una voz casi imperceptible : ¡ Adios, adios, adios !...

Un suspiro prolongado de Brédiff nos hizo entrar; estaba en la misma postura, y cuando lo desatamos, tenia el cuerpo marcado por las ligaduras. Tomó su tasa de té, recibió su estipendio y partió, quedando mirándonos con Encina cara á cara, mientras el aleman se asombraba de nuestra falta de fé.

Credo quia absurdum. No, precisamente porque era absurdo no lo creí. Encina se desesperaba de la fatalidad que lo obligaba á valerse de un tercero, de un hombre venal, para obtener las pruebas que habria deseado alcanzar solo. Pasaba noches enteras con un lápiz en la mano sin resultado ninguno. Por fin, un dia dijo á Brédiff y á todos sus amigos, espiritistas cenvencidos, que no exijia sinó una prueba, única, definitiva, para creer. Era ésta : encerraria un pliego de papel en blanco y un lápiz dentro de una caja sólida que vigilaria y cuya llave tendria en el bolsillo. « Si amanece algo escrito, aunque sea una línea geométrica, *credo !* » Declaré lo mismo, seguro de no creer una palabra aunque apareciese el Apocalipsis en hebreo, encerré gravememente mi papel y mi lápiz y... esperamos. Encina ha muerto esperando. Repito que la doctrina lo atraia y esa comunion entre las almas muertas y los espíritus en el combate de la vida, le parecia el rasgo mas profundo de la solidaridad universal.

Nunca fuimos camaradas con Encina, y creo que sus relaciones aun con sus amigos mas íntimos tenian el mismo carácter que las que mantenia conmigo. No era un espíritu abierto y comunicativo. Su sistema de vida, por otra parte, lo apartaba de ese mundo de actividad moral que hace indispensables las confidencias, las vinculaciones estrechas, el cambio de debilidades — fácilmente perdonadas recíprocamente.

Trabajaba sus versos como un cincelador; el « Canto al Arte » le costó mucho tiempo y no pocos de esos momentos amargos que crea la impotencia. Su inspiracion era fria y razonada y tenia horror por la hojarasca brillante de Andrade; juzgaba al autor del « Arpa Perdida » como Berlioz hubiera juzgado á Offenbach. Encina nunca ha despertado entusiasmo como poeta entre los jóvenes y mucho ménos en las mugeres, porque, sin razon, á mi juicio, creia indignos de la forma métrica los temas comunes, pero eternos, del amor, la esperanza, los recuerdos y el hastío. Grave error, que no se salva con todo el talento que anidaba su cráneo. Si Encina hubiera continuado haciendo versos, habria concluido por un *pathos* góngoro-filosófico incomprensible, como Flaubert, en otro rumbo, vino á caer en « Bouvard y Pécuchet »...

Quedará siempre en las letras argentinas, porque era una personalidad. Pero es bueno felicitarse de que no haya hecho escuela, como es permitido deplorar el dia en que la influencia de Andrade produzca una literatura de imágenes absurdas y antítesis violentas, que no seran siempre salvadas por la belleza y la armonia de la forma. Si, como es cierto, se es feliz ó

desgraciado segun la propia organizacion moral, independientemente de los accidentes de la vida, Encina no se contó nunca entre los hombres dichosos de la tierra. Tenia el espíritu sombrio y sus sufrimientos físicos acabaron de amargarlo. La muerte ha sido un reposo para él.

Conocerá hoy un átomo de aquel mundo invisible que en la vida atrajo todas las fuerzas de su alma?

1882.

DESPUES DE UNA LECTURA

Nada subyuga como un buen libro. En ese coloquio mudo de nuestra inteligencia con un espíritu elevado, se desarrollan vastos horizontes, espléndidos en bellezas inesperadas. Las impresiones todas de la vida positiva desaparecen, las ideas tristes que germinan sin reposo aun en los cerebros mas tranquilos parecen adormecerse en una plácida somnolencia y concluimos por perder la conciencia de la propia individualidad.

En cuanto á libros, no hay á mi juicio mas que un solo criterio sano y legítimo, independiente por completo de las ideas accesorias que la escuela utilitaria quiere adherir al arte absoluto.

Ese criterio es el sentimiento de lo bello, que puede despertarlo tanto un discurso de Descartes, un pensamiento de Pascal, como una balada de Uhland ó una animada escena de Dumas.

¡Pobre viejo maestro, tan querido en secreto, tan renegado en público! Es antigua como el mundo la sentencia aquella de que para adquirir la inmortalidad en el reino de las letras es indispensable ser sobera-

namente fastidioso. La gravedad de la forma salva el vacio del fondo y como se ha dicho mil veces, se prefiere admirar á leer.

Pero es bueno, es justo tener un recuerdo de cariño para ese hombre estraordinario que durante medio siglo ha tenido anhelante, pendiente de su pluma á un pueblo para el cual las novedades de la víspera son historia antigua.

El que escribe estas líneas tiene fija en la memoria una de esas escenas de la infancia que el tiempo no consigue borrar.

A los trece años de edad fué puesto á pupilo en un colegio ; la transicion brusca desde el seno de la familia, los alhagos de la madre á la austeridad de aquella vida funesta, que, como se ha dicho con razon, participa de la existencia del convento y del cuartel, habian sumido su alma en una tristeza profunda. En esos momentos no hay mas consuelo que el llanto silencioso y oculto. Teófilo Gautier, recordando sus primeros años de colegio, se admira que haya imperado por largo tiempo en su espíritu infantil la idea del suicidio. Es ahí donde aparece al hombre por primera vez esa vision terrible, pero llena de seducciones, por que promete la paz inalterable. Fué en esos dias de amargura que cayó en manos del niño un libro de Dumas : era su epopeya favorita, esos « Tres Mosqueteros » que han atravesado todos los pueblos y todos los idiomas. El efecto fué indescriptible : en un dia y una noche se leyó el libro y cuando el jóven levantó la cabeza radiante de esperanza por la promesa de la continuacion, las sombrias paredes del colegio habian perdido su tinte opaco, la reclusion

pareciale mas dulce y un mundo desconocido le ofrecia tesoros inagotables.

¡Oh! todos habeis leido ese libro, todos habeis seguido anhelantes los pasos de D'Artagnan y sus nobles compañeros. Qué vivacidad admirable, qué relieve en el estilo, qué vigor en la inventiva! No hay un momento de cansancio ni fastidio. Nos hemos encarnado en un personage, seguimos con anhelo su accion novelesca y las primeras claridales de la mañana nos sorprenden con el libro en la mano, el codo hundido en la almohada y la pálida frente humedecida por la emocion.

Cuando se ha leido á Dumas, en la infancia, se necesita tiempo para que la madurez intelectual haga posible otro género de lectura, aun en el terreno de la imaginacion. Todas son pálidas, son frias; el análisis moral no se comprende, no se alcanza la pintura social y la controversia se hace insoportable. Qué vale *Martin Chuzzlewit, le Pére Goriot* ó la *Histoire de Sybille*, ante ese maravilloso *Conde de Montecristo* que vive en el prodigio, que nada en el oro, bello como el ángel caido, justiciero como la fatalidad, vengativo como un dios pagano?

Hay una correlacion natural entre la infancia de la humanidad y la del hombre. Los primeros vestigios artisticos que encontramos tienen toda la materialidad de ese estilo grotesco que los chinos están ensayando hace mas de mil años sin conseguir levantarse hasta el arte. Formas toscas, gruesas pinceladas. En las letras, luchas, combates, cuadros animados en que las grandes pasiones se mueven violentamente. No hay argumento: todo es esposicion. Que el libro

encierre una religion, como los poemas de la India, ó una epopeya como la Iliada, el verso es valiente y sonoro, alumbra como la espada del héroe y vibra como su lanza.

Asi, las primeras lecturas que nos seducen son las que hablan únicamente á la imaginacion: eso es antiguo como el mundo. Entre los griegos las rapsodias, entre los romanos las comedias y sátiras del viejo Ennius, como mas tarde fueron para las sociedades europeas los libros de caballeria, que el *Quijote* estirpó, reemplazándolos.

Declaro por mi parte y creo que la mayoria de los hombres se encontrarán en el caso de hacer igual declaracion, que cuando leí por primera vez el *Quijote*, ni aun sospeché un instante su alcance crítico; me parecia un libro de buena fé y las desgracias del noble caballero me interesaban tanto como me fastidiaban las prosáicas salidas de su escudero.

Pero cuando se desprende uno de ese relámpago de vida deliciosa que se llama infancia y las ideas tumultuosas de la edad viril empiezan á germinar inspiradas por el estudio ó la reflexion, los horizontes se ensanchan y el espíritu encuentra surcos profundos á los que se abandona por completo.

Es entónces que los grandes libros de la historia dan al alma todo su perfume, es entónces que el estilo ondulante é iluminado de Michelet, la serenidad celeste de Macaulay, la gravedad presbiteriana de Guizot ó las animadas escenas de Thiers, mantienen durante las largas horas que corren para nosotros como cruzadas bajo el éxtasis.

Buen viejo inglés, leal Grey! Tu lo has dicho: « el

paraiso es una novela al lado de un buen fuego. »

Recuerdo haber visto un lindo grabado con este epígrafe : « la Serenata de Schubert. » Una jóven está sentada al piano y en la espresion vaga de sus ojos, en la melancolia que sombrea su frente, se adivina que está cantando á su oido esa melodia tan delicada como triste. A su lado está otra niña recostada en un sofá y hundida tambien en el mundo del ensueño. Basta mirar ese cuadro acabado para que se despierten en el alma todas las sensaciones que la música de Schubert puede suscitar.

Para mí, la frase de lord Grey dibuja tambien un cuadro completo. Un buen fuego, como él lo pide, en una cruda noche de invierno, una poltrona cómoda, un hombre arrellenado en ella, recibiendo por la espalda la suave luz de una lámpara de porcelana, suficiente para iluminar las páginas de una novela de Dickens ó de Tackeray, he allí el primer plano. En el segundo y vagamente perdidas en la penumbra, como las visiones que en el cuadro de Kaulbach flotan al rededor de Beethoven, todos los personages de la novela, David Copperfield en su acerada fisonomia, Martin Chuzzlewit con su rostro resuelto y varonil, la plácida cara de Mark Taple encarnando su filosofía del mérito de la jovialidad, que bien vale los sueños de Hartmann ó Schopenhauer..... etc.

¿ Qué os parece mi cuadro ? ¡ No creeis que es una escena real de la vida del pensamiento, que al fin vale algo mas que la vida del estómago ?

Tengo una duda metida en el espíritu, que quiero someter á los que leen estas líneas, á fin de que la resolvamos juntos. Veamos : pasados los veinte años,

la novela no tiene ya influencia sobre la inteligencia y el corazon ó las novelas que hemos leido despues de los veinte años no pueden compararse á las que ántes de esa edad feliz, tanto nos sedujeron?

En éstas cuestiones artísticas es indispensable siempre recurrir al sentimiento como árbitro supremo; declaro lealmente que la opinion de Schumann, llamando á la música de Meyerbeer un mamarracho abominable, no me impide estremecerme en el terccto del *Roberto* ó sufrir en el duo de los *Hugunotes*. La música, como todas las manifestaciones artísticas, no va dirigida á la manera de las obras de filosofía en Alemania, á un círculo restringido de hombres, que, en posesion del tecnicismo adecuado, sean las únicas en estado de gozarla.

Así diré de la novela, tan despreciada por todos aquellos que son incapaces de concebirla, aunque ocupen elevado puesto en el mundo del espíritu. Bismark no ha escrito un solo romance, es cierto; pero Disraeli, que es un hombre de estado superior, tiene la gloria de haber firmado algunas y notables, Bulwer Lyton lo mismo y tantos otros que han seguido el ejemplo del Cardenal Richelieu, dividiendo su tiempo entre cortarle la cabeza á Cinq-Mars y rimar las escenas de *Mirame*.

La escuela del arte por el arte, cuyo representante mas notable es el viejo Dumas, á pesar de sus veleidades humanitarias, y cuyo defensor genuino fué Teófilo Gautier, concluyó cuando el segundo imperio creó un órden social tan distinto del anterior, que atrajo ávidamente el pincel del romancista.

Ya no tenemos aquellas brillantes epopeyas que se

siguen con el encanto de un cuento árabe, la pintura psicológica toma intensidad, el colorido se afirma, el pincel se vigoriza, la tela se hace áspera, ruda, hasta dejar entrever el propósito de combate que ha guiado la mano del artista.

La corriente se acentúa mas y mas; el estudio del alma cede el campo á la fisiologia y esta á su vez abandona la partida á la infecta manera de los señores Goncourt y Zola, que, bajo pretesto de hacernos odiar el vicio, nos sumergen en los antros infames donde desaparece por siempre la dignidad humana.

¡ Que léjos estamos de aquellas narraciones palpitantes, cuando acompañabamos á Benvenuto con toda la simpatia del alma, en su lucha contra el castillo de Nesle ó adorábamos al alegre Coconnas!

Pero, señores! yo no busco filosofía ni enseñanzas morales en las novelas; tengo para esos estudios mis libros especiales, que enseñan cuanto se ha dicho al respecto desde Anaxágoras á la fecha. Yo busco una atraccion tan poderosa que el brazo se me duerma soportando mi frente ó que entre la luz de la mañana por el cristal de mi cuarto y me sorprenda, arrancándome con violencia al encanto de la lectura.

Busco un elemente de olvido, un calmante para la exitacion de mis nervios, una fórmula que contenga la cantidad de atraccion suficiente para sustraerme á dolorosas preocupaciones.

Busco *Mauprat*, *Colomba*, *Fortunio*, *Notre-Dame de Paris*, *Fromont Jeune et Risler Aîné*, *etc.* no por cierto un *Assommoir* ó una *Fille Elise* ó un *Pot-Bouille*.

Me direis que los Dumas, Sand, Mérrimé etc. son raros; de acuerdo, pero no me negareis que, dada

mi concepcion artística de la novela, tengo pleno derecho en echarlos de ménos.

Por otra parte, tengo mis medios de llenar las horas amargas. No soy egoista, os lo diré.

Es el teatro, pero no en las tablas, con la escena, la decoracion, el público, la luz, la artista bella ó antipática; no. El teatro frente á frente, yo público, el libro actor. No teneis idea de las furiosas silvatinas que suelo distribuir á mis malos cómicos y no creais que me refiero á los malos papeles ó que la censura vaya dirijida al autor. A medida que un personaje habla, le doy forma, voz, acento, flexion y hasta alma. Pero no todos los dias estoy inspirado y á veces cometo errores crasos que un juez implacable que pretende llevar dentro de mi la batuta del buen gusto, me hace notar incontinenti. Dias pasados le di una apostura trágica y melodramática á un pobre conde que, en muy bonitos versos, comunicaba al público que su suegre habia muerto. No estaba en mi dia...

Actualmente se publican en Paris dos ó tres teatros completos; quien tenga en su biblioteca las piezas dramáticas de Dumas, Sardou, Augier, Barrière, Meilhac y Halévy, Labiche (no os sonrojeis, puritanos, que ninguno de vosotros es capaz de escribir el *Viage de M. Perrichon*) y algunos otros mas, puede desafiar impunemente un par de inviernos á pasar bajo la fastidiosa dulzura del hogar.

1877.

SOBRE UN SUICIDA

UNAS LINEAS DE LA « TRIBUNA »

Acabo de leer unas líneas en las que un hombre pide no sé que rigores y penas póstumas contra el suicida. Desde lo alto de su conciencia alarmada, de su moralidad timorata, pide que se anulen las disposiciones testamentarias del que se se ha quitado la vida y que la tumba del suicida no presente á los ojos del mundo ni la humilde inscripcion del cariño filial, ni el nombre medio borrado del que partió.

Quisiera conocer la mano que ha estampado tranquilamente esos graves pensamientos; quisiera saber en que momentos han sido escritos, la vida de su autor y la evolucion intelectual que ha precedido esa esplosion de clásico escolasticismo, adornado con las rigidas pompas de la estadística.

Despues de comer, en el encanto de la sobremesa, cuando la muger querida sonrie y los hijos charlan en su media lengua deliciosa, el padre toma el diario y con ojo distraido recorre las noticias. Lée : « Ayer se ha quitado la vida un hombre jóven aun. Se ignoran

las causas que hayan motivado esa resolucion desesperada, cuya repeticion toma caractéres alarmantes. »

En ese momento, el padre levanta la mirada; su hijo mayor, un personage de tres años gravemente sentado en una silla, se ocupa en averiguar como ha sido construido su último juguete y procede á un análisis detenido de su conformacion mecánica; la chíquilla se ha dormido en brazos de la madre, que la mece dulcemente, murmurando una cancion cuya dulce monotonia parece ser la síntesis de todas las purezas del hogar. El dia ha sido feliz; un buen negocio se presentó con grandes probabilidades de éxito y el porvenir aparece con un cortejo rosado.

El padre se siente herido en su tranquilidad soñolienta por aquel hombre que sin reflexion ha cortado su vida; siente algo parecido al dilettanti que en medio de un trozo delicadamente interpretado, se ve obligado á prestar atencion á un inoportuno señor que se debate en la platea, porque el corazon se le acaba de reventar bajo una aneurisma.

Aquel hombre que vé la vida humana al través del momento en que se encuentra, no solo no comprende el suicidio, sino que no se dá cuenta de lo que se llama desgracia, desventura, duelo, sombras, desolacion, porque esa ráfaga maldecida ocupa tanto lugar en la existencia como en el lenguage. Toma la pluma, porque llovizna y el club está léjos ó el teatro estará desierto. Se erige en árbitro moral, pasa la mano sobre la cabellera sedosa y ondulada de su hijo, prepara su alma á los graves designios y... pide que se borre sobre el féretro maldito del suicida hasta su nombre humilde, que aquellos por quienes tal vez partió su

cráneo, no hereden ni la miserable suma que el infeliz dejó al mortir.

Se creeria que bajo la poderosa impresion de la santa paz del hogar, bajo la mirada celestial del niño y la presencia de la muger amada, el corazon se sintiera suavemente enternecido, vibraran sus latidos sobre el espíritu y ese hombre pidiera al mundo de los felices una palabra de consuelo y de olvido para el caido, un pedazo de pan para los que han quedado.

Y bien, no. Y ese hombre no es malo, no es una escepcion á la turba sin pasiones ni dolores que vegeta entre nosotros. Es simplemente un hombre, con todo su fondo horrible de egoismo y volviendo, sin darse cuenta de su accion, al estado natural de lucha, de indiferencia, de antagonismo, con los otros hombres.

Es necesario haber sufrido todas las trístezas humanas, todas las amarguras que esta vida infame trae en su seno profundo, para penetrar rápidamente en aquellas soledades desoladas que se hacen en el alma del suicida en los momentos estremecidos que preceden á su muerte.

¡ Oh! no es declamacion, no es retórica; no es el Byronismo desesperado que se traduce en la carrera vertiginosa sobre un potro árabe ó en el embrutecimiento momentáneo bebido en el fondo de una botella de ajenjo, no es tampoco la desgarradora ficcion del « hijo del siglo », que se forja un mundo de quimeras enlutadas y que lleva dentro de sí el gérmen sombrio de todas las ilusiones negras de la muerte; ni es el pesimismo de Leopardi que se mece en versos sonoros, ni la arida indiferencia del filósofo aleman que razona sobre dilemas ó arguye sobre sofísmas...

No, es la brutal realidad que aniquila todas las energias del corazon y abate de un solo golpe los sistemas forjados por la inteligencia. Es el hijo palpitante, esperanza risueña, gloria, orgullo profundo que ennoblece, es el hijo muerto, livido. Es la muger que se ha adorado, que ha enaltecido el entendimiento, que ha purificado el corazon, que nos ha rodeado la vida de comodidad y de alegría, que ha ligado su cuerpo al nuestro con los vínculos sagrados con que la santa ley natural amarra á los adolescentes, es la muger bendecida entre todas, que ha espirado en nuestros brazos, con el corazon oprimido, ansiando vivir, enamorada de la existencia y que llevamos al sepulcro para abandonarla á la soledad de una tumba, mientras volvemos al hogar para verla en todas partes, llamarla con la mirada vaga, anhelarla con locura, mientras la fatalidad maldita grita al oido : ¡ nunca!

Es el culto eterno del honor, sin rival ya, porque las ilusiones han muerto y la lucha contra la miseria ha despoetizado el èspíritu, es el culto del honor estinguido en una hora de horror, es la patria vencida, deshonrada, es el amigo infiel que rompe en una noche un cariño de veinte años...

Esas cosas, señor mio, que V. no ha conocido jamás (y quiera su destino no hacérselas conocer) no necesitan ni piden estériles conmiseraciones, pero exijen ésto : el respeto. Es mui fácil tributárselo : basta el silencio.

Yo no hago moral sobre los cadáveres aun calientes y la historia misma espera á que las tumbas aun las mas elevadas, hayan caido al nivel del suelo para hablar de aquel que encerraban, para hablar de su

accion pública, de su agitacion mundanal y detenerse severamente, ahí donde Yd. de sobre-postre, entra gallardamente, á favor de una digestion fácil y de cuatro cifras estadisticas.

¡ Qué ridículo parecerá á un mercader, Caton abriéndose el vientre, porque César triunfa! ¡Qué lamentable á los ojos de un hábil político del dia aquel pobre Rolan atravesándose silenciosamente el corazon con un estileto en la soledad de un bosque!

No comprenden, no pueden comprender lo que para los romanos como Caton era la mnerte de la república, ni lo que para el honrado girondíno era la muerte de M^me^ Roland, como el autor de las lineas de « La Tribuna » no comprende esas tempestades que concluyen con la cantidad de fuerza y de valor que el alma de un hombre contiene.

Una vez mas, no seamos ridículos ante lo único sério que se ofrece en el pasage transitorio sobre la tierra! No nos erijamos en jueces, trepándonos sobre una tumba para que se nos oiga mejor y nos vean mas altos.

No sabemos una palabra de lo que escapa á nuestros sentidos : Dios, una vida ulterior, la inmortalidad del espíritu, las religiones, las esperanzas, palabras y aspiraciones, nada mas!

El suicidio es una funcion tan natural como el envilecimiento, como el heroismo, como el perjurio, como la abnegacion. Viene de adentro, lo arrastra una ola que no detienen las reflexiones ni las prédicas morales. La religion se ha hecho para los hombres felices y los primeros signos que se han levantado al sol ó á los cielos sobre la tierra han sido cánticos de

gratitud en un paroxismo sensual ó libaciones espantosas en la embriaguez del triunfo.

Dejemos concluir en paz las evoluciones de este fenómeno transitorio que se llama hombre : si han concluido sus tareas en el mundo, si se han roto los lazos todos que lo ligaban á los demas, todavía amarrarlo en nombre de una obligacion moral que no puede ser comprendida por él ni por los que se la invocan, no es absurdo?

No hay mas que una solucion : morir. En el lecho, en el combate, en el mar, en la quietud sombria del suicidio, todo es lo mismo.

Se muere y hemos concluido.

Que aquellos que no han cruzado las horas amargas que pueden arrastrar á la desesperacion, pasen junto á la tumba de los suicidas en silencio : en esos cuerpos caidos se han albergado dolores infinitos, que no se describen, pero que matan.

1878.

KEAN

EL HOMBRE. — EL DRAMA. — EL ARTISTA

I

Edmundo Kean murió en 1833; tres años mas tarde, Alejandro Dumas escribia para Federico Lemaître, el drama que antenoche Ernesto Rossi ha levantado en sus hombros robustos á una altura bien superior á su mérito literario.

¿ Porqué Dumas habia arrancado á Kean de su tumba casi entreabierta aun, para arrojarlo sobre la escena, como una personificacion de la nerviosa vida del teatro, con sus horas febriles, sus dias de amargura, sus desfallecimientos mortales y sus triunfos sin igual?

Es que desde Shakespeare, ningun artista dramático habia aparecido en Europa dotado de una naturaleza mas soberbia y caprichosa, mas inverosímil y fantástica. Ninguno, como él, habia conmovido la fria sociedad inglesa, por su arte original, como por su existencia vagabunda, loca, sacrificada brutalmente á las pasiones.

Esos talentos no se adquieren en la escuela; la enseñanza sistemática, respetuosa de la tradicion, alcanza á producir artistas irreprochables, como la fuerza de voluntad y la paciencia dan á un hombre comun los medios de escribir un poema sin que la crítica pueda morder. Solamente, falta algo, que debe ser tan raro y precioso, que cuando brota sobre la tierra, encarnándose en un artista, las masas se estremecen, las arterias laten, la sangre se acelera, el cerebro vibra y el corazon se ensancha como queriendo saltar del pecho para dilatarse en la naturaleza entera, abrazándola en esa furia de amor que el aspecto del genio enciende.

¿Es la inspiracion? ¿Es eso que los franceses, tan hábiles para encontrar la palabra que esprese las cosas mas delicadas y sutiles del espíritu, se han reducido á llamar *le diable au corps?* No lo sé; pero comprendo que el fenómeno radica en algo que podria llamarse la fuerza de individualidad, el poder estraordinario de crear dentro de sí mismo y de revestir la creacion con caractéres propíos.

Llegados á un cierto límite, la creacion y la interpretacion se confunden; Talma y Corneille, Skakespeare y Kean, Rossini y Malibran, para hablar solo de los que han partido, eran, durante las horas de teatro, un alma con dos nombres...

La vida azarosa del saltimbanqui, del grumete, del cómico de la legua, llena de las privaciones miserables del cuerpo, habia desenvuelto en Kean el salvage amor á la independencia que lo dominó hasta su muerte. — Jóven, niño casi, contando solo consigo mismo, le habia faltado la lenta educacion social

cuyo resultado mas positivo, único tal vez, es el dominio de sí mismo. Nunca poseyó ese arte chato; jamás su razon consiguió hacer oir su voz tranquila, cuando bramaban en su alma la sensualidad, el vicio, la loca ambicion del brillo, el gasto desenfrenado por el lujo, la prodigalidad que abre la mano como el corazon.

Vivió poco; ¿ qué máquina resiste esa presion? Le faltó un Missolonghi para caer en él y entregar estenuado su cuerpo miserable á la madre tierra; pero murió en la brecha, con los últimos fulgores de la luz del teatro en la frente, con el perfume del triunfo en el alma y un verso de Shakespeare en los labios! Concluir así, es caer como hombre.

¿ Quién era Kean cuando conseguia que se le abrieran las puertas de Drury-Dane? Lo he dicho ya; afiliado á una compañía ambulante, su talento habia carecido del aguijon nervioso de un público selecto. De villa en villa, á la manera de los cómicos inmortalizados por Gautier, era la verdadera *piedra que rueda*, como Jorge Sand ha llamado esa existencia vagabunda, pero no baja, porque á su sombra se desenvuelven los mas nobles sentimientos del alma, el amor, la caridad y la abnegacion.

Kean se presenta bajo el sórdido manto del Mercader de Venecia. ¿ Porqué éste cambio? ¿ Acaso Kemble no hace un Shylock ideal? ¿ Acaso la avaricia, royendo un corazon como el gusano que seca lentamente un árbol, encontró jamás un intérprete mas fiel? ¿ La crítica inglesa no asegura que Kemble habria sido aplaudido por Shakespeare mismo?

Pero Kean no conoce la crítica; Kean se cuida poco

de Kemble y tiene por único maestro al poeta. Lo ha leido profundamente en los largos dias de la vida errante, mientras el pesado carro arrastra su hogar y su fortuna de aldea en aldea. Allí en el seno de la naturaleza, ha comprendido á Shakespeare y esa honda nocion no se borrará jamás de su memoria.

He ahí á Shylock; pero... ¿es el mercader de Venecia lo que se da? ¿Dónde está aquel anciano agobiado por los años, de rostro macilento, mirada encapotada, iluminada solo cuando la mano roza el oro, donde está ese tipo que el público inglés ha visto siempre bajo los rasgos de Kemble?

¡Imbéciles! ¿creis que Shakespeare tenia el alma tan baja para envilecer mas aún con el látigo de su génio á la raza judia, vilipendiada, perseguida en su época como á fieras sin guarida? ¿Creis que ese sentimiento profundo de humanidad que resplandece en toda su obra, iba precisamente á eclipsarse ante los mas desgraciados de entre los hombres?

No, Shylock, no es el avaro comun, infame y bajo que llega hasta el crímen por la pasion del oro; lo que agita el alma del judio, es la amargura, es la hiel depositada en el corazon de su raza durante diez siglos, es el deseo inestinguible, insaciable de venganza, que lo llevaria hasta arrancar con deleite un pedazo de carne del cuerpo de un cristiano.

Brutales ambas, es grande siquiera la pasion que conduce á un hombre á partir el cráneo de otro, cuando la venganza lo enloquece.

Kean rejuveneció de veinte años á Shylock, dió brillo profundo á sus ojos, un color intenso á sus sentimientos y en una noche planteó la verdadera

escuela dramática de Shakespeare. El juego correcto de Kemble fué desde entónces incompatible con los sobresaltos de Othello, la divagacion profunda de Hamlet ó la sombria desesperacion del rey Lear.

Todo era original, inesperado, violento en Kean; empezaba el Hamlet con el cuerpo vacilante, la cabeza turbada por los vapores del vino, la boca inerte, inobediente á la voluntad. El público esperaba paciente; de pronto el ébrio desaparecia, la memoria volvia, la chispa corria por aquellas venas y el delirio cundia.

Todo le era perdonado, como en el Renacimiento todo le era perdonado á Benvenuto. Kean era Kean, una personalidad estraordinaria, rara, y se decía que la naturaleza no podria producir génios de ese temple, si al mismo tiempo los organizára de manera á cruzar plácidamente la vida como un *alderman* económico y agitado por la ambicion de llegar á *sheriff*.

El órden, convenido, es una ley de estabilidad universal; pero no me lo presenteis como la divinidad única en cuyas manos está la salvacion — Nada mas ordenado que la naturaleza en su espléndido desórden — Ponedme, si tal es vuestro ideal, todos los dias las nubes formadas en el firmamento en línea de batalla, colocad las estrellas á igual distancia una de otra, con idéntico brillo; disponed que en las tormentas del océano, ninguna ola ultrapase la elevacion oficial de 0m.90, dadme á todas las mugeres honradas y á todos los hombres corredores de bolsa, pero no vengais en seguida á hablarme de arte, de esas vagas é indefinibles necesidades del espíritu que no se satisfacen con el órden.

¡Kean, que interrumpia uno de los magistrales recitativos de Ricardo III para hacer una cabriola en la escena, que dormia en la taberna de *Coal-Hole* mientras el senado veneciano esperaba tieso y solemne la llegada de Othello, Kean ordenado!

Habria podido repetir el verso admirable del poeta italiano, cuando los sanfedistas y los austriacos preconizaban el *órden* en la Lombardia y el Piamonte:

Questa morte
D'ogni idea sublime qu'ordin si chiama!

Nadie fué mas generoso que él, nadie disipó mas brillantemente la fortuna que su génio arrojaba á sus piés, y en aquel mundo de las pasiones secretas y violentas que torturan y matan, nadie se agitó con mas vehemencia, entregando su alma sin reserva á las asperezas del camino.

Dió su génio, dió su paz, dió su vida al arte. Bebia, jugaba, era pródigo, violento, irascible, calavera: ¡cubríos el rostro, honestos senadores de la moral social! Fué un artista y fué un hombre.

II

Un crítico de Macaulay, en la *Revista de Ambos Mundos*, haciendo los honores debidos al príncipe de los historiadores ingleses, se negaba sin embargo á darle un lugar prominente entre los pensadores modernos, porque á su juicio, Macaulay carecia de aquel espíritu filosófico profundo que desprende de los hechos la teoria y funda un sistema de interpreta-

cion histórica. Traduciendo literalmente ese pensamiento, encuentro que lo que el crítico vituperaba en Macaulay era no ser bastante fastidioso. No trato de discutir si hay filosofía ó no en Macaulay : la diferencia está simplemente en el rótulo. Macaulay bien pudo llamar « Filosofía de la historia de Inglaterra », á sus cuadros admirables, porque esa denominacion es la que corresponde al estudio completo de la vida de un pueblo.

De acuerdo, Macaulay no poseia los medios de fastidiar a quien lo leia y es únicamente esa identidad, la que me ha traido á la memoria el nombre del ilustre inglés al querer hablar del viejo Dumas.

Effleurez, n'approfondissez pas, decia un epicúreo de la buena escuela. Dumas ha llevado inconcientemente esa divisa durante toda su vida. Ha rozado las pasiones humanas, adorando á Shakespeare que las habia cavado *ab imo;* ha pasado veloz como una ave al través de la historia, rindiendo culto divino á Aug. Thierry que encegueció sobre ella, traduciendo á Walter Scott que la adivinó y arrodillándose ante Michelet que la iluminó con la luz de su alma. Ha hecho tragedias, dramas, comedias, vaudevilles, sainetes y por fin, cuando su génio dominó su memoria, ha creado un género que murió con él. Pero tómense los veinte y cinco vólumenes de sus obras dramáticas, desde *Enrique III à Mme de Chamblay* y encuéntrase una sola pieza al gusto del citado crítico de Macaulay, ésto es, fastidiosa. No la hay.

Defectos colosales, inverosimilitudes, á veces ignorancia del juego de las pasiones humanas, desaliños,

imperdonable premura, todo lo que se quiera, menos fastidio.

Para él todo es asunto de drama : René, Werther, Obermann, Octavio empapan un momento la atmósfera en que vive, saturada ya del byronismo : nace *Antony*.

Ampère habla de Roma en sus cuadros inimitables escritos sobre las ruinas de la ciudad eterna : ahí está *Caligula* calzado del coturno trájico.

La revolucion de 1830 inflama su sangre, el espectro de Santa Elena revive en el alma de la Francia : en tres dias escribe su *Napoleon*.

El pueblo se agolpa ante el cuadro de Delaroche : *El suplicio de Juana Grey* : *Catalina Howard* sube á la escena.

¿ A qué seguir? Espíritu de una actividad prodigiosa, tenia esta suprema bendicion de la naturaleza : poder decir bien todas las cosas que en su cerebro nacian.

Oid ese diálogo; no es el de Shakespeare, tallado en mármol, cada idea sonando al vibrar en la palabra, cada concepto gravándose en la memoria; no es el de Gœthe, límpido, transparente, sereno, como la olímpica indiferencía de su alma ; no es el de Hugo, audaz, atrevido, sin medias-tintas, rojo, negro ó de una blancura nívea, jamás envolviéndose en las suaves sombras de un Tennyson; no es el de Merrimée... hé ahí un nombre que representa una antítesis. Sóbrio hasta el exeso, circunspecto, dibujando profundamente en el fondo de la tela la pasion y cubriéndola de mil velos ténues á fin de que no hiera la vista. *Mateo Falcone*, diez pájinas que se leen de un aliento, sin apartar los ojos del libro, sin un instante

de cansancio ; *Monte-Cristo*, diez volúmenes que se leen del mismo modo. « Todo es arte en la vida, hijo mio, decia un viejo cómico en no sé que romance de Sand : la cuestion es descubrirlo y espresarlo. »

Alguien ha comparado el génio del viejo Dumas á uno de esos rios de curso vagabundo que cruzan el suelo americano, torrentosos, de orillas incorrectas y caprichosas, arrastrando en sus aguas turbias todos los detritus de los bosques y de las costas, pero llevando tambien partículas de oro entre sus arenas. Es bien espresado y exacto.

Todo en él puede morir, ménos su diálogo inimitable, la partícula de oro. Nadie mantiene tan viva la atencion, nadie habla con mas naturalidad y nadie tiene mas calor para hablar de las cosas buenas y nobles de la vida. ¡ Qué alma generosa debe haberse albergado en el cuerpo atlético de ese hombre ! No se puede crear *El Conde Hermann* sin tener un corazon rebozante de entusiasmo y abierto á todos los cariños humanos...

Kean es uno de los dramas de Dumas que apasionó mas al público. — Federico Lemaître lo creó de una manera admirable y su éxito fué arrancado casi por asalto. Pero... los años pasan y la frialdad viene. — El drama leido, es como la Taglioni fuera de la luz eléctrica, de la música, del oropel, tendida jadeante en el sófa del camarin, con su pintura, sus arrugas, sus... dotes humanos, en fin. Antenoche, oyendo ese drama interpretado por Rossi, que, por los ménos, está á la altura de Federico Lemaître, comprendia la mágia de aquel movimiento dramático, de aquel dialogo vivo, ágil, *alerte;* pero al mismo tiempo, la

absurdidad de algunas situaciones y la pobreza del desenlace saltaban á los ojos.

Pero, para el que vá al teatro, no á seguir un curso de moral, ni á aguzar la mirada para buscar manchas al sol, sino á abrir francamente su alma á las emociones del arte, *Kean* llena su objeto por completo.

III

Rossi en *Kean*, es Edmundo Kean. No puedo espresar de otro modo mi impresion. Lamento la vulgarizacion de aquella frase « identificarse con el personage, » porque si alguna vez tuvo aplicacion, es hoy, ante ese hombre estraordinario, cuya inteligencia vasta y delicada se ha nutrido de médula de leon, leyendo á Shakespeare sin cesar.

En todo lo que Rossi interpreta, hoy un soplo shakespereano. Ese mismo *Kean*, arrebatado por momentos por el inagotable *humour* de Faltaff, celoso y violento como Othello en otros, soñador, vago, incierto á veces como Hamlet, no habria podido nacer sin la preexistencia de esos tipo inmortales.

Thiers ha dicho que la primera condicion para escribir historia es la intelijencia, entendiendo por esa palabra, la comprension intima de las cosas. No podria decirse lo mismo del arte dramático?

Rossi lo prueba — El noble artista no se ofenderá por cierto si confieso que al ir á oirlo nuevamente, me ajitaba el temor de verlo, por contraposicion á otra escuela, cuidar con demasiada solicitud los detalles, *creuser le rôle*, entregarse á ese juego de

finuras, de delicadezas microscópicas, para las que su talento de asombrosa elasticidad le suministra tantos medios. — Escuela fecunda á veces, pero que otras perjudica la impresion del conjunto.

Sea que mis medios de observacion fuesen ineptos en la primera visita de Rossi á esta tierra, sea ingratitud de mi memoria, el hecho es que me habia equivocado por completo.

Rossi es hoy unido, uniforme, y la impresion que deja queda intacta aun despues de salir del magnetismo de su presencia.

Ha hecho *Othello* como yo lo concibo; será poco, pero permítaseme decir que como yo no voy al teatro con el alma de mi vecino, sinó con aquella de que me sirvo habitualmente para gozar ó mortificarme, que es lo mas frecuente, natural es que me parezca suficiente ese juicio.

Nada queda del artista dramático, dice Kean : todo muere con la generacion que ha hecho gozar.

Es inexacto; precisamente esa falta de elementos para juzgar la obra del artista dramático, le crea esa gloria vaga, pero brillante, que rodea hoy el nombre de Talma, de la Malibran, de Rubini, etc. ¿ No hay una poesia misteriosa acaso en esos nombres brillando en las páginas de Musset ó despertando la gratitud de Rossini?

A mas, el artista educa; cada vez que contemplo una buena tela ó un marmol original y bello, me sucede lo mismo que al salir de una representacion de Rossi ó Salvini : creo que mi gusto se ha purificado, que mi inteligencia se ha hecho mas accesible á la belleza y mi alma mas digna de comprenderla.

¿Cómo no amar á esos hombres cuya noble tarea es ennoblecernos?

Felizmente la representacion de *Kean* ha tenido un público numeroso y selecto. Por honor de ésta tierra, es de esperarse que toda la gente culta, tanto la que va á gozar, como la que va simplemente al teatro, frecuenten el Politeama.

Asistir á las representaciones de Rossi es repetarse á sí mismo.

Quiera el artista aceptar ésta charla escrita bajo la impresion del *Kean*, como un homenaje á su talento.

1879.

BEBÉ EN EL CIRCO

Bebé está sentado en la primera fila del palco con sus bracitos recostados sobre la baranda. — La cabecita rubia gira inquieta y los ojitos, fosforescentes de curiosidad, se dirijen tan pronto á la arena, tan pronto á las gradas, echan un vistazo á la música, con dedicacion especial al bombo y sus respectivos platillos, para volver tenazmente á clavarse en la entrada, por donde Papá le ha dicho van á aparecer los caballos, los payasos y sobre todo los perros sábios, que Bebé ya ha preguntado si vendran vestidos como la gente. A cada instante se dá vuelta. Papá, que, está deseando que Bebé hable, se inclina solícito hácia él y recibe la vigésima edicion de ésta pregunta: « Papá ¿cuándo van á salir? — Ahora no mas, amigo — ¿Y por qué no salen ya? — Porque todavía no es hora — ¿Y por qué no es hora? » Papá busca una diversion en un vigoroso golpe de bombo ó en un pico de gas, porque comprende que no va á llevar la mejor parte si el debate continúa.

La fisonomia de Papá es digna de estudio; la profunda y suave alegría de ver á Bebé preparándose á gozar de una manera estupenda, unida á esa puntita de orgullo paterno, que á no ser contenido por el

sentido comun, le haria gritar á voz en cuello al público que aquel niño es hijo suyo, dan á su cara una espresion de salud moral, si puedo espresarme así, que hace bien al que la observa.

Bebé, por su parte, comprende que ésta llevada al circo no es una funcion normal en los hábitos de Papá, acostumbrado á tomar su sombrero apenas acaba de comer, darle un beso y salir inmediatamente. Tiene la vaga idea de que el acto de Papá importa un sacrificio y su instinto le dice que de su conducta dependerá la repeticion de esta trasnochada deliciosa. De ahí, mil mimos, mil *calineries*, su manecita siempre en juego para acariciar la barba de Papá, la mirada significativa como para hacer apreciar su correcta postura sobre la silla y la repetida observacion de : « Vés, Papá, como no me duermo? »

¡Santa infancia! Un niño es un poema celeste, para cuyos acentos no hay fibras muertas en el alma humana. — Al derramar sobre ellos todo su cariño, el que ha sufrido mezcla en su sentimiento algo como lástima, el temor vago de que esa frente tan pura y delicada se oscurezca en la vida con las torpezas del mundo. — Destinados á recorrer nuestra misma senda, las angustias, las miserias, las decepciones pasadas se presentan una á una.....

Pero he ahí los *pruebistas*, como los llama Bebé, del mismo modo que califica de peluquero al *artista en pelo* y cómico al *tragico* que echa el alma en la « Carcajada »; he ahí los payasos con sus caras pintarrajeadas, sus mamelucos imposibles, sus sombreros deformes, las señoras con *galera* (Bebé se

refiere á las Amazonas), todo el mundo de la compañía, que hace su entrada triunfal.

Bebé se recoje; recuesta insensiblemente la cabeza sobre sus manos y mira, mira, absorbe con la mirada el cuadro entero. — Papá, que quiere hacer valer á Bebé ante los ojos de los vecinos, le dirije pregunta sobre pregunta, sobre los detalles de la escena, aquel payaso que dá una vuelta de carnero, éste que aplica un punta-pié y recibe una sonora bofetada, etc. ¡Tiempo perdido! Bebé no pestañea, Bebé se ha olvidado de Papá, de donde está, de sus propósitos de ser amable, de todo.

Solo un movimiento nervioso de sus piernitas, que cruza una sobre otra con frecuencia, rompen su quietud inmóvil.

De pronto, cuando aún no han salido las parejas de la arena, Bebé gira rápidamente. Papá se inclina sobre él y recibe un : « Ahora ¿ qué viene, Papá? » que le obliga á consultar el programa y comunicar á Bebé que dos caballos sueltos van á hacer pruebas. Bebé que un segundo despues ha querido saber porque no vienen ya los caballos, los ve aparecer seguidos de M. Guillaume, que saluda al público á los cuatro vientos, con cara de esquísita ternura y cortesía y contempla en silencio á Castor y Polux, obedeciendo á la palabra de su director, yendo al paso, al trote, volviendo, girando, etc. « ¿Papá, cuando van á hacer las pruebas los caballos? »

Aquí Papá queda perplejo; aunque diga á Bebé que las funciones á que se están entregando esos nobles animales es lo que precisamente constituye las pruebas anunciadas, Bebé no le creerá y esa pequeña

diverjencia de opiniones será la primera nube que sombree la dulzura de las relaciones de esa noche. Bebé está en la lójica; tiene la fortuna de no haber leido á M. de Buffon, que al mismo tiempo de afirmar que el caballo es uno de los animales mas nobles que existen, hace saber que no es un ente racional. Que un caballo trote para conducir á Bebé á Palermo ó lo haga al rededor del circo, para uno ú otro lado, es exactamente igual para Bebé. — Solo cuando se arrodillan ó se encabritan merecen una mirada de interés.

Intermedio de payasos; golpes, saltos, gritos, piruetas, bofetones, punta-piés, etc. Bebé está en su elemento; mira rpáidamente á Papá, como para significarle que aquello siquiera es un espectáculo decente; decididamente, los potros árabes (sueltos, entendámonos) no lo han hecho feliz!

En una de esas largas charlas de Sarmiento, llenas de inagotable enseñanza y salpicadas de cuadros artísticos ó literarios que brotan con un colorido sorprendente de esa imajinacion deslumbradora, recuerdo haberle oido narrar una fiesta, que presenció en una de las ciudades de Norte-América. Era el beneficio de un payaso famoso, que daba su última funcion, despues de una carrera de veinte años en el mismo oficio, para retirarse á la vida privada. El circo presentaba un aspecto encantador; dos mil niños habian acudido á la cita del viejo amigo y parecian reflejar sobre la atmósfera toda su alegría, miéntras sus caritas sonrosadas y sus cabellos rubios, hacian á la vista el efecto de ráfagas de un encarnado de oro.

El payaso se superó á sí mismo; la risa infantil

resonaba con timbres argentinos y agudos, las manecitas batian frenéticas y los pequeños piés golpeaban nerviosos contra las sillas. Cuando el payaso reapareció, en medio de los aplausos, era otro hombre; á la cara grotesca del *clown*, habia sucedido una fisonomía emocionada, una cabeza inteligente, una mirada humedecida. El payaso, á fuer de *yankee*, saludó á la concurrencia y tomó la palabra. Los hombres y las señoras, habituados á sus salidas espirituales, tomaron la actitud de aquellos que están dispuestos á encontrar todo gracioso y que empiezan por reirse á crédito. Poco á poco y á medida que el payaso hablaba, la espresion de las caras de los que lo oian cambiaba lentamente, bajo la accion de aquella palabra fácil y empapada en una emocion profunda, hasta que las lágrimas asomaban á los párpados y las madres, cediendo á un impulso sagrado, se inclinaban sobre sus hijitos y los estrechaban contra el pecho. ¿Qué decía el payaso? Los que oiamos á Sarmiento, habiamos olvidado que narraba una escena, un recuerdo; ante la belleza, el sentimiento esquísito de esa pintura de la infancia, la memoria del corazon hacia pasar delante de nuestros ojos las figuras delicadas y sonrientes de nuestros niños queridos. « He pasado mi vida entera en este oficio de payaso, que el mundo vilipendia, relegándolo á las mas infimas y despreciables de las profesiones.

« No he hecho mal á nadie, he cumplido mi tarea como hombre y me retiro hoy á descanzar. Creo haber llenado una mision que vale tanto como cualquier otra; amo á los niños con locura y me ha parecido que hacerlos gozar, desenvolver en ellos la ale-

gría natural que Dios les ha dado con su bendicion, proporcionarles el único placer de que son capaces, hacerlos entrar en la vida por la puerta rosada, era obra de corazon. ¡Oh! no todas las criaturas tienen á su lado la madre cariñosa que vela sobre ellos y dispone de recursos para darles juguetes y muñecas. Levantad la cabeza y mirad allí en las últimas gradas del circo, á donde casi no alcanza mi voz: son niños tambien, que vienen á la fiesta una ó dos veces al año y se colocan en los ínfimos puestos porque los padres no pueden pagarles sitios mejores. Esas criaturas viven en la sombra y las privaciones, no conocen la alegría; de cada uno de los raros espectáculos de este genero á que asisten, llevan un tesoro de recuerdos, la cantidad de contento necesaria para hacerlos felices un año entero. » Y el payaso seguia hablando con palabras dulcísimas hasta despedirse para siempre de aquellos que durante tanto tiempo habia hecho gozar...

El movimiento de las piernitas de Bebé se habia acentuado; las estrechaba, las cruzaba, estaba nervioso, pero seguia mirando á la arena. Por fin, se siente vencido, da vuelta la cara y echando los brazos al cuello de Papá, deja caer en su oido un detalle naturalista, en cuya virtud, padre é hijo, emprenden á buscar el mas sombrío de los corredores.

La vuelta en el tramway es un cuento de hadas, Bebé mira á todos lados, anima á los caballos, paga el boleto, dirije mil preguntas por minuto y hace revivir sus emociones pasadas en su media lengua deliciosa. Papá exita su locuacidad, que aleja de los ojitos ya marchitos de Bebé, el impalpable sueño que

empieza á acariciarlos con sus álas sin rumor, lo lleva apretadito contra sí, para evitar, segun dice hipócritamente, que incomode al vecino, pero en verdad para darse el placer inefable de sentir vibrar contra su pecho ese cuerpecito querido.

El Politeama está léjos y el sueño es artero; en medio de una sonrisa de Bebé, al final de una pregunta floja, la cabecita se inclina, los ojos se cierran, las manos dejan caer el baston de Papá que llevaban triunfalmente y su respirar sereno y puro anuncia que ha entrado á la region, donde, segun los cuentos de Navidad, los niños dormidos hablan con los ángeles.

El tramway para. Papá desciende lentamente con su carga preciosa entre los brazos. Todo el hogar está aun en pié, para gozar de las impresiones de Bebé, en su primer salida nocturna; pero Papá lo deposita suavemente en su cama y ante un auditorio atento, empieza la narracion de las aventuras de la noche.

¿Quién ha gozado, mas, Bebé ó Papá?

1880.

UNA LECCION CIVICA

Uno de los pocos dias que he pasado al lado de mi hijo desde hace algunos años, dias bien felices para mí, me entretenia en hacerle preguntas que originaran la esplosion de su deliciosa charla. Mi hijo tiene siete años; naturalmente, le pregunté aquello de «¿qué quieres ser?» Es la investigacion paternal por escelencia, la indagacion clásica, porque permite, con aquel poco de buena voluntad que nunca falta en el corazon de un padre, adivinar en las respuestas del niño predisposiciones estraordinarias para alguna senda intelectual. Mi hombrecito no tenia ideas fijas al respecto; á sus ojos, el problema principal era *ser grande*, profesion que á su juicio importaba todo, libertad, recursos, medios de accion y satisfaccion de todos los caprichos. Así, quedó meditabundo; cómo yo insistiera, me echó socarronamente sus bracitos al cuello y pegando su carita á la mia, me dijo con un acento que importaba bien clara la esperanza de verse libre de torturas intelectuales: « Yo seré lo que mi papacito quiera. »

Fué entónces que se trabó entre ambos el trascendental diálogo siguiente, que pocas horas despues puse por escrito, con la decidida intencion de publi-

carlo, porque la circunstancia me fué tan favorable para dar á mi hijito una leccion clara y fácil sobre cosas oscuras y difíciles á su edad, que creí que la sujestion de un método semejante podria ser útil á muchos padres, más aún á sus hijos y más todavía á nuestra tierra.

— Vamos, amigo, dejémosnos de *calineries*. (Hablábamos en Paris y mi hijito conocia ya el francés, aunque desesperado por no poder traducir la palabra *guarango*, que era de su marcada predileccion y que aplicaba á veces con notoria injusticia.) Vamos, amigo, hablemos claro : ¿quiere ser médico?

— No, papa.

— ¿Abogado?

— Tampoco.

— ¿Ingeniero?

— No sé lo que es.

— Ingenieros son los hombres que saben construir las casas que habitamos, los puentes que hay sobre los rios, los ferrocarriles, los buques, que saben medir la tierra en el campo, construir fortalezas para la guerra, etc.

— ¡Ah! No, no quiero ser eso.

— Entonces, ¿quiéres ser confitero?

— ¡Papá!

Ese *papá!* fué dicho con una espresion de reproche, con una conciencia tal de la inferioridad social del estado que le proponia, que me hizo una vez mas verificar el progreso de nuestros hijos sobre nosotros. Tengo la seguridad absoluta de que si mi padre me preguntó, cuando yo tenia siete años, si queria ser confitero, acepté de lleno la carrera.

La educacion actual de los niños en los hogares de cierta categoria social, imponiéndoles el silencio, aumenta las ocasiones de oir. Así, de pronto tenemos sorpresas profundas, porque vemos tomar forma en sus labios á ideas y nociones de cuya elaboracion no nos hemos dado cuenta.

— ¡Ah! ya sé. ¿Te gustaria ser militar?

— Yo, de loco!

Esto fué dicho con una decision tal que me llamó la atencion.

— ¿Y porqué, amigo?

— ¿Para que me peguen un balazo? Abuelita me dice siempre : « *Tuto* las balas, mi hijito! »

En efecto, no solo la abuela, ó mejor dicho las abuelas, sinó su pobre madre en otro tiempo, sus tias, todas las mugeres de la familia, me lo habian educado en el santo horror de las balas. Es ese un fenómeno frecuente en nuestro pais, porque el carácter de las guerras que hemos tenido, casi todas civiles y aún la del Paraguay, desenvuelta á lo léjos, no ha dado ocasion para formar mugeres espartanas. Esos sentimientos de furor que acallan en el alma femenina todas las dulces inspiraciones de la naturaleza, solo nacen cuando el hogar peligra, junto con el honor de la hija y el reposo del anciano inmovilizado por los años. Nuestras mugeres han continuado siendo madres, esposas y hermanas y continuarán siéndolo, hasta el dia, que Dios aleje, en que el estrangero invada la tierra á sangre y fuego. Ademas, ¿cual de ellas no ha tenido en nuestras infinitas calaveradas politicas, un hijo ó un hermano en campaña, espuestos á morir por causas fútiles que al año siguiente se

habrian olvidado en un banquete de reconciliacion, sin dejar mas rastros, como la Verde, que una humilde inscripcion, perdida allá en la Pampa, en la que se lee : « Aquí yacen vencedores y vencidos » ? — Me esplico, pues, ese teson persistente con que nuestras mugeres procuran inocular en el cerebro de sus niños queridos, un horror profundo por las armas y las batallas. Me lo esplico, pero no lo apruebo. La muger, en general (no hagamos romance), tiene una nocion vaga del *honor* masculino. Si la mayor parte no dan cuenta á la policía cuando saben que uno de los suyos está á punto de batirse en duelo, creed que no es porque tengan la conciencia de que el *honor* se los impide, sinó porque saben que un paso semejante les sería difícilmente perdonado. No se comprenden las obligaciones morales que no se comparten. La muger es pusilánime por naturaleza y como ese estado moral no importa para ellas, ni para nosotros, ningun desmérito, solo por convencion y en la superficie, se plegan y aceptan las teorias de *honor*, que son para el hombre el eje profundo de la vida...

En todo caso, quise tomar mi revancha y tenté una esperiencia, pronto á detenerme, si veia que iba mas allá de los límites de una inteligencia tan tierna aún.

— Lo que Vd. dice, amigo, solo lo dicen los cobardes...

Ví las primeras líneas tortuosas de un *puchero* dibujarse en su carita...

— Y Vd. no lo és.

El sol brilló de nuevo.

— Por consiguiente, vamos á cuentas. ¿ Quién manda aquí en casa?

— *Vos*, papá.

— ¿Sabes porqué? Porque soy hombre, tengo esperiencia, es decir, sé como debe uno hacer para vivir bien y además porque tengo fuerza y valor para defender á las mugeres de casa si las atacan. ¿No lo crées?

— Sí papá, pero yo tambien.

— Estoy seguro, y es por eso que vamos á hablar claro. ¿Tu crees por consiguiente, que yo sé mas de esas cosas que abuelita?

— Si, papá.

— Bueno; ahora díme : ¿qué es un militar?

— Son los hombres que pelean.

— Perfectamente; pero ¿porqué pelean?

— Porque los mandan.

— Si; tú vas á la escuela porque yo te mando. Pero ¿para qué vas á la escuela?

— Para aprender y saber cuando sea grande.

— Y los militares, ¿para qué pelean?

No me contestó.

— Pelean, mi hijito, para defender la patria. ¿Sabes lo que es la patria?

— Buenos Aires.

— La patria es toda la tierra ésta que habitamos, de la que Buenos Aires es un pedazo, como este cuarto es un pedazo de la casa en que estamos. ¿Como se llama esa tierra?

— República Argentina. Hay catorce provincias que se llaman...

Quiso lanzarse á mostrarme sus nociones de geografía que, gracias á los escelentes métodos modernos, son mayores de las que yo tenia á los quince años. Lo detuve.

— Muy bien. ¿Pero sabes lo que significa la palabra patria? Es como si dijéramos padre de todos.

— Ese es Dios, papá.

— Dios es el padre de todos los hombres y la pátria solo de aquellos que en ella han nacido. Cuando tu dices « soy argentino » significa que has nacido en la República Argentina. Ahora, ¿por qué debemos amar á la patria, pelear por ella, como los militares, morir defendiéndola, si es necesario?

Silencio, pero los ojitos muy abiertos.

— ¿Qué harias tú si yendo por la calle un muchacho le pegára á tu hermanita?

— Yo le pegaba, papá.

— Bien hecho, con todo lo que tuvieras á mano, hasta morderlo. Y si ese muchacho fuera muy malo y te tirára un tiro, ¿abandonarias á tu hermanita?

— No, papá!

— Y si fuera yo á quien muchos hombres pegaran y tu fueras grande, ¿no me defenderias?

— Sí, papá!

Ese *si*, vibrante de cariño, es una luz que inunda el alma.

— Bueno; mucho mas que por mí, mas que por tu hermano, mas que por tu madre, si hubiera vivido, debes hacer por tu patria, el dia que los hombres de otro país quieran insultarla. Oyeme bien :

« La pátria es la tierra en que has nacido, donde han nacido tus padres y que nos dá todo lo que necesitamos para vivir y ser felices. Es como una madre cariñosa que ha criado á sus hijos hasta que fueron grandes y que luego espera que la quirean y la defiendan. Todos los hombres, á menos de ser

unos malvados, están obligados á pelear por ella.

— ¿Tú has peleado, papa? (No olvidaré esa pregunta.)

— No, mi hijito, porque la única vez desde que yo vivo, que los hombres de otro país han insultado á mi pátria, yo era muy chico aún para ser soldado. Pero hoy que soy hombre, si hubiera una guerra, no solo tendria la obligacion de ir á pelear, sinó que iria contento y si llegára á morir en una batalla, moriria contento tambien.

— ¿Porqué, papá? A mí no me gusta morir.

— Pero morir así, mi hijito, sería una gran suerte para mí, porque habria sido útil á mi patria. ¿Sabes lo que sucederia entónces? Si cuando yo muriera, tu quedaras sin plata para vivir, la pátria me reemplazaria y pagaria lo necesario para que tú te educaras. Ademas, verias que todos los argentinos te tendrian mucho cariño y tu nombre, que es el mismo mio, seria muy respetado y querido.

— Entónces, papá, ¿todos los hombres deben pelear por su pátria?

— Todos, mi hijito. Los jóvenes, que son fuertes, van al campo, léjos, á buscar al enemigo. Los viejos quedan en las ciudades para defender á las familias en caso necesario.

— ¡Pero no todos los hombres son militares!

— No; los militares son los que han estudiado la manera de pelear con mas ventaja para la pátria, como los médicos son los que han estudiado para curar. Pero como los militares son pocos aunque saben mucho, no podrian pelear solos. Así, cuando

hay guerra, todos somos soldados y los militares nos mandan y nos dicen lo que debemos hacer.

— ¿Y los militares son ricos, papá?

— No, mi hijito, son muy pobres, porque aunque la patria los quiere mucho, no tiene bastante plata para darles en abundancia. Pero tienen una cosa que vale mas que la plata : la gloria.

— La gloria ¿qué és, papá?

— ¿Te acuerdas que hace dos ó tres meses viniste muy contento de la escuela porque habias sacado un premio en un exámen?

— Sí, papá.

— ¿No venias contento porque sabias que yo te iba á abrazar, y abuelita, y tus tias y todos? ¿No estabas orgulloso?

— Sí

— Bueno ; esa es la gloria para los niños. Para los militares es cuando han peleado con mucho valor y que han defendido bien la pátria.

— ¿*Vos querés* mucho á la pátria, papá?

— Con toda mi alma, mi hijito.

— ¿Entónces *querés* que sea militar?

— De eso hablaremos cuando seas grande; lo que quiero ahora y siempre, es que tú quieras tambien la pátria y que desde chico pienses que algun dia, si hay guerra, la servirás peleando contra sus enemigos, sin que te asusten las balas.

— Bueno, papá.

¿Hay algun hombre que no crea saludable tener de tiempo en tiempo una conversacion semejante con los niños, midiendo el desenvolvimiento del tema segun las edades y el vigor intelectual?

1884.

PÁGINAS DE VIAGE

EN LA MONTAÑA

Acabo de cruzar los Andes, y bajo la fatiga de ese rudo viaje luchan ya por sobreponerse al recuerdo de tanto sufrimiento físico, las soberbias impresiones grabadas para siempre en el alma. El aspecto de las montañas despierta sentimientos altos; no hay piedra de toque más infalible para medir el corazon humano, que la naturaleza misma. Es necesario vivir muy léjos del mundo íntelectual, para no sentir las cosas grandes de la tierra, y es necesario tambien llevar el alma muy abatida, para que no se levante y retemple ante la majestad de los cuadros que acabo de recorrer.

Todo es primitivo en este mundo de piedra; hay algo como el sello de la primera hora, cuando la naturaleza se creaba á sobresaltos, con estallidos, con estruendos, las montañas rajando frenéticas la corteza para levantar su frente hácia el sol, los mares cayendo bulliciosos en sus lechos, los metales petrificándose en las entrañas del globo y el suelo, fecundado por extraordinario calor, dando paso y vida á la vegetacion gigante de las primeras épocas.

Cinco dias de marcha lenta, pausada y monótona entre colosos de granito, al borde de precipicios estupendos, siguiendo el rio cariñoso que os guia, como el hilo de la vírgen griega, hasta salir de aquel labe-

rinto de piedra; cinco dias tan profundamente segregados de la vida ordinaria, que durante ellos no ois el eco de las luchas humanas, sangrientas y famélicas de un lado de la montaña, vulgares é insípidas del otro; cinco dias, en una palabra, de pensamiento íntimo y solitario, de reflexiones, de recuerdos, no todos dulces, no todos maldecidos!...

Los Andes, especialmente la parte argentina, se diferencian completamente de los Alpes, cuya bellísima vegetacion, cuyos valles encantados suavizan el panorama siempre rígido y violento de la montaña. El camino mismo que en Suiza revela la paciente mano del hombre, en los Andes no merece tal nombre; sendas estrechísimas cubiertas de enormes guijarros desprendidos á cada momento de las laderas colosales; cauces de rios cuyos lechos secos sólo esperan el deshielo para soportar el peso de torrentes atronadores; piedras ciclópeas arrojadas por la naturaleza misma entre ambas orillas, con una audacia insuperable, hé ahí lo que se llama camino en la montaña.

¿Cómo comparar esa ruta salvaje con las cómodas vías de la Saboya? Allí es necesario recordar que se viaja á seis ú ocho mil piés de elevacion sobre el mar para dar al espíritu la curiosa fruicion del peligro; en los Andes se presenta éste leal y abiertamente á cada paso, á cada instante, y si algun esfuerzo moral hay que hacer, es para levantar el alma de la atraccion del abismo y hacerla digna de mirar impasible esas bellezas imponentes.

Se duerme generalmente bajo el cielo, de una trasparencia imponderable, porque ¡ay de aquel que se aventura en el estrecho cuarto de la posada! Esa

noches, durante las cuales el eterno vendabal de la cordillera se ha adormecido en las cumbres, traían á mi memoria las impresiones de Chateaubriand á los veinte años, en el seno de las selvas americanas; tiene razon el viejo colorista, todas esas cosas se sienten: los recuerdos de la pátria, que parece á mil leguas, los sueños del porvenir, la reminiscencia de las pocas horas felices, siempre tan caramente compradas.

No hay un árbol, no hay una yerba de hoja suave que modifique con la dulzura de su aspecto la severidad altanera del paisaje; el pequeño arbusto, raquítico, pero bravío, muestra con altivez que se nutre frugalmente de la exigua sávia de la roca. Todo parece muerto, todo estaria muerto á los ojos del viajero, si los hilos de agua no corrieran en todas direcciones como imperceptibles fibrillas de ese cuerpo aletargado. Pero la noche, con la suavidad misteriosa de las estrellas, envuelve hasta los peñascos en su ropaje de calma. El arriero duerme tranquilo á vuestros piés como un perro fiel; lo habeis conocido ayer, no habeis tocado su mano y á cada momento su nombre se os escapa de la memoria; no ignorais que ese hombre sabe que llevais con vosotros lo necesario para satisfacer sus modestos sueños de fortuna; la montaña es más discreta que el oceano, porque el abismo no devuelve nada á la tierra... todo lo sabeis y dormis tranquilo, indiferente á esas bajezas de la humana naturaleza. Ese hombre que duerme á vuestro lado se ha criado en la montaña, la ha atravesado mil veces, hasta en los momentos en que la nieve la cubre con su manto purísimo para que las nubes inmaculadas no manchen su ropaje al posarse en las cumbres

Inconscientemente la naturaleza vive en él, lo absorbe, lo domina y estirpa hasta la raíz de todo sentimiento bajo y miserable.

Dormid tranquilo, pues : ese hombre es un amigo.

De pronto se oye á lo léjos, saliendo de entre una pequeña hondonada, el ruido de un cencerro; los animales han reposado y es necesario ponerse en marcha, para aprovechar las horas de la mañana. Os sentais en el lecho tosco y mirais al cielo : la noche reina todavía, pero las estrellas han perdido algo de su intensidad brillante. Las montañas os rodean por todas partes, inmensas, altísimas; pero adivinais, presentís más bien, que tras esas murallas enormes, allá en el horizonte invisible, la luz empieza á juguetear en las caprichosas ondulaciones del alba.

Arriba, pues, y en marcha, que aun quedan tres horas deliciosas.

¡ Oh, la bestia miserable ! El cerro Dorado fulgura á las primeras caricias del sol; aun os envuelve la noche en el hondo camino que vais recorriendo y ya todos los picos se han iluminado. ¡ Qué cuadro espléndido, qué majestad ! Y el cuerpo fatigado, rendido, os llama á la realidad y os afirma que ese paso monótono de la mula lo destroza y lo rinde.

La imaginacion pugna, ¿ qué le importan á esa loca las preocupaciones materiales de la vida ? ¿No es ella la dulce y poética criatura que pasa la existencia entre sedas y encajes, sentada en su piano, hundida en su romance ó tejiendo los aéreos castillos del porvenir, miéntras el viejo padre trabaja sin descanso y abrevia su vida en la tarea? El cuerpo pide reposo, no puede más... ¡ Bah ! el aspecto de ese rio caudaloso, reci-

biendo un tributo á cada paso, saltando sobre un peñasco paciente que soporta hace siglos esa burla sin término; la senda misma que se recorre, tan empinada que la mula asienta su férreo casco, tantea el camino y se afirma ántes de levantar la otra mano, todo eso ¿ no vale, ¡ oh bestia miserable ! un poco de mortificacion ?

Pero el sol ha salvado ya las cumbres nevadas y empieza á heriros con sus rayos perpendiculares; un viento helado comienza á correr, os penetra por todas partes y os corta la cara. Todos los encantos se disipan, la montaña no está ya engalanada con la luz, sino que reverbera insoportable bajo el sol. La senda, sin perder su peligro, pierde su poesía; se levanta una arena pedregosa que os envuelve, se entra en los ojos y os mortifica. Es medio dia y la brisa se ha convertido en vendabal, el polvo en una nube insoportable que no permite respirar. La mula avanza laboriosamente, luchando contra la altura y como comprendiendo que á cada instante puede el huracan arrancarla del camino con su ginete y hundirla en el abismo... La sinfonía infernal va en aumento, pero el descenso está próximo y á lo léjos se divisa un valle en cuyo seno se encontrará la calma. Se llega al valle y la esperanza del reposo, como todas en la vida, se disipa amargamente. Ya no es el escaso polvo de las cumbres, sino una nube opaca é intensa la que os envuelve; no veis ni sentis al arriero, que avanza, sinembargo, con la indiferencia del hábito, tras las mulas de carga. Una sed inextinguible os abrasa la garganta, sin que os ocurra descender. El calor aumenta, el viento os azota...

Ahora comprendo aquella inercia del viajero fustigado por la nieve, que lo hace dejarse caer al suelo, tenderse sobre las blancas capas como en un lecho de plumas, adormecerse en la inconsciencia de la fiebre y esperar la muerte como un libertador celeste. Es que la muerte en esos momentos no tiene otro carácter que la cesacion de un mal y seria tan absurdo querer hacer pesar responsabilidad moral sobre aquel que así muere, como sobre el niño que, rendido de fatiga, se adormece al lado de un pozo profundo. Pero... ¡valor! Sirva de aliento y sosten este propósito puro que me guia como una estrella; que el cansancio del cuerpo miserable ceda á la voluntad soberana, único destello vigoroso que se yergue dentro de nosotros en los momentos difíciles de la cruzada...

Se llega al fin á la posada y sobre el tosco lecho de campaña se reposa casi en el letargo; he hecho una tentativa de guarecerme bajo techo del vendabal furioso que aún silba. ¡No turbeis jamas la paz octaviana en que, libre de pesares y ligeros de estómago, viven y se multiplican los domésticos insectos andinos! Fuera, pues; el viento calmará dentro de poco y el alba no está léjos.

Al dia siguiente, despues de un frugal almuerzo en un valle encajonado y estéril donde nos fué imposible encontrar la rama seca de un arbusto para hacer fuego, teniendo el arriero que acudir á cierto carbon animal que por lo ménos calienta el agua, emprendimos trepar la cordillera. La hora no era muy bien elegida, porque el mediodia habia pasado y el viento debia rugir en la cumbre. ¡Arriba, sinembargo! Brava mulita, ¡qué ciencia profunda la de la ascension! Ella

sabe, sobre muchos hombres, que yendo despacio se llega pronto; ella sabe que un paso en falso ha costado la vida á muchos de sus congéneres cuyos huesos blanquean la montaña á ambos lados de la senda, y cuyo elocuente aspecto os hace oprimir instintivamente las rodillas y abrir cada ojo tamaño, sin cuidaros de ese viento furioso que grieta el cútis cruelmente.

¡ Pero es imposible llegar allí!

El arriero sonrie y sigue cantando su cantinela incomprensible; ya estamos en la cumbre de un paramillo que sirve de contra-fuerte á la cadena principal. La mula se detiene cada cinco minutos, aspira fuertemente el aire, reposa, y sin necesidad de invitacion, prosigue su marcha, lenta pero firme.

— Patron, ¿ ve aquel cerro puntiagudo al lado de aquel limpion grande?

El patron no ve nada absolutamente; los abrigos, la ruana, las botas, la careta de paño que cae sobre la nariz, que es el pato de boda en todas estas fiestas, lo tienen enterrado en un mar de lana, en cuyo seno no se agita nada que estimule el comercio intelectual.

El arriero se da por contestado y prosigue :

— Allí se mató un hombre el invierno pasado : quiso pasar con cordillera cerrada, se heló en el Mermejo (Bermejo se llamará, sin duda) y ántes de que la nieve lo tapara, le pegó un tiro á la mula y se acomodó otro en seguida : al deshielo los encontramos juntos : todavía tenia las riendas en la mano.

¡ Cómo edifica ese dato de exquisita pertinencia bajo un frio irritante, en una postura imposible sobre la mula y á una altura desde la que los grandes rios

del valle aparecen como imperceptibles hebras de luz!

Por fin, hénos en la cumbre.

El huracan es furioso, la mula va más lentamente aún, marchamos sobre nieve endurecida, á ambos lados se levantan esos inimitables bosques nevados, cuyos penachos blancos, inmaculados, afectan todas las caprichosas formas de las copas corpulentas de las selvas.

¡ Qué nitidez y qué curiosa asociacion de ideas la que me trae el recuerdo deslumbrador de un busto de muger, bajo cuya piel trasparente corre una sangre ardiente y generosa á fecundar un cerebro que chispea y un corazon que se estremece en la intensidad de sus cariños!

¡ Hénos en la cumbre!

Un condor nos mira con desprecio desde su hogar soberano, allá en alturas que dan vértigo; los valles se estienden á todos lados en la diminuta perspectiva de un lienzo; las montañas, como los astros en la noche pasada, relampaguean bajo mil colores diferentes. Fuera el abrigo, arriba esa careta estúpida y venga á mis ojos toda la fuerza de mi alma, todo el vigor de mi espíritu, para que absorban y graben en su retina este cuadro portentoso...

Hay cansancio moral al descender; todas las ideas colosales que han cruzado el cerebro dejan en la inteligencia la agitada estela del barco enorme que atraviesa el lago poco há tranquilo; á más... en la cumbre habeis dejado el suelo de la pátria y en este momento descendeis á tierra extraña. ¡ Estamos en Chile!

Que un ejército con todos sus elementos de guerra, cañones, carros, caballos, municiones, etc., haya atravesado esas montañas, parece tan imposible, que los sentidos, para quienes la historia tiene una dudosa autoridad, luchan con la razon, que, muy sentada en su cátedra, pretende esplicar á esos torpes toda la campaña de Chacabuco y Maipú. Para las grandes causas ¿ no habrá nada imposible?

El descenso es terrible : se han empleado, desde Mendoza á la cumbre, tres dias y medio en subir; se baja en cuatro horas hasta el Juncal. Cuatro horas incómodas como no es decible. La cuesta que se desciende es casi á pico y, por consiguiente, la postura sobre la mula casi imposible.

Por fin, rendido, cubierto de polvo, me detuve en el Juncal con el propósito de dejar reposar dos horas los animales, marchar toda la noche y llegar á la madrugada siguiente á Los Andes, donde debia tomar el ferrocarril á Santiago.

La bestia se rebeló abiertamente y tuve que ceder, haciendo noche allí.

Al dia siguiente costeamos durante ocho horas, el rio de Aconcagua; fecunda el valle del mismo nombre. La cordillera empieza á engalanarse allí con pródiga vegetacion; los árboles se presentan en abundancia y las laderas de los cerros están cubiertas de trigales bellísimos. La naturaleza es más suave, más habitable y el rudo trabajo humano ha sabido aprovechar hasta el último palmo de tierra.

Por fin llegamos á Los Andes, donde pernoctamos, tomando al dia siguiente el tren; á medio dia estaba en Santiago, despues de haber recorrido una línea

férrea de que con razon están orgullosos los chilenos, porque es una obra séria que ha de haber costado sacrificios inmensos.

El tren vuela buscando los valles, las soluciones naturales de la montaña, las aberturas, todo accidente del terreno que le abra camino; pero á veces la roca inflexible se presenta con la negra boca de un túnel que atraviesa sus entrañas.

La campaña es accidentada, variada y los cuadros son bellísimos, destacándose sobre el eterno y pintoresco fondo de la montaña.

La primera parte del viaje está concluida: héme en Santiago, donde debia recibir una acogida tan cordial y una tan generosa hospitalidad.

1879.

VALPARAISO

.....De pronto, el tren, siguiendo las sinuosidades de su via caprichosa, rodea casi un peñasco, atraviesa un pequeño túnel y la mirada del viajero se ilumina con la perspectiva infinita y luminosa del Océano. Estamos sobre el Pacífico, las olas vienen á quebrarse contra los peñascos que sostienen el terraplen, coronándose de la blanca y bulliciosa espuma con que la imagicion griega formó el mórbido cuerpo de Vénus. El pulmon aspira con delicia las emanaciones marínas, se ensancha y vivifica en aquella atmósfera ámplia y vigorosa que lo indemniza del enrarecido aire de las cumbres. Para vivir en la montaña es necesario haber nacido en ella; el que ha abierto sus ojos delante de los mares ó en medio de las pampas tendidas, vive sofocado en los valles; recien he comprendido la nostalgia de los viejos marinos, enclavados en tierra por los años.

Pronto se llega á Valparaiso, costeando siempre la playa. La ciudad se estiende un momento desde la orilla del mar á la base de los cerros, y luego los

trepa rudamente é implanta sus reales sobre las toscas piedras. Es un aspecto especial; se necesita cierto esfuerzo para que los sentidos se habitúen á consentir que entre aquellos montes áridos y desnudos pueda vivir y desenvolverse una colectividad humana. Mas tarde, cuando se ha hecho relacion en el carácter íntimo de la ciudad, todo se esplica. Valparaiso es una Génova sin historia, sin palacios y sín su espléndida bahia. Faltan esos elementos que hablan á la memoria, encantan la mirada y ennoblecen el alma en el espectáculo jamas fatigante de la naturaleza; pero hay el mismo movimiento de colmena, el mismo áspero aguijon de la ganancia, moviendo á los hombres con mas vigor que el mas noble de los ideales humanos. Todo el mundo marcha, se ajita; frentes sudorosas, caras demacradas por la preocupacion. ¿Veís aquel hombre que se pasea en el puerto de una manera febril? Mirad bien su frente; entre los dos ojos se ha cavado un hogar la honda arruga que solo se disipará el dia que la « Jóven Juanita » ó el bergantin « Relámpago, » cargados de mercaderias y con cincuenta dias de viage desde Liverpool ó Barcelona, asome en el puerto.

Los tramways son museos psicológicos; la mitad de los pasageros ingleses, la otra mitad chilenos. Pero todos de la misma familia del mercader de Venecia, tal vez sin el alma endurecida, como la de Shylock, porque la persecusion y el desprecio no la ha agriado.

Dos calles por junto: he ahí Valparaiso. Una nueva, que contiene ya algunos edificios de primer órden, está en via de formacion. Ha sido *conquistada* sobre

el mar, como la espléndida Alameda de Santiago se *conquistó* sobre el Mapocho. Pero el Mapocho se resignó tranquilamente con su suerte y declaró que en tanto se le diera una exigüa faja de tierra donde cavar un lecho para su insignificante hilo de agua, pudiendo conservar así sus prerogativas de rio, no haria reclamo alguno. ¿Será el mar de un temperamento tan conciliador? Lo dudo; le he oido rujir algunas tardes en Valparaiso, haciendo coro al insoportable y perenne vendabal que viene silvando de las quebradas, y he comprendido qne el dia menos pensado, al primer movimiento de tierra, la ola formidable se lanza sobre sus pasados dominios y el edificio de la vanidad humana desaparece entre las algas y detritus de la costa.

No por eso es menos grande la voluntad humana buscando campo para su actividad en todos los rumbos y á través de todos los obstáculos, horadando los montes de granito ó avanzando, como el gefe árabe, sobre las movibles olas de la mar.

Poca vida social; la exitacion natural al estado de guerra, la preocupacion del cambio, el cálculo en peniques del resultado de cada combate. Un aspecto de sociabilidad profundamente diverso al de Santiago. Aquí cada puerta de calle corresponde á un escritorio de comercio; los Bancos pululan, las oficinas de seguro, las agencias de cambio, de vapores, de compañías de estraccion y beneficio de metales, carbon de piedra, cajas de préstamos agricolas, el comercio en todas sus manifestaciones y modos. Tambien tenemos lo mismo en Buenos Aires, vive Dios! y en escala algo mayor! Pero tan luego como han so-

nado las cuatro de la tarde, el aspecto de la ciudad varia por completo. Lombard Street de dia, nuestras calles se convierten en bulevares por la noche. Todo el mundo ha cerrado su escritorio, las preocupaciones del comercio se han adormecido para renacer vigorosas al dia siguiente y el espíritu reclama tambien sus horas. La calle Florida se inunda, envuelta en su atmósfera luminosa; cinco teatros abren sus puertas, el pueblo los invade y se entrega á la inconciente y esquisita educacion del arte.

En Valparaiso he recordado aquellas ciudades del Norte en Inglaterra, como Glasgow, con mas de medio millon de habitantes, tristes, silenciosas por la tarde como si se encontráran abandonadas. Aquí todo el mundo parece llegar á su casa rendido ó sin mas fuerza que la necesaria para asentar partidas en el libro mayor, despojando al *diario* de sus anotaciones de la jornada.

Los Santiaguinos esplican ese carácter peculiar de Valparaiso, diciendo con aquel aire de aristocrática superioridad, tan propia del chileno nacido en la calle de los Huérfanos, que Valparaiso no es mas que el barrio mercantil de Santiago.

Seria inepto criticar ese movimiente comercial; pero desde luego está despojado del elemento que hace simpática la actividad humana, la produccion. No hay la fecunda accion de la industria, la usina colosal, la fábrica, la manufactura. Es simplemente un emporio de cambio, uu *waring house* donde se cotizan todos los valores del Pacífico. Allì el minero de Copiapó y Caracoles manda sus pastas, allí sus barras los fundidores del Lota, y allí tambien sus granos y

cereales los agricultores del Aconcagua ó del Maule. Sobre el rudo trabajo del que busca paciente la veta cobriza y gasta su vida luchando contra ella, sobre el áspero labor del que tritura y funde la piedra en los hornos ciclópeos del Lota, sobre la vida paciente del labrador que rastrea un palmo de tierra en la ladera para dejar allí una semilla, sobre todo ese esfuerzo, vive el negociante de Valparaiso, simple cambista, útil, indispensable en el mecanismo social, pero no dotado del noble privilejio de inspirar siempre simpatía.

Feliz aquel que, como el que éstas líneas traza, encuentra, bajo la bandera de su patria, que solo á la distancia se comprende cuan exacto es llamarla un pedazo de cielo, un hogar culto, cariñoso, distinguido, adonde no penetra la atmósfera del mercantilismo y donde se vive la vida del sentimiento y de la inteligencia. Sin ese recurso, la influencia de aquel centro penetraria en nuestra naturaleza, infiltrándose lentamente, y se veria con horror el momento de pensar en hacer negocio con las letras de cambio que se llevan para el viaje, ó de acelerar la marcha, con aire preocupado, cuando un mendigo os tiende la mano.

He presenciado la llegada de la *Pilcomayo* despues de su captura, y de los prisoneros de la *Esmeralda* encontrados en Iquique. Hoy que conozco los acorazados chilenos, la sola idea de figurarme un combate entre alguno de ellos y aquel pequeño barco, me recuerda los aterrorizantes aventuras de Pulgarcito con el jigante de las botas de siete leguas.

¿Hizo bien el comandante Ferreyros de abandonar su buque, ántes de tener seguridad de que seria presa

de las llamas ó de que se hundiria? En Chile su conducta es vilipendiada como la de los tripulantes del *Rimac*, y la « Opinion Nacional » de Lima la ha exaltado casi hasta ponerla á la altura de la de Grau. Sin caer en ninguno de los dos estremos, me abstendré de formular un juicío, por dos razones capitales: la primera, que tengo horror á los mariscales de mar y tierra y torpe seria en imitarlos, y la segunda, que no conozco lo suficiente el oficio de marino para saber cuales obligaciones pesan sobre él en casos como aquel en que se encontró la *Pilcomayo*.

Es para mi cuestion delicada hablar de la recepcion de los marineros de la *Esmeralda*, sobre vivientes del combate de Iquique. En primer lugar, no he podido hasta ahora formar una opinion definitiva sobre ese hecho de armas que obliga á los chilenos, para encontrarle semejante, salvar de un salto cuatro mil años é ir á buscar la sombra de Leonidas, en la quebrada de las Termópilas, miéntras los peruanos narran simplemente la accion, como si se tratára de describir la manera como un hércules dió en tierra con un niño que lo incomodaba, levantándolo en seguida en sus brazos para curarlo. Quiero suponer exacta la primera version, quiero que Prat no haya sido arrojado por el contra-golpe del choque sobre la cubierta del *Huascar*, vagando allí hasta que un marinero brutal le diera muerte, sin pensar que ese hombre no podia ya dañar.

Convenido, Prat (y me inclino á creerlo) ha saltado al abordage con toda bizarria y ha muerto noblemente, su tripulacion ha luchado desesperadamente hasta el último momento, todo lo que se quiera.

Pero esta recepcion que contemplo, todo un pueblo trás un carro conteniendo esos marineros sencillos que se encuentran incómodos ante semejante ovacion, el carácter oficial de ésta, pues el Intendente de Valparaiso marcha á la cabeza, no es algo poco comun entre los pueblos modernos? No es, en una palabra, la apoteosís del *roto?*

No es la primera vez en la historia militar del mundo, que la tripulacion de un buque, salta al abordaje de otro mayor, es vencida y muere. No es por cierto una novedad que un puñado de hombres se bata con denuedo, cuando en guerra nacional, sobre todo, lucha por la patria en cuestion de vida ó muerte. Han cumplido su deber: es eso tan bello, que no hay ocasion ni aparato popular, ni triunfo romano que equipare esa sensacion profunda y soberana que dá la conciencia del deber cumpido.

Recuerdan, mis amigos, aquellos combates mitólogicos de Brown, Rosales, Buchardo, etc.? ¿Recuerdan las heroicidades de Necochea, Lavalle, Suarez, Olavarria y tantros otros en la guerra de la Independencia? Jamás tuvieron las ovaciones que éste pueblo acaba de tributar á veinte marineros que se han batido bien. ¿No parece que la falta feliz de práctica en cuestiones de guerra, ha ofuscado un tanto la cabeza de estos mis amigos los chilenos, hasta el punto de olvidar que la mania en que han caido de denigrar constantemente á sus jefes militares para enaltecer al héroe anónimo, al soldado, al roto, entraña un peligro sério para el porvenir, el dia desgraciadamente no lejano tal vez, en que la *plebe* considere mucho mas cómodo ocupar la morada de los pa-

tricios, que retirarse resentida al monte Aventino?

. . . . . .

Contrariamente de lo que pensaba en Santiago, me parece que para uno de nosostros seria muy dura la vida de Valparaiso. Nos faltan aquí ciertos elementos indispensables, que estamos habituados en Buenos Aires á utilizarlos en nuestro bienestar. Falta el espíritu de sociabilidad, las influencias morales del arte, el libro, la ciencia, la discusion, la prensa en su aspecto literario, la proximidad de la Europa, cuyas palpitaciones sentimos casi simultáneamente con ella. En Santiago, como lo haré ver cuando escriba mi corta permanencia en ese centro de hospitalaria cultura, si bien faltan algunos de esos elementos, se encuentran casi todos ellos. Allí hay hombres superiores, mugeres distinguidísimas, costumbres... diré la palabra, aristocráticas, que pueden chocar al demagogo melenudo que vive agitado por el eterno sueño igualitario, pero que confieso son muy de mi agrado, cuando, sin caer en el ridículo, se limitan á acentuar las demarcaciones que establece la única gerarquia posible, la educacion.

Eso, en cuanto á la vida moral. En lo que á la física se refiere, esto es, á la vegetacion de esta planta que se llama hombre, bastan estos datos que he oido con asombro de boca de un caballero chileno que me los comunicaba entristecido: han muerto en Valparaiso, durante el mes de Octubre de 1879, mil quinientas personas y otras tantas en el mes de Noviembre, sin epidemia de ningun género, siendo la mortalidad ordinaria de 1,000 á 1,200 por mes. Ahora bien, su poblacion solo asciende á 110,000 almas,

de manera que mensualmente desaparece el 1 0/0 de sus habitantes.

Buenos Airas no puede seguramente presentarse ante el mundo como un modelo de higiene ; falta aun aquella accion administrativa, constante y tutelar, que vela sobre la vida humana con tanto acierto como actividad. Y bien, Buenos Aires, con una poblacion de mas de 300,000 habitantes, solo presenta en sus cuadros de defunciones un promedio de 500 mensualmente.

¿De que proviene esta enorme proporcion en Chile, porque en Santiago, no es por cierto mucho menor? ¿Es acaso de las condiciones climatéricas? Por el contrario, el clima de Santiago, seco y vigoroso, es un medio perfectamente inadecuado para el desenvolvimiento de las afecciones pulmonares ó bronquiales que entre nosotros son tan activos agentes de destruccion.

Valparaiso tiene un temperamento mas húmedo, pero reina allí la saludable influencia del mar, las brisas salinas, que traen á la atmósfera su cantidad de vapor de agua, sin los inconvenientes que arrastra consigo aquel que se desprende de la tierra en los climas tropicales, producido por la estagnacion de las aguas ó el fermento de las detritus vegetales.

No, no hay que buscar en la naturaleza las causas fatales, si no en la indolencia del hombre. Un jóven médico á quien hablaba de ese triste fenómeno me lo esplicaba simplamente con este dato: « Un 75 0/0, de la mortalidad en Chile, es de niños. Tenemos la plaga del infanticidio por indolencia. » En efecto ; es necesario conocer el modo de vivir del bajo pueblo

chileno, de lo que aquí se llama *el roto*, clase que compone los dos tercios de la poblacion ó mas, porque aquí es desconocido casi el estrangero proletario, para comprender que solo la bondad natural del clima ha impedido la desaparicion de este pueblo. En una especie de ramada, ó *quincha* como aquí se le llama, vive no solo la familia entera, compuesta generalmente de padre, madre, cuatro ó cinco hijos y algun allegado, sino tambien todos los animales q' poseen é que se les dá para el trabajo — La *quincha* no es mas que una sola pieza; el roto gana un jornal miserable cuando encuentra trabajo, lo que no es frecuente y el agua escasea, ó no se presenta cómodamente á la mano. El niño se enferma, contajia á sus hermanos, los padres no tienen los medios de atenderlos y en pocos dias... No hay nada que entristezca mas que la muerte de un niño y pocos momentos recuerdo con mas amargura que aquellos en que dulces y queridas criaturas han inclinado tristemente sus cabecitas casi en mis brazos para morir. ¡ O..! desde el fondo de mi alma bendigo esas nobles señoras de Buenos Aires que trabajan sin reposo por organizar la caridad social, levantan un hospital de niños, fundan esa casa maternal de la que hablo con orgullo en el estrangero y velan como madres sobre la suerte de los niños desamparados!...

No quiero pasar en silencio una buena institucion chilena, que en Valparaiso ha alcanzado su perfeccion. — Me refiero á las Compañías de Bomberos, compuestas casi en su totalidad de jóvenes decentes, que han tomado su compromiso como una obligacion de honor y que cumplen abnegadamente con los pe-

nosos deberes que han aceptado. Suena de lo alto la campana de incendio y sus golpes anuncian el distrito en que hay fuego. No importa la hora, ni la ocupacion: el cajero cierra precipitadamente su caja, deja sus libros, el médico su visita, el abogado su informe, el jóven el teatro ó cualquier otro placer: á la calle! Las bombas ya corren, vuelen. — El pueblo mismo las ha encendido y sacado de los cuarteles. ¿Cual llegará primero? He ahí el honor. De pronto la ciudad se vé inundada de sirvientes llevando el casco ó el hacha á sus patrones, que en el trage en que se encontraban se han precipitado — La lucha comienza y no pocos pagan con su vida la victoria. — Es una institucion que honra al pueblo chileno.

Si no tan honroso, es bien recomendable la abnegacion con que marchan impávidos por las veredas de Valparaiso, compuestas de pequeños guijarros puestos de punta. Recuerdo que las veredas en las calles estrechas de Roma son iguales y que hace el dia que escribo, precisamente nueve años que marchábamos con R. Gutierrez, con nuestras maletas al hombro porque era Noche Buena y no habiamos encontrado un solo *faquino*. —Que los chilenos no se enorgullezcan de la paridad con la ciudad eterna, porque Roma tiene un Corso y un Pincio.—No los he visto en Valparaiso, donde hay por el contrario ciertos establecimientos en el puerto, que deben producir una peregrina impresion en el espíritu y el olfato del viajero que llega por el mar.

. . . . . .

. . . . . .

1879.

El « Chasseur »

Son las nueve de la mañana; el mar está tranquilo, el sol empieza á envolver la atmósfera en aquella luz intensa que solo se vé en éstas regiones; no hay brisa ninguna, cuando el « Chasseur » iza la señal de partida; contestada por el « Decrés » que se encuentra próximo, nos ponemos en movimiento, rumbo al Norte.

El « Chasseur » es un pequeño aviso francés, últimamente construido y respondiendo á todas las nececidades de la guerra marítima moderna. Todo en él ha sido sacrificado á la velocidad, pues alcanza á 12 millas y media ó 13 por hora, lo que es notable dado su tamaño. Está armado con cuatro cañones giratorios de 14 centímetros rayados, con cuatro ametralladoras y los consiguientes aparatos de torpedo. Su corte es audaz y elegante, dándole cierto aire atrevido su proa puntiaguda, que se prolonga en el mar como un espolon, pudiendo servir de ariete formidable en caso necesario.

Por una coincidencia realmente feliz, el capitan de fragata Fleuriais, comandante del *Chasseur*, es no solo un marino distinguido y un perfecto caballero,

sino un sábio, en el sentido europeo de la palabra. Fué él el encargado por la Academia de ciencias de Paris de hacer las observaciones astronómicas á que dió lugar el pasaje de Venus por el sol, trasladándose al efecto á Pekin, donde tuvo la suerte de fijar la paralaxa mas completa que se obtuvo. Mas tarde y siempre en comisiones científicas, recorrió durante dos años las costas del Pacífico, estableciendo puntos geográficos exactos, y levantando cartas marinas, aceptadas hoy por casi todas las naciones.

M. Fleuriais es el verdadero tipo del hombre de ciencia moderno, creyente en el progreso, ideando constantemente reformas, y poniendo en juego todos los recursos de la inteligencia para dominar y dirigir las fuerzas naturales. Su pasion es esa diosa moderna que tiene vinculados á su culto los espíritus mas audaces y penetrantes de nuestro siglo: la electricidad. Como Donizetti, despertando sudoroso y agitado para escribir una melodia, que miéntras dormia acaba de cantar en su alma, así, M. Fleuriais salta á veces del lecho y se entrega apasionadamente al estudio de un problema cuya solucion se ha dibujado vagamente en ese trabajo inconciente del espíritu durante el sueño. Abordo nos manejamos por la electricidad para todo, merced á las invenciones de M. Fleuriais. Quiero saber qué marcha lleva el buque? No tengo por cierto necesidad de esperar el resultado del *loque*, esa máquina grosera é imperfecta, que, á pesar de su ineptitud, existe aun en casi toda la marina; me basta oprimir un boton eléctrico, al que obedece un hilo ligado á una pequeña mariposa que, tendida á popa, lejos del barco, en las aguas tranqui-

las que el hélice ya no conmueve, gira regularmente. Un timbre me responde; refiero el número de golpes á una sencilla tabla que tengo ante mis ojos y sé en diez segundos cuantas millas marchamos.

Pero el triunfo de M. Fleuriais, su orgullo, es el *anemómetro*, instrumento destinado á medir contínuamente la velocidad del viento y á conocer los cambios momentáneos de su direccion. Es el mismo principio y el mecanismo consiste en una veleta que jira en lo alto del mastil: un timbre, por medio de otra tabla, dá tambien rápidamente la velocidad del viento en metros. Es supérfluo detenerse á considerar la utilidad de ese dato para la navegacion al cual los ingleses le han dado suma importancia levantando el anemómetro en Greenwich bajo la direccion del célebre William Ellis que perfeccionó el aparato inventado por el doctor Robinson en 1866. — Pero todo hombre tiene su escollo, su mania: la de M. Fleuriais es encontrar el medio mecánico de largar y recoger velas, aliviando al marinero de ese modo del rudo y peligroso trabajo de las járcias, sobretodo durante la tempestad. Aun no lo ha encontrado, *mais ça viendra.*

Cuando encuentro en mi camino un hombre distinguido, me detengo complacido á hablar de él. No es esa aventura frecuente en estos mundos. — ¡Qué buenas y largas charlas, allá en medio de la noche, bajo un cielo resplandeciente de estrellas, rodeadas por un silencio profundo y deslizándonos como una sombra sobre el Pacífico inmenso! Vamos á vela solamente, la calma completa abordo, la cesacion del ruido desagradable de la máquina, todo invita á esas

largas conversaciones en las que se rozan, no ya las ásperas cuestiones de la vida real, sino todos esos grandes problemas de la naturaleza, tan altos, que levantan el espíritu de los que de ellos se occupan. Una estrella cruza el cielo, dejando un rápido y fugaz reguero de luz, un astro clarea en su cambiante luminoso, la mar fosforecente chispea á nuestra vista, el océano suspira hondamente, la estela ondula blanqueando, todo toma formas y aspecto nuevos, llamando el espíritu á la observacion, convidándolo á caer en el ensueño contemplativo que hace olvidar y esperar. Aquel hombre á mi lado que conoce los cielos, que ha vivido en ellos, por que nada purifica mas el alma que la ciencia, su alta serenidad intelectual, su conformidad con la monótona vida del navegante, como tonifica mi espíritu! ¡Qué sanas son esas influencias morales!... El me habla del cielo, yo de la tierra; él me cuenta el génesis maravilloso de esas esferas, la vida imponente de la gravitacion y sus palabras entusiastas, impregnadas del asunto, son grandes y serenas. Yo hablo del mundo y de las luchas humanas y mi palabra es pequeña...

De pronto, el vigia lanza su grito en medio de la noche, la voz tradicional de alerta en la marina francesa: *Ouvre l'œil au bossoir devant!* El tambien vela, pero en lucha contra las asechanzas del hombre y la impasibilidad de ésta misma naturaleza que nos encanta y que puede hundirnos en un instante en el seno de estas aguas. ¡Qué misteriosa impresion produce en el silencio, ese grito, con su rara entonacion, con su acento de suprema indiferencia! El espíritu toma otro rumbo, la palabra decae y el pensamiento sin forma,

múltiple, infinito, el enjambre de ideas vagas invade, se posesiona del alma y la cabeza se inclina; la hora de los recuerdos ha llegado!...

—

En la mañana del 31 de Diciembre llegamos al puerto de Pacocha, pequeña poblacion de 500 almas, que ha reemplazado, á un kilometro de distancia, á Ylo, destruida por el mar, á consecuencia de los sacudimientos geológicos que en 1877 estremecieron las costas centrales del Pacífico. — Un movimiento estraordinario se notaba en la rada, en la que se encontraban los buques chilenos *Chacabuco* (la misma que apresó á la *Devonshire* y cuyo nombre inspiró á D. Féliz Frias uno de sus mas elocuentes arranques en la Cámara), la *O'Higgins*, el *Copiapó* y el *Matias Cousiño*, que, al flotar sobre las aguas, traia á la memoria el recuerdo de la magnanimidad de Grau. — No habia duda, los chilenos desembarcaban. Cuando los habitantes de Pacocha (los mismos que durante el combate del *Huáscar* contra el *Shah* y el *Amethyst* hacian un fuego nutrido sobre el monitor peruano) abrieron los ojos, vieron la bandera chilena ondear en lo alto, en vez de la bicolor del Perú que sin duda creian bastante por sí sola para defender su sueño. — Un solo batallon habia tomado tierra (500 plazas á lo sumo), se habia posesionado con todo órden de la poblacion y luego de hacer visitas domiciliares para recojer las armas que allí se encontraban, habia organizado rápidamente un par de trenes, embarcados en los cuales, á medio dia, se pusieron en marcha, perdién-

dose entre los cerros, camino de Moquegua. ¡ No iban de seguro á encontrar allí á Lavalle con su regimiento épico !

Dos dias permanecimos en la rada de Pacocha, esperando el resultado de la espedicion y entregados á todo género de conjeturas. — No recuerdo jamás haber mariscaleado tan firme y parejo. Era por cierto bien audáz la operacion de lanzarse con tan poca fuerza al corazon del territorio enemigo. Pero los chilenos sabian que en Moquegua no habia tropas y esperaban encontrar allí las municiones que pocos dias antes, la « Union », solitaria hoy en sus escursiones, habia desembarcado en Mollendo.

Flotando sobre las aguas del puerto de Pacocha, bajo un sol abrasador, pasamos el primer dia de este año 1880, que paréceme encerrar tempestades de sangre y fuego. Al dia siguiente, cansados de esperar el resultado de la espedicion, levamos anclas y poniendo la proa al Norte, nos dirijimos á Mollendo.

El mar es muy tranquilo en estas latitudes, sobre todo en la presente estacion. Desde mi salida de Valparaiso no hemos tenido un solo dia de tormenta; el océano merece su nombre á estas alturas. Marchábamos despacio, á vela, y aun así mismo la lijera brisa que hinchaba la tela, ayudada por la corriente de Humboldt que no es aquí menor de una milla y cuarto por hora, nos empujaba mas á prisa que lo necesario para llegar á cierta hora cómoda á Mollendo. Decididamente, la navegacion á vela es mil veces mas agradable que á vapor. No hay ruido ninguno, el barco se mece con suavidad, hay limpieza por todas partes y el trabajo intelectual es fácil, sin el martilleo

constante del hélice y la atmósfera ingrata que produce el humo del carbon de piedra.

—

Cuando enfrentamos á Mollendo, un buque vino sobre nosotros; era el *Huáscar* que bajo pabellon chileno bloqueaba aquel puerto.

El *Huáscar* ha sido casi un mito en el Perú; sus afortunadas aventuras, bajo la direccion de su brillante jefe, lo habian rodeado de una aureola de prestigio sobre natural. Aun los hombres educados habian concluido por ceder á la conviccion del sentimiento, que les hacia ver en el monitor un elemento de guerra invencible, invulnerable. Nosotros mismos, á lo léjos, en Buenos Aires, participábamos un tanto de esa poderosa influencia del éxito. Ahora ¿cuál seria la idea que del *Huascar* traía desde el fondo de sus pampas ó serranías el soldado boliviano, que habia oido narrar sus hazañas, y que jamás se habia visto en presencia del mar, no teniendo por consiguente ni aun la nocion de un buque? El nombre quichua del monitor desenvolvia en la imaginacion del indio la idea de lo maravilloso y concluia al fin por persuadirle que el *Huáscar* era una divinidad formidable que flotaba y corria sobre las aguas, desaparecia como un pescado bajo las olas, reaparecia para atacar y vencer, sembrando siempre el espanto á su paso. Calcúlese la impresion producida por la nueva de la caida de ese buque. ¿No eran otros dioses mas poderosos que él los que lo habian vencido?

Aun para el mas decidido neutral, el *Huáscar* guer-

reando contra el Perú, hacia mal efecto : asunto de sentimiento artistico...

Al fin llegamos junto á él ; las modificaciones que ha sufrido lo han mejorado notablemente. La torre del comandante ha desaparecido, eliminándose así un blanco eficaz para los tiros enemigos ; en la popa se ha construido una especie de casamata, defendida por un cañon, á fin de evitar los inconvenientes que ese buque presentó en el combate contre las naves inglesas.

Cambiados los saludos de estilo, avanzamos hasta la rada de Mollendo, y un oficial pasó á tierra á hablar con el cónsul francés. Nos mantuvimos sobre la máquina hasta su regreso. Era portador de un pliego en el que el cuerpo consular pedia al comandante del *Huáscar* un plazo para salir los neutrales y no combatientes, solicitando del *Chasseur* tuviera la bondad de remitirlo á aquel. Nos pusimos, pues, en marcha en busca del monitor que se habia echado mar afuera despues de la entrevista.

La noche empezaba á caer y el buque bloqueador aparecia como un punto en el horizonte. A medida que avanzábamos, parecia huirnos ; era necesario alcanzarlo sin embargo, y el *Chasseur*, con una sola de sus calderas, empezó á volar sobre las aguas. A poco rato, la noche cayó completamente y la distancia que nos separaba del *Huáscar* disminuia muy débilmente, porque éste continuaba marchando en el mismo sentido que nosotros ; no veiamos mas que sus luces. Se resolvió acudir á las señales y disparamos un cañonazo que vibró largamente en el espacio. Un cuarto de hora despues se lanzó un cohete que en las alturas

se deshizo en una lluvia de fuego. Por fin, parece que se reconoció al *Chasseur*, porque el *Huáscar*, virando, puso la proa sobre nosotros.

Me encontraba sobre el puente y no olvidaré aquel momento cuyas consecuencias pudieron ser tan sérias. — Como era natural, continuábamos marchando en la misma direccion que habiamos traido. El *Huáscar* que venia hácia nosotros, debia y para comprenderlo no se necesitaba ser marino, tomar una línea paralela y detenerse á cincuenta ó sesenta metros á nuestro costado de estribor. Por una evolucion incomprensible y estando ya muy cerca, se le ocurrió cruzarnos por la proa y venir á colocarse á babor. Pero no habia calculado bien la distancia, y un instante vimos la proa del *Chasseur* volar rectamente al centro mismo del monitor, cruzado sobre nuestro camino. ¡Qué mundo de ideas me pasaron por el espíritu en esos diez segundos! No pensé un momento en el peligro, porque todas las facultades de mi alma estaban ocupadas en forjar con una celeridad vertiginosa, mil cuadros caprichosos, desprendiéndose del incidente mismo. — ¿Cómo? ¿El *Huáscar*, el legendario *Huáscar* seria echado á pique de esa manera casual? Me figuraba la impresion en Chile, el júbilo en Lima y la charla de los amigos de Buenos Aires, al saber que me habia encontrado en la catástrophe.

« Toda la barra á estribor! » gritó con voz de trueno el comandante, y el *Chasseur*, flexible y obediente, se deslizó á lo largo del *Huáscar*, á no mas de tres metros de distancia. Entónces M. Fleuriais se dió vuelta sonriendo hacia mí y me dijo que si hubiéramos hundido el monitor, los tranquilos diarios de Chile,

al saber que yo estaba abordo, no habrian perdido por cierto la ocasion de bordar algo sobre mi participacion en el accidente.

Entretanto, siguiendo la impulsion recíproca, el *Huascar* se habia separado bastante y el oficial que llevó el pliego, tuvo que hacer un viaje en bote, molesto. — Despues hé sabido que el comandante del bloqueo no habia accedido á la indicacion del cuerpo consular.

El viaje se continuó sin inconveniente alguno hasta llegar á Pisco, donde bajo un sol de fuego, desembarcamos con el único objeto de proveernos de fruta, que en estas latitudes no solo es esquisita, sino indispensable para el organismo. Pisco es una pequeña ciudad, sin importancia ninguna por sí misma y que, como Vespucio, ha usurpado una gloria agena, haciéndola reflejar sobre su nombre. Los esquisitos aguardientes que con el nombre de Pisco, Italia, etc., conocemos, provienen de Ica, ciudad mediterránea á pocas leguas de Pisco. Los licores han tomado el nombre del puerto de embarque, del mismo modo que una gran partida de negros africanos' traidos por los españoles al Perú en el siglo XVII se llamaron *terranovas*, por haber tocado suelo americano por primera vez en el punto cuyo nombre tomaron. — Mucha pobreza y ese aspecto muerto, indolente, de nuestros pueblos de campo á medio dia. — El médico de abordo (*quatre-vingt-seize kilos*, como lo repetia con orgullo, paseando su mirada por su opulento individuo) detenia á cuanto indio, zambo ó chino encontraba en su camino, para preguntarle donde podria encontrarse un poco de sombra. Tres ó cuatro arbustos raquíticos en

la plaza proyectaban un hilo opaco sobre la arena : eso era todo. Pronto nos reembarcamos, despues de dar al Prefecto la noticia del desembarco en Pacocha que voló á Lima por el telégrafo...

Lo único curioso que puedo consignar respecto á Pisco, es un medio de locomocion que me era desconocido hasta entónces, y nótese que tengo la pretension de ser fuerte en ese ramo. Desde Buenos Aires al Perú, he andado en ferro-carril, de trocha ancha y angosta, con leña y carbon, veloz y carreta, en vapor, por rio y por mar, á la vela, en silla de posta y diligencia, en carruage, á caballo y en mula; en Pisco nos trepamos, en la punta del muelle que tiene 400 metros, en un wagon descubierto, sobre el que acomodaron algunas sillas y que tres *ciudadanos* indios empujaron á la carrera hasta llegar á tierra. No me falta sino el dromedario en la Siria y el elefante en la India.

Damos al pasar un vistazo sobre las islas Chinchas, cuna de la maldecida riqueza del Perú y orígen de aquel absurdo sin nombre que se llamó la guerra con España. A propósito de esos montones de huano, sonó por primera vez en América, la palabra reivindicacion que impresionó tan profundamente á Chile, sin pensar que algun dia habia de emplearla contra uno de sus aliados en la protesta armada. Declaro sinceramente que si los tesoros del huano sirven solo para estirpar en un país los hábitos del trabajo, enervarlo y corromper sus costumbres, bendigo á la naturaleza que hizo de Martin Garcia un peñasco árido en vez de una huanera inagotable.

Por fin, hénos frente al Callao; hemos empleado

diez dias desde Arica, es decir, siete mas que lo regular por el paquete. — La rada del Callao tiene un aspecto formidable por el crecido número de buques de guerra estranjeros que están surtos en ella. — Casi todas las potencias europeas han enviado divisiones navales de primer órden, al mando de un almirante. Allí están los formidables blindados *Shanon* y *Triumph* de la Inglaterra, la bella y poderosa *Victorieuse* de la Francia, la *Hansa* de Alemania, la *Garibaldi*, buques americanos, austriacos, etc. Los peruanos, perdido el dominio del mar contemplan esos barcos, como Tántalo debia aspirar el líquido ingrato que humedecia sus lábios. — Allí tambien está enclavado en la bahía, como Prometeo sobre su roca, el *Atahualpa* que, sinembargo, no ha hecho mal ni bien á nadie, ni robado fuego sagrado á los dioses vengativos. El pobre tiene tambien su buitre que lo consume : la impotencia.

El muelle dársena del Callao es una obra de primer órden ; encierra una infinidad de buques en sus anchos flancos y trae el agua á la boca á los hijos del Plata. Buenos Aires con ese dock... pero los sueños, sueños son.

Las fortalezas del Callao defienden admirablemente la bahia ; los españoles han necesitado tener muy bien puesto el corazon para venir á estrellarse contra ellas. Dominan todo el puerto, estan poderosamente artilladas y no seria por mi consejo que mis amigos los chilenos intentáran un golpe de mano por ese lado.

En cuanto á la ciudad, un puerto de mar, con el idéntico aspecto de todos los puntos de ese género en

el mundo entero. Tomemos el tren, despues de saludar al almirante francés de la *Victorieuse*, y á Lima.

A Lima! No hay uno de nosotros que no haya soñado con Lima. Las tradiciones del coloniaje, el papel de esta ciudad en la historia del Virreinato peruano, sus vireyes duros y tiesos, unas veces, débiles y corrompidos otras, la fé, personificada en el fraile Valverde, de negra memoria, la civilizacion incásica destruida por la horda de Pizarro, el clima, suave, laxante, predisponiendo en todos los tiempos el ánimo á todo menos á la lucha y al trabajo, la belleza lejendaria de sus mugeres, las tapadas, con su pupila resplandeciente y su pié invisible, la variedad de razas, desde el altivo español cuyo escudo aun se mantiene bajo el balcon morisco, hasta el indio de la sierra, que, bajo tres siglos de opresion, aun conserva sus rasgos propios; el Rimac, cuyo nombre dulce acaricia el oido, sus templos, que guardan en sus naves telas de Murillo y Zurbaran, con sus fachadas de piedra filigranada y sus coros de madera talladas por algun discípulo que robó al Berruguete su maravillosa destreza, la *quena*, que se ansía oir como un lamento de ultratumba, escapado del pecho oprimido del último inca..... todo eso puebla la imaginacion, miéntras el tren recorre en veinte minutos las dos leguas de camino que en otras épocas daban entrada al valle de Pachacamac, que el Inca recorria en litera de oro y Pizarro haciendo piafar su caballo andaluz bajo el peso de su armadura de Toledo.

Hé ahí el ideal de la distancia, que solo á la distancia se conserva.

1880.

UN FESTIVAL CHINO

Los dias de Carnaval han pasado ; sin la intervencion del almanaque, los habitantes de Lima no hubiéramos sospechado por cierto que nos encontrábamos en tal fiesta, tan tranquilo ha estado el pueblo y tan poco dispuestos los ánimos á entregarse á la bulliciosa y tradicional algazara.

La mayor parte de las familias se encuentran ya en Chorrillos, pueblo de baños á media hora al Sud de Lima, y no pocas han aprovechado el Carnaval para ir á pasear á sus haciendas. Seguí la corriente aceptando una atenta invitacion del señor don Rafael Canevaro y me encuentro de vuelta de su magnífica hacienda de « Caudivilla » donde hemos pasado dos dias. Pocos paseos han dejado en mi ánimo una impresion mas curiosa, por el festival chino que tuve la suerte de presenciar.

La hacienda de « Caudivilla » se encuentra á siete leguas de Lima y ocupa la mayor parte del valle de Caravayo. Su estension es de seiscientas fanegadas de tierra (la fanegada, medida española antigua que ha persistido en el Perú, es un rectángulo de 250 varas

de base y 65 de altura) teniendo no menos de cuatrocientas sembradas de caña de azúcar. La fanegada de caña rinde de quinientos cincuenta á seiscientos quintales de azúcar : puede por ahí calcularse la riqueza de esos establecimientos, dotados de la maquinaria mas completa y perfeccionada que haya salido de las fabricas de Cail y Compañía de Paris, alcanzando algunas de ellas, como la de la hacienda de « Infantas », propiedad de los señores Althaus y Tenaud, al costo de medio millon de pesos fuertes [1]. Esas máquinas poderosas producen seiscientos quintales de azúcar cada veinte y cuatro horas y trabajan todo el año, moliendo la caña de las haciendas circunvecinas. La mecánica llevada á esa altura, toca las regiones del arte. Nada mas admirable que ver llegar el ferro-carril interior (todas las haciendas de alguna importancia lo tienen) con sus wagones repletos de caña y coronados de chinos, que la arrojan vertijinosamente en el canal movible que la conduce al trapiche colosal, cuyos rodetes enormes, de hierro macizo, trituran la caña y dan vida á un rio de jugos, que bien puede llamarse el Pactolo. En cinco horas, la operacion está concluida. Habeis visto cortar la caña, la seguis hasta la turbina y un momento mas tarde, veis la azúcar en bolsas y en condiciones de ser embarcada.

Es esa la verdadera riqueza del Perú; hasta hace unos diez años, se creyó que los únicos terrenos favo-

1. La hacienda del » Puente » del Sr. Delteano, la que no he visitado, tiene una maquinaria que cuesta dos millones de duros. Puede moler hasta 1500 quintales diarios. Esta hacienda ha sido totalmente destruida por el cuerpo de ejército chileno al mando del hoy contra-almirante Lynch.

rables para el cultivo de la caña, eran los valles interiores del país, tan distantes de la costa, que el flete minoraba sériamente el resultado. Hoy se sabe que todo el territorio peruano, de Moquegua al Norte, produce caña de primer órden, siempre que el agua no escasée. Y la circunstancia, tan generalmente desfavorable á la agricultura, de la escasez de lluvia, es aquí sumamente propicia al cultivo de la caña. Es sabido que en la Habana, el corte de la caña tiene siempre que hacerse con precipitacion, para evitar la época de las lluvias torrenciales, que disminuyen en la planta la cantidad de materia sacarina. Aquí no hay ese peligro, las aguas se distribuyen á voluntad, se suspenden del mismo modo y la caña suele alcanzar un pasmoso desarrollo.

Cuando se vé un país de tan fabulosa riqueza, dotado de los productos mas valiosos que se conocen en el comercio humano, teniendo ademas de lanas, alpaca, cascarilla, azúcar, café, cacao, etc., dos especialidades casi esclusivas en el mundo, el huano y el salitre, cuando se observa un portento semejante, repito, el espíritu queda absorto ante el esfuerzo que han tenido que hacer los hombres para esterilizar todas esas ventajas.

Solo diez años de paz, un gobierno vulgar, pero honesto, y un poco de aficion al trabajo, bastarán para hacer del Perú uno de los pueblos mas ricos de la tierra. Desgraciadamente no veo aun próximo el momento de entrar en esa senda de salvacion.

Pero volviendo á la industria azucarera, su desenvolvimiento en el Perú, que puede llegar á un grado fabuloso, está sin embargo sujeto á una condicion

esencial, cuya falta traeria graves consecuencias. Sabido es que en todo tiempo y en todo pais, la elaboracion de la azúcar ha exigido el empleo de brazos baratos y abundantes.

A la azúcar, cuyo uso se ha generalizado hoy universalmente, miéntras á fines del siglo pasado se vendia en Francia en las boticas, como medicamento, á la azúcar se debe la persistencia, en pleno siglo XIX, de la bárbara institucion de la esclavitud. Aun en la época de la emancipacion política de la América, solo los paises que, como el litoral del Plata, no tenian esa industria, hicieron cesar la esclavitud simultáneamente con la declaratoria de la independencia. En las regiones del Norte, la operacion se llevó á cabo paulatinamente, comenzando, cómo San Martin en el Perú, por declarar la libertad de vientres, siguiendo por facilitar al esclavo los medios de emanciparse y concluyendo por abolir la institucion. Es el mismo camino que la civilizacion ha impuesto al Brasil y que la España lleva á cabo en estos momentos en Cuba. En cuanto á los Estados Unidos es inútil recordar los sacrificios de la lucha de la sesesion.

Una vez desaparecidos los negros en el Perú, se vió que el indio no era propio para ese género de trabajo, el mas rudo tal vez que se conoce, sin escluir el de las minas. Fué entónces que la desesperacion hizo pensar en aquel pueblo de cuatrocientos y tantos millones de habitantes, enclavado en el Asía como una petrificacion y tan rehacio á la emigracion en todo tiempo. La China se vió cruzada por activos agentes, que aprovechando una de esas crísis intermitentes que restablecen el equilibrio entre la produccion y el con-

sumo, destruyendo cada medio siglo un décimo de los habitantes, consiguieron contratar un crecido número de *coolies* y trasportarlos al Perú. Iniciada la corriente, siguió en aumento rápido, hasta hace poces años, que el gobierno chino, guiado, no por un sentimiento humanitario, sino por el temor de una enorme despoblacion, prohibió la esportacion de *coolies*.

El trabajo del chino no rinde por cierto lo que el del europeo; pero es contínuo, pasivo y sufrido. Es indispensable estar constantemente sobre él y el látigo en mano del capataz no es una vana insignia de mando. Trabajan desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, con solo una hora de reposo, cortando caña bajo un sol de fuego, acarreando, pisando y mesclando la melaza, etc. No es posible, repito, idear un trabajo mas áspero. Uno de nosotros sucumbiria en un par de dias y los trabajadores europeos mas vigorosos, los vascos, piamonteses ó suizos, cederian en poco tiempo á la influencia de este clima enervante.

El chino lo sufre; es débil, raquítico casi siempre, frugal hasta el absurdo, no tiene una sola satisfaccion, pues ni aun conoce los atractivos del cariño, privado de muger toda su vida. — La mayor parte son jóvenes de quince á veinte y cinco años. — Su pasion es el juego, en el que emplean cuanto dinero y tiempo tienen disponibles. Bajamente humildes, tienen en la cara el sello indeleble de la degradacion moral; súcios, desnudos casi, el sitio donde duermen, á pesar de los cuidados prolijos del propietario, es siempre un foco de infeccion.

Ahora comprendo porque ese pueblo, la mayor masa humana homogénea que haya existido sobre la

tierra, ha vivido en el quietismo absoluto durante tres mil años ó tres mil siglos, como ellos pretenden. Es una raza que ha quedado en embrion; parece que la naturaleza, desesperando llevar á buen fin ese tipo, lo abandonó á medio camino, dejándole la estatura raquítica del primer ensayo, la frente deprimida, el lenguaje gutural y monosilábico, todos los vicios imaginables y ésta única virtud negativa : la paciencia.

Como se vé, la condicion del chino en el Perú no es de las mas dulces ; mas de una vez he sentido repugnancia, en la duda de que esos hombres fueran de mi misma especie, al verlos á un nivel mas bajo que el de la misma mula que arrastra la carreta cargada de caña. Pues su existencia en China es mil veces peor ; aquí tienen asegurada siquiera la subsistencia y los que son económicos, pueden, en seis ó siete años, reunir un pequeño capital, que, con la condicion de hombres libres, les permite establecer una pequeña industria que no es raro los conduzca á la fortuna. No hay hoy en el Perú un solo bodegon, zapateria de viejo, etc., que no pertenezca á un chino. Muchos de ellos han llegado á la opulencia ; se ven en Lima dos ó tres tiendas y almacenes de artículos chinos, que representan grandes capitales.

Pero no está léjos el dia en que concluyan sus contratos los chinos actualmente existentes en el Perú ; muchos, pero siempre la menor parte, volverán á contratarse, sin bastar por cierto á las necesidades de la industria azucarera, que se verá sériamente comprometida. No hay hacendado que no se preocupe de esa emergencia tan próxima ; en los momentos en que escribo estan á punto de emprender viaje á la China

algunos agentes hábiles y caracterizados á fin de persuadir al Gobierno del Celeste Imperio que levante su decreto prohibitivo. — Dudo que lo haga. En 1840, cuando la guerra del ópio, fué necesario arrancarle á cañonazos la concesion de dos ó tres puertos francos al comercio universal; los atropellos contra los ingleses no eran inspirados por el deseo de evitar el idiotismo del ópio entre los chinos, sino una medida económica para impedir la esportacion consiguiente de numerario.

Resumiendo, creo que el chino es hoy indispensable en el Perú, hasta que la ciencia haya descubierto la manera mecánica de cortar la caña. Este clima no podria ser sobrellevado por el trabajador europeo. Pero dadas las condiciones generales de la emigracion china, la inferioridad de esa raza, su accion nula en el sentido del progreso colectivo, sus costumbres de una indecencia repulsiva, su consumo tan restringido que no sirve de aguijon á la produccion nacional, concluyo por declarar que seria un verdadero crímen, que el Congreso de mi país debe impedir, la introduccion de *coolies* en las provincias azucareras del Norte.

Fuera de los domingos, el chino contratado no tiene mas dias de reposo que los dos destinados á festejar su año nuevo. En los valles, se reunen cada año en una hacienda diferente y allí se entregan á una orgia de cohetes de la China, comilonas, representaciones dramáticas, juego, ópio; holgazaneria, en una palabra. Por una feliz coincidencia, el año nuevo chino cayó en lúnes de carnaval y la hacienda elegida, ó de turno, en el valle de Caravayo fué « Caudivilla ».

Cuando descendimos en la estacion de Puente Piedra, de la línea de Lima á Ancon, para tomar el tren particular de la hacienda, nos esperaban ya unos 500 chinos que se encaramaron como les fué posible en wagones de carga, naturalmente provistos de una cantidad enorme de cohetes, que durante el camino nos destrozaron el timpano y estuvieron á punto de quemarnos. — A nuestra llegada, habria reunidos no ménos de 1000 chinos. Despues de un alegre almuerzo, en el que el noble y antiguo juego de carnaval reivindicó sus derechos, saliendo todo el mundo empapado, dimos el brazo á las señoras y pasamos á visitar la morada de los chinos, préviamente provistos de pañuelos embebidos en aguas de olor, etc.

Todo el mundo estaba de fiesta ; á cada paso encontrábamos capillas adornadas con lujo. — En el fondo del altar se veia la imájen de un ídolo, sentado en cuclillas y con aquella faz característica de los dioses mongoles. A los lados pendian tapicerias de seda entretejida de oro, y frente al altar, cirios enormes encendidos, rodeando una mesa, llena de comestibles destinados á aplacar el apetito del *Santo*, como designan los chinos en español á su ídolo. — Dulces, cigarros, semillas de sandia tostadas y un cerdo enorme, asado, pintado y barnizado el esterior, de un color caoba oscuro. La descripcion de los elementos que entran en la composicion del relleno requeriria un volúmen y un estómago mas fuerte que el mio. Estas capillas se sucedian á cada paso y eran cuidadas por un par de chinos, en traje comun, encojidos y sosteniéndose en equilibrio, sobre una delgada tabla sostenida en dos postes.

En el patio habia una infinidad de mesas, rodeada cada una por numerosa concurrencia, entregada desesperadamente al juego de cartas y dados. Los naipes que usan son unos pequenos rectángulos de una especie de cautchoux negro y lustrado, de medio pulgada de altura por una y media de base, sobre los que hay algunos signos grabados. Juegan con suma voracidad cantidades insignificantes; pocas caras he visto mas ávidas, mas alegres, que la de un chino, con quien jugué hasta que tuvo á bien comunicarme, por una mímica bien significativa, que me habia ganado tres ó cuatro soles.

Entramos en los dormitorios, salones largos y desnudos, divididos á ambos lados por pequeños compartimentos de madera, semejantes á camarotes de buque, cada uno con su correspondiente tarima, donde duermen dos chinos. Casi todas estaban ocupadas por fumadores de ópio. Sin mas traje que un calzon corto de tela azul, tendidos boca arriba sobre la tarima, uno de ellos esperaba que el compañero concluyera de preparar la pipa de madera dentro de cuya boca pequeñísima se coloca una bolita de ópio, lentamente preparada á la lumbre de una lamparilla de aceite insoportable al olfato. Una vez lista, un chino pone la punta de la pipa en boca del otro, quien en tres inhalaciones poderosas, se satura completamente, entre-cierra los ojos y concluye por caer inerte, muerto, sin espresion ninguna en la fisonomia. El otro prepara de nuevo la pipa, hace para sí la misma operacion y muy luego queda en idéntico estado. He pasado cerca de media hora contemplando chinos dormidos bajo la accion del ópio, buscando

en su fisonomia un rastro de esas curiosas sensaciones morales que el narcótico produce, sin encontrar mas que el repugnante aspecto del embrutecimiento. M. Richet, uno de los fisiólogos mas distinguidos de Francia, publicó últimamente en la *Revue* un estudio interesantísimo sobre *los venenos de la inteligencia*, como llama al tabaco, el alcohol, el hatchis, el ópio, el café y el cloroformo. En cuanto á los efectos del ópio y del cañamo de la India, se limitaba á trascribir las brillantes páginas de Teófilo Gautier en sus dos fantasias del *Club des Hatchichins* y la *Pipe d'Opium*, declarándolas rigorosa y científicamente exactas y esplicando por la fisiologia, el porque de esos ensueños y fantasias, la accion del narcótico sobre las celdas cerebrales, etc.

Todo eso recordaba miéntras contemplaba al chino dormido, y comprendia porque estos infelices, para quienes la vida es una maldicion, una tarea infame, buscan con avidez ese veneno celeste que los arranca de la mísera existencia positiva, para pasearlos triunfantes entre riquezas deslumbradoras, mugeres blancas de mejilla roja, de ojos estirados, nariz chata, frente ancha, lisa y descubierta, cuerpo pequeño y piés atrofiados [1]. Pero qué duro debe ser el despertar! Con qué desaliento debe ese infeliz tomar mañana el machete y de nuevo á la lucha contra la caña jugosa y cortante, que le destroza las manos, mientras el sol penetra en el cráneo!

Entretanto, el chino no inspira la compasion que el negro esclavo ha despertado siempre y tengo para mi

1. El tipo de la belleza entre los chinos.

que Missis Beecher Stowe, la autora de la « Cabaña del tio Tom », ese *Quijote* de la esclavitud, no habria podido obtener sus efectos patéticos, poniendo la escena en un ingenío de asiáticos, como llaman en el Perú á los *coolies*. El chino no tiene mujer, no tiene hijos. El espectáculo de la madre esclava, de cuyos brazos se arranca el hijito, de la muger en cuya presencia se azota ó se mata al marido, del viejo padre ante cuyos ojos el hijo que ha caido desfalleçido bajo un sol de fuego, es levantado por el látigo de siete nudos, todos los horrores de la esclavitud que sublevan el alma mas apática, no se ven por aquí. Luego, la idea de que la condicion de estos miserables es peor mil veces en su país, sirve de consuelo.

En cada cuarto, en cada pequeña pagoda, en cada círculo, se nos obsequiaba con un detestable cigarro que, señoras y hombres, todos teniamos que aceptar, so pena de inferir una ofensa á esos infelices. A cada instante llegaban diputaciones de las haciendas vecinas, precedidas por tres ó cuatro parejas de chinos, unidos de dos en dos por largas cañas sostenidas en los hombres y de las que pendian innumerables cohetes que hacian un ruido infernal. En seguida y en andas, el consabido cerdo relleno, bien barnizado y relumbrando al sol; y mas atrás, las vituallas menudas, para la indispensable « reparacion de abajo de la nariz », como decia Rabelais, el alegre cura de Meudon.

A las ocho de la noche del lúnes de carnaval, nos vinieron á avisar que solo se esperaba nuestra presencia para dar principio á la funcion dramática, á cuyo efecto los chinos, cotizándose habian contratado

mediante mil quinientos soles (papel 15,000 m/c.) la compañía que funciona permanentemente en Lima.

Recostado en una de las paredes de un inmenso corralon, dentro del que estaban apiñados unos mil quinientos ó dos mil chinos, de pié, inmóviles, silenciosos y de sombrero puesto, se habia levantado el escenario. La iluminacion consistia en diez ó doce enormes candiles, cuyas mechas despedian un humo denso y sofocante y que un chino viejo y harapiento escandilaba á cada instante, *tout á fait sans façon*, pasando entre los artistas é interrumpiéndolos á veces. A nosotros se nos habia preparado un pequeño cobertijo, como palco de honor, donde nos instalamos gravemente.

Me encuentro impotente para poder dar una idea de aquella funcion, pero puedo asegurar que pocos espectáculos han producido en mí una impresion mas curiosa. Por supuesto que no entendí una palabra, á pesar de haberme provisto de dos chinos que nos habian servido á la mesa y que hablaban algo de español. Uno de ellos se me desertó á la media hora; le encontré razon porque me figuré lo que yo mismo hubiera hecho si un vecino, en pleno terceto de *Roberto el Diablo*, me hubiera codeado para decirme, con la cara de cretino que siempre acompaña esa frase espiritual: « Qué dice? »

Por otra parte, la pieza, que segun parece era original de un famoso y antiguo autor, estaba escrita en el puro y verdadero idioma chino, tan diferente del dialecto que hablan los *coolies*, como el griego de Pindaro del que habla un marinero del Archipiélago

en el dia. Todos los chinos tendian ávidamente los oidos y cuando pescaban algo, se reflejaba sincera alegría en sus caras.

Yo no sé lo que aquello era y sospecho que el autor mismo nunca lo supo bien; el hecho es que á la hora de espectáculo la cabeza se me habia trastornado y me encontraba bajo una jaqueca de primer órden. Toda la parte dialogada, que era lo mas, tenia este invariable y constante acompañamiento: un bombo, un par de platillos enormes y discordantes, un tambor y una campana ágria, sin tono. Jamas variaban el tiempo, y para mayor desventura, los instrumentos susodichos nunca sonaban á un tiempo, sino que la campana hacia rancho con el bombo, miéntras los platillos pretendian armonizarse con el tambor. Que infierno aquel! De pronto cesaba y se dejeba oir un pequeño instrumento de dos cuerdas, que un chino sostenia sobre sus rodillas y del que sacaba un acompañamiento siempre idéntico, pero armonioso y de una monotonia adormidora. Un óboe, con sonido de octavin desafinado, ejecutaba un exeso análogo y sobre esa base, comenzaba un canto gutural, insoportable, en el que el artista se esforzaba por hacer perder á su voz toda la dulzura natural, para darle una acritud semejante á rujidos, mahullidos, todo lo que se quiera, menos eco humano.

Pero¿ qué decian?¿ Qué hacian?¿ Qué era la pieza? Mi chino intérprete, el único leal que me quedaba, gozaba como un salvaje y todas sus respuestas se reducian á esta frase nunca variada: Sabes tú... como Chile con Perú... pelea! » Era ya algo: estábamos en una guerra. Por un lado penetraba un man-

darin con su cohorte, se arrellenaba en una silla y al lado de su hija, recibia homenages...

¿Al lado de su hija? Entendámonos. El teatro chino no admite mugeres sobre las tablas, como las costumbres no las admiten en ninguna exhibicion pública. Son, por consiguiente, hombres los que representan los papeles femeninos, pero con una perfeccion admirable. Sus movimientos, la manera de pintarse el rostro y los ojos, el pié encerrado en un zapato que es un semi-circulo, la voz, la espresion, todo engaña. Son hombres que han pasado toda su vida en ese aprendizage, ayudados por el aspecto femenil del chino en jeneral y muchas veces por ciertas costumbres no comunes entre los occidentales. A ese propósito, diré que no he visto sino una china en el Perú; fué traida de siete años. Es hoy una muger de veinte; casó en Francia con un sirviente francés, tiene dos hijos, chinos puros de aspecto y no sabe una palabra de su idioma. Los pocos chinos que tienen aquí muger, las han tomado de las indígenas, china-chola, zamba, india, mulata, etc. Nunca emigran con familia y ademas, creo haber dicho ya que la mayor parte son mui jóvenes.

Cada pieza parece abarcar una época, un reinado entero, los altos hechos y virtudes de un héroe, una Iliada completa. Naturalmente, los principales personajes son los grandes mandarines, cuyo distintivo son dos arrogantes, inmensas y bellísimas plumas de pavo real, que se levantan y ondean con gallardia sobre su casco indescriptible y que el guerrero, con un gesto tan petulante y próvocativo como el de un gentil hombre del siglo XVII retorciéndose el bigote,

acaricia y arquea bajo su mano. A cada instante hay combates; el arma son unas lanzas pequeñas, algo como la antigua pica, que manejan con maravillosa habilidad. El vencido se aleja gravemente y el triunfador gira velozmente sobre sí mismo, queda suspendido en un pié, redobla sus molinetes y luego, con una estúpida sonrisa estereotipada en la fisonomía, permanace mirando al público estático durante cinco minutos.

Algunos personajes usan máscaras análogas á las del teatro griego primitivo, allá en los tiempos en que el buen Agamemnon se avanzaba magestuosamente, saludaba á la plebe, decia simplemente : « Yo soy Agamemnon » y cedia el sitio á su poco afortunado hermano Menelao para el mismo objeto. Solo que entre los chinos, la máscara no es sino pintada. Se cubren el rostro de un albayalde de insoportable blancura y por medio de líneas y sombras se componen unos ojos enormes, con cejas aterradoras, y unas barbas de tres piés de largo. Sin embargo, la mayor parte usaban su cara natural. ¿En qué consistia eso? Obsequié á mi chino con un vaso de chicha morada que acababan de pasarme y luego de obtener una mirada de gratitud, hice mi pregunta, que no fué entendida. Verdad que la chicha era deplorable.

Pero lo grande de aquella funcion, *the great attraction* para señoras y hombres, lo realmente admirable, eran los trajes. Nunca creí que me fuera dado admirar telas tan bellas como las que cubrian los cuerpos de los artistas chinos. Todos los sueños del Oriente, toda la poesia de la Biblia, en las deslumbrantes leyendas de Salomon, cuando la reina de Saba venia

del fondo de su imperio, con mil esclavos cargados de perfumes, piedras preciosas, géneros, tejidos de oro, arneses, púrpura, etc., todo revivia á mis ojos, al ondular esos mantos de seda de mil colores, incrustados de oro, acariciando la mirada y dando al espíritu la verdadera nota de la vida en aquellos paises queridos del Sol. No he visto jamas nada mas rico. Los europeos, con los medios poderosos de una industria admirable, con los portentosos adelantos de la ciencia en el arte de la combinacion de los colores, Lyon con sus sederias, Venecia con sus cristales y mósáicos, la pintura del Renacimiento con sus audacias de colorido, la arquitectura colorista moderna, con su reminiscencia árabe, no han obtenido el tono unido, armonioso y deslumbrante de las telas chinas. Ese tejido debe ser eterno en la duracion y el color. Todo desaparece; artistas, pieza, teatro, espectadores, el ruido insoportable de la orquesta *sui generis*, cuando ondulan las cortinas tendidas sobre las puertas que dan paso á los personages. Esas dos cortinas, de un metro y medio de ancho por tres de altura hacian mi desesperacion. Miéntras las señoras concebian bellísimos vestidos de fantasía con uno solo de los trajes talares llevados por los mandarines, yo miraba mis cortinas con una codicia conmovedora. Nunca he sentido mas vivo deseo de tener un objeto de arte en mi poder que esa noche. Yo mismo sonreia al sorprenderme haciendo tácitas combinaciones sobre la manera de arreglar las dos cortinas, bien dobladas, en el fondo de mi baul. Qué buen regalo para alguien que yo me sé!... Esas cortinas me van á quitar el sueño... algo tengo que hacer por obtenerlas.

Me fué imposible; ni aun de precio quisieron oir hablar los chinos de la compañía.

A las diez de la noche abandonamos el teatro, seguidos por la mirada estupefacta de la concurrencia, que no comprendia como era posible desprenderse de aquel espectáculo embriagador, máxime teniendo un palco propio y disfrutando de cómodas sillas. A las seis de la mañana un atronador ruido de cohetes me despertó: concluia el primer acto! El segundo empezó á las 12 del dia mártes, concluyó á las 6 de la tarde; empezó el tercero á las 8 de la noche y acabó á las 7 de la mañana del miércoles. El director de la compañía, en vista de la premura del tiempo, habia elejido la pieza mas corta del repertorio, habiéndose visto así mismo obligado á hacer cortes considerables.

La duracion normal de una pieza china, en el teatro de Lima, es de veinte ó treinta noches, desde la puesta á la salida del sol. La concurrencia come, duerme y fuma ópio en el teatro, miéntras los artistas, con toda gravedad, suspenden cada hora la representacion para tomar sendas tazas de té, en la escena misma y sin bajar el telon.

Los que hemos nacido en el seno de la civilizacion occidental, estamos condenanos á una monotonia de aspectos, ideas y sentimientos realmente cansadora. Es en vano viajar en Europa y América; la cultura del hombre es en todas partes igual, el encanto de la muger el mismo, el *menu* del banquete no varia jamás, el peluquero en todas partes tiene idéntica charla, Feuillet, Daudet y Cherbuliez ocupan el primer puesto en la eterna libreria francesa, Mendelsshon y Chopin flotan sobre todos los teclados de occidente y para

enamorar á una muger no hay mas que recordar el procedimiento seguido con la anterior. Una pequeña escapada, pues, á un mundo nuevo, desconocido, de costumbres profundamente diversas, con un ideal distinto, con sus tipos de belleza, virtud y fuerza diverjentes de los nuestros, tiene un encanto poderoso. Nuestra civilizacion es sin duda superior á la Mantchoux, por la sencilla razon de que no somos chinos. Pero cuando observaba la mirada de indiferencia suprema que aquel millar de hombres arrojaban sobre las bellísimas mugeres peruanas que asistian á la representacion de Caudivilla, comprendia que estaban fuera de su ideal estético. Era un verso de Byron murmurado al oido de un cafre, una anécdota parisiense contada á un beduino, una tela de Carlos Dolci puesta ante los ojos de un tehuelche. Esa gente vive en medios morales que no podemos sospechar, ni aun cuando la curiosidad nos empuje á vivir largo tiempo entre ellos. Hasta ahora he podido encontrar un libro que, como las « notas sobre la Inglaterra » de Taine, pueda darme una idea de la sociabilidad china. Los viajeros hacinan observaciones, pero no penetran á la constitucion íntima de esa sociedad secular. — Cuando hemos dicho los occidentales que la China es una nacion estacionaria, con la correspondiente é inevitable figura retórica de que « es una petrificacion en el seno del Asia » creemos haber dicho todo. — Mas aún, las historias y geografías universales, para llenar algunas páginas, porque al fin cuatrocientos millones de hombres tienen derecho á que algo se diga de ellos, no tienen mas recurso que hacer una esposicion razonada de la doctrina de

Confucio y de sus adulteraciones por la introduccion del Budismo. ¿ Quien será el descubridor de la China social ?

Con tal que lo alcance !

1880.

MIRAMAR

Una noche del año 1867, al entrar á mi casa, encontré á mi madre con los ojos arrasados en lágrimas, miéntras mi hermana, mui jóven aun, le hacia coro, continuando entre sollozos la lectura de un diario, interrumpida por mi entrada. Aunque las lágrimas no han sido nunca aves de paso en mi hogar, me sorprendió aquel llanto al que no podia atribuirle una causa inmediata. Mi madre me señaló el diario en silencio, lo tomé y ví toda la primera página ocupada por una estensa narracion de los últimos momentos de Maximiliano, precedida por una lijera reseña de su vida. Yo no tenia aun veinte años y si eso se notaba en mi fisonomia imberbe, se hacia ver con mas vigor aun en la naturaleza de mis ideas. No hacia un año todavía que me habia entregado á un paroxismo sentimental digno de un jóven romano, en una reunion celebrada en el teatro Colon para protestar contra la espedicion á Méjico y pedir al gobierno argentino su ayuda positiva á los esfuerzos de Juarez. ¡Cúanto discurso! ¡Cómo recuerdo la figura de Francisco Bilbao, de pié en una tertulia de orquesta, con su cuerpo enjuto, sus ojos hundidos como los de un asceta, su aire profético, su palabra lenta y grave!

Nos habia electrizado á todos con la última frase de su peroracion, en la que invertia la escéptica sentencia de Hamlet, llamando el calor á los corazones: ¡Hechos! hechos! hechos!

La verdad es que la América entera, desde Panamá á Buenos Aires, sin olvidar á nuestros amables hermanos del Norte, se habia entregado con motivo del establecimiento del imperio mejicano, á un *reviral* patriótico, sumamente favorable al desenvolvimiento de los talentos oratorios y poéticos, pero cuyo efecto habia sido de una dudosa influencia en los combates librados contra las tropas francesas.

Nuestra indignacion no tenia límites; todas las estrofas del pasado, sin contar el himno, flotaban sobre nuestros labios enardecidos. Juarez era Arminio, Aristogiton, Civilis, Pelayo, un héroe inmenso, para el cual la tierra era pequeña; Maximiliano, el secuaz odiado de Napoleon, el procónsul infame, el usurpador, el tirano. Así, cuando el éxito de la lucha coronó el esfuerzo republicano, ¡qué esplosión de alegría! Solo sentíamos no habernos encontrado en la hora del triunfo, bajo los muros de Querétaro, sobre el pedestal que eternamente presentaria nuestras figuras á la posteridad!

Y me tocaba en suerte, á mí, jóven Graco, ver á mi madre, á Cornelia, llorar sobre la tumba de los enemigos de la pátria! Me indigné; tomé la palabra y como si me encontrára en el momento agudo de un *meeting*, hablé de independencia americana, de república, de derechos del hombre, de Monröe (á quien yo creia entónces uno de los generales de Washington), de la odiada monarquia, de esa ignominia que se ha lla-

mado derecho divino, de los Hapsburgos, personificados en el sable de Radetsky, de los calabozos del Spielberg, y terminé con un *sic semper tyrannis*, que juzgaba de un efecto irresistible. Mi madre me habia oido en silencio, lijeramente alhagada en el fondo, á lo que decian sus ojos, por la muestra estupenda de mi erudicion y elocuencia. Cuando concluí, empezó á hablarme en toda dulzura sobre su ignorancia de las cuestiones fundamentales que yo habia tocado, que no le eran simpáticas, porque secaban el corazon. Que ella solo veia un hombre bondadoso, jóven, bello, nacido para pasar la vida en la serenidad de las alturas, casado con una mujer que adoraba, viviendo como un príncipe de los cuentos árabes en un castillo encantado, entre flores, libros, artes... y de pronto caido bajo el peso de todas las amarguras que pueden concentrarse sobre una cabeza humana, abandonado, herido por la traicion, desgarrada el alma por la locura de su mujer, muertas todas sus esperanzas y yendo á morir sobre el banquillo, radiante de valor y serenidad y con la mirada fija en el cielo, donde esperaba alcanzar el sueño de felicidad que le habia perseguido en su rápida y estraordinaria existencia. Es un hombre, hijo mio, un hombre que ha sufrido el martirio y cuyo destino conmoverá todos los corazones generosos...

Creo recordar que la voz de mi retórica se ahogó en mi garganta; con la petulancia juvenil que impone la inflexibilidad, me retiré majestuosamente á mi cuarto .. donde no pude dormir, viendo á cada instante la bella figura de Maximiliano marchando sereno á la muerte y apartando con un gesto elegante

la larga barba que le caia sobre el pecho, para librarlo á las balas inexorables.

—

Ese recuerdo me venia á la memoria miéntras recorria lentamente las salas del castillo de Miramar, en un espléndido dia del mes de Febrero. La *bora*, ese azote del Adriático, que suele estremecer á Trieste hasta los cimientos, habia cesado la noche anterior y el sol, al levantarse en un cielo sin nubes, profundamente azul, iluminó el paisaje sin igual del golfo, con sus aguas tranquilas y serenas, transparentes y luminosas como el cristal, las suaves ondulaciones de las montañas, la curba elegante y insensible de la costa, Trieste, con su aspecto caprichoso é sobre la punta saliente de un peñasco que se avanza, mas que como un vigia, como un artista ávido de grabar el cuadro en su espíritu, la esbelta silueta de Miramar.

Los paisanos de Trieste, les toscos eslavos que bajan diariamente de Opcina y de las aldeas perdidas en la montaña, esperan siempre el regreso de Maximiliano. Méjco, el Imperio, Querétaro... ¿ qué saben de todo eso ? Solo recuerdan la fisonomia del noble príncipe, su espíritu emprendedor, su inagotable bondad, su predileccion por esta costa cuyas rocas salvajes transformó en grutas encantadas y en palacios que en el dia atraen millares de estranjeros y son fuente de bienestar para el pueblo.

No vacilo en afirmar que dos de los mas bellos monumentos modernos que existen en Europa son, la Iglesia Votiva, de Viena, y el palacio de Miramar, ambos construidos bajo la inspiracion de Maximiliano. Es necesario penetrar á la Iglesia Votiva, analizarla

en detalle, constatar la ausencia de aquella superposicion de estilos que es la obra de los siglos y á mi juicio la belleza incomparable de las viejas catedrales góticas, para persuadirse que esa piedra filigrinada, que esas naves severas, de cuyas arcadas se destacan, entre la penumbra, mil figuras de ascetas y santos, son obra de nuestro tiempo, llevada á cabo por las mismas manos que levantan las rígidas y tristes paredes de nuestras casas.

Miramar, aunque de un estilo puro en sus lineamentos principales, acusa mas la preocupacion moderna, no solo en el esterior, sino en la distribucion fantástica que responde á las necesidades materiales de la vida. Es un palacio decorado con un lujo estraordinario, lleno de obras de arte de inapreciable valor; los pavimentos cubiertos de maravillosos mosaicos de madera, los artesonados de una originalidad excesiva por momentos, pero salvada por la correccion inimitable del dibujo; es, en una palabra, el castillo de un príncipe, pero al mismo tiempo la morada de un poeta.

No es mi intencion describir Miramar; esa tarea, que abomino, ha sido hecha mil veces y seria inútil. Por otra parte, como en ciertos sitios de Escocia todo desaparece ante la figura de María Stuart que viene á la memoria y llena el alma, así en Miramar, desde los primeros pasos sobre la elegante calzada que bordeando el golfo conduce al palacio, hasta el último banco de los jardines, solo se vé á Maximiliano y su historia trágica se impone de una manera irresistible. Ese hombre era, mas que un poeta, un soñador. En su espíritu se habian confundido las aspiraciones gene-

rosas que lo hicieron vivir en anhelo de las cosas bellas, las ambiciones de una fuerza intelectual demasiado vivaz para satisfacerse con el rol tranquilo y borrado de un archiduque de Austria, el orgullo de una raza imperial, seis veces secular, y las inquietudes secretas de la posicion mas difícil que ha existido en las viejas monarquias. Un Hapsburgo jamás será un Gaston de Orléans, ni un Philippe Egalité, ni un Luis Felipe. El sentimiento, la veneracion profunda del derecho hereditario es en esa familia un principio inconmovible. Jamás pasó por la mente de Maximiliano la idea de reemplazar en el trono á su hermano Francisco José, á quien amaba con toda su alma. El nacimiento del príncipe Rodolfo puso fin á sus derechos eventuales á la corona y desde ese momento, buscó una salida a la turbulenta actividad que lo dominaba.

Dió la vuelta al mundo abordo de la *Novara* cuyo recuerdo consagró en Miramar, construyendo su dormitorio y su salon particular bajo el modelo exacto de su cabina; escribió cuatro volúmenes de memorias, viajes, fantasias; construyó la Iglesia Votiva sobre el sitio mismo donde en 1848 Francisco José estuvo á punto de ser asesinado... y luego se retiró á Miramar, primero al humilde chalet, bañado de luz, impregnado por los perfumes del mar, envuelto en un denso cortinado de flores, donde se deslizaron sus mas dulces años, al lado de su Carlota querida. Mas tarde, sobre la tosca piedra se levantó el palacio. Pero, aun para los príncipes, las tardes traen consigo una vaga atmósfera de melancolia, dentro de la cual los sueños indecisos se vigorizan y desenvuelven. Luego, el mar!

El mar, siempre sereno y monótono, con su espejo inmóvil en el que los ojos que sobre él se fijan con la obstinacion vaga del ensueño, ven siempre reflejarse los cuadros todos que la esperanza ó la ambicion diseñan confusamente.

Al lado del comedor, suspendido casi sobre las aguas, hay una *terrasse* cubierta, desde la que se goza de un panorama delicioso, pero que en las últimas horas del dia se reviste de una tristeza indefinible. ¡ Cuántas veces Maximiliano y Carlota, hablando solo con la mirada, se habran entregado á los sueños silenciosos en el esfuerzo de entrever la vision del porvenir! Y ella, la mujer, el *eterno femenino*, la hija de reyes, ha abierto la primera el secreto de su alma al hombre que la adora. ¡ Una corona! ¿ Dónde? Y en el juego caprichoso de las cosas humanas, un joyero de Paris concibe un negocio, interesa en él á tres ó cuatro hombres de los que dirijen los destinos de los pueblos, la idea de una conquista gana terreno, la América olvidada reaparece en la imaginacion europea, la política entra en campaña... y en vez del sueño eterno, á la luz del medio dia, las costas del Adriático repiten el éco gozozo del cañon, Miramar resplandece y Maximiliano se avanza á recibir una corona de manos de los enviados mejicanos. He ahí el cuadro que representa la escena : adorna aun la sala del trono en Miramar. He pasado largo rato estudiando la espresion de las fisonomias de todos los personages de la tela. Maximiliano, de pié, en traje civil, con el Toison de oro al cuello, parece recogido en sí mismo, conteniendo la emocion que lo agita interiormente. A la derecha, los disputados mejicanos,

de frac, estrechados unos contra otros, visiblemente cortados, fijando en Maximiliano una mirada entre curiosa y estúpida, llena de promeses de servilismo ó de ambiciones violentas. Gutierrez Estrada lee el mensaje de las Cámaras. ¿Lo hace con voz segura? Parécenos que no. El artista ha rendido admirablemente esa excitacion secreta producida por la ruptura definitiva con el deber moral... Hoy miro con mas calma todas las cosas de la vida que cuando tenia quince años; pero la patria es un globo de fuego que se ve igualmente brillante en todas las edades. ¿Quién se atreveria á llamar traidores á aquellos de nuestros padres que en el deseo de constituirnos una patria pensaron en erigir una monarquia constitucional? ¿Quién daria otro nombre á los argentinos que en el dia llamaran al estranjero y al amparo de su fuerza levantaran un trono sobre la sangre de sus hermanos?... Pasemos, pasemos. La tarde está serena, el golfo se adormece tranquilamente y el alma aspira á ser mecida por ideas suaves en vez de verse obligada á los juicios implacables.

Todo circunda á Miramar de una atmósfera fresca y silenciosa en ésta tarde serena. No se puede soñar un nido mas grato para ocultar las horas felices de la vida. ¿Porqué fué príncipe el hombre que lo habitó? Alma de artista, bello, esbelto, amante de las letras, comprendiendo la naturaleza en toda su plenitud como fuente de placeres, su vida, en un órden social secundario, habria corrido, al lado de la mujer querida, con una serenidad indecible.

¡Qué majestad en el reposo del Adriático! La luz disminuye por momentos, Trieste empieza á ilumi-

narse á lo léjos y las aldeanas del otro lado de Opcina trepan lentamente la montaña, deteniéndose á cada instante delante de un paisaje capaz de subyugar el alma mas grosera. Una que otra vela cruza frente al castillo; un bote de pescadores toma tierra en el elegante desembarcadero. El aire viene impregnado de los perfumes del jardin; es la hora de las profundas alegrías calladas para los que sienten á su lado la vibracion de un cuerpo querido, la hora de la melancolía, no sin encanto, para el solitario... El, el nóble príncipe, duerme el sueño eterno, bajo la tumba secular de sus padres; pero el espíritu lo vé siempre, de pié, sereno, presentando el pecho á las balas de sus justicieros.

La noche ha caido; en marcha. Se costea el golfo y en cada vuelta del camino, la mirada busca á Miramar que se va desvaneciendo entre la bruma, envuelto en el sudario de su eterna tristeza...

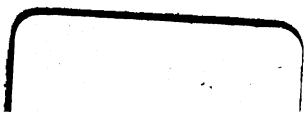
M. C.

1884.

INDICE

David Copperfield 1
Don Carlos 21
Gervasio Mendez 37
Un libro ruidoso. — Las Memorias de Judas 53
Frutos Rivera y Prosper Merimée 75
Falstaff 81
A proposito de Lucrecia Borgia 99
Wagneriana 107
Sobre una carta de Renan 131
Un nuevo libro del Dr Gutierrez 139
El « Hamlet » de Rossi 153
Prometeo por Olegario Andrade 163
El Fraille. — Poesia de Ricardo Gutierrez 173
Tedium vitæ 187
Carlos Encina. — Recuerdos intimos 207
Despues de una lectura 221
Sobre un suicida. — Unas lineas de la « Tribuna » 229
Kean. — El hombre. — El drama. — El artista 235
Bebé en el circo 247
Una leccion civica 255
Páginas de Viage. — En la Montaña 265
Valparaiso 275
El « Chasseur » 287
Un festival Chino 301
Miramar 321

Sceaux. — Imp. Charaire et hijo.



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024351897

0 5917 3024351897